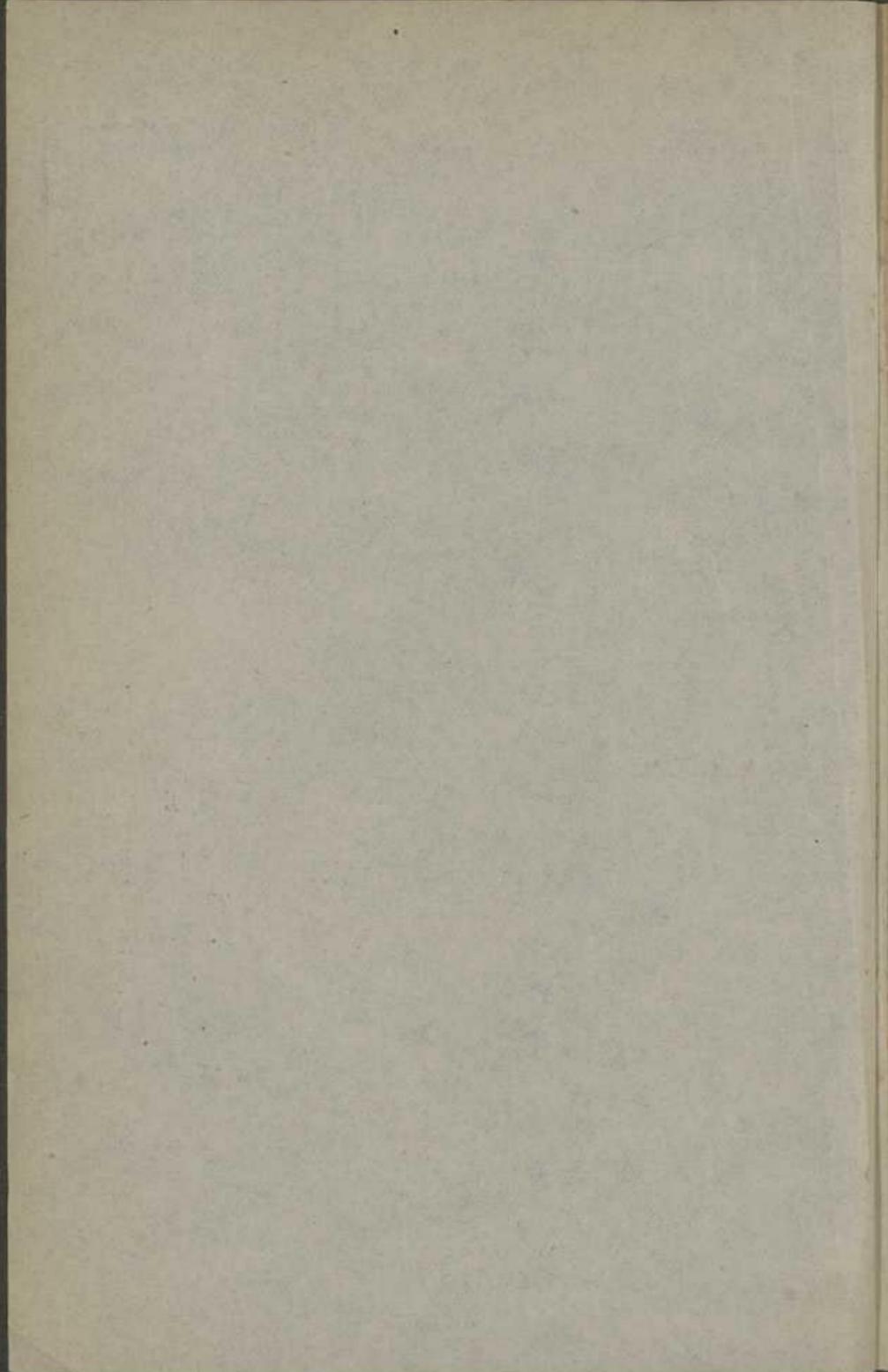




9825

25782

D-25.906



SAMUEL SMILES

EL AHORRO

TRADUCCIÓN DE

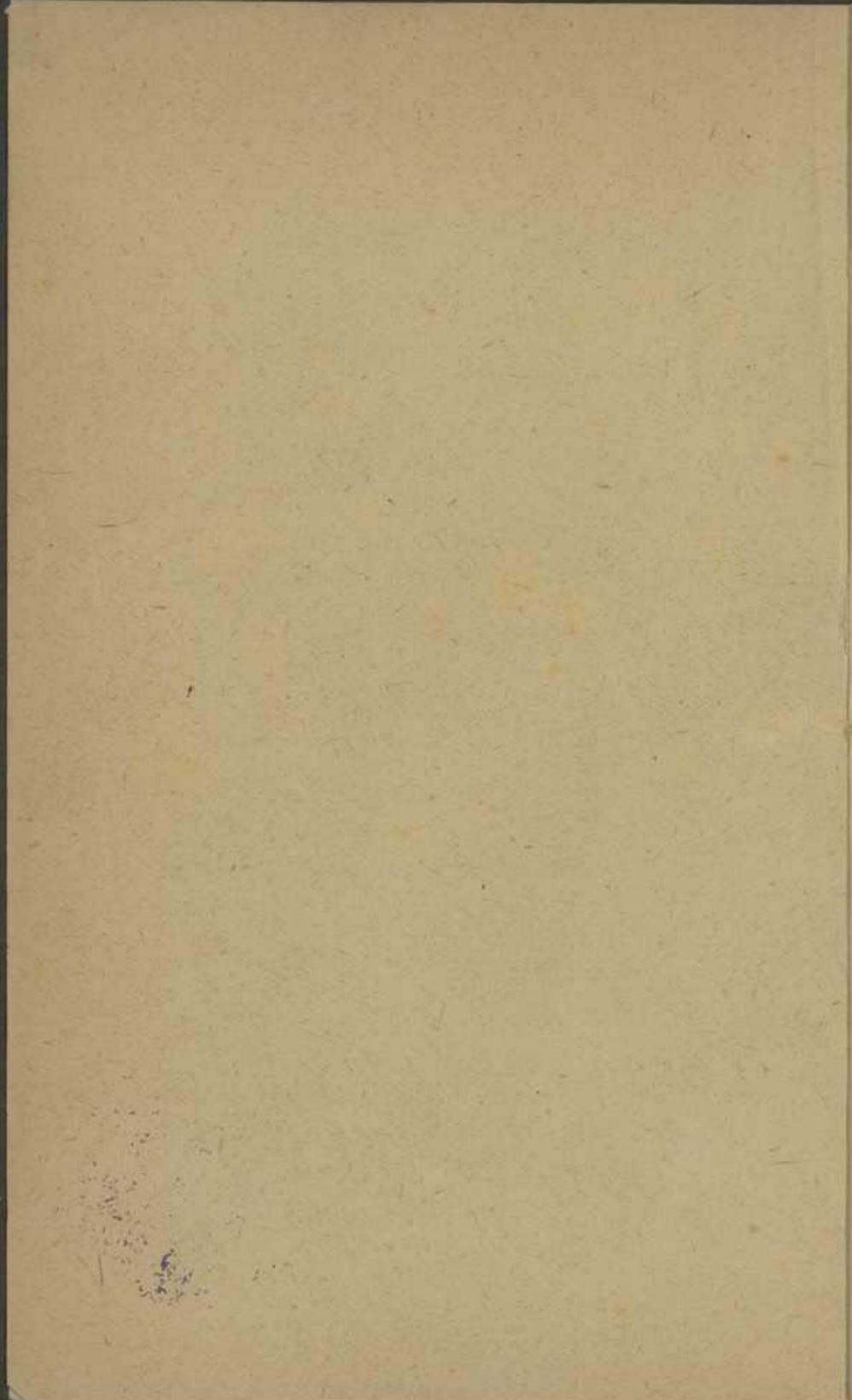
G. NÚÑEZ DE PRADO

CON UNA INTRODUCCIÓN SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA



B.P. BURGOS
N.R. _____
N.T. 100748
C.B. _____
25782

BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
PROVENZA, 95

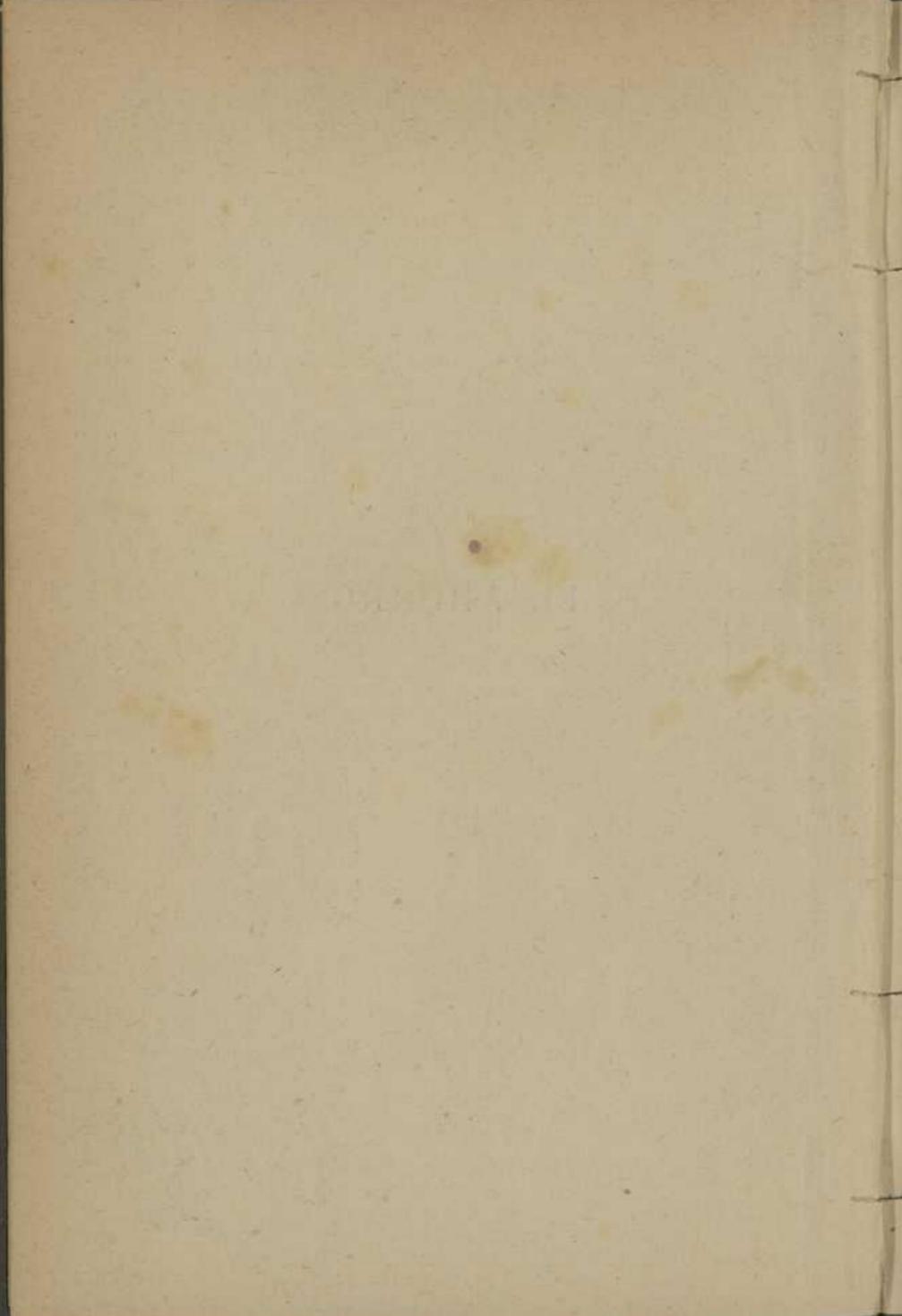


26

$\frac{V}{173}$

EL AHORRO





SAMUEL SMILES

EL AHORRO

TRADUCCION DE

G. NÚÑEZ DE PRADO

Sé económico, mas no codicioso: da lo que debes á tu necesidad, á tu honra y á tu amigo, pues el hombre de bien jamás niega el dinero. Gana para *vivir*: entonces vive y úsalo, porque de otro modo no es cierto que lo hayas adquirido. Tan sólo el uso conveniente hace que el dinero no sea un metal digno de desprecio.

JORGE HÉRBERT.

Para conseguir los favores de la Fortuna, hazla la corte asiduamente y reúne bienes por todo medio que justifique el honor: no para conservarlo enterrado, ni para lucir trenes, sino para alcanzar el privilegio de vivir independiente.

ROBERTO BURNS.



BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
PROVENZA, 95

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN.....	11
PRÓLOGO.....	13
APOLOGO.....	15

CAPITULO I

LABORIOSIDAD

Economía privada.—Trabajos útiles.—Nuestro derecho de nacimiento.—Resultados del trabajo.—Necesidad del trabajo.—Laboriosidad é inteligencia.—Ahorro y civilización.—Laboriosidad económica.—Economía ahorrativa.....	17
---	----

CAPITULO II

HÁBITOS DE ECONOMÍA

Capital y obreros.—Hábitos de economía.—Goces egoístas.—Resultados de la prodigalidad.—Ventajas del dinero ahorrado.—Manera de vivir pródigo.—Compras de lance.—Economía y prodigalidad.—Johnson: sobre la economía.—Respeto propio.—Ayuda propia.—Incertidumbre de la existencia.—Leyes de mortalidad.—¿Nadie quiere ayudarnos?—Tiempos prósperos los menos prósperos.—La prosperidad nacional.—Independencia moral.....	26
---	----

CAPITULO III

IMPREVISIÓN

Miseria y riqueza.—Los incivilizados.—El Extremo Este.—Eduardo Denison.—Economía en Guernsey.—Imprevisión y miseria.—Rebajamiento social.—Fatalismo de la Imprevisión.—Impuestos propios.—Lentitud del progreso.....	44
--	----

CAPITULO IV

MEDIOS PARA ECONOMIZAR

Pdgs.

Ganancias de los obreros.—Mineros carboneros y herre- ros.—Ganancias de los mineros carboneros.—Los agi- tadores, Lord Elcho y los mineros de carbón.—Salarios crecidos y grandes pérdidas.—Salarios altos y la be- bida.—Placeres sensuales.—Indiferencia por el bien- estar. — Experiencia de Hugo Miller. — Consejo de Mr. Roebuck.—Sobrevivir de la esclavitud.—Extin- ción de la esclavitud.—Poder no ejercido.—Ganancias y carácter.—La ignorancia es poder.—Efectos de la ignorancia.—Aumento de saber.—La educación no es suficiente.—Palabras de sir Arturo Helps.—Utilidad divina del saber.—Educación pública escolar.—Pala- bras de Guillermo Felkin.....	54
---	----

CAPITULO V

EJEMPLOS DE AHORRO

Espíritu de orden.—Ejemplos de economía.—David Hu- me.—Reverendo Roberto Walker.—Aplicación propia. —Mineros distinguidos.—Jorge Stephenson.—Jaime Wat.—Trabajos para ser independiente.—Trabajos para cosas más elevadas.—Trabajo y educación.—Ri- chardson y Gregory.—Efectos de la aplicación.—Ar- tistas distinguidos.—Canova y Lough—Juan Lough. —Exito de Lough.—Palabras de lord Derby.—Jaime Nasmyth.—Fundición de Bridgewater.—Consejo á los jóvenes	75
--	----

CAPITULO VI

MÉTODOS DE ECONOMÍA

Llevar las cuentas corrientes.—Generosidad y previsión —Economía prudente.—Dignidad en el ahorro.—Me- joramiento propio.—Causas de fracasos.—El precio del éxito.—Facultad de unir.—Principio de asociación.— Economías del capital.—Pérdidas por las huelgas.— Dinero derrochado.—Sociedades industriales.—Com- pañías cooperativas.—Sociedad <i>Equitable Pioneers</i> .—

Cooperativas de Darwen.—La cooperación se amplía.
—El ahorro es conservador.—Utilidad de invertir capital en las sociedades edificadoras..... 96

CAPITULO VII

ECONOMÍA EN EL SEGURO SOBRE LA VIDA

Cooperación en los seguros.—Crueldad de la imprevisión.
— Compensación del seguro. — Sociedades amigables.
—Ahorro Francés y Belga.—Sociedades de obreros.—
La *Unity* de Manchester.—Deber y comidas.—Cuotas bajas de contribución.—Fracaso de sociedades amigables.—Mejoramiento por la experiencia.—Los defectos desaparecerán..... 115

CAPITULO VIII

BANCOS DE AHORROS

Ahorro directo.—Utilidad del dinero ahorrado.—Principio de los Bancos de Ahorros.—El doctor Duncan de Ruthwell.—Establecimiento de Bancos de Ahorros.—Clases de depositarios.—Magia de la disciplina.—Bancos de Ahorros Militares.—Ahorros de los soldados.—Los soldados fuera de Inglaterra.—Depósitos en los Bancos de Ahorros.—Ahorros en Bilston.—Ahorros de obreros.—Bancos de peniques.—Carls G. Silkes.—Bancos de los Institutos de Maquinistas.—El bolsillo del hombre pobre. — Depositarios en los Bancos de peniques.—Cultivan los hábitos de prudencia.—Influencias de las mujeres.—Tempranas lecciones de ahorro.—Escuelas Belgas.—Facilidad para ahorrar.—Extensión de los Bancos de Ahorro.—Oficinas de giros de dinero.—Bancos de Ahorros del Correo.—Carlos G. Sikes.—Lecciones de ahorro.—Bancos de Ahorros de los Maquinistas.—Ahorros de los artesanos.—Ahorros en Preston..... 126

CAPITULO IX

COSAS PEQUEÑAS

Suerte y trabajo.—Descuido de las cosas pequeñas.—
¡Eso basta!—El gasto de peniques.—La mujer económica.—Una esposa auxiliadora.—Vida diaria de un

	Págs
hombre.—Los dos operarios.—Derechos y hábitos.— Influencia de la mujer.—Un penique al día.—El po- der de un penique.—José Baxendale.—Pikfor y C. ^a — Caminos y ferrocarriles.—Máximas de negocios.....	158

CAPITULO X

PATRONES Y EMPLEADOS

Falta de simpatía.—Patrones y servidores.—Simpatía cristiana.—La concurrencia.—Lo que representa el ca- pital.—Los operarios y patrones.—Los Ashworth.— Fábrica de New Eagley.—Obreros mejorados.—Espí- ritu público de los fabricantes.—Mister Lister de Bradford.—Discurso de Mr. Forster.—Los grandes hombres son ahorradores.—Sir Tito Salt.—Saltaire. —Sus instituciones.—Música y sobriedad.—Mister Akroyd, Halifax.—Banco de peniques del condado de York.—Origen del Banco.—Manera de ayudar á los pobres.—El ahorro ayuda á ser sobrio.—La embria- quez es derrotada.— <i>Ocupación infantil</i> .—Banco de peniques	176
---	-----

CAPITULO XI

LOS CROSSLEY.—PATRONES Y EMPLEADOS

Juan Crossley.—Marta Crossley.—Comienzo de los amo- res.—Fin de los amores.—Crossley principia negocios —Fábrica de Dean Clough.—La familia Crossley.—Sit Francisco Crossley.—Voto de Marta Crossley.—El parque del pueblo de Halifax.—Realización del voto de Marta.—Cooperación de los mineros de carbón.— Sociedad industrial.—Otras sociedades cooperativas.— Jeremías Head.—Fábrica acepilladora de Newport.— Dividendos á los obreros.—Carta de Mr. Carlyle.— Un contraste.—Cien años ha.—Diversiones del pueblo. —Mejoramiento de los modales.—Mecánicos y obreros ingleses.—Ingenieros y mineros ingleses.—Rapidez de la maquinaria.—Operarios extranjeros.—Hábitos pre- visores de los franceses.....	198
---	-----

CAPITULO XII

GASTAR MÁS DE LO QUE SE PUEDE

Págs.

Hipocresía y deudas.—Convencionalismo.—Guardar las apariencias.—Círculos exclusivos.—Mujeres y exclusivismo.—Mujeres y prodigalidad.—Contraer deudas.—La tentación del mercader.—Tentaciones para el crimen.—Cómo se comete el crimen.—Amor al traje.—Caballeros.—Gastos atolondrados.—Conocimiento de la aritmética.—El matrimonio.—Indoles afortunadas.—El matrimonio no es una lotería.—El hombre que no podía decir *No*.—El valor de decir *No*.—Entierros respetables.—Derroche en entierros.—Testamento de Juan Wesley.—Reforma de los funerales..... 223

CAPITULO XIII

LOS GRANDES DEUDORES

Grandeza y deudas.—Granjería de las deudas.—Dejar crecer las cuentas.—Sociedades de préstamos.—El genio y las deudas.—Fox y Sheridan.—Deudas de Sheridan.—Lamartine.—Webster.—Deudas de hombres de ciencia.—Deudas de los artistas.—Artistas italianos.—Haydon.—Los poetas antiguos.—Savage y Johnson.—Steele y Goldsmith.—Consejo de Goldsmith.—Deudas de Byron.—El peso de las deudas.—Burns y Sidney Smith.—De Foe y Southey.—Southey y Scott.—Deudas y trabajos de Scott.—Grandes hombres pobres.—Consejo de Johnson.—Genio y deudas.—Literatos..... 246

CAPITULO XIV

CARIDAD Y RIQUEZAS

Ayudar á los desvalidos.—El Dr. Donne.—Personas ricas.—Amor al oro.—Afán por enriquecerse.—Riqueza y pobreza.—Riquezas en la vejez.—Las riquezas no dan distinción.—Demócratas y riquezas.—Saladino el Grande.—Don José de Salamanca.—Compensaciones de la pobreza.—Pobreza honrada.—Pobreza y felicidad.—Caridad.—Inconvenientes de dar dinero.—Fi-

lantropía y caridad.—Testamentos de personas ricas.—Esteban Girard.—Tomás Guy.—Caridades por educación.—Beneficencia de Peabody.—Bienhechores de los pobres.—El asilo para los operarios de ferrocarriles, dársenas, etc.....	270
---	-----

CAPITULO XV

HABITACIONES SANAS

Existencia sana.—Necesidad del aire puro.—El impuesto de la fiebre.—Los arcádicos.—Los pobres del campo.—Influencia del hogar doméstico.—Alojamientos malos.—Salud y embriaguez.—Alojamientos sanos.—Edwin Chadwick.—Expectativa de la existencia.—La ley de pobres.—La idea sanitaria.—La investigación sanitaria.—Comisión Sanitaria.—Ciencia Sanitaria.—Efectos del desaseo.—Pérdidas por mala salud.—El terrible ¡Nadie!—Reformas de los hogares domésticos.—Mejoramiento doméstico.—Limpieza.—Suciedad e inmoralidad.—Devoción en el lavado.—Conocimiento de la fisiología.—Economía doméstica.—El arte de cocina inglés.—La moral y el arte culinario.—Trabajo para señoras.—Historia de José Corbet.....	296
---	-----

CAPITULO XVI

EL ARTE DE VIVIR

El arte de vivir y sus ejemplos.—El gusto es un economista.—Contraste en la vida de la cabaña.—Diferencia en los obreros.—Vivir en el hogar.—El hogar y el <i>confort</i> . — Personas <i>confortables</i> . — Beneficencia del ahorro de casa.—Organización y método.—Laboriosidad y puntualidad.—Vigilancia sobre el genio.—Buenos modales.—Cortesía habitual.—Modales franceses.—Felicidad en los buenos modales.—Diversión.—Relajación — Influencia de la música. — Elegancia del ajuar.—Elegancia de las flores.—Goces comunes.—Retratos de grandes hombres.—El arte en el hogar.—Arte final de vivir.....	330
---	-----

INTRODUCCIÓN

El trabajo, según la conocida frase del gran poeta latino, todo lo vence; él es la fuente principal, mejor dicho, la única, del ahorro, que es la sola base positiva del bienestar y de la independencia.

Lejos de ser el trabajo, como hay quien lo asegura, una maldición que pesa sobre el hombre, es, en realidad, el mayor de los bienes que disfruta; pues, no solamente dignifica y eleva al individuo desarrollando su actividad, agigantando sus facultades, sino que, por sí solo, constituye uno de los principales factores de la civilización y del progreso universal.

Por otra parte, el trabajo, si bien pone al hombre en condiciones de llegar á proporcionarse el mayor grado de libertad y bienestar posible, no es, ni con mucho, patrimonio de un individuo; poderosa y benéfica arma en la lucha por el progreso, bríndase generosamente á toda la especie humana; y con su ayuda, la humanidad, sin distinción de pueblos ni razas, triunfa de las dificultades, destruye los obstáculos, allana los inconvenientes y, paso á paso, avanza triunfante en el camino de la perfectibilidad por medio de la dignificación.

*
* *
*

EL AHORRO no es un libro de imaginación. Es cierto que su autor persigue en él un ideal, pero un ideal positivo, práctico y tangible; es decir, la felicidad del individuo y de la familia, la tranquilidad y bienandanza del hogar; la emancipación, por medio de la economía, del que, no teniendo otro patrimonio que sus propias energías, se ve uncido fatalmente

al carro de la necesidad, si su vigor y su inteligencia no logran romper las cadenas que lo aprisionan.

Por esto, si *EL AHORRO* no es un libro sublime, considerado desde el punto de vista de la belleza artística, es un libro útil, lo que, visto á través de la realidad y de la práctica, vale acaso mucho más.

Samuel Smiles, escritor profundo, talento positivo, tiende en las páginas de esta obra, como en todas las que han surgido de su poderosa inteligencia, no sólo á hacer mejor al individuo y á la especie, no sólo á que el hombre recuerde á menudo—lo que no hace con la frecuencia que debiera,—que existe un porvenir para él; sino que, mostrándole las negruras y horrores que le guarda ese porvenir si se entrega á la imprevisión, le pone en condiciones de que se redima á sí propio, triunfando en la pelea, dándole las armas de combate.

He aquí también por qué *EL AHORRO* es un libro cosmopolita. En Europa como en América; en Asia como en la Oceanía; donde quiera que haya cerebros que piensen, estómagos que digieran y corazones factibles de sufrir y gozar, es decir, donde quiera que la imprevisión, la prodigalidad, el olvido de sí mismo y de los suyos puedan hacer al hombre desgraciado, allí tendrá siempre y necesariamente *EL AHORRO* su puesto de honor, para llevar á los hogares, con el llamamiento á la realidad, el *sésamo ábrete* de la felicidad posible.

G. NÚÑEZ DE PRADO

PROLOGO

Este libro, que pudo muy bien haber aparecido como introducción á *El Carácter* y al *Ayúdate*, puesto que el *Ahorro* es la base del *Ayúdate* y el fundamento de cuanto existe de bueno en *El Carácter*, debe ser hoy, digámoslo así, la consecuencia de estos dos volúmenes.

El autor se ha referido ya al Uso y Abuso del dinero: pero la lección es digna de ser repetida y reforzada. Como ya lo ha observado: Algunas de las más bellas cualidades de la naturaleza humana están íntimamente relacionadas con el uso oportuno del dinero; tales son: la generosidad, la honradez, la justicia, y la privación de goces egoístas, como también las virtudes prácticas de la economía y la previsión. Por otra parte, son contrarias la avaricia, el fraude, la injusticia y el egoísmo, como lo manifiestan los amantes desordenados del lucro; y los vicios de la irreflexión, la prodigalidad y la imprevisión por parte de aquellos que aplican mal ó abusan de los medios que han sido puestos á su alcance.

Sir Enrique Taylor ha observado que «el trabajo debe tomar interés en sus propios frutos, y Dios ha dispuesto que la masa de la humanidad sea impulsada por este interés, y que él sirva para mitigar su labor diaria.» Las ganancias y las economías de la laboriosidad, debieran ser inteligentes para conseguir resultados superiores á meras ganancias y economías. No trabajamos y combatimos solamente para nosotros, sino también en beneficio de aquellos que dependen de nosotros. La laboriosidad debe saber ganar, saber gastar, y, por último, lo que ha de economizar. El hombre que, cual San Pablo, sabe cómo ahorrar y cómo gastar, posee un gran saber.

Todo hombre tiene la obligación de hacer lo que pueda para mejorar su estado social y asegurar su independencia. Con este objeto debe ahorrar de sus recursos para poder ser independiente en su condición. El trabajo coloca al hombre en estado de poder ganar su subsistencia y debiera enseñarle también á vivir. La independencia sólo puede obtenerse con el ejercicio de la previsión, de la prudencia, la frugalidad y la privación de goces egoístas. Para ser justos tanto como generosos, tienen los hombres que imponerse muchas privaciones. La esencia de la generosidad es el sacrificio de sí mismo.

El objeto de este libro es inducir á los hombres á emplear sus recursos en cosas dignas, en vez de disiparlos en goces egoístas. Para realizar este objeto hay que afrontar muchos enemigos. Ahí están la ociosidad, la impremeditación, la vanidad, el vicio, la intemperancia. El último es el peor enemigo de todos. Numerosos ejemplos citados en el presente libro, demuestran que uno de los mejores métodos para disminuir la *maldición de la embriaguez*, es inducir á los viejos y á los jóvenes á que pongan en práctica la virtud del *ahorro*.

Parte de este libro se escribió hace algunos años, y algo de ello vió la luz pública; pero un ataque de parálisis, que obligó al autor á abandonar por algún tiempo la pluma, ha demorado su aparición completa hasta ahora. De muchos de los datos recibidos últimamente es deudor á los señores Eduardo Crossley, regidor de Halifax; Eduardo Akroyd, Halifax; Jorge Chetwind, Casa Central de Correos; S. A. Nichols, Over Darwen; Jeremías Head, Middlesborough; Carlos G. Sikes, Hundersfield, y otros muchos corresponsales en Durham, condados de Renfrew, York, Lanca, Stafford y Gales del Sud, y así lo hace constar con agradecimiento.

El autor confía en que el libro será útil y ayudará al fin que con él se ha propuesto alcanzar.

SAMUEL SMILES

Londres, noviembre 1875.

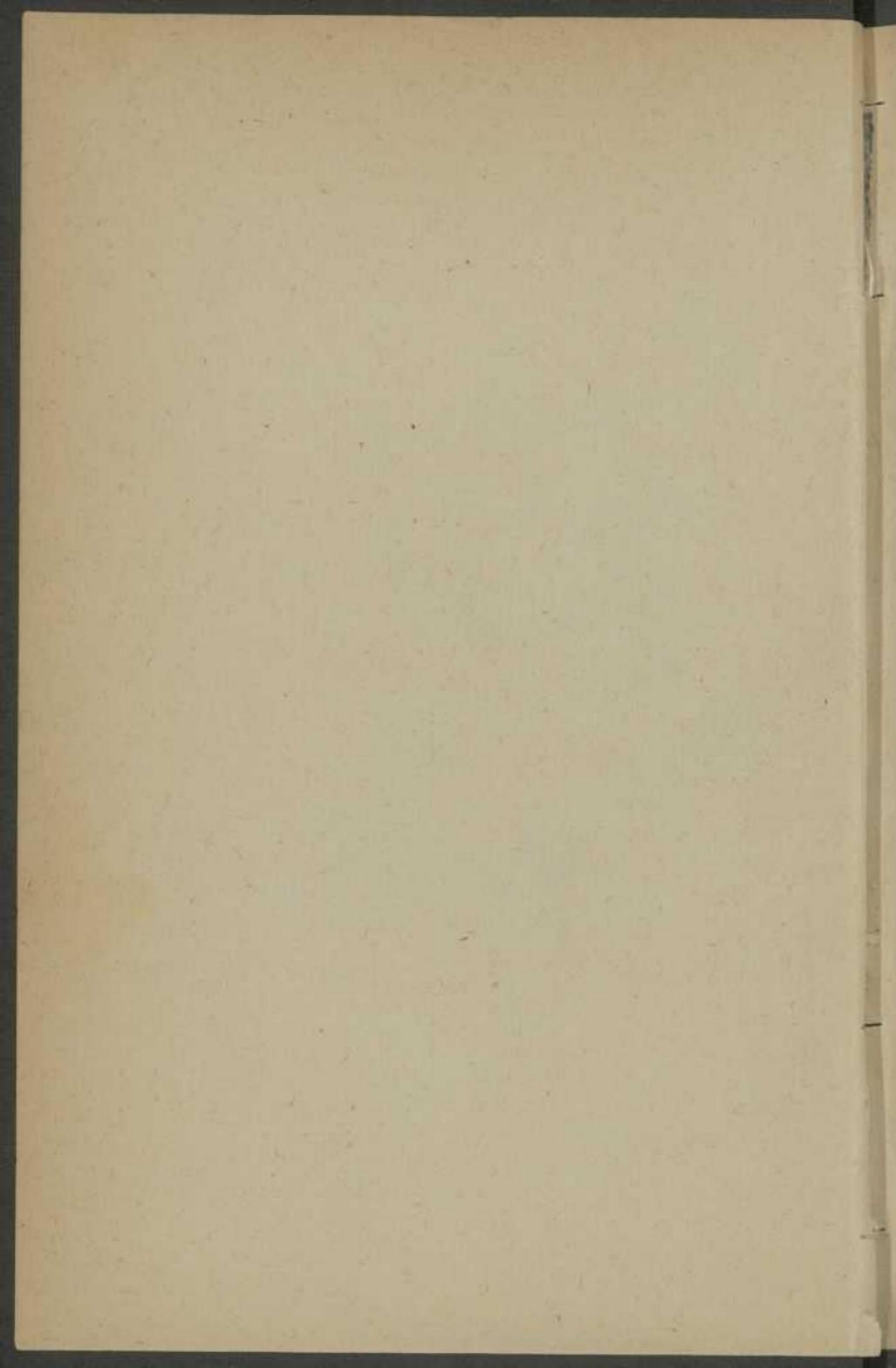
APOLOGO

Un cigarrón, próximo á perecer de frío y de hambre, llegó á una colmena bien provista, al comenzar el invierno, y pidió humildemente á las abejas que le socorrieran en sus necesidades con algunas gotas de miel.

Una de las abejas le preguntó en qué había empleado el tiempo durante el verano, y por qué no había hecho sus provisiones como ellas.

—Es cierto que pasé el tiempo muy alegremente—contestó,—bebiendo, bailando y cantando, y ni una vez se me ocurrió pensar en el invierno.

—Nuestro sistema es muy distinto—dijo la abeja ;—trabajamos mucho en el verano, para hacer provisión de alimentos contra la mala estación en que los necesitaremos ; pero aquellos que no hacen más que beber, bailar y cantar en el verano, deben aguardar perecer de hambre en el invierno.



EL AHORRO

CAPITULO 1

LABORIOSIDAD

Mi reino no es lo que poseo, sino lo que soy.—CARLYLE.

La industria productora es el único capital que enriquece á un pueblo, y difunde la prosperidad y el bienestar nacionales. En todo trabajo hay ganancia —dice Salomón. ¿Qué es la ciencia de la economía política, sino un fastidioso sermón acerca de ese tema?

SAMUEL LAING.

Dios provee las cosas buenas del mundo para que sirvan á las necesidades de la Naturaleza, con el trabajo del labrador, la habilidad y las fatigas del obrero, y los peligros y el tráfico del comerciante... La persona ociosa es igual á un muerto; indiferente á los cambios y á las necesidades del mundo, sólo vive para pasar el tiempo y comer los frutos de la tierra: lo mismo que un bicho ó un lobo, muere y sucumbe cuando le llega la hora, y mientras tanto no hace bien alguno.—JEREMIAS TAYLOR.

Para el edificio que levantamos, está lleno de materiales el tiempo, nuestro hoy y nuestro ayer son los ladrillos con que edificamos.—LONGFELLOW.

El ahorro empezó con la civilización. Principió cuando los hombres se vieron en la necesidad de proveer para el día de mañana, lo mismo que para el de hoy. Empezó mucho antes que fuera inventado el dinero.

El ahorro significa la economía privada. Comprende la economía doméstica, el orden y el arreglo de una familia.

Mientras que la economía privada tiende á crear y promover el bienestar de los individuos, el fin que se propone la economía política es crear y aumentar la riqueza de las naciones.

La riqueza privada y la pública reconocen un mismo origen. La riqueza se obtiene con el trabajo, se conserva con los ahorros y las acumulaciones, y se aumenta con la diligencia y la perseverancia.

Los ahorros de los individuos constituyen la riqueza—en otras palabras,—el bienestar de toda nación. Por otra parte, el despilfarro ocasiona el empobrecimiento de los Estados. De modo que, toda persona ahorradora puede ser considerada como un bienhechor público, y toda persona pródiga como un enemigo público.

No hay disputa respecto de la necesidad de la economía privada. Todos la admiten, y la recomiendan. Pero en cuanto á la economía política, hay numerosas discusiones, por ejemplo, en la distribución del capital, las acumulaciones de la propiedad, la incidencia de los impuestos, las leyes de los pobres, y otras materias, que no nos proponemos estudiar. El asunto de la economía privada y del ahorro, es muy suficiente en sí mismo para ocupar las páginas de este libro.

La economía no es un instinto natural, sino producto de la experiencia, del ejemplo y de la previsión. Es también efecto de la educación y de la inteligencia. Sólo cuando los hombres llegan á ser sabios y prudentes se hacen frugales. De ahí que el mejor medio para hacer previsores á los hombres y á las mujeres, sea el instruirlos.

La prodigalidad es más natural en el hombre que el ahorro. El salvaje es el gastador más grande, porque carece de previsión, no tiene mañana. El hombre prehistórico no guardaba nada. Vivía en cuevas, ó en agujeros en el suelo, cubiertos con ramas. Se alimentaba con mariscos que buscaba á orillas del mar, ó con escaramujos y bayas que recogía en los bosques. Mataba los animales con piedras. Los acechaba, ó los perseguía. En seguida aprendió á usar las piedras como herramientas, empleándolas para hacer puntas de flechas y de lanzas, utilizando así su trabajo y matando más rápidamente los pájaros y los cuadrúpedos.

El salvaje primitivo no tenía la menor noción de agricultura. Sólo en época comparativamente reciente los hombres

han recogido semillas para alimento, y han guardado una parte de ellas para la siembra del siguiente año. Cuando se descubrieron los minerales, el fuego les fué aplicado, y los minerales se fundieron en metales, realizó el hombre un inmenso progreso. Pudo entonces fabricar herramientas duras, esculpir la piedra, edificar casas y, con infatigable laboriosidad, comenzó á distinguir los múltiples medios y agentes de la civilización.

El que vivía á orillas del mar ahuecó el tronco de un árbol caído, lo botó al agua, se fué en él al mar y pescó para alimentarse. El tronco se hizo bote sujetado con clavos de hierro. El bote se hizo galera, bajel, buque de ruedas, vapor de hélice, y el mundo quedó abierto á la colonización y á la civilización.

Los hombres habrían continuado siendo incivilizados, si no hubiera sido por los resultados de los trabajos útiles de los que los precedieron. El suelo había sido trabajado por sus antecesores y producido alimento para el uso humano. Ellos inventaron herramientas y edificios, y nosotros cosechamos los resultados útiles. Ellos descubrieron las artes y las ciencias, y nosotros obtenemos los efectos prácticos de sus trabajos.

La Naturaleza enseña que ninguna cosa buena, una vez hecha, puede desaparecer completamente. Los que viven disfrutan siempre de los millones enterrados que se han trabajado y ganado antes que ellos. La obra manual y la habilidad desarrollada en la edificación y esculturas de las ciudades perdidas tanto tiempo ha, Nínive, Babilonia y Troya, han llegado hasta nuestros días. En la economía de la Naturaleza, no hay trabajo humano que se vea completamente perdido. Algún resto útil sigue premiando á la raza ó al individuo.

La mera riqueza material que nos ha sido legada por nuestros antecesores forma solamente una partida insignificante en la suma de nuestra herencia. Nuestros derechos de nacimiento cuentan con algo más imperecedero: la suma de los efectos útiles de la aptitud y del trabajo humanos. Estos efectos no han sido transmitidos por medio del estudio, sino por la enseñanza y el ejemplo. Una generación ha enseñado á otra, y de ese modo han continuado siendo preservados el arte y la mecánica, y el conocimiento de las aplicaciones y los materiales mecánicos. Los trabajos y los esfuerzos de las

generaciones anteriores se transmitían de ese modo de padre á hijo, y siguen siendo herencia natural de la raza humana, uno de los instrumentos más importantes de la civilización.

Nuestros derechos de nacimiento consisten, pues, en los efectos útiles de los trabajos de nuestros antecesores; pero no podemos disfrutarlos sin que tomemos parte en la obra. Todos deben trabajar, ya sea con las manos ó con la cabeza. Sin el trabajo, la vida no tiene valor alguno; se convierte en un simple estado de letargo moral. No nos referimos al trabajo meramente físico. Hay muchísimo más trabajo en un orden más elevado, el trabajo de la acción y del sufrimiento, de la prueba y de la paciencia, de la empresa y de la filantropía, de difundir la verdad y la civilización, de disminuir el padecimiento y aliviar á los pobres, de ayudar á los débiles y de ponerles en condición de ayudarse á sí mismos.

«Un corazón noble—dice Barrow,—no sólo rehusará vivir del trabajo de otros, como un zángano de colmena, como sábandija que hurta su alimento en los graneros públicos, ó como tiburón que devora los peces pequeños, sino que sobrepujará sus obligaciones privadas cuidándose y afanándose por los demás hombres, con servicios y beneficios considerables hechos al público; porque no hay posición de ninguna clase, desde el cetro hasta el azadón, cuyo desempeño con algún éxito, crédito ó satisfacción, no exija mucho trabajo de cabeza, ó de manos, ó de ambas cosas á la par.»

El trabajo no es sólo una necesidad, sino también un placer. Lo que de otra manera sería una maldición, se convierte en bendición á causa de la constitución de nuestro sistema físico. Nuestra vida es una lucha con la Naturaleza, en ciertos conceptos, pero en otros es también una cooperación con la misma Naturaleza. El sol, el aire y la tierra están constantemente extrayendo de nosotros nuestras fuerzas vitales. De ahí que tengamos que comer y beber para alimentarnos, y que nos vistamos para adquirir calor.

La Naturaleza trabaja con nosotros; provee la tierra que nosotros labramos; hace crecer y madurar las semillas que sembramos y cosechamos. Proporciona, con la ayuda del trabajo humano, la lana que tejemos y el alimento que nos nutre. Y jamás debiera olvidarse, por ricos ó pobres que seamos, que todo lo que comemos, todo aquello con que nos ves-

timos, todo lo que nos sirve de techo y abrigo, desde el palacio hasta la choza, es producido por el trabajo.

Los hombres cooperan entre sí para el mantenimiento mutuo de todos. El labrador cultiva la tierra y provee de alimento; el fabricante teje los paños, que el sastre y la costurera convierten en vestidos, y los albañiles construyen las casas en que disfrutamos la vida doméstica. Así pues, es grande el número de los operarios que contribuyen á crear el resultado general.

El trabajo y la aptitud aplicados á las cosas más comunes les dan desde luego un valor precioso. El trabajo es realmente la vida de la humanidad; quitadlo, desterradlo, y la raza de Adán quedaría en el acto herida de muerte. «Aquel que no quiera trabajar—dijo San Pablo,—tampoco deberá comer;» y el apóstol gloriábase de que había trabajado con sus propias manos, y nunca había sido una carga para ningún hombre. Harto conocida es la historia de un viejo labrador que llamó á sus tres ociosos hijos, estando en el lecho de muerte, para comunicarles un secreto de importancia.—«Hijos míos—les dijo,—un gran tesoro está escondido en la propiedad que os voy á dejar.»—El anciano dió una boqueada.—«¿Dónde está escondido?»—preguntaron sus hijos á una voz.—«Os lo voy á decir—dijo el anciano;—tendréis que cavar...» mas le faltó el aliento antes que pudiera comunicar el importante secreto, y murió. Inmediatamente se pusieron los hijos á trabajar con palas y azadas los campos abandonados desde hacía mucho tiempo, y dieron vuelta á todo terrón, á todo césped de la propiedad. No descubrieron tesoro alguno, pero aprendieron á trabajar, y llegó la cosecha; el producto fué inmenso, á consecuencia de aquella labor tan completa que había sufrido. Entonces descubrieron el tesoro escondido en la heredad, del que su sabio padre les había prevenido.

El trabajo es á la vez una carga, un castigo, un honor y un goce. Puede ser identificado con la pobreza, pero también hay gloria en él. Atestigua á la par nuestras carencias naturales y nuestras muchas necesidades. ¿Qué serían el hombre, la vida y la civilización sin el trabajo? Todo lo que es grande en el hombre procede del trabajo;—grandeza en el arte, en la literatura, en la ciencia. El saber—*alas con que volamos hacia el cielo*—solamente se adquiere por medio del

trabajo. El genio sólo es la capacidad de trabajar intensamente, la facultad de hacer esfuerzos grandes y permanentes. El trabajo puede ser un castigo, pero lo es glorioso. Es dignidad, deber, nombradía é inmortalidad para aquellos que trabajan con los más elevados fines y por los propósitos más puros.

Hay muchos que murmuran y se quejan de la ley del trabajo en que vivimos, sin reflexionar que la obediencia á ella no solamente está conforme con la voluntad divina, sino que es también precisa para el desarrollo de la inteligencia, y para el goce completo de nuestra común naturaleza. De todos los hombres míseros, los ociosos son aquellos que más lo son; aquellos cuya vida es árida en utilidad, que no tienen otra cosa que hacer sino satisfacer sus sentidos. ¿No son esos hombres los más quejumbrosos, miserables, y descontentadizos de todos; constantemente en estado de fastidio, tan inútiles para sí como para los demás, meros estorbos en la tierra, que cuando se alejan, nadie los echa de menos, y á quienes nadie compadece? La suerte de los ociosos es, verdaderamente, la suerte más mísera é innoble.

¿Quiénes han ayudado tanto al mundo en su marcha progresiva como los trabajadores, los hombres que han tenido que trabajar por necesidad ó por gusto? Todo lo que llamamos progreso—civilización, bienestar y prosperidad,—depende de la laboriosidad bien aplicada, desde el cultivo de un tallo de cebada, hasta la construcción de un buque de vapor; desde coser un cuello, hasta esculpir *la estatua que al mundo encanta*.

Todos los pensamientos útiles y bellos, son asimismo resultado del trabajo, del estudio, de la observación, del examen, de la elaboración activa. El poema más noble no puede elaborarse, y sus inmortales armonías ser transmitidas al porvenir, sin labor constante y afanosa. Jamás ha sido hecha una grande obra de momento, de golpe. Es resultado de repetidos esfuerzos y, á menudo, de muchos fracasos. Una generación principia y otra continúa, cooperando el presente con el pasado. Así fué como el Partenón principió en una choza de barro, y el *Juicio Final* en algunos diseños trazados en la arena. Lo mismo sucede con los individuos de la raza: principian con esfuerzos, que abortan, pero por medio de la perseverancia llegan á resultados de éxito.

La historia de la laboriosidad es uniforme en la indole de sus ejemplos. La laboriosidad pone al hombre más pobre en condición de alcanzar honor y distinción. Los nombres más eminentes de la historia del arte, la literatura y la ciencia son de hombres laboriosos. Un fabricante laborioso de instrumentos nos dió la máquina de vapor; un barbero, la máquina de hilar; un tejedor, la *juanilla* de tejer algodón; un obrero de las minas perfeccionó la locomotora; y hombres trabajadores de todas condiciones han contribuido, uno tras otro, á los triunfos de la habilidad mecánica.

Por hombre trabajador no entendemos solamente al que trabaja con sus músculos y sus hombros. Un caballo podría hacer esto. Pero el hombre preeminentemente trabajador es *aquel* que trabaja también con su cerebro, y cuyo sistema físico está en absoluto bajo la influencia de sus facultades más elevadas. El individuo que pinta un cuadro, que escribe un libro, que hace una ley, que crea un poema, es un trabajador del orden más elevado, no tan preciso al sostenimiento físico de la comunidad como el labrador ó el pastor, pero no menos importante, porque proporciona á la sociedad el alimento intelectual más elevado.

Dicho ya todo esto sobre la importancia y la necesidad de la laboriosidad, vamos á ver qué uso se hace de las ventajas que se derivan de ella. Es evidente que el hombre hubiera seguido siendo inculto si no hubiera sido por las acumulaciones de ahorros hechos por sus antecesores; los ahorros de la habilidad, del arte, de la invención y de la cultura intelectual.

Los ahorros de la sociedad han dado como producto la civilización del mundo. Los ahorros son el resultado del trabajo, y sólo cuando los trabajadores principian á economizar, principian también á acumularse los resultados de la civilización. Hemos dicho que el ahorro comenzó con la civilización; podríamos muy bien haber dicho que el ahorro produjo la civilización. El ahorro produce el capital, y el capital es el resultado conservado del trabajo. El capitalista es, sencillamente, un hombre que no gasta todo lo que ha ganado con su trabajo.

El ahorro no es un instinto natural. Es un principio de conducta que se adquiere. Comprende la abnegación de sí mismo—la supresión del placer presente por el bien futuro,

—la subordinación del apetito animal á la razón, á la previsión y á la prudencia. Trabaja para hoy, pero también provee para mañana. Emplea el capital que ha economizado, y hace provisión para lo futuro.

«El derecho del hombre á prever lo futuro, que le ha sido »conferido por la razón—dice Eduardo Denison,—implica »para él el deber de proveer para ese porvenir, y nuestro »lenguaje atestigua esta verdad al usar esa palabra, como »expresando una precaución activa contra la necesidad futura, que en su significación radical entraña solamente una »presencia pasiva de la misma. Cada vez que hablamos de »la *virtud de la providencia*, presumimos que, estar prevenido es estar preparado. Conocer lo futuro no es virtud, pero »la más grande de las virtudes es prepararse para él.» (1)

Mas un gran número de los hombres no proveen para el porvenir. No recuerdan lo pasado. Sólo piensan en el presente. Nada guardan. Gastan todo lo que ganan. No atesoran para sí: no atesoran para sus familias. Pueden ganar crecidos sueldos, pero consumen todo lo que ganan. Esos individuos son constantemente pobres, y caminan al borde de las privaciones.

Otro tanto sucede con las naciones. Los pueblos que consumen todo lo que producen, sin dejar provisión para la producción futura, no tienen capital, como las personas pródigas, viven al día, y siempre están pobres y miserables. Las naciones que no tienen capital no tienen comercio. No tienen acumulaciones de qué poder disponer; de ahí que no tengan buques, marineros, diques, puertos, canales, ni ferrocarriles. La laboriosidad económica, radica en el fondo mismo de la civilización del mundo.

Véd á España. Allí, el suelo más rico es el menos productivo. A orillas del Guadalquivir, donde existieron en un tiempo doce mil poblaciones, no hay ahora ochocientas, y están llenas de mendigos. Dice un proverbio español:—*El cielo y el suelo son buenos; el entresuelo malo*. Bueno es el cielo, y la tierra es buena, sólo es malo aquello que está entre el cielo y la tierra. El esfuerzo continuado, ó el trabajo paciente, es una cosa inaguantable para el español. Parte á causa de la indolencia y parte á causa del orgullo, no pue-

(1) *Cartas de Eduardo Denison*, p. 240

de someterse al trabajo. Un español se ruborizará de trabajar, pero no se ruborizará de mendigar. (1)

De ese modo es como la sociedad se divide principalmente en dos clases; los que economizan y los pródigos, el previsor y el imprevisor, el ahorrador y el derrochador, los que tienen y los que no tienen.

Los hombres que ahorran por medio del trabajo llegan á ser dueños de un capital que pone á otro trabajo en movimiento. El capital se acumula en sus manos, y emplean otros para que trabajen para ellos. Así comienza el trabajo y el comercio.

Los económicos edifican casas, almacenes y fábricas. Proveen á las fábricas de herramientas y máquinas. Construyen buques y los mandan á las diversas partes del mundo. Reunen sus capitales, y construyen ferrocarriles, puertos y diques. Abren minas de carbón, hierro y cobre, y establecen bombas para desecarlas. Emplean operarios para trabajar en las minas, y de esa manera dan origen á una inmensa cantidad de ocupación.

Todo eso es resultado del ahorro, de economizar el dinero y emplearlo para fines beneficiosos. El hombre pródigo no toma parte alguna en el progreso del mundo. Gasta todo lo que adquiere, y no puede dar ayuda á nadie. Cualquiera que sea el dinero que gane, nunca se eleva su posición. No ahorra ninguno de sus recursos. Siempre está pidiendo ayuda. Es en realidad el siervo y el esclavo innato del económico.

(1) EUGENIO POITOU. *España y su pueblo*, p. 184-188 (*)

(*) La injusticia y desconocimiento de la raza española que entrañan tales afirmaciones son tan evidentes que, para destruirlas en su base bastará recordar que hubo un tiempo en que, los españoles, sin dejar de serlo, como es lógico suponer, constituían el imperio más opulento del mundo.

CAPITULO II

HÁBITOS DE ECONOMÍA

Lo principal es aprender á dominar se.—GETHE.

La mayoría de los hombres trabajan para el presente, muy pocos para lo futuro. Los sabios trabajan para ambos; para lo futuro en el presente, y para el presente en lo futuro.—*Conjeturas sobre la verdad.*

El secreto de todo éxito estriba en saber rehusarse uno á si mismo ciertas cosas... Si una vez habéis aprendido á quitaros de encima la mano del látigo, tendréis el mejor instructor en ello. Demosttradme que sabéis dominaros, y yo diré que sois un hombre educado; sin esto cualquiera otra educación para nada sirve.—MADAME DE OLIPHANT.

Todo el mundo grita: ¿Dónde está el hombre que nos va á salvar? ¡Necesitamos un hombre! No miréis tan lejos para hallar este hombre. Le tenéis á la mano. ¡Ese hombre, sois vos, soy yo, es cualquiera de nosotros!... ¿Cómo constituirse uno mismo en un hombre? Nada más difícil, si no sabe cómo *quererlo*: nada más fácil cuando quiere.

ALEJANDRO DUMAS.

Lo necesario y la comodidad se hallarían al alcance de la mayor parte de las gentes, si tomaran las medidas adecuadas para asegurárselos y disfrutarlos. Los hombres á quienes se pagan buenos sueldos también podrían llegar á ser capitalistas, y tomar parte en el mejoramiento y en el bienestar de la sociedad. Mas, solamente con la práctica de la laboriosidad, la energía, la honradez y el ahorro, podrán mejorar su propia posición ó la de su clase.

La sociedad padece en la actualidad mucho más de des-nilfarro que de falta de dinero. Es más fácil hacer dinero

que saber en qué gastarlo. Lo que un hombre adquiere no es lo que constituye su riqueza, sino la manera de gastar y de economizar; y cuando obtiene, por su trabajo, más que lo suficiente para sus necesidades y las de su familia, y puede poner á un lado, además, una pequeña cantidad de economías, posee indudablemente los elementos del bienestar social. Las economías podrán ser muy poca cosa, pero serán acaso lo bastante para hacerle independiente.

No hay razón alguna para que el operario bien pagado de nuestros días no pueda constituirse, con el ahorro, un capital. Sólo se trata de un asunto de abnegación de sí mismo y de economía personal. Los principales y más grandes industriales de hoy día son, en su mayor parte, hombres que han salido directamente de las filas del pueblo. La acumulación de la experiencia y de la habilidad es lo que constituye la diferencia entre el trabajador y el no trabajador, y depende sólo del mismo trabajador el ahorrar ó derrochar su capital. Si lo ahorra, verá que siempre habrá suficientes oportunidades para emplearlo provechosa y útilmente.

—Cuando estuve el otro día en Lancashire—dijo Cobden á sus conciudadanos en Midhurst,—visité una fábrica, en compañía de algunos caballeros, y esa fábrica pertenecía á una persona cuyo nombre no mencionaré, pero que por ahora llamaré Mr. Smith. No habría menos de tres ó cuatro mil personas ocupadas en esa fábrica cuando trabajaba, y había setecientos telares debajo de un techo. Cuando salíamos, golpeó la espalda del dueño de la fábrica uno de los amigos que me acompañaban, y con esa familiaridad franca y viril que tanto caracteriza á la raza del Lancashire, le dijo: «Mr. Smith era hace veinticinco años un obrero, y todo esto lo debe completamente á su propia laboriosidad y frugalidad.» A lo que contestó acto seguido Mr. Smith en el mismo tono franco y jovial: «No, no lo debo todo á mí mismo; me casé con una mujer de fortuna, pues ganaba nueve cheelines y seis centavos por semana como tejedora en los telares, cuando se casó conmigo.»

El ahorro del tiempo es igual al ahorro del dinero. Franklin dijo: «El tiempo es oro.» Si se quiere ganar dinero, puede lograrse con el empleo conveniente del tiempo. Pero el tiempo puede ser empleado también en muchas acciones buenas y nobles. Puede ser empleado en aprender, en el estudio, en el

arte, en la ciencia, en la literatura. El tiempo puede ser economizado sistemáticamente. El sistema es un arreglo para asegurarse ciertos fines, de modo que no se pierda tiempo alguno al realizarlos. Todo hombre de negocios debe ser sistemático y ordenado. Lo mismo deberá hacer toda mujer de su casa. Debe haber lugar para cada cosa, y cada cosa debe hallarse en su lugar. También habrá su tiempo para cada cosa, y cada cosa se hará á su tiempo.

No es preciso demostrar que la economía es necesaria. Nadie niega que el ahorro puede efectuarse. Vemos numerosos ejemplos de ello. Lo que muchos hombres han podido hacer, *pueden* hacerlo otros. Ni tampoco es el ahorro una virtud trabajosa. Por el contrario, nos pone en estado de evitar mucho desdén y muchas indignidades. Nos induce á que nos podamos negar á nosotros mismos cualquiera fruición conveniente, pero no á que nos privemos de ella. Proporciona muchos placeres honestos, de que nos privan la prodigalidad y el despilfarro.

Que ningún hombre diga que no puede economizar. Hay muy escasas personas que no puedan poner sus medios para economizar algunos chelines semanalmente. En veinte años, ahorrando tres chelines semanalmente llegarían á ser doscientas cuarenta libras esterlinas; y en diez años más, con el aumento de los intereses, serían cuatrocientas veinte libras. Algunos podrán decir que no pueden economizar eso ni con mucho. ¡ Bien! Comenzad con dos chelines, un chelín, ó aunque sólo sea medio chelín. Principiad con cualquier cosa; pero, de cualquier modo, empezad á hacerlo. Medio chelín por semana depositado en los Bancos de Ahorros, sumarán cuarenta libras en veinte años, y á setenta libras en treinta años. Lo que debe formarse es el *hábito* de economizar y de saber rehusarse uno á sí mismo determinadas cosas.

El ahorro no requiere un valor ni una inteligencia superiores, ni ninguna virtud sobrehumana. Sólo requiere sentido común y el poder de resistir á fruiciones egoístas. Realmente, el ahorro no es sino el sentido común en acción por un ejercicio cotidiano. No necesita ninguna resolución ferviente, sino una pequeña y paciente abnegación de sí mismo. **PRINCIPIA**, es su divisa. Cuanto más se practica el hábito del ahorro, tanto más fácil se hace y tanto más pronto recompensa

al que se impone privaciones á sí mismo, de los sacrificios que se ha impuesto.

Podrá preguntarse:—¿Es posible que un hombre que trabaja por un sueldo pequeño puede hacer economías y colocarlas en un Banco de Ahorros, cuando necesita hasta un penique para mantener á su familia? Pero el hecho está ahí: y es un hecho efectuado por muchos hombres laboriosos y sobrios, que se privan y colocan sus ganancias economizadas en Bancos de Ahorros, y en otros establecimientos para las economías de los hombres pobres. Y si algunos pueden hacerlo, todos los que se encuentren en iguales circunstancias, harán lo mismo sin privarse de ningún placer legítimo ó de ninguna fruición verdadera.

¡ Cuán profundamente egoísta es la persona que recibe una buena paga y la gasta toda para sí; ó, si tiene familia, gasta todas sus ganancias de semana en semana, y no guarda nada! Cuando oímos de un hombre que ha gozado de un buen sueldo, y que ha muerto sin dejar nada en pos de sí—que ha dejado desprovistas á su mujer y su familia—que las ha dejado á la buena de Dios á que vivan ó mueran en cualquier parte, lo juzgamos como fruto de la prodigalidad más egoísta. Y sin embargo, se piensa relativamente poco en semejantes casos. Tal vez se hará una subscripción; pero ésta podrá producir algo, quizás nada, y los arruinados restos de la desventurada familia caerán en la pobreza y en el desamparo.

No obstante, un poco de prudencia podría haber evitado en gran parte ese resultado. La privación de cualquier goce sensual y egoísta—el de un vaso de cerveza ó de unos cigarros—pondrían á un hombre en el transcurso de los años en condición de ahorrar por lo menos algo para otros, en vez de derrocharlo en sí mismo. Es un deber verdaderamente absoluto para el hombre más pobre, proveer, aunque sea en pequeña escala, al sostén suyo y de su familia en las épocas de enfermedad y de desamparo que á veces caen sobre los hombres cuando menos aguardan semejante visita.

Relativamente, pocas personas pueden ser ricas; pero los más se hallan en el caso de poder conseguir lo bastante por medio de la laboriosidad y de la economía, para proveer á todas sus necesidades personales. Hasta pueden llegar á poseer suficientes ahorros para asegurarlos contra la penuria y la pobreza en su ancianidad. Sin embargo no es la falta de

oportunidad, sino la falta de voluntad, lo que se interpone en el camino de la economía. Los hombres pueden trabajar incesantemente con las manos ó la cabeza; pero no pueden abstenerse de gastar demasiado liberalmente, y de vivir con holgura.

La mayoría prefiere el goce del placer á la práctica de la abnegación de sí mismo. El animal es superior á la generalidad de los hombres, que, á menudo, gastan todo lo que ganan. Pero no son únicamente los obreros los derrochadores. Sabemos de hombres que durante años han estado ganando y gastando centenares de libras esterlinas al año, que mueren de pronto, dejando á sus hijos sin un penique. Todos conocen casos de esta índole. A su muerte, hasta el ajuar en que han vivido pertenece á otros. Se vende para pagar los gastos del entierro y las deudas en que han incurrido durante su pródiga existencia.

El dinero representa una porción de objetos sin valor, ó sin utilidad real, pero representa igualmente algo mucho más precioso, como es la independencia, y desde este punto de vista es de grande importancia moral.

Como una garantía de independencia, la modesta y plebeya cualidad de la economía es ennoblecida y elevada á la par al rango de una de las virtudes más meritorias. «Nunca tratéis ligeramente los negocios de dinero—dijo Bulwer;—el dinero es carácter.» Algunas de las cualidades mejores del hombre dependen del verdadero uso del dinero, tales como su generosidad, benevolencia, justicia, honradez y previsión. Muchas de sus peores cualidades también reconocen su origen en el mal uso del dinero, tales como la codicia, la tacañería, la injusticia, el despilfarro y la imprevisión.

Nunca ha llevado cosa ninguna á cabo la clase que ha vivido al día. Las personas que gastan todo lo que ganan, tienen que ser necesariamente débiles é impotentes, esclavos del tiempo y de la circunstancias. Se conservan pobres á sí propios. Pierden el respeto de sí mismos y el que deben á los otros. Es imposible que puedan ser libres é independientes. Ser pródigo es lo bastante para despojar á uno de todo ánimo y virtud viriles.

Pero un hombre con algo que haya economizado, por poco que sea, está en una posición muy distinta. El capitalito que ha reunido es siempre una fuente de poder. Ya no es ju-

guete del tiempo y de la suerte. Puede mirar atrevidamente al mundo á la cara. Hasta cierto punto, es su propio señor. Puede dictar condiciones. No puede ser ni comprado ni vendido. Puede aguardar con alegría una vejez de bienestar y de ventura.

Conforme se hacen los hombres sabios y prudentes, se hacen generalmente previsores y frugales. Un hombre irreflexivo, lo mismo que un salvaje, gasta lo que recibe, no pensando en mañana, en el tiempo de la adversidad ó en los derechos de aquellos á quienes ha hecho que dependan de él. Pero un hombre prudente piensa en el porvenir, se prepara á tiempo para el día aciago que pueda venirle encima á él y á su familia; y provee cuidadosamente para aquellos que están cerca de él y que le son queridos.

¡Cuán grave responsabilidad contrae el hombre que se casa! No son muchos los que piensan seriamente en esa responsabilidad. Quizá está esto sabiamente ordenado, pues pensarlo mucho y seriamente podría concluir por alejar de la vida casada y de sus responsabilidades. Mas una vez casado, debe el hombre determinar en el acto que, por lo que respecta á sus propios esfuerzos, no han de entrar en su casa las penurias; y que sus hijos no han de ser una carga para la sociedad, en el caso de que él desapareciera de la escena de la vida y del trabajo.

La economía, para este fin, es un deber importante. Sin la economía, ningún hombre puede ser justo, ningún hombre puede ser honrado. La imprevisión es crueldad para con las mujeres y los niños, si bien la crueldad nace de la ignorancia. Un padre gasta su sobrante en bebidas, dando poco de lo que se necesita, y no ahorrando nada, y muere después, dejando á su familia víctima de su vida. ¿Existe alguna forma de crueldad que exceda á esto? Sin embargo, este sistema imprevisor es seguido en grande escala en todas las clases sociales. Las clases media y la alta son tan culpables como las clases bajas. Viven gastando más de lo que sus recursos les permiten. Viven en el despilfarro. Tienen anhelo del brillo y del esplendor, de la frivolidad y del placer. Luchan por ser ricos, para poder tener los medios de gastar, de beber excelentes vinos y de dar buenas comidas.

Cuando Mr. Hume dijo en la Cámara de los Comunes, hace algunos años, que el género de vida en Inglaterra era

en todo demasiado alto, fué seguida su observación por una «carcajada». No obstante, esta observación era perfectamente cierta. Ahora es mucho más verdadera que entonces. Las personas que piensan, creen que ahora se vive muy arrisa, y que estamos viviendo con alta presión. En una palabra, vivimos en medio del despilfarro. Vivimos más allá de nuestros recursos. Arrojamus nuestras ganancias, y á veces arrojamus también nuestras vidas tras ellas.

Muchas personas son lo bastante activas para hacer dinero, pero no saben cómo economizarlo, ó cómo gastarlo. Tienen bastante habilidad y laboriosidad para hacer lo uno, mas carecen de la sabiduría necesaria para hacer lo otro. Se apodera de nosotros la pasión temporal del goce, y cedemos á ella sin considerar las consecuencias. Y no obstante, acaso no sea sino el resultado del descuido, y podrá ser dominado fácilmente con fuerza de voluntad, y por la resolución enérgica de evitar las causas ocasionales de gastos para lo futuro.

El hábito de ahorrar nace en su mayor parte del deseo de mejorar nuestra condición social, como asimismo de mejorar la condición de aquellos que dependen de nosotros. Nos dispensa de todo aquello que no es absolutamente necesario, y evita todo método de vida pródigo y derrochador... Una compra hecha al precio más bajo será cara, si es una superfluidad. Los gastos pequeños conducen á los grandes. Comprar cosas que no se necesitan, nos acostumbra en breve á la prodigalidad en otros conceptos.

Cicerón dijo: «Carecer de la manía de comprar, es poseer una renta.» Muchos son arrastrados por el hábito de comprar de lance. «Aquí hay algo maravillosamente barato; comprémoslo.» «¿Os sirve para algo?» «No, por el presente, no; pero seguramente habrá de servir alguna vez.» La moda sigue este hábito de comprar. Algunos compran loza de China antigua, en cantidad suficiente para llenar un almacén de loza. Otros compran cuadros antiguos, muebles antiguos, vinos añejos,—¡ todos negocios magníficos! Habría muy poco mal en comprar estas cosas viejas, si no fuesen compradas tan á menudo á costa de los acreedores de los peritos. Horacio Walpole dijo una vez: «Espero que no habrá otra venta, pues no me ha quedado ni una pulgada de espacio, ni un ochavo.»

Los hombres deben preparar en la juventud y en la edad mediana los medios para gozar agradable y felizmente de la vejez. No puede haber nada más aflictivo que ver á un anciano que ha pasado la mayor parte de su vida con trabajos bien remunerados, reducido á la necesidad de mendigar el pan, y depender por completo de la conmiseración de sus vecinos, ó de la generosidad de los extraños. Una consideración como ésta debiera inspirar en temprana vida á los hombres la determinación de trabajar y de ahorrar, para beneficio propio y de sus familias, en los años venideros.

En la juventud es cuando debe practicarse la economía, y en la ancianidad cuando los hombres deben gastar liberalmente, en el supuesto de que no se exceden de sus ingresos. El joven tiene ante sí un largo porvenir, durante el cual puede practicar los principios de economía; en tanto que el otro va llegando al fin de su carrera, y nada puede llevar consigo fuera del mundo.

Esto, sin embargo, no es lo común. El joven gasta ahora, ó desea gastar, tan liberalmente, y en ocasiones mucho más liberalmente que su padre, que ya está próximo á terminar su carrera. Comienza la vida donde su padre la termina. Gasta más de lo que su padre hizo en su edad, y muy luego se encuentra lleno de deudas. Para satisfacer sus necesidades constantes, recurre á medios poco escrupulosos, y á lucros ilícitos. Trata de hacer dinero rápidamente; especula, trafica más de lo que puede, y pronto ha concluido. Así adquiere experiencia; pero es el resultado, no de un buen proceder, sino de un proceder digno de vituperio.

Sócrates recomienda á los padres de familia que observen la práctica de sus vecinos ahorradores—de aquellos que gastan sus recursos del modo más ventajoso,—y que aprovechen de su ejemplo. El ahorro es esencialmente práctico, y la mejor manera de enseñarlo son los hechos. Dos hombres ganan, supongamos, cinco chelines al día. Están precisamente en las mismas condiciones por lo que respecta á la manera de vivir, las familias, y los gastos. No obstante, el uno dice que no puede ahorrar, y no lo hace; mientras que el otro dice que puede economizar, y deposita con regularidad una parte de sus economías en un Banco de Ahorros, y al fin llega á ser capitalista.

Samuel Johnson conocía á fondo las estrecheces de la pobreza. En cierta ocasión firmó su nombre con la palabra *impransus*, es decir, *sin comida*. Había vagado por las calles con Savage, no sabiendo dónde descansar por la noche. Nunca olvidó Johnson la pobreza, por la que sufrió en su temprana edad, y siempre aconsejaba á sus amigos y lectores que la evitasen. Al igual de Cicerón, declaraba que la mejor fuente de riqueza ó de bienestar era la economía. La denominaba hija de la prudencia, hermana de la templanza y madre de la libertad.

«La pobreza—dijo,—nos priva de tantos medios de hacer el bien, y produce tanta falta de habilidad para resistir el mal, así natural como moral, que debe evitarse por todo medio virtuoso. Decídetes, pues, á no ser pobre, y tengas lo que tengas, gasta menos. La frugalidad no solamente es la base de la tranquilidad, sino de la beneficencia. Ningún hombre puede ayudar á otro si él mismo necesita ayuda; debemos tener lo suficiente antes que podamos ahorrar.»

Y en otra ocasión dijo: «La pobreza es un gran enemigo de la felicidad humana. Es evidente que destruye la libertad, y hace impracticables algunas virtudes, y á otras sumamente penosas... Todos aquellos para quienes es terrible la necesidad, en cualquier principio, deben considerarse obligados á aprender las sabias máximas de nuestros económicos antepasados, y adquirir el saludable arte de disminuir los gastos; porque sin economía nadie puede ser rico, y con ella pocos serán pobres.»

Cuando se juzgue á la economía como cosa que *tiene* que ser practicada, no se la tendrá nunca como una carga; y aquellos que antes no la hayan observado, quedarán sorprendidos al ver lo que pueden hacer unos cuantos peniques ó chelines ahorrados semanalmente, en favor de la elevación moral, de la cultura intelectual, de la independencia personal.

Hay dignidad en toda tentativa para economizar. Su misma práctica mejora. Indica abnegación de sí mismo, y comunica fuerza al carácter. Engendra un espíritu bien ordenado. Nutre la templanza. Está fundada en la previsión. Hace de la prudencia el rasgo característico predominante, y da á la virtud el dominio sobre los goces. Especialmente asegura la

comodidad, aleja los cuidados y disipa muchas humillaciones y ansiedades que de otro modo podrían pesar sobre nosotros.

Algunos dirán: «No puede hacerse.» Mas todos pueden hacer algo. El «no se puede,» es la ruina de los hombres y de las naciones. En realidad, no hay mayor inconveniente que el *no se puede*. Tomad un ejemplo. Un vaso de cerveza cada día equivale á cuarenta y cinco chelines al año. Esta suma asegura la vida de un hombre por ciento treinta libras esterlinas pagaderas á su muerte. O, colocados en un Banco de Ahorros, llegarían á sumar cien libras esterlinas en veinte años. Pero hay muchos que beben media docena de vasos de cerveza al día. Esta cantidad de cerveza, no bebida, alcanzaría en ese tiempo á seiscientas libras esterlinas. El hombre que gasta en bebida nueve peniques diarios derrocha en cincuenta años cerca de dos mil libras esterlinas.

Un patrón recomendó á uno de sus operarios que «ahorrara algo para los días de lluvia.» Poco después preguntó el patrón al individuo que cuánto había agregado á su capitulito. «¡A fe mía, nada—le respondió;—hice todo lo que me dijisteis, pero ayer llovió copiosamente, y todo se fué... en copitas!»

Que un hombre deba mantenerse y mantener á su familia sin la ayuda de los demás, lo debe á su sentimiento de respeto propio. Todo hombre que se precia de serlo y que se ayuda á sí mismo, debe respetarse. Es el centro de su propio pequeño mundo. Sus amores, sus simpatías, sus experiencias, sus esperanzas y sus temores personales, ¡cuán importantes son para él, aunque de poca importancia para los demás! Afectan su felicidad, su vida diaria, y todo su ser como hombre. No puede, pues, dejar de sentirse interesado, profundamente interesado, en todo lo que á él se refiere.

Para hacer justicia, debe pensar un hombre bien, no solamente de sí mismo, sino de las obligaciones que tiene para con los demás. No debe apuntar demasiado bajo, sino juzgar al hombre como creado «un poco más abajo que los ángeles.» Dejad que piense en lo elevado de su destino, en los intereses eternos en que tiene parte, en los grandes designios de la Naturaleza y de la Providencia, en la inteligencia con que ha sido dotado, en la facultad de amar que le ha sido otorgada, en el hogar, en la tierra que le ha sido dada, y cesará de pensar baja é indignamente de sí propio. El más

pobre ser humano es el centro de dos eternidades: protegiendo á todo el Creador.

Así, pues, que se respete todo hombre á sí mismo; su cuerpo, su espíritu, su carácter. El respeto propio, originado en el amor de sí mismo, impele al primer paso hacia el mejoramiento. Estimula al hombre á que se eleve, á mirar hacia arriba, á desarrollar su inteligencia, á mejorar su condición. El respeto propio es la raíz de la mayor parte de las virtudes; de la limpieza, la castidad, la reverencia, la honradez, la sobriedad. Pensar bajamente de uno mismo es caer; en ocasiones es descender un precipicio en cuyo fondo se encuentra la infamia.

Todo hombre puede ayudarse hasta cierto punto. No somos mera paja arrojada á la corriente para marcar su curso: sino que estamos en posesión de la libertad de acción, dotados con el poder de cortar las olas y alzarnos sobre ellas, marcando cada uno un curso para sí mismo. Cada uno de nosotros puede elevarse en la escala del ser moral. Podemos acariciar pensamientos puros; podemos realizar buenas acciones; podemos vivir sobria y frugalmente; podemos proveer para los malos días; podemos leer libros buenos, escuchar á sabios maestros y situarnos bajo las influencias más divinas sobre la tierra, y podemos, en fin, vivir para los más elevados propósitos, y aspirando hacia las miras más elevadas.

«El amor propio y el social son lo mismo,» dice uno de nuestros poetas. El hombre que se mejora, mejora á la sociedad. Agregad un hombre verdadero al conjunto; y hallándose formado el conjunto por los individuos, es claro que si cada uno mejorara, el resultado sería el mejoramiento de todos. El adelanto social es la consecuencia del adelanto individual. El todo no puede ser puro, á no ser que los individuos que lo constituyen sean puros. La sociedad en general no es más que el reflejo de las condiciones individuales. Todo esto es la repetición de una verdad indiscutible, pero las verdades indubitables tienen frecuentemente que ser repetidas para que produzcan completa impresión. X

Por otra parte, cuando un hombre se ha mejorado á sí mismo, es más apto para mejorar á aquellos que están en contacto con él. Tiene más poder. Su esfera de aspiraciones se aumenta. Ve con más claridad los defectos que pueden ser ~~rem~~remediados en la condición de otros. Puede prestar una mano

más activa para ayudar á levantarlos. Ha hecho su deber para consigo mismo, y puede hablar con más insistencia y autoridad á los demás sobre la necesidad de practicar igual deber para con ellos mismos. ¿Cómo podría ser el hombre un elevador del nivel social, cuando él mismo está marchando por el lado de los goces propios? ¿Cómo puede enseñar la sobriedad ó la limpieza, si él mismo es ebrio ó desaseado? «Médico, cúrate á tí mismo,» será la respuesta de sus vecinos.

El resumen de nuestras observaciones es éste: En todas las reformas ó mejoramientos individuales que anhelamos, debemos principiar por nosotros mismos. Debemos poner de manifiesto nuestro evangelio en nuestra propia vida. Debemos enseñar con nuestro propio ejemplo. Si deseamos que otros se eleven, debemos elevarnos nosotros mismos. Cada hombre puede enseñar los resultados en su propia persona, comenzando con el respeto propio.

La incertidumbre de la vida es un fuerte estímulo para proveer contra los malos días. Hacer esto es un deber moral y social, lo mismo que religioso. «Aquel que no provee para los suyos, y sobre todo para los de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel.»

La incertidumbre de la vida es axiomáticamente cierta. El hombre más fuerte y más sano puede sucumbir en un instante por accidente ó por enfermedad. Si tomamos la vida humana en el conjunto, no podemos dejar de reconocer la incertidumbre de la vida así como reconocemos la certidumbre de la muerte.

Hay un pasaje que llama la atención en «*La visión de Mirza*» de Addison, en el que se pinta la vida como un pasajero sobre un puente de cien arcos. A la entrada hay trampas escondidas puestas muy próximas unas de otras, por las que desaparecen multitudes, en cuanto ponen sus pies sobre el puente. Están menos compactas hacia el centro; desaparecen gradualmente, hasta que por fin sólo unas cuantas personas llegan al otro extremo, y habiendo caído asimismo éstas por las trampas, queda completamente vacío el puente en su extremidad. La descripción de Addison corresponde á los resultados de las observaciones hechas tocante á la duración de la vida humana.

Así, de cien mil personas nacidas en este país, se ha averiguado que una cuarta parte mueren antes de haber llegado

al quinto año, y una mitad antes de rayar en los cincuenta años. Mil cien llegan á cumplir noventa años. Dieciséis alcanzan á cien. Y únicamente dos personas de las cien mil, como las últimas embarcaciones de un inmenso convoy, llegan á la avanzada y desvalida edad de ciento cinco años.

Dos cosas son harto sabidas: la incertidumbre de la hora de la muerte en los individuos, y la regularidad y constancia de las circunstancias que ejercen influencia en la duración de la vida humana en el agregado. Es cosa indudable que el *promedio* de la vida de todas las personas nacidas en este país se extiende á unos cuarenta y cinco años. Esto ha sido probado por un gran número de observaciones hechas sobre la vida humana y su duración.

Observaciones igualmente extensivas se han llevado á cabo respecto del promedio del número de personas de varias edades que mueren anualmente. Siempre es el número de las experiencias lo que da la ley de la probabilidad. Sobre estas observaciones se halla el cálculo de mortalidad que existe en un período dado de la vida. El registro ha sido guiado por las leyes de mortalidad. Los resultados, pues, tienen que ser muy exactos para justificar el registro al hablar de la mortalidad como gobernada por las leyes. Y no obstante, así es.

En realidad, no debiera existir en el mundo una cosa semejante al caso. El hombre vive y muere en conformidad á una ley. Un gorrión que cae al suelo obedece también á una ley. Más aún, hay asuntos en las transacciones ordinarias de la vida, que pudieran suponerse mero resultado de la casualidad, y no obstante se ha averiguado que son de una exactitud notable cuando se les considera en conjunto. Por ejemplo, el número de cartas puestas en el correo sin que tengan dirección; el número de cartas con dirección equivocada; el número de las que contienen dinero; el número de las que no tienen estampilla, continúa siendo casi igual, con relación al número de cartas echadas al correo de un año á otro.

Ahora bien, comprender las leyes de la salud, y proveer contra sus consecuencias, es cuestión que corresponde al hombre, como por ejemplo, en los asuntos de enfermedad, accidente y muerte prematura. No podemos escapar á las consecuencias de la transgresión de las leyes naturales, aunque hayamos obrado de buena fe. Debemos obrar bien. El Creador no altera sus leyes para ajustarlas á nuestra ignorancia.

Nos ha provisto de inteligencia, para que podamos comprenderlas y obrar de acuerdo con ellas: de otra manera tendríamos que sufrir dolor y angustia inevitables.

Con frecuencia oímos exclamar: «¡Nadie quiere ayudarnos!» Es un grito falto de ánimo y de esperanza. A veces es un grito de repugnante bajeza, especialmente cuando parte de aquellos que con un poco de abnegación, de sobriedad y de ahorro, podrían fácilmente ayudarse á sí propios.

Son muchas las personas que no han aprendido todavía que la virtud, el saber, la libertad y la prosperidad, tienen que nacer de ellos mismos. La legislación puede hacer muy poco en su favor: no puede hacerlos sobrios, inteligentes y exactos. Las principales miserias de la mayoría de los hombres, tienen origen en causas ajenas á las actas del Parlamento.

El pródigo se ríe de la legislación. El ebrio la desafía, y se arroga el derecho de prescindir de la previsión y de la abnegación de sí mismo, echando sobre otros lo que hay de vituperable en su vil proceder. Los oradores populacheros, que reúnen «los millones» á su alrededor, están muy distantes del blanco, cuando, en vez de tratar de arrastrar á la multitud de oyentes hacia los hábitos de frugalidad, templanza y cultura propia, los incitan á que prosigan diciendo: «¡Nadie quiere ayudarnos!»

Ese grito enferma el alma. Pone de manifiesto una gran ignorancia de los primeros elementos del bienestar personal. La ayuda radica en los hombres mismos. Han nacido para educarse y ayudarse á sí mismos. Deben hacer salir de ahí su propia salvación. Los hombres más pobres lo han hecho; ¿por qué no lo han de hacer todos? El espíritu valeroso y que mira hacia arriba siempre triunfa.

Es ya hoy muy crecido el número de operarios bien pagados en este país, que podrían ahorrar y economizar fácilmente para el adelanto de su bienestar moral, de su respetabilidad é independencia, y de su posición en la sociedad como hombres y ciudadanos. Son imprevisores y pródigos hasta un punto que prueba ser no menos dañoso á su felicidad personal y comodidades domésticas, que perjudicial á la sociedad de que forman parte tan importante.

En «los tiempos prósperos» gastan sus ganancias atolon-

dradamente, y cuando llegan los tiempos adversos, se sumergen en la miseria. No se usa del dinero, sino que se abusa; y cuando las personas que ganan salarios debieran proveer contra la vejez, ó para las necesidades de una familia que crece, están en muchos casos alimentando á la locura, la disipación y el vicio. No se diga que ésta es una pintura exagerada. Basta dirigir la vista por cualquier vecindad, y ver cuánto se gasta y cuán poco se ahorra; qué proporción tan grande de lo ganado va á parar á las tabernas, y cuán poco á los Bancos de Ahorros ó en provecho de la sociedad.

«Los tiempos prósperos» son á menudo los menos prósperos de todos. En los tiempos prósperos, trabajan incesantemente las fábricas; á los niños, las mujeres y los hombres se les pagan sueldos crecidos; los almacenes se llenan y vacían; las mercancías se fabrican y se exportan; carruajes llenos de productos pasan por las calles; inmensos trenes de carga recorren las líneas férreas, y buques pesadamente cargados dejan nuestras costas todos los días para puertos extranjeros, llenos de productos de nuestra industria. Todo el mundo parece que se enriquece y adelanta su prosperidad. Mas no reflexionamos si los hombres y las mujeres se hacen más prudentes, mejor educados, menos dispuestos al goce, más religiosos de inclinación ó si viven para algún propósito más elevado que la simple satisfacción de un apetito físico.

Si se examina detenidamente esta aparente prosperidad, se verá que el gasto se aumenta en todos los órdenes. Hay demanda de salarios más crecidos; y los salarios más crecidos, cuando se obtienen, se gastan tan pronto como se ganan. Se forman los hábitos de intemperancia, y una vez formados, sigue el hábito de la intemperancia. Los salarios aumentados, en vez de ser economizados, en su mayor parte son gastados en bebidas.

Así, cuando una población es irreflexiva é imprevisora, no existe ninguna clase de prosperidad material que pueda beneficiarla. A no ser que practiquen la previsión y la economía, estarán alternativamente en un estado de «hambre ó de hartazgo.» Cuando decae el tráfico, como sucede generalmente después de una prosperidad excepcional, no quieren consolarse pensando en lo que *podían* haber ahorrado, si el-

guna vez se les hubiese ocurrido que los «tiempos prósperos» podían no durar siempre.

Durante los tiempos prósperos, se observa regularmente el San Lunes. El día de fiesta del Banco es repetido semanalmente. «¿Dónde están todos los operarios?—interrogó un patrón á su capataz visitando sus construcciones,—esta obra tiene que ser acabada y techarse mientras dura el buen tiempo.»—«Pero, señor—contestó el capataz,—hoy es lunes; y todavía no han gastado todo su dinero.» El deán Boyd, al predicar en Ester á favor de los hospitales de Devonshire, expresó la convicción de que la pérdida anual de los operarios ocupados en las fábricas de algodón, el tráfico de algodón y el trabajo de albañilería, con el *lunes ocioso*, alcanzaba un total de más de siete millones de libras esterlinas.

Si el objeto principal del hombre fuera fabricar paño, seda, algodón, quincallería, chucherías y loza; comprar en el mercado más barato y vender en el más caro; cultivar la tierra, sembrar maíz y apacentar ganado, vivir tan sólo para el simple lucro del dinero, atesorar ó gastar, según fuese el caso, podríamos congratularnos entonces por nuestra prosperidad nacional. ¿Pero es éste el objeto principal del hombre? ¿No tiene facultades, afectos y simpatías, á más de sus órganos musculares? ¿No tienen su espíritu y su corazón ciertos derechos, lo mismo que su boca y su espalda? ¿No tiene un alma lo mismo que un estómago? ¿Y no debiera la «prosperidad» entrañar el mejoramiento y el bienestar de su moral y de su inteligencia así como el de sus huesos y de sus músculos?

El dinero solo no es indicio de prosperidad. La naturaleza de un hombre puede seguir siendo la misma. Hasta puede hacerse más deforme, en tanto que él dobla sus gastos, ó agrega ciento por ciento anualmente en sus tesoros. Lo mismo es con la masa. El aumento de sus ganancias podrá proporcionarle únicamente medios mayores para disfrutar de sus placeres físicos, á menos que su carácter moral guarde proporción con su adelanto material. Doblad las ganancias á un hombre no educado, y que trabaja en demasía en tiempo de prosperidad ¿y cuál será el resultado? Sencillamente éste: ¡le habréis dado los medios de comer y de beber más! Así, pues, ni aun el bienestar material de la población se asegura

por esa condición de cosas, definida por los autores de economía política como «prosperidad nacional.» Y mientras se dejen á un lado los elementos morales de la cuestión, creemos que esta clase de «prosperidad» está calculada para producir muchos más resultados perjudiciales que buenos. Tan sólo el saber y la virtud pueden dar dignidad á la vida de un hombre, y el desarrollo de esas cualidades en una nación es el único signo verdadero de su prosperidad efectiva, no la infinita fabricación y venta de algodón, zarazas, chucherías, quincallerías y loza.

El obispo de Manchester, al predicar cerca de Preston en un día de gracia por la cosecha, habló de una carta que había recibido de un sacerdote del sud de Inglaterra, quien, después de expresar su placer por el hecho de que los peones de labranza recibían mayores salarios, se quejaba de que «al presente el único resultado que podía descubrir que habían producido los salarios más altos, era que se consumía una cantidad *mucho mayor de cerveza*. Si éste es el uso que estábamos haciendo de esta prosperidad, con dificultad podríamos llamarla una bendición por la cual tuviéramos derecho ó fundamento para dar gracias á Dios. La verdadera prosperidad de la nación consistía no tanto en el hecho de que la nación aumentara su riqueza—aunque la riqueza era un atributo necesario de la prosperidad—sino que aumentara en virtud, y que hubiera una distribución más equitativa de las comodidades, satisfacción y cosas de aquí abajo.»

Al hacer las observaciones precedentes no defendemos en lo más mínimo la formación de hábitos tacaños y avaros, porque detestamos al ruin y al mísero. Todo lo que sostenemos es que los hombres deben proveer para lo futuro—que deben proveer durante los tiempos buenos para los malos, que por lo general les siguen invariablemente,—que deben reservar una provisión de economías como un rompeolas contra la necesidad, y asegurarse de un pequeño capital que pueda servirle de sostén en su ancianidad, que les asegure su respeto propio, y aumente sus comodidades personales y su bienestar social. El ahorro no está en modo alguno ligado á la avaricia, la usura, la codicia ó el egoísmo. Es, realmente, el reverso de estas repelentes inclinaciones. Significa economía con

el propósito de asegurarse la independencia. El ahorro requiere que el dinero sea usado y no que se abuse de él, que sea ganado honradamente y empleado con economía :

*Not for to put it in a hedge,
Not for a train attendant,
But for the glorious privilege
Of being independent. (1)*

(1) «No para hacer de él un *entierro*, ni tampoco para arrastrar lujoso tren, sino para alcanzar el glorioso privilegio de ser independiente.»

CAPITULO III

IMPREVISION

El hombre que tiene mujer é hijos ha entregado rehenes á la fortuna.

LORD BACON.

En todas las condiciones y circunstancias está el bienestar al alcance de aquellos que tienen poder sobre sí mismos.

J.-J. GURNEY.

¿Dónde está su sentido común? ¡Ay! ¡qué imprudencial tempranos casamientos; muchos hijos, pobres salarios y después el asilo... Nacen, son miseros y mueren... En ningún país extranjero de menos civilización que Inglaterra, existe igual imprevisión.—LORD LYTTON.

Ningún hombre te oprime, ¡oh ser privilegiado, libre é independiente! mas este estúpido vaso de metal ¿no te oprime? Ningún hijo de Adán te puede mandar que vengas ó que te vayas, mas este absurdo vaso de pesado líquido lo puede y lo hace. Tú eres el esclavo, no de Cedric el Sajón, sino de tus propios apetitos brutales, y de esta malhadada copa de bebida. Y no obstante, tonto, te jactas de tu libertad.—CARLYLE.

Nunca se elevó por sí misma ninguna miseria pública, las plagas de Dios están aún fundadas sobre las manchas comunes á nuestra humanidad, y á la llama que destruyó al género humano, le dió el hombre el combustible, ó cuando menos el viento.—DANIEL.

Inglaterra es uno de los países más ricos del mundo. Nuestros comerciantes son emprendedores, nuestros fabricantes laboriosos, y nuestros operarios trabajadores infatigables. Hay una acumulación de riquezas en el país de que no puede presentar igual ejemplo la historia pasada. El Banco está repleto de oro. Nunca hubo más alimento en el Imperio; jamás hubo más dinero. No hay fin para nuestros productos fabri-

cados porque la máquina de vapor nunca se cansa. Y sin embargo, á pesar de toda esta riqueza, hay una enorme masa de pobreza. Junto á la riqueza de las naciones, marcha sombría la miseria de las naciones; la comodidad del lujo se destaca de un fondo negro de desventura.

Los informes parlamentarios han puesto de manifiesto una y otra vez las miserias sufridas por cierta parte de nuestra población trabajadora. Han descrito á las personas ocupadas en las factorías, los talleres, las minas y los tejares, así como en las ocupaciones del campo. Hemos tratado de combatir los males de su condición por medio de la legislación, pero parece que se mofan de nosotros. Los que caen son alimentados, pero permanecen en la pobreza. Los que los alimentan, no sienten compasión; y los que son alimentados no devuelven gratitud alguna. No hay lazo de simpatía entre los que dan y los que reciben. De ese modo, los que *tienen* y los que *no tienen*, los opulentos y los indigentes, están en los extremos de la escala social, y entre ellos se halla colocado un ancho abismo.

En un pueblo brutal y salvaje es uniforme la condición de la pobreza. En siendo satisfechos los meros apetitos, apenas se siente el sufrimiento. Donde existe la esclavitud, es muy poco conocida la miseria; porque está en el interés del amo mantener al esclavo en condición propia para el trabajo, y el patrón tiene cuidado generalmente de satisfacer las necesidades físicas del empleado. Solamente cuando la sociedad se civiliza y llega á ser libre, es cuando queda expuesta á la indigencia, y experimenta la miseria social. Donde la civilización ha alcanzado su mayor elevación, como en este país, y donde se han hecho grandes acumulaciones de riqueza, se hace sentir más la miseria de las clases indigentes, debido á las comodidades y al lujo que se ofrecen en contraste inmediato.

Una gran parte de la miseria existente es producida por el egoísmo; por la codicia de acumular riqueza por una parte, y por la imprevisión de otra. La acumulación del dinero se ha convertido en el gran deseo y la gran pasión del siglo. La riqueza de las naciones, y no su felicidad, es el objetivo que se persigue. Estudiamos la economía política, y dejamos que la economía social mire por sí misma. Consideración por el «número uno» es la máxima que prevalece. Las ganancias

grandes son consideradas como el *summum bonum*, no importa el modo cómo se obtengan, ni á costa de qué sacrificio. El dinero es nuestro dios, y nuestro lema: «Que el diablo coja lo postrero.» Los espíritus de las tinieblas dominan en grado sumo:

*Mammon has led them on,
Mammon the last erect of all the spirits
That fell from Heaven. (1)*

Respecto á las clases más pobres, ¿qué ha sido de ellas en medio de nuestra titulada civilización? Una parte inmensa de ellas queda por civilizar. A pesar de vivir en un país cristiano, jamás ha llegado á ellos el cristianismo. Están por civilizar, y no son cristianos, como no lo estaban los Trinitarios á la llegada de Julio César, hace unos mil novecientos años. Con todo, estos individuos semisalvajes viven entre nosotros. San Jaime y San Gil están inmediatos. En los parques de Londres, podéis ver cómo es adorado el oro; en el extremo este de Londres, podéis ver hasta qué profundidades puede descender la miseria humana.

Trabajan, beben, comen, y duermen: eso constituye su vida. No piensan en proveer para mañana, ó para la semana siguiente, ó para el año siguiente. Se abandonan á sus apetitos sensuales, y no hacen provisión alguna para lo futuro. Nunca cruza por su espíritu el pensamiento de la adversidad, ó de los sinsabores venideros, ó del desamparo que viene con los años y las enfermedades. En esto se asemejan á las tribus salvajes que no saben más, y no obran peor. Como los indios norteamericanos, se envilecen con los vicios que acompañan á la civilización, mas no hacen uso alguno de sus beneficios y ventajas.

El capitán Perry encontró á los esquimales cerca del Polo Norte tan incivilizados como las miserables criaturas que habitan los antros de nuestras grandes poblaciones. Eran naturalmente imprevisores; porque al igual de los salvajes en general, jamás economizan. Siempre estaban, ó hartándose ó muriéndose de hambre. Cuando encontraban una cantidad de grasa de ballena comían todo lo que podían, y ocultaban el resto. Sin embargo, su imprevisión no les inquietaba. Aun

(1) «El dios de la riqueza los ha conducido, el dios de la riqueza, el espíritu menos recto que cayó del Cielo.»

cuando estuvieran sin alimento y sin combustible por algunos días, se hallaban tan contentos y de buen humor como de costumbre. Nunca pensaban cómo estarían de provisiones al día siguiente. Economizar para lo futuro no forma parte de la economía salvaje.

Entre los pueblos civilizados, se dice que el frío es el padre de la sobriedad. De ahí que las naciones de Europa deban parte de su prosperidad al rigor de su clima. El frío hace que economícen en verano, para proveer alimento, carbón y ropa durante el invierno. Estimula á edificar casas y á hacer vida de hogar. Por eso Alemania es más laboriosa que Sicilia; Holanda y Bélgica, que Andalucía, y la América del Norte y Canadá más que Méjico.

Cuando el difunto Eduardo Denison, miembro del Parlamento por Newark, nos dió, con una abnegación sin ejemplo, una gran parte de su tiempo y su trabajo para reformar la población relativamente poco civilizada del extremo este de Londres, lo primero que hizo fué levantar una iglesia de hierro de dos pisos, cuya parte baja servía de escuela y cuarto de lectura, y también como club donde pudieran leer los hombres, y los muchachos distraerse con algunos juegos, y hacer cualquier cosa que los pudiera alejar de las tabernas. «Lo malo de este barrio—dijo Mr. Denison,—es la condición habitual de esta masa de humanidad; su nivel uniformemente bajo, la ausencia de algo más civilizador que un organillo para elevar las ideas más allá del pan y de la cerveza diarios, la falta absoluta de educación, la completa indiferencia por la religión y los frutos de todo esto: la imprevisión, el desaseo, y sus accesorios, el crimen, las enfermedades... No hay nadie que impulse á la energía que lucha, para guiar á la inteligencia que aspira, ó para suavizar la caída en la inevitable desventura... El sacerdote misionero—continúa diciendo,—es un hombre sensato y enérgico, en cuyas manos está haciendo la tarea de *civilizar estas gentes* todo el progreso que se puede aguardar. Pero la mayor parte de su energía se ocupa en servir masas, y no puede hacerse gran adelanto mientras que todo nervio se halle en tensión para impedir que los individuos perezcan de hambre. Y esto es lo que sucede todos los inviernos... ¡Cuán monstruoso es que en el país más rico del mundo, sean condenadas anualmente grandes masas de la población, á padecer el hambre y la muerte,

por una operación natural de la Naturaleza misma! Está bien decir, ¿cómo puede impedirse? ¡Bah! no era así en tiempo de nuestros abuelos. Detrás de nosotros estaban en muchas cosas, mas no se tropezaba cada invierno con el espectáculo de miles de personas que perecieran de hambre y de frío. La verdad es que hemos aceptado la maravillosa prosperidad que en los últimos veinte años nos ha sido concedida, sin meditar en las condiciones unidas á ella, y sin fortalecernos para el esfuerzo y los sacrificios que pide su cumplimiento.

No obstante esto, veía Mr. Denison claramente que si el pueblo fuera bastante educado, y enseñado á practicar la virtud del ahorro, podría evitarse mucha parte de esta miseria. «El pueblo—dice en otra parte,—*crea* sus privaciones y sus achaques. Probablemente apenas habrá algunos de los más necesitados que, si solamente hubieran sido frugales y previsores con moderación, no hubiesen podido ponerse en posición de remontar la corriente de los meses en que falta trabajo, ó de enfermedades, que siempre hay... Yo no estimo en menos la dificultad de economizar de los salarios semanales, pero digo que se *puede* hacer. Un trabajador de día, que, mientras es joven, fuerte y soltero, puede guardar la mitad de sus salarios semanales, y esos hombres están casi seguros de tener ocupación permanente.»

Después de mostrar cómo podrían economizar también los hombres casados, continúa diciendo Mr. Denison: «El economizar está al alcance de casi todos los hombres, aun cuando se encuentren casi al pie del árbol; y si esto se hiciera una costumbre general se podrían contener el desempleo y la enfermedad de esta ciudad en límites perfectamente soportables. Y esto sucederá. Yo no alcanzaré á vivir lo suficiente para verlo, pero ocurrirá en el término de dos generaciones. Porque, desgraciadamente, este cambio puede efectuarse sin el menor mejoramiento de la condición espiritual del pueblo. Leyes buenas, vigorosamente reforzadas, con la educación obligatoria, unida al esfuerzo individual y gratuito (que entonces tendrá un campo mucho más reducido y aspectos más favorables), han de tener éxito en la realización de dar á la masa del pueblo tanta luz como hace falta para guiarlo hacia la laboriosidad y moralidad que conducen claramente á su comodidad física y adelanto en la vida.»

La diferencia de prodigalidad entre los trabajadores ingleses y los habitantes de Guernsey se refiere de esta manera por Mr. Denison: «La diferencia entre la pobreza y el pauperismo nos es traída muy claramente por lo que veo. En Inglaterra tenemos personas que comen suntuosamente mientras tienen buenos salarios, y que van á figurar entre los pobres de la parroquia desde el momento en que cesan esos sueldos. Aquí, nunca dependen los individuos de otro apoyo más que del suyo mismo; pero viven por su propia voluntad, en un medio de frugalidad tal, que un propietario de tierras sería criticado si se atreviera á aconsejárselo á sus rústicos. Nos condelemos de Hodge, que se halla reducido á tocino y verdura, y á carne tan sólo una vez por semana. La comida principal de un labrador de Guernsey consiste en una *sopa de grasa*, es decir de coles y guisantes hervidos con un poquito de grasa ó manteca de cerdo. Esta es la comida diaria de hombres que *son dueños* quizá de tres ó cuatro vacas, un cerdo ó dos, y aves de corral. Mas el producto y la carne de estos animales los venden en el mercado, colocando sus ganancias en aumentar su tierra, ó ganado, ó en «cuartos», esto es, bonos sobre la tierra, certificados que se venden y compran con facilidad en el mercado.» (1)

Mr. Denison murió antes de poder realizar sus planes. Sólo pudo comenzarlos. La miseria, originada por la imprevisión, que deploraba tan profundamente, existe aún, y hasta se halla más extendida. No es solamente el artesano quien gasta todo lo que gana, sino también clases que están más altas, que no pueden alegar la misma excusa de ignorancia. Muchas de las que se llaman clases «elevadas» no tienen más disculpa que las «bajas». Derrochan sus recursos para guardar las apariencias, ó para alimentar la locura, la disipación y el vicio.

Nadie puede echar en cara al trabajador inglés la falta de laboriosidad. Trabaja más y más hábilmente que los operarios de cualquier otro país; y podría tener mayor comodidad é independencia, si fuera tan prudente como es laborioso. Pero la imprevisión es por desgracia el defecto de su

(1) *Cartas y otros escritos del difunto Eduardo Denison*, miembro del Parlamento, pp. 141, 142.

clase. Hasta el operario inglés mejor pagado, aunque gana más dinero que el promedio de los hombres profesionales, pertenece, á pesar de eso, á las clases más pobres á causa de su irreflexión. En las épocas prósperas no acostumbran á hacer provisión para los tiempos adversos; y cuando ocurre un período de penuria social, rara vez se les encuentra asegurados para más de unas cuantas semanas contra la necesidad efectiva.

De aquí que el hábil operario pueda muy bien no llevar una existencia más elevada que la de un mero animal, á no ser que esté educado en buenas costumbres; y la ganancia de salarios crecidos sólo le proporcionará mayores medios para gozar de sus apetitos más groseros. Dice el señor Chadwick que durante el *hambre del algodón*, entraban en las oficinas de socorros familias en tropel en el estado más miserable, y cuyos anteriores salarios reunidos excedían á los rendimientos de muchos curatos, como lo habían sido los salarios de muchos obreros individualmente. (1)

En los tiempos prósperos comen opíparamente los obreros, y en época de adversidad «perecen». Sus ganancias, empleando sus propias palabras, «entran por la espita y salen por el agujero por el cual se envasan los licores en las pipas y toneles.» Cuando la prosperidad llega á su fin, y se les paga despidiéndolos, confían en la suerte y en la Providencia: ¡la providencia de los imprevisores!

Aunque el tráfico tiene invariablemente sus ciclos de años buenos y malos, como las vacas flacas y las gordas del sueño de Faraón, sus desbordamientos de prosperidad, seguidos por el hartazgo, el pánico y la escasez, no prestan cuidado á la experiencia el atolondrado y el pródigo, y no hacen provisión para lo futuro. La imprevisión parece ser una de las faltas más incorregibles. «Hay vecindarios enteros en los distritos fabriles—dice el señor Baker, en un informe reciente,— donde no tan sólo no existen ahorros dignos de mencionarse sino que en cuanto están quince días sin trabajo los operarios, se quedan en la mayor miseria por carecer de lo más necesario.» No se realiza una huelga sin que los obreros queden sumidos en el acto en la mayor desnudez, su ajuar y sus relojes son enviados á la casa de empeño mientras que

(1) *Discurso sobre Economía y Tráfico*, por Edwin Chadwick, C. B., p. 22.

se hacen pedidos á los caritativos, y muchas familias quedan al cuidado de las sociedades de beneficencia.

Esta imprevisión habitual—aunque naturalmente hay muchas excepciones admirables,—es la causa verdadera de la degradación social del artesano. Es también la fuente engendradora de la miseria social. Pero la miseria es, en absoluto, resultado de la ignorancia humana y de los goces personales. Pues si bien el Creador ha dispuesto la pobreza, no son necesarios los pobres; ni como hecho, tampoco la miseria. La miseria es el resultado de causas morales, más comúnmente del vicio individual y de la imprevisión.

El reverendo Norris, refiriéndose á los hábitos de los bien retribuidos mineros y trabajadores en hierro del Staffordshire del Sud, dice: «La imprevisión es una palabra muy suave para ellos, es abandono; aquí jóvenes y viejos, casados y solteros, son en su mayor parte pródigos y aficionados á los placeres. Se ve como este carácter abandonado vicia los rasgos más nobles de su naturaleza. Su valor frente al peligro raya en la temeridad; su aptitud para hacer un trabajo intenso es rara vez ejercitada excepto para recuperar el tiempo perdido en la holgazanería y en la embriaguez; su pronta disposición para hacer «acopios» para sus camaradas enfermos y casados, parece que basta para suprimir la necesidad de ahorros previos: su mismo credo degenera en ocasiones en un fatalismo fanático, y eso que son á su manera personas curiosamente devotas, teniendo en las minas frecuentes reuniones para orar. Pero esto se ve con mucho dolor indudablemente en la alternativa de plétora y de carencia en que parece oscilar toda la población de un año al otro. La broma disipadora de la *noche de pago*, la borrachera del domingo, la negativa de trabajar el lunes y quizá el martes, y por otra parte el desarreglo de sus casas hacia la última parte de las dos ó tres semanas que preceden al día siguiente del pago; sus hijos no enviados á la escuela, sus mujeres é hijos llevando sus ropas y el ajuar de sus habitaciones á las casas de empeño; los pasajes apiñados y desaseados en que habitan, sus casas frecuentemente rajadas de arriba abajo por la hundidura del piso, sin ventilación, ó provisión debida de agua, un estado de cosas como éste, coexistiendo con ganancias de salarios que podrían

asegurar la comodidad y hasta la prosperidad, parece demostrar que ninguna legislación podrá curar el mal.»

Es cierto que hemos tenido numerosas «Reformas». Hemos tenido el sufragio del gobierno de casa. Hemos aliviado á las clases trabajadoras de los impuestos sobre el trigo, el ganado, el café, el azúcar y las provisiones en general, y hemos cargado sobre la clase media y las más elevadas una gran parte de los impuestos de que han sido aliviados. Estas medidas han producido, sin embargo, poco mejoramiento en la clase trabajadora. No han aplicado el principio de la «Reforma» á sí mismos. No han principiado en sus propias casas. No obstante, el fin de toda «Reforma», es el mejoramiento del individuo. Todo lo que es malo en la sociedad resulta de aquello que es malo en el individuo. Cuando los hombres son malos, es mala la sociedad.

Franklin, con su perpicaz sentido común, observó, «que los impuestos son en realidad muy fuertes; y si aquellos que impone el Gobierno fueran los únicos que tuviéramos que pagar, podríamos cumplir con ellos fácilmente; pero tenemos muchos más, y bastante más penosos para algunos de nosotros. Tenemos iguales contribuciones impuestas por nuestra ociosidad, tres veces más por nuestro orgullo, y cuatro veces más por nuestra demencia; y de estas contribuciones no nos puede aliviar ó librarnos ninguna disminución de los impuestos públicos.»

Lord Juan Russell hizo una vez una declaración parecida á un grupo de operarios que fueron á verle para pedirle rebaja en los impuestos. «Os quejáis de las contribuciones—dijo—pero meditad cómo os cargáis de impuestos. Consumís anualmente cerca de cincuenta millones en bebidas. ¿Habría algún Gobierno que se atreviera á imponeros contribuciones hasta ese grado? En vuestras manos está disminuir en gran parte los impuestos, y eso sin venirlo á solicitar de nosotros.»

Quejarse de que las leyes sean malas, y de que los impuestos son pesados, no ha de enmendar las cosas. El gobierno aristocrático, y la tiranía de los patrones, están muy lejos de ser tan perjudiciales como la tiranía de los apetitos viciosos. Los hombres son con facilidad llevados de una parte á otra por la ostentación de sus miserias, que en su mayor parte son voluntarias é impuestas por ellos mismos, resul-

tados de la ociosidad, la prodigalidad, la intemperancia y mala dirección. Culpar á otros por lo que sufrimos nosotros, es siempre más agradable á nuestro orgullo que culparnos á nosotros mismos. Pero es perfectamente claro que personas que viven de día en día sin plan, sin regla, sin previsión—que gastan todo lo que ganan, sin economizar nada para el porvenir,—se disponen de antemano para un desamparo inevitable. Proveer únicamente para el presente, es el medio más seguro de sacrificar el porvenir. ¿Qué esperanza puede haber para personas cuya sola máxima parece ser: «Comamos y bebamos hoy porque mañana moriremos?»

Todo esto puede parecer muy desesperado; sin embargo, no es así en absoluto. Los grandes salarios de las clases trabajadoras son un punto importante para principiar. La difusión gradual de la educación les ayudará á usar, y no malgastar, sus medios de vivir cómodamente. El conocimiento más esparcido de las ventajas de la economía, de la frugalidad y del ahorro, les ayudará á pasar sus vidas más sobria, virtuosa y religiosamente. El señor Denison opinaba que mucho de esto podrá realizarse «dentro de dos generaciones.» El mejoramiento social es siempre muy lento. ¿Cuán extremadamente tardo ha sido el progreso de la civilización! ¿Cuán pausadamente han obrado sus influencias humanitarias en elevar la masa del pueblo! Hace falta un espacio de generaciones antes que sus efectos puedan ser siquiera discernidos; porque una generación sólo representa un día en la historia de la civilización. A la mayor parte de las naciones les ha costado siglos de guerras, antes que llegaran á conquistarse su derecho de existencia como naciones. Fueron necesarios cuatro siglos de persecuciones y de martirios para establecer el Cristianismo, y dos siglos de guerras civiles para establecer la «Reforma.» La emancipación del siervo, de la esclavitud feudal, sólo se alcanzó al cabo de largos siglos de miserias. Desde los días en que nuestros progenitores británicos se lanzaban al combate con sus pinturas de pelea—ó esos tiempos más recientes, cuando toda la población trabajadora constituíanla villanos y siervos, comprados y vendidos con la tierra que labraban,—á los tiempos en que vivimos, ¿cuán grande es la diferencia, cuán notable el contraste! ¿Realmente, no debiera ser cosa difícil poner fin á las influencias diabólicas de la prodigalidad, la embriaguez y la imprevisión!

CAPITULO IV

MEDIOS PARA ECONOMIZAR

La confianza en sí propio y la abnegación de sí mismo enseñarán al hombre á beber de su propia cisterna, y comer su propio pan sabroso, y á aprender á trabajar de buena fe para obtener su subsistencia, y á economizar y gastar cuidadosamente las buenas cosas que le han sido confiadas.—LORD BACON.

¡Ama, pues, el trabajo! si no lo necesitas para sustentarte, lo podrás necesitar para tu salud. Es saludable para el cuerpo, y bueno para el espíritu; impide que nazcan los frutos de la ociosidad.

GUILLERMO PENN.

El padre que no enseña una profesión á su hijo, le enseña á ser ladrón.

ESCRITURAS BRAHMÍNICAS.

Aquellos que dicen: «no puede hacerse,» no saben probablemente que muchas de las clases trabajadoras cuentan con ingresos considerablemente mayores que los de algunos hombres que ejercen profesiones y carreras.

En esto no hay el menor secreto. Se publica en los libros azules, se da como testimonio ante las comisiones del Parlamento, se informa por los periódicos. Cualquier dueño de minas de carbón, ó propietario de fundiciones de hierro, ó amo de telares de algodón, os puede informar sobre los elevados salarios que paga á sus obreros.

Familias empleadas en la fabricación del algodón pueden ganar como salario más de tres libras esterlinas por semana,

según el número de niños empleados. (1) Su ingreso anual ascenderá de esa manera á unas ciento cincuenta libras esterlinas, ó sea más que los ingresos de muchos hombres de carrera; más que el promedio de los cirujanos del campo; más que el promedio del clero y los sacerdotes de todas las denominaciones; más que el promedio de los maestros de las escuelas municipales; más, acaso, que el promedio de los ingresos de las clases medias del Reino Unido, en general.

Un patrón, en Blackburn, nos informa que muchas personas ganan más de cinco libras esterlinas por semana, ó un ingreso medio de doscientas sesenta libras esterlinas al año. Dice que esas familias «no debieran gastar más de tres libras por semana. Las demás debieran economizarse. Pero la mayor parte de ellas, después de alimentarse y de vestirse, gastaban el sobrante en bebidas y despilfarros.»

Los salarios son iguales en el distrito Burnley, donde la comida, la bebida y el vestirse absorbe la mayor parte de los sueldos de los operarios. En éste, como en otros distritos fabriles, existe la costumbre de que los jóvenes (operarios de fábrica) pagan casa y manutención á sus padres, «y esto es muy perjudicial para la autoridad paterna.» Otra persona me dice: «Los salarios aumentan: como hay más dinero, y más tiempo en qué gastarlo, nótese que disminuye la sobriedad, especialmente entre las mujeres.»

Los obreros empleados en las manufacturas de algodón reciben como cuarenta chelines por semana, y algunos hasta sesenta, (2) además de la cantidad ganada por sus hijos.

Un buen mecánico en una máquina de taller gana de treinta y cinco á cuarenta y cinco chelines semanalmente, y algunos mecánicos ganan salarios mucho más elevados. Multiplicad estos números, y se verá que ascienden á un ingreso anual de ciento á ciento veinte libras esterlinas.

Pero á los mineros carboneros y á los obreros en hierro se les paga salarios mucho más elevados. Uno de los patrones

(1) En el «Libro Azul» se mencionan siete familias empleadas por Enrique Ashworth, de New Cayley Mills, Lancashire, titulada: «Informe de la Exposición Universal de París, 1867, conteniendo las relaciones relativas á la Nueva Orden de Recompensas», p. 163. De las siete familias, los menores salarios ganados por cada una eran de dos libras esterlinas, catorce chelines y seis peniques; y los más elevados, de tres libras y diecinueve chelines por semana.

(2) Véase el «Libro Azul» citado, p. 57, en que se certifican los salarios pagados por Bliss é hijo, de la fábrica de algodón de Chipping Norton.

de fundición publicó recientemente en los periódicos los nombres de ciertos mineros de carbón empleados por él, y que recibían de cuatro á cinco libras esterlinas por semana, ó sea el equivalente á un ingreso anual de doscientas á doscientas cincuenta libras esterlinas. (1)

A los herreros y metalúrgicos se les paga un salario más elevado. Un estirador de planchas gana fácilmente trescientas libras esterlinas al año. Los estiradores en las fábricas de rieles ganan á menudo mucho más. En épocas de mucho trabajo han ganado de siete á diez guineas por semana, ó sea de trescientas á quinientas al año. Pero, al igual de los operarios en las fábricas de algodón, son muchas veces ayudados por sus hijos los herreros y metalúrgicos, á quienes se les pagan también salarios crecidos. De ese modo, las segundas manos son generalmente muchachos de catorce años para arriba, que ganan unos diecinueve chelines por semana, y los auxiliares son muchachos menores de catorce años, que ganan unos nueve chelines semanalmente.

Estos salarios son más elevados que los ingresos medios de las clases que ejercen profesiones. Los estiradores de rieles pueden ganar un sueldo igual al de los tenientes coroneles de los Guardias de á pie de Su Majestad; los estiradores de láminas idéntico al de los comandantes de infantería; y los fundidores igual al de los tenientes y ayudantes.

Goldsmith ha hablado del cura del campo que «pasaba por rico con cuarenta libras esterlinas al año.» Los ingresos de los curatos han aumentado sin duda desde la época en que escribió Goldsmith, pero no tanto como las entradas de los

(1) Ricardo Fothergell, miembro del Parlamento, publicó una carta después, de la que extractamos lo siguiente:—«No hay duda que esos salarios parecerán crecidos á dependientes y personas educadas, que después de haber recibido una educación costosa tienen frecuentemente que luchar mucho para ganarse el pan; pero son los salarios legítimos de un trabajo manual firme; y tengo el placer de agregar que, mientras que todos los mineros de carbón juiciosos y bien dispuestos, de buena salud, podrían ganar asimismo salarios buenos, centenares ganan tanto y más en Gales del Sud. Una prueba de ello es un juicioso minero carbonero que está en un empleo, con sus dos hijos que viven en casa, cuya boleta de pago mensual ha dado un término medio de treinta libras esterlinas en los últimos doce meses. Tengo conocimiento de otro juicioso minero de carbón, ayudado por su hijo, que ha ganado en los cinco meses pasados un promedio de veinte libras esterlinas mensualmente, y con los salarios de su trabajo manual como minero carbonero común—porque en todo me refiero solamente á los mineros y á los foguistas—ha edificado quince casas buenas, y, no haciendo caso de las amenazas, continúa en sus hábitos de laboriosidad reposada, con la que espera acumular una independencia para su familia, cuando menos.»

operarios diestros en un oficio, ó peones comunes. Si los curas trabajaran solamente por dinero, cambiarían de fijo su vocación, y se harían mineros carboneros y trabajadores en hierro.

Cuando el autor de este libro visitó á Renfrewshire hace unos cuantos años, ganaban los mineros carboneros de diez á catorce chelines al día. Según opinión general, estaban «haciendo dinero como máquinas de acuñar moneda.» Para dar un ejemplo: un padre y sus tres hijos ganaban sesenta libras esterlinas al mes; ó igual á una entrada de más de setecientas libras esterlinas al año. El padre era un hombre sobrio, juicioso y «que se ayudaba.» Mientras duraron los salarios elevados era el primero en entrar en la mina por la mañana, y el último que la dejaba por la noche. Sólo perdió cinco días en el año (1873-74), habiendo sido ocasionada la pérdida por los días de fiesta y de ayuno. Reflexionando que el período de salarios crecidos no podía durar mucho, trabajaron él y sus hijos todo lo que podían. Economizaron una buena suma, y compraron algunas casas; además de educarse á sí mismos para ocupar posiciones más elevadas.

En la misma vecindad, ganaba otro minero carbonero, con cuatro hijos, casi igual cantidad de dinero por cabeza, esto es, como setenta y cinco libras esterlinas al mes, ó novecientas libras esterlinas al año. Esta familia compró cinco casas en un año, y ahorró al mismo tiempo bastante dinero. Las últimas noticias que tuvimos de ellos, es que el padre está de contratista, que ocupa unos sesenta mineros carboneros y «*reddsmen*», (1) y se le daba un tanto por cada tonelada de carbón puesta en el dique. Los hijos cuidaban los intereses del padre. Todos eran hombres sobrios, activos y sensatos, y tomaban gran interés en el mejoramiento de las personas de su vecindad.

Al mismo tiempo que estas dos familias de mineros carboneros adelantaban, no ocurría lo mismo con la mayor parte de sus compañeros. Sólo trabajaban éstos unos tres días á la semana. Algunos gastaban sus salarios en las casas públicas; otros hacían «una jarana de whisky» á orillas del mar. Con este fin alquilaban todos los birlochos, calesas, vo-

(1) *Reddsmen* son hombres que limpian el camino para los mineros carboneros. Recogen los residuos (*débris*) y construyen el techo en el sistema de muro largo, conforme van avanzando las carboneras.

lantas ó «máquinas», unos quince días antes. Los resultados se veían conforme llegaban sucesivamente las mañanas de los lunes. El magistrado habitaba en un pueblo vecino, donde le eran llevados para ser juzgados, un número de hombres y de mujeres, con ojos amoratados y azules y las cabezas rotas. Antes de la época de los salarios crecidos, se arreglaban los asuntos del tribunal en una hora: algunas veces no había causas. Pero cuando los salarios aumentaron al doble, apenas podían despachar los magistrados en todo el día los asuntos. Parecía que los salarios aumentados significaban más ociosidad, más whisky y más cabezas rotas.

Estos fueron evidentemente «tiempos bonancibles» para los mineros carboneros, quienes hubieran podido hacer pequeñas fortunas, si hubiesen tenido la necesaria abnegación de sí mismos. Muchos de los hombres que trabajaban para extraer el carbón estaban ociosos tres ó cuatro días de la semana; mientras que aquellos que quemaban el carbón, perecían de hambre y de frío por falta de él. Los operarios que no eran mineros carboneros, recordarán durante mucho tiempo ese período como la época del *hambre del carbón*. Cuando duraba aún fué lord Elcho á Tranent—pueblo del East Lothian,—para hablar en público á los mineros carboneros sobre su prodigalidad, su ociosidad y los arreglos que intentaban llevar á cabo para que continuaran los altos precios del carbón.

Tuvo el valor moral—cualidad que tanto escasea en estos días,—de decir á sus comitentes algunas verdades duras pero honradas. Discutió con ellos sobre el *hambre del carbón*, y el deseo de ellos por prolongarla. Trabajaban tres días por semana, y vagaban los días restantes. Algunos de ellos no daban un golpe de pico durante una semana ó una quincena; otros se daban unos cien días de fiesta al año, sin contar los domingos. ¿Pero qué es lo que hacían con el dinero que ganaban? ¿Lo guardaban para los días malos, ó, cuando los «tiempos bonancibles ya no existieran», se preparaban para volver á los salarios bajos? Vió que un hombre con sus dos hijos, ganaban siete libras esterlinas por quincena. «Me agradaría—dijo,—que esos escoceses que están ocupados en las minas, se aprovecharan de estos felices tiempos, y que se esforzaran con su laboriosidad para elevarse sobre su actual posición; que practicasen la ayuda propia, que adquiriesen propiedad,

»y si posible fuera, que llegasen á ser ellos mismos patrones de minas de carbón.»

Llegó á decirse en un periódico que un minero ganaba salarios iguales á los de un capitán, y que un muchacho minero ganaba lo mismo que un teniente al servicio de Su Majestad. Solamente sé—dijo lord Elcho,—que tengo un hijo que cuando entró al servicio de Su Majestad, era abanderado y que su sueldo—para ganar el cual había tenido que pagar quinientas libras esterlinas por el sistema de comprar los empleos,—no era el sueldo que recibíais en tiempos malos,—y éste era sólo de cinco chelines al día.» Podría decirse que el minero carbonero expone su vida al ganar sus sueldos; pero el soldado lo hace asimismo; y el valiente joven á quien aludía lord Elcho, perdió después su vida en la campaña contra los Ashantees.

Los tiempos de salarios crecidos no dejaron una impresión muy buena en el espíritu público. Los precios se elevaron, el nivel moral bajó, y el trabajo que se hacía, se hacía mal. Hubo un deterioro notable en la índole del trabajo británico. Principiamos á confiar demasiado en el extranjero. El tráfico fué destruido en gran parte, y se experimentó una enorme pérdida de capital, tanto por los obreros como por los patrones. Lord Aberdare era de opinión que se habían perdido tres millones de libras esterlinas *solamente por los operarios*, durante la última huelga en Gales del Sud. Hubo ocasión en que estuvieron en paro forzoso ciento veinte mil obreros, y se perdieron ciento cincuenta mil libras esterlinas por semana, de salarios, durante el tiempo que permanecieron en huelga.

Lo que opinan los patrones sobre el reciente relampagueo de «prosperidad», es fácil de comprender. Pero quizá no estará de más transcribir alguna de las relaciones de ciertos corresponsales. Dice un patrón, que emplea muchos obreros en el Lancashire del Sud. «La embriaguez aumenta, y la «energía» personal no es suficiente. Los salarios elevados y el sufragio popular llegaron al pueblo antes que la educación lo hubiera preparado para este cambio.»

En una fábrica de hierro cerca de Newcastle, donde á los obreros se les pagaban los salarios más elevados por estirar láminas y rieles—y donde ganaban de tres á cuatrocientas libras esterlinas al año—dicen los propietarios: «Exceptuando unos cuantos casos tenemos que los operarios y sus fami-

»lias gastan casi todo lo que ganan.» Otro patrón del Staffordshire del Sud dice: «En la mayoría de los casos gastan todo su sueldo los hombres empleados en las fábricas de hierro antes que concluya la siguiente semana. Hay algunas excepciones, naturalmente; pero son muy pocas.» Otro de Gales del Sud, dice: «Por lo que se refiere á los hábitos económicos de los hombres, hay una minoría pequeña que son arreglados y económicos; generalmente invierten su dinero en comprar cabañas. Pero la mayor parte de los hombres gastan frecuentemente su dinero antes que lo hayan ganado, y esto del modo más atolondrado. Grandes sumas se emplean en bebidas; esto conduce hacia la ociosidad; y, debido á la bebida y á la ociosidad, quedan sin obreros las fábricas hasta el miércoles de cada semana, día más ó menos, cuando la mayor parte de los más dispuestos para la holganza han conseguido volver á ser sobrios. Por supuesto que cuando los salarios son bajos, trabajan los hombres con más regularidad. Hay menos afición á la bebida y en todo sentido es más sana la condición del lugar, tanto en sentido moral como en sentido físico.»

Otra persona observa, que los mineros de Bilston son unos seis mil, y que gastan más de cincuenta mil libras esterlinas al año en comprar cerveza y bebidas espirituosas. Su imprevisión puede estudiarse con provecho en el mercado de Bilston. Ningún mercado está provisto con mejores aves, ó con mayor abundancia, relativamente á la población; y esto es principalmente, si no por completo, para el consumo de las clases trabajadoras, porque los habitantes residentes que no están directamente asociados con esas clases, son un corto número. Hombres sucios y de mala facha se ven allí los domingos, comprando gallinas, patos y gansos, para su comida; y algunas veces, llevan cerveza fuerte embotellada y vino. Sin embargo, tienen tan poco en reserva, que si dejaran de trabajar las fábricas, comenzarían antes de quince días á llevar á las casas de empeño sus pequeños ajuares y sus ropas, para comprar sus alimentos.

Mr. Chambers, de Edimburgo, en su descripción de las clases trabajadoras del Sunderland, hace las siguientes observaciones: «Con gran disgusto menciono que en todas partes sólo se oye la misma historia. Prevalece muchísimo la intemperancia; los buenos salarios son despilfarrados en bajos

»placeres y goces ; hay poco cuidado por el mañana, y el hospicio es el último refugio. Enseñáronme un hombre, operario de una fábrica de hierro, que durante años había ganado un salario de una guinea al día, ó seis guineas por semana, el cual todo lo había gastado en su mayor parte en bebidas espirituosas, y ahora se hallaba reducido á un departamento inferior ganando una libra esterlina por semana.»

Recordamos otro ejemplo. Un dependiente de Blaskburn alquiló una casa por veinte libras esterlinas al año, y subarrendó el piso bajo á un operario de factoría por una renta de cinco libras esterlinas al año. El dependiente tenía mujer, cuatro hijos, y criada ; el operario tenía mujer y cinco hijos : El dependiente y su familia estaban bien vestidos, sus hijos iban á la escuela y todos iban los domingos á la iglesia. Los de la familia del operario iban, algunos á la factoría, otros á la calle, pero ninguno á la escuela ; se hallaban mal vestidos, excepto los domingos, cuando sacaban sus ropas de la casa de empeño. Cuando llegaba el sábado, estaban en la casa baja en continuo trajín las cacerolas hasta el lunes por la noche ; y con igual regularidad iban los martes los líos de ropa á la casa de empeño. Sin embargo, la renta de la familia que vivía en los altos de la casa era de cien libras esterlinas al año, y el ingreso de la familia de abajo era de cincuenta libras más ; esto es, de ciento cincuenta libras esterlinas al año.

Acostumbraba decir un patrón de la misma vecindad : «Yo no puedo soportar el gasto de cordero, salmón, patos y guisantes, patatas frescas, fresas, y cosas por el estilo, hasta después de tres ó cuatro semanas que mis obreros han estado consumiendo estos primores de la estación.»

Apenas puede creerse el egoísmo intenso, la prodigalidad y la locura de estos operarios á quienes se les pagan sueldos crecidos. Se critica frecuentemente la costumbre de llamar «clases bajas» á los operarios ; pero «clases bajas» han de ser siempre, mientras continúen manifestando semejante apetito sensual y tal imprevisión. En casos semejantes, no es solamente un gran pecado, sino que es una gran *crueledad*. En el caso de un padre de familia, que ha sido causa de que vengan al mundo un número de seres desamparados, es cobarde y egoísta en sumo grado gastar el dinero en goces personales, tales como las bebidas, que no hacen bien alguno al

padre ni á la madre, y á los hijos un inmenso é irreparable daño con el mal ejemplo hereditario. El padre se enferma, se queda sin trabajo, y en seguida están sus hijos privados de los medios de subsistencia. El padre descuidado, ni siquiera ha tenido la precaución de ingresar en una sociedad de socorros; y mientras está enfermo se hallan sufriendo los dolores del hambre su mujer y sus hijos. Si muere, quedan las infelices criaturas á cargo de la caridad de los extraños, ó con la miserable ración producto del arancel de pobres.

Debiera parecer que de poco habrá de servir estar predicando la atención de los derechos á un pueblo tan sumamente indiferente respecto de su propio bienestar; que, realmente, sienten indiferencia por lo que se refiere á su propia elevación. Los amigos de los trabajadores debieran decirles lealmente que han de poner en práctica la prudencia, la economía y la abnegación, si quieren en realidad elevarse del egoísta envilecimiento, y ser elevados á la dignidad de seres pensantes. Sólo por la práctica de los principios de dependencia propia pueden llegar á adquirir la dignidad, la estabilidad y la consideración social, ó adquirir influencia y poder para levantarlos en la escala del bienestar social.

Brown, el zapatero de Oxford, opinaba que «un buen obrero era el hombre más independiente en la sociedad.» Al menos, así debiera serlo. Siempre tiene un mercado para sus aptitudes; y si es ordinariamente activo, sobrio é inteligente, puede ser útil, sano y dichoso. Haciendo uso económicamente de sus recursos, puede vestirse bien, vivir bien, y educar á sus hijos honrosamente, si gana de treinta á cuarenta chelines por semana. Hugo Miller jamás tuvo más de veinticuatro chelines por semana mientras trabajó como albañil, y he aquí el resultado de su experiencia de quince años:

«Permitidme decir, pues parece estar muy de moda hacer
 »pinturas dolorosas respecto á la condición de las clases tra-
 »bajadoras, que desde el fin del primer año en que trabajé
 »como jornalero hasta que me despedí del martillo y del cin-
 »cel, nunca supe lo que era faltarme un chelín, que mis dos
 »tíos, mi abuelo y el albañil con quien hice mi aprendizaje,
 »todos hombres trabajadores, habían tenido la misma expe-
 »riencia; y ésta fué también la experiencia de mi padre.
 »No dudo que en casos excepcionales puedan estar expuestos á

»necesidades algunos obreros meritorios ; pero no puedo menos
 »de pensar que los casos *son* raros, y que mucha parte del su-
 »frimiento de la clase es consecuencia de la imprevisión de
 »aquellos que son competentemente hábiles, ó de una vida frí-
 »vola durante el término del aprendizaje, tan común como la
 »frivolidad en la escuela, que siempre colocan á los que se
 »entregan á ella, en la posición desdichada del operario in-
 »ferior.»

Apena ver que tantos de los operarios mejor pagados del Reino, gasten una parte tan grande de lo que ganan en goces personales y en satisfacciones sensuales. Muchos gastan un tercio, y otros la mitad de lo que ganan, en bebidas espirituosas. Sería juzgado como monstruoso el hecho de que, cualquier hombre á quien hubiera tocado la suerte de figurar entre las clases educadas, exhibiera semejante grado de goce egoísta, y gastara aunque no fuese sino la cuarta parte de sus ingresos en objetos en que no tuvieran participación ni su mujer ni sus hijos.

Preguntó hace poco Mr. Roebuck en un *meeting* público: (1) «¿Por qué ha de ser un individuo grosero, ordinario y brutal el hombre que gana 200 á 300 libras esterlinas al año con un trabajo manual? No hay motivo alguno para que sea así. ¿Por qué no había de ser igual á un caballero? ¿Por qué no había de ser su casa igual á la mía? Cuando vuelvo á mi casa después de mis quehaceres, ¿qué encuentro? Encuentro una esposa amable; encuentro una mujer delicada y educada. Tengo una hija que es lo mismo. ¿Por qué no habéis de encontrar en vuestro hogar las mismas influencias venturosas? Quisiera saber, ¿por qué el operario, cuando vuelve á su hogar después del trabajo no ha de encontrar á su mujer bien vestida, aseada, cariñosa y bondadosa, y lo mismo á su hija?... Todos sabemos que muchos obreros que disfrutan de buenos salarios, gastan su dinero en las tabernas y en la embriaguez, en vez de hacerlo en vestir á sus mujeres y sus familias. ¿Por qué no han de poder gastar estos hombres sus salarios como yo gasto mi pequeño peculio, en placeres intelectuales y en compartir estos placeres con mi familia? ¿Por qué los operarios, después de disfrutar de su comida y de dar gracias á

(1) Meeting de los Institutos de los obreros, en Dewsbury, Yorkshire.

»Dios por lo que han alcanzado, no han de dirigir su atención á los goces intelectuales, en vez de ir á embriagarse á la taberna más próxima? Estad seguros de esto, estas cosas debieran ir derechas al corazón del trabajador; y no es amigo del operario quien le habla y le hace creer que es un grande hombre en el Estado, y que no le explica cuáles son los deberes de su posición.»

Es difícil exponer el derroche y despilfarro de los obreros. Deben ser los restos hereditarios del salvaje primitivo. Debe ser algo que renace, que reaparece en él. El salvaje se harta de comida y de bebida hasta que todo se ha consumido, y luego se va á la caza ó á la guerra. O tal vez esto sea el repercutir de la esclavitud en el Estado. La esclavitud fué una de las primeras instituciones humanas. El hombre fuerte hacía que trabajara para él el hombre débil. La raza guerrera dominaba á la raza menos guerrera, y la hacía esclava. Por eso existió la esclavitud desde los tiempos más remotos. En Grecia y en Roma se hacía la guerra con los hombres libres, el trabajo por los ilotas y los siervos. Pero la esclavitud existía igualmente en la familia. La mujer era la esclava del marido tanto como el esclavo que él compraba en el mercado público.

La esclavitud existió mucho tiempo entre nosotros. Existía cuando la invasión de César. Existía en los tiempos de los sajones, cuando los trabajos de la casa eran hechos por esclavos. Los sajones eran notorios traficantes de esclavos, y los irlandeses eran sus mejores parroquianos. El principal emporio estaba en Bristol, de donde los sajones exportaban gran número de esclavos á Irlanda, de tal manera que, según los historiadores irlandeses, difícilmente había una casa en Irlanda sin un esclavo británico.

Quando los normandos tomaron posesión de Inglaterra, continuaron con la esclavitud. Hicieron esclavos á los mismos sajones á quienes condenaron á ser villanos y siervos. El libro de Domesday demuestra que el impuesto del mercado de Lewes en Sussex era un penique por una vaca, y cuatro por un esclavo; no un siervo (*adscriptus glebæ*), sino un esclavo. Desde entonces continuó la esclavitud con distintas formas. Consta por documentos de «los buenos tiempos pasados,» que hasta el reinado de Enrique IV, (1399-1413), á los villanos, labradores, y mecánicos no les fué permitido

por la ley poner sus hijos en la escuela; y mucho después de esto, no osaban educar á un hijo para la iglesia sin un permiso del señor. (1) Los Reyes de Inglaterra, en sus contiendas con la aristocracia feudal, relajaron gradualmente las leyes sobre la esclavitud. Concedían privilegios fundando «Burgos Reales,» y cuando los esclavos huían á ellos, y podían ocultarse allí durante un año y un día, quedaban desde entonces como libertos del burgo, y eran declarados libres por la ley.

Los últimos siervos de Inglaterra fueron emancipados en el reinado de la Reina Isabel; mas los últimos siervos de Escocia, no fueron emancipados hasta el reinado de Jorge III, á fines del siglo pasado. Antes de eso pertenecían al suelo los mineros carboneros y los salineros. Eran comprados y vendidos con él. No tenían facultad para decidir cuál sería su salario. Al igual de los esclavos de los Estados sudistas de la América del Norte, aceptaban meramente el sostén que bastaba para mantener en orden sus músculos y sus nervios.

Nunca se les pedía que economizaran para ningún fin, pues no tenían derecho alguno á sus propias economías. No necesitaban proveer para mañana; sus amos proveían para ellos; de ese modo se formó el hábito de la imprevisión, y todavía sigue. Los mineros carboneros escoceses, que ganaban últimamente de diez á catorce chelines diarios, son nietos de hombres que fueron esclavos hasta las postrimerías del siglo pasado. El preámbulo del Acta pasada, en 1799 (39 Geo. III, c. 56), dice así: «Por cuanto, antes de dar la Acta del quince de la actual Majestad, muchos mineros carboneros, cargadores de carbón y salineros, pertenecían durante su vida, y eran transferibles con las minas de carbón y los salitrales en que trabajaban, mas que por la dicha Acta se les quitó su servidumbre y fueron declarados libres, á pesar de lo cual siguen aún en estado de servidumbre muchos mineros de carbón, cargadores de carbón y salitreros; por no haber dado cumplimiento á las disposiciones del Acta, ó por haber incurrido en las penas que dicha Acta imponía,» etc. Luego continúa la nueva Acta declarándolos libres de toda servidumbre. Antes no ganaban los esclavos sino lo suficiente para mantenerse, y nada economizaban para el porvenir. Por

(1) Henry, *Historia de Inglaterra*, libro V, capítulo 4.º

eso decíamos que la imprevisión de los mineros de carbón, como la de los herreros y metalúrgicos, es como una reaparición sólo del sistema de la esclavitud en nuestra constitución política.

Las cosas han cambiado por completo. El operario es enteramente libre, cualquiera que sea su ocupación. La única esclavitud que sufre, es su pasión por la bebida. A este propósito se parece aún á los esquimales y á los indios norteamericanos. ¿Quiere en realidad ser libre? Entonces debe practicar los deberes de un hombre libre y responsable. Debe practicar el dominio sobre sí mismo y coartar ciertas inclinaciones propias, y sacrificar los goces personales del momento por otros de una índole mucho más elevada. Unicamente por el respeto propio y el dominio de sí mismo, puede elevarse la posición del operario.

El obrero tiene ahora más de ciudadano que nunca tuvo. Es un poder reconocido, y ha sido admitido bajo la protección de la constitución. Existen para él en abundancia institutos mecánicos, periódicos, sociedades de beneficencia, y todas los elementos modernos de la civilización. Es admitido en el terreno de la inteligencia; y de tiempo en tiempo salen de su clase grandes pensadores, artistas, ingenieros, filósofos y poetas, para proclamar que la inteligencia no pertenece á una sola clase, y que la nobleza no es de un orden exclusivo. Las influencias de la civilización están conmoviendo á la sociedad hasta en sus más profundos cimientos; y todos los días se dan testimonios de la elevación de las clases industriales á una posición de poder social. El descontento puede manifestarse, y lo hace; pero el descontento sólo es la condición necesaria del mejoramiento; porque un hombre no se sentirá impulsado para elevarse á una condición más alta, á menos que se sienta descontento con la condición más baja de la cual quiere salir. Estar satisfecho es descansar; en tanto que, estar racionalmente descontento, es esforzarse, trabajar, y obrar, teniendo en vista un adelanto futuro.

Las mismas clases obreras se valoran demasiado poco. Aunque reciban salarios ó sueldos más elevados que el término medio de lo que ganan los hombres de carrera, no tienen muchos de ellos, sin embargo, más pensamiento que vivir en casas malas, y gastar su tiempo y dinero sobrante en bebida. Parece que desconocen el respeto de sí mismos y el que deben

á su clase. Tienen la idea de que hay algo de degradante en el trabajo; y nada puede ser más falso que esto. Todo trabajo honra y dignifica; el ocioso, sobre todos los demás, es quien carece de dignidad y de honradez.

«Que el obrero—dice Mr. Sterling,—trate de unir su tarea diaria, por modesta que sea, con los pensamientos más elevados que pueda, y con ellos asegurará la justicia de su existencia para su mayor bien. Por no haberlo hecho el obrero, y porque otros han dejado de ayudarle como debieran, la condición del trabajo ha participado, hasta ahora, de lo bajo y degradante.»

En cuanto á la remuneración, como ya hemos dicho, están mejor pagados el promedio de obreros y artesanos expertos que el promedio de los sacerdotes de las parroquias. El maquinista está mejor retribuido que el abanderado de un regimiento en servicio activo. El capataz, en cualquiera de nuestros grandes establecimientos fabriles, está mejor pagado que un cirujano del ejército. El estirador de rieles recibe más de una guinea al día, mientras que un cirujano segundo de la marina recibe catorce chelines, y al cabo de tres años de servicio, veintiún chelines, con raciones. La mayoría de los sacerdotes disidentes están mucho peor remunerados que las clases mejores de obreros; y el promedio de escribientes empleados en los escritorios y almacenes reciben sueldos mucho más escasos.

Los obreros hábiles podrían, si tuviesen voluntad para ello, ocupar una posición social tan elevada como la de las clases educadas á que aludimos. ¿Qué les impide levantarse? Solamente el que no quieren ocupar sus ocios en cultivar su espíritu. Tienen suficiente dinero: es cultura lo que les falta. Debieran saber que la posición de los hombres en la sociedad depende menos de lo que ganan que de su carácter y de su inteligencia. Por descuidar las abundantes oportunidades—porque son pródigos y gastan lo que ganan en goces materiales,—porque se niegan á cultivar la parte más elevada de su naturaleza, son excluidos, ó mejor dicho, se excluyen á sí mismos, de los privilegios sociales á que tienen derecho.

No obstante sus crecidos salarios, se aferran en su mayor parte al vestido, al lenguaje y á las maneras de su clase. Se presentan en sus horas libres, con trajes sucios y sin lavar-

se las manos. Por inteligente que sea un obrero, está dispuesto á rebajar su espíritu y su carácter al más bajo nivel de sus compañeros de trabajo.

Aun el dinero de más que gana por su mayor habilidad, contribuye á menudo á desmoralizarle y á degradarle. Y, sin embargo, podría vestirse tan bien, vivir tan bien, y estar rodeado de las comodidades materiales y de las satisfacciones intelectuales de los hombres de carrera. Pero ; no ! De semana á semana derrocha sus ganancias. No ahorra ni un centavo ; es una víctima de las tabernas, y cuando el trabajo escasea, y su cuerpo se enferma, no tiene más refugio que el asilo.

¿Cómo pueden curarse tan grandes males ? Algunos dicen que por medio de una educación mejor ; otros que por la instrucción moral y religiosa ; otros que con mejores habitaciones, y mujeres y madres mejores. Es indudable que todas estas influencias contribuirán mucho al mejoramiento del pueblo. Hay algo perfectamente claro, y es que domina una inmensa ignorancia, y que esa ignorancia debe desaparecer antes que las clases bajas puedan elevarse. Todo su carácter debe transformarse, y deben aprender en el principio de su vida á tener hábitos de previsión y de dominio sobre sí mismos. /

Con frecuencia oímos que «saber es poder ;» pero nunca oímos que la ignorancia es poder. Y sin embargo, la ignorancia ha tenido siempre en el mundo más poder que el saber. La ignorancia prevalece. Las malas inclinaciones de los hombres hacen que existan las costosas instituciones represivas de los Gobiernos modernos.

La ignorancia arma á los hombres unos contra otros ; provee á las cárceles y penitenciarías ; á la policía y á sus comisarías. Toda la fuerza material del Estado se halla provista por la ignorancia ; es requerida por la ignorancia, y frecuentemente la maneja sólo la ignorancia. Bien podemos declarar, pues, que la ignorancia es poder.

La ignorancia es poderosa, porque hasta ahora no ha tenido el saber acceso sino en el espíritu del menor número. Haced que el saber se difunda más generalmente ; haced que la multitud se eduque, y sea cuidadosa y discreta, y entonces adquirirá el saber ascendencia sobre la ignorancia. Pero ese tiempo no ha llegado aún.

Repasad las estadísticas del crimen, y hallaréis que, por

cada hombre que posea cierta discreción ó saber, que ha cometido un crimen, hay cien ignorantes. O en la estadística de la embriaguez é imprevisión de todas clases; allí predomina igualmente la ignorancia. O en los anales del pauperismo; allí otra vez la ignorancia es poder.

Las principales causas de ansiedad en este país son el sufrimiento y el malestar social producidos por la ignorancia. Para mitigarlos formamos asociaciones, organizamos sociedades, gastamos dinero y trabajo en comisiones. Pero el poder de la ignorancia es excesivamente grande para nosotros. Casi nos desesperamos mientras trabajamos. Sentimos que mucha de nuestra labor queda inutilizada. Muchas veces estamos prontos á renunciar desesperados, y á retroceder ante nuestro encuentro con el imperio del mal.

«¡Cuán poderosas son las palabras de verdad!» ha dicho Job. ¡Sí! Pero con igual justicia pudo haber dicho:—«¡Cuán poderosas son las palabras falsas!» Las palabras falsas ejercen más poder sobre los espíritus ignorantes que las palabras veraces. Se amoldan en los cerebros falsos, prevenidos y vacíos, y tienen poder sobre ellos. A menudo no tienen para ellos sentido las palabras de la verdad, ni más ni menos que si pertenecieran á algún idioma muerto. Los pensamientos del hombre sabio no alcanzan á la multitud, sino que pasan volando por encima de sus cabezas. Solamente los menos los comprenden hasta el momento actual.

Los fisiólogos podrán discutir las leyes de higiene, y la «Comisión de Higiene» podrá escribir folletos para que circulen entre el pueblo; pero la mitad de las personas no llegan ni á poder leer; y de la otra mitad sólo una proporción muy reducida tiene el hábito de *pensar*. De esa manera quedan sin observancia las leyes de higiene, y cuando llega la fiebre, encuentra un vasto campo donde poder obrar, en calles y fondos de casas sin albañales, sucios y malsanos, distritos repugnantes y pestilentes, viviendas inmundas y asquerosas, grandes poblaciones mal provistas de agua limpia y de aire puro. Allí hace bárbara cosecha la muerte; muchas desamparadas viudas y criaturas tienen que ser mantenidas con los fondos de los pobres; y entonces nos confesamos con repugnancia que la ignorancia constituye un poder.

El medio único de disminuir este poder de la ignorancia, es acrecentar el del saber. Conforme se eleva el sol en el fir-

mamento, desaparece la obscuridad, y huyen de la luz la lechuza, el murciélago y las aves de rapiña. Dad instrucción al pueblo, mejorad su educación, y de ese modo disminuirá el crimen, y desaparecerá hasta cierto punto la embriaguez, la imprevisión, el desorden, y todos los poderes del mal. (1)

Sin embargo, debe reconocerse que no es bastante la educación. El hombre capaz puede ser un bribón inteligente; y cuanto más capacidad, será un bribón tanto más perspicaz. La educación, pues, deberá basarse sobre la religión y la moral; porque la educación por sí sola no borrará las inclinaciones perversas. La cultura de la inteligencia ejerce poco efecto sobre la conducta moral. Podéis ver hombres capaces, educados, y de instrucción literaria, que no tienen procederes buenos, derrochadores, imprevisores, ebrios y viciosos. Se deduce, pues, que la educación debe basarse en los principios de la religión y de la moral.

Tampoco influye tanto la pobreza de las personas en su degradación social, como se supone comúnmente. La cuestión es esencialmente moral. Si los ingresos de la clase trabajadora fuesen dobles de lo que son, no aumentaría por eso necesariamente su felicidad; porque la felicidad no está en el dinero. Realmente, los salarios aumentados resultarían ser quizá una maldición en vez de una bendición. Para muchos habría un consumo mayor de bebida, con los resultados acostumbrados; un aumento de violencia con la embriaguez, y acaso un aumento de criminalidad.

(1) Los informes recientes de Mr. Tremenheere al secretario de Estado en el departamento del Interior, con respecto de la condición de la población en los distritos de minas de hierro y de carbón, prueban que tiene gran confianza en los efectos de la educación. El testimonio que ha reunido de todos los puntos del país, demuestra que el aumento de la inmoralidad con el aumento de los salarios era atribuido á los gastos y apetitos bajos del pueblo,—que la negativa obstinada de los individuos á no poner en ejercicio más de dos terceras partes de sus facultades racionales para trabajar con lo que el costo de la producción se aumentaba el capital estropeado, y cargado el público, debíase á una causa idéntica,—que su disposición para ser la presa de los unionistas y agitadores, se puede encontrar en su carencia de los más elementales principios de pensar,—que la mayor parte de los accidentes que ocurren cada semana, son ocasionados por su estupidez é ignorancia—que donde quiera que han avanzado en conocimientos se han hecho más expertos, más obedientes y más laboriosos. Estos hechos han convencido á los patrones más juiciosos y previsores, de que los únicos medios seguros de mantener su terreno contra la competencia cada día más creciente que le hace el extranjero, y alejar una crisis social, consisten en reformar el carácter de la generación de obreros que está creciendo por medio de la educación.

El difunto Mr. Clay, capellán de la casa de corrección de Preston, después de caracterizar la embriaguez como un GRAN PECADO, sigue diciendo: «Aun se levanta en hostilidad salvaje contra todo lo que está unido al orden y á la religión; aun obstruye toda avenida por la cual tratan de penetrar la verdad y la paz en el corazón del hogar y en el corazón del hombre pobre... Sea cual fuere la causa predominante del crimen, es evidente que la ignorancia, la ignorancia religiosa, es el ingrediente que más influye en el carácter del criminal. Este se une á la pasión por la bebida, y faltas y ofensas innumerables son originadas por esta unión.»

Sir Arturo Helps, hablando de los salarios crecidos y bajos, y de los medios de adquirir y gastar el dinero, se expresa de este modo sobre el asunto, en sus «Amigos en el Consejo».

«Tengo la convicción de que todos los años se dan en toda Inglaterra salarios, con la presente tasa baja, que son suficientes para hacer completamente distinta de lo que es en la actualidad la condición de los obreros pobres. Pero estos salarios tienen que ser gastados debidamente. No quiero decir que los pobres puedan efectuar por sí solos este cambio; pero si fuesen auxiliados por el consejo, la instrucción y la ayuda (no de dinero, ni en dinero prestado que produzca el interés del día) de las clases superiores á ellos, podrían los pobres realizar por sí mismos lo demás. Y realmente, todo lo que los ricos pudieran hacer para elevar á los pobres, apenas podría igualar la ventaja que se ganaría por los pobres mismos, si pudieran dominar completamente ese vicio de la embriaguez, el más destructor de todos los vicios.

«En la vida de los pobres (como efectivamente en la de todos nosotros) hay que considerar dos cosas: cómo conseguir dinero, y cómo gastarlo. Ahora bien, yo creo, y me lo confirma la experiencia de los patrones, que se ve con frecuencia que los individuos que ganan veinte chelines por semana, no viven mejor ni economizan más, que el individuo que tiene catorce chelines; siendo iguales su número y demás circunstancias en las familias de ambos individuos. Es probable que, á menos que tenga bastante prudencia y reflexión, no sabrá qué hacer con el dinero aquel que reciba más que el término medio de su clase. ó sólo encontra-

«rá en él un medio de satisfacer su deseo por la bebida, superior al que poseen sus compañeros.»

No obstante, y á pesar de las circunstancias desconsoladoras á que nos hemos referido, debemos creer que más adelante, y conforme se mejore la índole del hombre por la educación—seglar, moral y religiosa—podrán ser impulsados á hacer mejor uso de sus recursos, por consideraciones de prudencia, de previsión y responsabilidad paternas. Un escritor alemán habla de la educación que se da á un niño como de *un capital*—equivalente á un depósito de dinero—puesto á su orden por el padre. El niño, cuando llegue á la edad viril, puede usar la educación conforme podría emplear el dinero, mal; pero ese no es un argumento contra la posesión de cualquiera de las dos cosas. Por supuesto, el valor de la educación, así como el del dinero, está principalmente en hacer un uso conveniente de ella. Y una de las ventajas del saber es que su misma adquisición tiende á aumentar la capacidad de acrecentarlo, lo cual no es por cierto lo mismo, en la acumulación de dinero.

La educación es siempre una ventaja para el hombre, cualquiera que sea el modo de obtenerla. Hasta como medio de progresar materialmente, es digna de que se la busque; por no decir nada de sus aplicaciones morales como factor para elevar el carácter y la inteligencia. Y si la composición entre las naciones industriales debe ser antes de mucho una contienda especialmente de la inteligencia, según la idea en que persiste el doctor Lyon Playfair, es obvio que Inglaterra debe aumentar los medios de educar á sus clases industriales, ó prepararse á quedarse atrás en el progreso industrial de las naciones.

«De poco serviría á la paz y felicidad de la sociedad—ha dicho el doctor Brewster, de Edimburgo,—que las grandes verdades del mundo material fueran limitadas á los educados y á los sabios. Dejaría de ser un bien la organización de la ciencia si así fuera limitada. El saber laico y el saber divino, la corriente doble de la sangre vital del hombre intelectual, no debe descender meramente á través de las grandes arterias del cuerpo social; tiene que llegar á los más pequeños capilares antes que pueda nutrir y purificar á la sociedad. El saber es al mismo tiempo el maná y la medicina de nuestra existencia moral. Donde el crimen es veneno, el sa-

ber es el antídoto. La sociedad podrá salvarse de la peste y podrá sobrevivir al hambre; mas el demonio de la ignorancia, con sus horrendos ayudantes el vicio y el desenfreno, la perseguirá hasta en sus más tranquilos retiros, destruyendo nuestras instituciones, y transformando en un desierto el paraíso de la vida social y doméstica. El Estado, pues, tiene que llenar un gran deber. Así como castiga el crimen, está obligado á prevenirlo. Así como nos somete á las leyes, debe enseñar también las nobles verdades que demuestran el poder y la sabiduría del gran LEGISLADOR, difundiendo así el saber mientras que está aumentando la educación, haciendo de ese modo satisfechos, felices y humildes á los hombres, ínterin los hace súbditos, pacíficos y obedientes.»

Ya se ha dado un paso, un comienzo á esto con la educación pública escolar. Mucho queda aún por hacer para establecer el sistema en todo el Imperio. En la actualidad no podemos juzgar los efectos de lo que se ha hecho. Pero si la educación general realiza y produce en Inglaterra lo que ya ha realizado en Alemania, se mejorará inmensamente el carácter de este pueblo dentro de los primeros veinte años. La educación ha desterrado casi del todo la embriaguez de Alemania; y si Inglaterra no tuviera la embriaguez, el despilfarro y la atolondrada multiplicación, serían comparativamente triviales nuestras miserias sociales.

Debemos creer, pues, que á medida que se aumenta la inteligencia en la clase trabajadora, y según prevalece un tono moral mejor en ella, habrá una mejora rápida en hábitos sobrios y previsores; porque estos forman los cimientos más firmes y seguros del progreso social. Hay un creciente deseo, por parte de los espíritus más avanzados en la sociedad, de ver que los obreros ocupen la legítima posición que les corresponde. Aquellos que ejecutan el trabajo de la sociedad, que producen, bajo la dirección de los más inteligentes entre ellos, la riqueza de la nación, tienen títulos para ocupar un puesto mucho más elevado del que hasta ahora han ocupado. Creemos en ese «buen tiempo venidero» para los obreros, hombres y mujeres, cuando penetre en ellos una atmósfera de inteligencia—cuando demuestren ser tan ilustrados, corteses é independientes como las otras clases de la sociedad, y como paso primero y más seguro hacia este objetivo, les aconseja-

mos que PROVEAN—que provean para lo futuro lo mismo que para el presente—que provean, en el tiempo de la juventud y de la abundancia, para las épocas de adversidad, de infortunio y de ancianidad.

«Si alguien se propone mejorar de condición—dijo el difunto Guillermo Felkin, intendente de Nottingham, que anteriormente había sido obrero—debe ganar todo lo que pueda, gastar lo menos que pueda, y hacer que, lo que gaste, le proporcione á él y á su familia toda la fruición verdadera que cabe en lo posible. El primer ahorro que hace un obrero de lo que gana es el primer paso; y, por ser el primero, es el paso más importante hacia la verdadera independencia. Ahora bien, la independencia es tan posible de practicar por un obrero laborioso y económico aunque pobre de origen, como por un traficante ó comerciante, y es un bien tan grande como estimable. Debe observarse igual procedimiento, esto es, que todo el gasto sea menor que el ingreso, que todas las exigencias sean tenidas en cuenta, y provistas cuidadosamente, y que el sobrante se considere como objeto sagrado, para ser empleado en aquellas cosas, y solamente en ellas, que el deber ó la conciencia indiquen como importantes ó deseables. Esto requiere un curso de laborioso esfuerzo y estricta economía, un poco de previsión y tal vez alguna privación. Pero esto es solamente lo que corresponde á todos los objetos deseables. Y como yo sé lo mismo que cualquier operario de aquellos á quienes me dirijo, lo que es trabajar durante largas horas con las manos, y por salarios reducidos, y practicar además la abnegación de sí mismo, me siento animado á declarar por experiencia propia, que la ventaja de la independencia, ó más bien la dependencia propia, por la que abogo, es inmensamente más valiosa que todo lo que cuesta su adquisición; y, además, que el adquirirla en un grado mayor ó menor, según las circunstancias, depende de la voluntad del mayor número de los obreros inteligentes ocupados en nuestras manufacturas.»

CAPITULO V

EJEMPLOS DE AHORRO

Los ejemplos constituyen una prueba de la posibilidad del éxito.—COLTON.

El poder del propio mérito, se abre paso.—SHAKSPEARE.

Lector, considerad, si vuestra alma se eleva al vuelo de la fantasía más allá del Polo, ó si en esta sombría vivienda vil y mala, persigue á tientas un fin rastrero, sabed que el prudente y vigilante dominio sobre sí mismo, es el origen de la sabiduría.—BURNS.

En la familia, como en el Estado, es la economía la mejor fuente de la riqueza.—CICERÓN.

La verdadera acción es un efecto de la verdadera fe; pero una fe sincera y verdadera no puede ser sostenida, profundizada y aumentada, sino por medio de la actividad.—M. COMBIE.

El ahorro es el espíritu de orden aplicado á la administración y á la organización domésticas. Su objeto es administrar con prudencia los recursos de la familia; impedir el despilfarro, y evitar los gastos inútiles. El ahorro está bajo la influencia de la razón y de la previsión, y nunca obra á la ventura ó por mero capricho. Se esfuerza por hacer lo más y lo mejor en todo. No economiza dinero por el gusto de guardar. Hace sacrificios alegremente en beneficio presente de otros; ó se somete á voluntarias privaciones para algún bien futuro.

La señora Inchbad, autora de la *Historia Sencilla*, podía ahorrar, á fuerza de economía, la mitad de sus pequeños

ingresos para beneficio de su hermana inválida. De ese modo había como dos libras esterlinas por semana para el sostenimiento de cada una. «Con frecuencia—dice,—durante el invierno, cuando yo lloraba de frío, me decía á mí misma: »Gracias á Dios, mi hermana querida no tiene necesidad de salir de su cuarto, y encontrará todas las mañanas su fuego dispuesto; porque ahora se encuentra mucho menos apta que yo para sufrir privaciones.» La familia de la señora Inchbald era muy pobre en su mayor parte; y ella comprendía que era justo sostenerla durante sus muchas calamidades. Hay una cosa que se puede decir de la benevolencia, y es, que jamás ha arruinado á nadie, aunque el egoísmo y la disipación han arruinado á miles.

Las palabras «Waste not, want not,» (*no desperdicies, no carezcas*), grabadas en piedra sobre el fogón de la cocina de sir Walter Scott, en Abbotsford, expresan brevemente el secreto del orden en medio de la abundancia. El orden es utilísimo en la administración de todo; de una casa, de un negocio, de una fábrica, de un ejército. Su máxima es: Un puesto para cada cosa, y cada cosa en su puesto. El orden es riqueza; porque, cualquiera que arregle convenientemente el uso de sus entradas, casi dobla sus recursos. Las personas desordenadas rara vez son ricas, y las personas ordenadas son rara vez pobres.

El orden constituye por sí solo el mejor administrador del tiempo; porque á menos de que el trabajo sea arreglado convenientemente, se pierde tiempo; una vez perdido no se recobra jamás. El orden ilustra muchos asuntos de importancia. Así, pues, es orden la obediencia á la ley moral y natural. El respeto por nosotros mismos y por nuestros semejantes, es orden. La consideración por los derechos y obligaciones de todos, es orden. La virtud es orden. El mundo comenzó con el orden. Prevalecía el caos antes del establecimiento del orden.

El ahorro es el espíritu de orden en la vida humana. Es el agente primero en la economía privada. Sostiene la felicidad de muchos hogares. Y como generalmente es la mujer quien arregla el bienestar de la casa, es principalmente de ella de quien depende el bienestar de la sociedad. Por eso es tanto más preciso que sea educada desde temprano en el hábito y la virtud del método.

El noble, el comerciante, el dependiente, el artesano, el jornalero, son todos de la misma naturaleza, nacidos con las mismas propensiones y sujetos á idénticas influencias. Es verdad que han nacido en diferentes posiciones, pero depende de ellos tener una existencia noble ó vil. Podrán no tener facultad de elección entre la riqueza ó la pobreza; mas tienen la elección de ser buenos ó malos, de ser dignos ó indignos.

Personas de la posición más elevada, en materia de cultura y de educación, tienen que sufrir á veces tan grandes privaciones como el término medio de los obreros. A menudo tienen que estirar muchísimo más sus entradas. Tienen que sostener una posición social. Tienen que vestir mejor, y que vivir bastante bien, teniendo en vista la salud. Aunque sus ingresos sean menores que los de los fundidores de hierro ó mineros de carbón, están en la necesidad moral de educar á sus hijos y criarlos como caballeros, de modo que puedan tomar la parte propia de su labor en la sociedad.

Así fué como el décimo Conde de Buchan tuvo gran número de hijos, uno de los cuales se elevó hasta ser lord canceller de Inglaterra, no teniendo sino un ingreso anual de doscientas libras esterlinas. No es la cantidad de rentas tanto como el buen uso de ellas lo que caracteriza al verdadero hombre; y mirado desde este punto de vista, están entre los mejores de todos los economistas, el buen sentido, el buen gusto y una sólida cultura intelectual.

El difunto doctor Aiton, dijo que su padre crió y educó una familia más numerosa aún, solamente con la mitad de las rentas de lord Buchan. Es digna de recordación la siguiente dedicatoria, puesta á su obra *Clerical Economies* «Esta obra es dedicada respetuosamente á un padre que se halla ahora en el octogésimo tercer año de su edad, el cual, con una renta que nunca pasó de cien libras esterlinas al año, educó á cuatro hijos en las profesiones liberales, de una familia de doce, y con frecuencia, enviaba su último chelín á cada uno de ellos, por turno, cuando estaban en el colegio.»

El autor podría citar su propio ejemplo como una demostración de las ventajas del ahorro. Su madre quedó viuda cuando su hijo menor, el menor de once, no tenía más que tres semanas de edad. No obstante una deuda considera-

ble producida por una fianza dada, que fué pagada, hizo frente valerosamente á las dificultades de su posición, y las venció con perseverancia. Aunque su renta era menor que el salario de cualquier obrero bien pagado, educó perfectamente á sus hijos, y los crió religiosa y virtuosamente. Los puso en el camino de obrar bien, y si así no lo han hecho, no ha sido porque la educación les faltara.

El historiador Hume era hombre que pertenecía á una buena familia; pero siendo uno de los hermanos menores, fueron muy pocos sus recursos. Su padre murió cuando él era aún un niño; fué criado por su madre, quien se consagró por completo á criar y educar á sus hijos. A los veintitrés años de edad fué el joven Hume á Francia para continuar sus estudios. Allí—dice en su autobiografía,—establecí ese método de vida que he continuado observando constantemente y con éxito. Resolví que una severísima frugalidad supliera mi falta de fortuna, para conservar intacta mi independencia, y considerar como despreciable todo asunto, excepto el mejoramiento de mis talentos en la literatura. El primer libro que publicó fué un fracaso completo. Pero siguió adelante, escribió y publicó otro libro, que alcanzó un éxito. Pero con él no ganó dinero alguno. Fué hecho secretario de la Embajada militar en Viena y Turín, y á la edad de treinta y seis años se consideró rico. Estas son sus propias palabras: «Mis sueldos, con mi frugalidad, me habían hecho lograr una fortuna que yo llamaba independiente, aunque la mayor parte de mis amigos se sentían dispuestos á reírse cuando lo dije; en una palabra, era dueño de cerca de mil libras esterlinas.» Todos saben que mil libras, al cinco por ciento, equivalen á cincuenta libras al año; y Hume se consideraba independiente con esa renta. Su amigo Adam Smith, dijo de él: «Hasta en el estado más humilde de su fortuna, nunca le impidió su frugalidad grande y necesaria, hacer actos tanto de bondad como de generosidad en las ocasiones convenientes. Era una frugalidad basada no en la avaricia, sino en el amor á la independencia.»

Pero una de los ejemplos más notables de ahorro se halla en la historia del reverendo Roberto Walker: el admirable Roberto Walker, como se le llama aún en el distrito de Cumberland en donde habitaba. Era cura de Leathwaite durante la mayor parte del siglo pasado. Las rentas del curato en

la época de su nombramiento (1735), eran solamente de cinco libras esterlinas al año. Su mujer le llevó una fortuna de cuarenta libras esterlinas. ¿Es posible que haya podido vivir con cinco libras esterlinas al año, el interés de la fortuna de su mujer, y el fruto de sus trabajos como sacerdote? Sí, logró hacer todo esto; y no solamente vivía bien, aunque sencillamente, sino que economizó dinero, que dejó en provecho de su familia. Realizó todo esto por medio de la laboriosidad, la frugalidad y la templanza.

Primero, sobre su laboriosidad. Hacía por completo todo trabajo que se relacionara con su curato. El domingo lo guardaba en todo sentido como día sagrado. Después del servicio de la mañana y del de la tarde, dedicaba la noche á la lectura de las Escrituras y á la oración de familia. En los días de la semana enseñaba á los niños de la parroquia, no cobrando nada por la educación, limitándose á tomar lo que los individuos querían darle voluntariamente. La escuela parroquial era su escuela, y en tanto que los niños repetían las lecciones á su lado, estaba él, al igual de la maestra de escuela de Shenstone, ocupado en tejer lana. Tenía el derecho de pastoreo sobre las montañas para unas cuantas ovejas y un par de vacas, que exigían su cuidado. A esta ocupación pastoril agregaba la tarea de la labranza, porque alquilaba dos ó tres acres de tierra en adición á su acre de tierras benéficas, y poseía también un jardín, todo lo cual era labrado por sus propias manos. El combustible de la casa constituía una especie de turba, obtenida por su trabajo de los tremedales de la vecindad. Ayudaba también á sus parroquianos á hacer las parvas y á esquilas sus majadas, en cuyo arte era sumamente diestro. En cambio le obsequiaban los vecinos con un montón de heno ó un vellón, en reconocimiento general de sus servicios.

Luego de haber desempeñado el curato de Leathwaite durante unos veinte años, fué elevado el sueldo anual á diecisiete libras y diez chelines. Siendo ya bien conocido su carácter y muy estimado, ofreció el obispo de Carlisle á mister Walker el nombramiento del curato vecino de Ulpha; pero él lo rehusó concienzudamente, fundándose en que la anexión «podría causar un descontento general entre los vecinos de ambos puntos, ya fuera por suponer que eran tratados en menos por no servirseles sino alternativamente, ó creer que

»se les descuidaba en el servicio, ó porque lo atribuirían á »codicia mía; y yo desearía con gusto evitar todos estos mo- »tivos de murmuración.» Y no obstante, Mr. Walker tenía en esta época una familia de ocho hijos. Después sostuvo á uno de sus hijos en el colegio de la Trinidad, de Dublin, hasta que estuvo preparado para recibir las sagradas órdenes.

Por supuesto, el pastor de la parroquia era un hombre muy económico. Sin embargo, ningún acto de su vida tenía apariencia, ni en lo más mínimo, de tacañería ó avaricia. Por otra parte, manifestó su conducta durante toda la vida el desinterés y la generosidad más grandes. Conocía poquísimos regalos, y no se preocupaba de ellos. El té sólo se usaba en su casa para las visitas. La familia tomaba leche, lo que en verdad era mejor. Exceptuándose la lecha, no se tomaba en la casa más bebida que el agua; agua pura sacada del manantial de la montaña. La ropa de la familia era modesta y decente; mas toda se hacía en la casa: era sencilla, lo mismo que sus alimentos. Alguna vez se mataba una de las ovejas de la montaña para la cocina; y hacia el fin del año, era muerta y salada una vaca para que sirviese de provisión para el invierno. El cuero era curtido y servía para calzado de la familia. Con estos y otros medios crió este venerable sacerdote á su numerosa familia; cuidando no tan sólo, según sus propias y afectuosas palabras, «de que no carecieran de lo necesario para la vida,» sino proporcionándole «una educación no limitada, y los medios de adelantar en la sociedad.» (1)

Muchos hombres han «desdeñado los goces y han vivido días de trabajo,» para progresar en el mundo, y para elevarse en la sociedad. Han vivido humilde y frugalmente, para poder realizar cosas más grandes. Se han sostenido á sí mismos con el trabajo de sus manos, hasta que pudieron sostenerse con el trabajo de su inteligencia. Algunos alegarán, acaso, que esto no es justificable—que es un pecado contra el proletariado intentar elevarse en el mundo,—que, «una vez remendón, siempre será remendón.» Mas, hasta que se haya establecido un sistema mejor, es la aplicación propia de los individuos, el único método por el cual pueda ser conquista-

(1) El mejor relato escrito sobre Mr. Walker se encuentra en el «Apéndice á los poemas de Wordsworth.» El poeta apreciaba muchísimo el carácter del sacerdote, é hizo mención de él en su «Excursión,» como igualmente en las notas á los sonetos titulados: «The River Duddon.»

da la ciencia y el saber, y progresiva de un modo permanente la sociedad.

Dice Goethe: «Importa poco el círculo en que obra un hombre, con tal que sepa cómo comprender y llenar completamente ese círculo;» y en otra parte: «Una voluntad honrada y vigorosa podrá abrirse camino y emplear su actividad provechosamente bajo cualquier forma de sociedad.» «¿Cuál es el mejor Gobierno?—pregunta.— ¡ El que nos enseña á gobernarnos á nosotros mismos!» Y todo lo que necesitamos según su parecer, es la libertad individual, y la cultura propia. «Dejad solamente—dice,—que cada cual haga lo justo en su puesto, sin molestarse por la baraúnda del mundo.»

En todo caso, no es por el socialismo, sino por el individualismo, como ha llegado á hacerse algo para la adquisición del saber y del progreso de la sociedad. La voluntad y la determinación de los hombres, individualmente, es lo que impulsa al mundo hacia adelante en el arte, en la ciencia y en todos los ramos y métodos de la civilización.

Los hombres están individualmente dispuestos á negarse satisfacciones personales, pero las comunidades asociadas se niegan á ello. Las masas son demasiado egoístas, y temen que se aprovecharán otros de cualquier sacrificio que se les pida que hagan. Por eso buscamos entre el noble grupo de espíritus resueltos á aquellos que levantan á la sociedad y la elevan tanto como á sí mismos. El recuerdo de lo que han hecho obra como un estímulo sobre los otros. Rodea al espíritu del hombre, reanima su voluntad, y le estimula á hacer otros esfuerzos.

Cuando lord Elcho habló á los mineros de carbón del East Lothian, nombró á varios individuos que supieron elevarse desde la mina de carbón, y mencionó el primero de todos á Mr. Macdonald, diputado por Stafford. «El principio de mis relaciones con Mr. Macdonald—añadió,—fué cuando se me dijo que un minero deseaba verme en las antecámaras de la Cámara de los Comunes. Salí y vi á Mr. Macdonald, quien me entregó una petición de este distrito, que me pidió que presentara. Entré en conversación con él, y me sorprendió su inteligencia. Díjome que había comenzado su carrera en

«una mina en el Lancashire, y que el dinero que economizaba en el verano, lo gastaba en el invierno en la Universidad de Glasgow; y allí es donde ha adquirido toda la instrucción y la aptitud para escribir, que hoy tiene. Sostengo que esto es un ejemplo que honra á los mineros de Escocia. Otro ejemplo es el del doctor Hogg, quien principió como trabajador minero en este condado; trabajaba por la mañana, asistía á la escuela por la tarde; luego fué por cuatro años á la Universidad, y por cinco años á la Facultad de Teología; y después, á consecuencia de sufrir en su salud, salió del país, y ahora está ocupado como misionero en el alto Egipto. O ved el caso de Mr. (ahora sir Jorge) Elliot, diputado por Durham del Norte, quien ha hablado en favor de los mineros, con tanta más ventaja, cuanto que tiene conocimiento práctico de su trabajo. Principió como obrero en una mina, y se abrió paso hasta tener empleados muchos miles de hombres. Se ha elevado á su gran riqueza y posición desde el más humilde origen, como es capaz de hacerlo cualquiera de las personas que me oyen ahora, á un grado mayor ó menor, si tan sólo se proponen ser económicas y laboriosas.»

Lord Elcho pudo asimismo haber citado al doctor Hutton, el geólogo, hombre de genio de un orden mucho más elevado, que era hijo de un veedor de carbón. Bewich, el grabador en madera, fué, según se asegura, hijo de un minero de carbón. El doctor Campbell fué hijo, también, de un minero carbonero de Loanhead: fué el precursor de Moffat y de Livingstone, en sus misiones entre los bechuanas, en el Sud de Africa. El poeta Allan Ramsey era igualmente hijo de un minero.

Jorge Stephenson se abrió camino desde la mina hasta la más elevada posición como ingeniero. Jorge comenzó su carrera con laboriosidad, y cuando hubo ahorrado un poco de dinero, lo gastó en adquirir algún estudio. ¡Cuán feliz hombre se sentía al serle aumentado su salario á doce chelines por semana! Con ese motivo dijo que había «sido hecho hombre para el resto de su vida.» No solamente podía mantenerse con lo que ganaba, sino que podía ayudar á sus pobres padres, y pagar su propia educación. Cuando hubo adquirido más habilidad, y su sueldo fué aumentado á una libra esterlina por semana, principió inmediatamente, como operario prudente é inteligente, á reservar su dinero sobrante; y cuando hubo

ahorrado su primera guinea, dijo orgullosamente á uno de sus colegas que «¡ya era hombre rico!»

Y decía bien. Porque el hombre que después de satisfacer sus necesidades tiene algo que ahorrar, ya no es un pobre. Lo cierto es que desde ese día no miró para atrás Stephenson; su progreso como hombre que avanzaba fué tan firme como la luz de la salida del sol. Una persona de mucha experiencia ha asegurado que nunca había conocido entre los operarios un solo caso de un hombre que al fin hubiera llegado á ser pordiosero después de haber sabido economizar una libra esterlina.

Cuando Stephenson resolvió construir su primera locomotora, no tenía medios suficientes para satisfacer su costo. Pero durante su vida de obrero, había establecido su buen nombre. Se tuvo confianza en él. Fué recto. Era hombre en quien se podía confiar. En efecto, cuando el Conde de Ravensworth fué informado del deseo de Stephenson de construir una locomotora, le proporcionó en el acto los medios para poner en ejecución sus proyectos.

Watt, también, cuando inventó la máquina condensadora de vapor, se mantenía con la fabricación y venta de instrumentos matemáticos. Construía flautas, órganos, compases, cualquier cosa que le pudiese sostener, hasta que pudiera perfeccionar su invento. Al mismo tiempo perfeccionaba su educación aprendiendo francés, alemán, matemáticas y los primeros elementos de filosofía natural. Esto duró muchos años; y cuando Watt hubo completado su máquina de vapor y descubierto á Mateo Boulton, ya había llegado á ser, debido á sus propios esfuerzos, un hombre lleno de perfecciones y de ciencia.

Estos grandes trabajadores no se abochornaban de trabajar con sus propias manos para ganar su sustento; pero también sentían dentro de sí la facultad de hacer tanto el trabajo intelectual como el manual. Y mientras seguían trabajando con sus manos, continuaban en sus inventos, cuyo perfeccionamiento ha producido tanto provecho para la sociedad. Hugo Miller proporciona en su misma vida un excelente ejemplo de ese sentido común práctico en los asuntos de la vida que tan seriamente recomienda á los demás. Cuando comenzó á escribir poesía, y sintió dentro de sí la creciente facultad de un literato, continuó activamente su trabajo como picapedrero.

Horacio Walpole dijo que la protección dada por la Reina Carolina á Esteban Duck, el poeta trillador, arruinó á veinte individuos, que se hicieron poetas. No aconteció lo mismo con los primeros éxitos de Hugo Miller. «No existe un engaño más fatal—dice,—en que pueda caer un obrero que tenga disposiciones literarias, que el error de considerarse superior á sus humildes ocupaciones; y no obstante, es un error tan común como fatal. Ya había visto yo á varios infelices operarios arruinados, que creyéndose poetas, y considerando la ocupación manual con que solamente se podían mantener independientes, como inferior á ellos, llegando á ser poco menos que mendigos, demasiado superiores para trabajar por su pan, pero no para mendigarlo virtualmente; y mirándolos como valizas avisadoras, resolví que con la ayuda de Dios, me apartaría de su error, y que nunca asociaría la idea de bajeza con una ocupación honrada, ó que me consideraría demasiado bueno para ser independiente.»

Al mismo tiempo, un hombre que siente en sí algo bueno, que con estudio y laboriosidad podría darlo á luz, está completamente justificado para vencerse á sí mismo, y para aplicar toda su energía á la cultura de su inteligencia. Y es increíble lo que pueden ayudar para su progreso á un hombre semejante el cuidado, el ahorro, la lectura de libros y la aplicación constante.

El autor de este libro conoció en su niñez á tres hombres que trabajaban en el taller de un fabricante de herramientas de agricultura. Trabajaban en madera y en hierro, y construían carretillas, arados, rastrillos, máquinas de trillar, y artículos semejantes. De un modo ú otro, se les metió en la cabeza la idea de que podrían hacer algo mejor que fabricar carretillas y rastrillos. No es que desdeñasen la suerte del trabajo manual, sino que deseaban usarlo como un paso hacia algo superior. En esa época no podían haber sido sus salarios mayores de dieciocho ó veinte chelines semanales.

Dos de los jóvenes, que trabajaban en el mismo banco, consiguieron ahorrar suficiente dinero para permitirles asistir al colegio durante el invierno. Al final de cada sesión volvían á su trabajo manual, y ganaban un salario suficiente en el verano para volver á las clases durante el invierno. El tercero no adoptó este sistema. Entró en un instituto mecánico que acababa de establecerse en la ciudad en que habi-

taba. Concurriendo á las conferencias y leyendo los libros en la biblioteca, adquirió algunos conocimientos de química, de elementos de mecánica, y de filosofía natural. Se contrajo mucho, estudió asiduamente en las horas libres de la noche y llegó á ser un hombre aventajado.

No hace falta reseñar su historia, pero á lo que llegaron eventualmente, puede mencionarse. De los dos primeros, uno llegó á ser maestro y propietario de una escuela pública grande, y el otro llegó á ser sacerdote disidente muy conocido, en tanto que el tercero, abriéndose camino afanosa y valientemente, llegó á ser ingeniero principal y gerente de la compañía de vapores más grande del mundo.

Aunque los institutos mecánicos son instituciones antiguas, apenas han sido sostenidas por los obreros. La taberna atrae más y es más concurrida. Y sin embargo, los institutos mecánicos han sido un medio de hacer muchísimo bien, no obstante ser apenas conocidos al sud de Yorkshire y Lancashire. Poniendo un sólido conocimiento mecánico aun al alcance de las pocas personas que han estado dispuestas á aprovecharse de él, han elevado á muchos individuos á posiciones de grande influencia social. Hemos oído decir públicamente á un hombre distinguido, que un instituto mecánico *le había formado*; y que si no hubiera sido por el acceso que le facilitó para llegar á toda clase de conocimientos, estaría ocupando una posición muy distinta. En una palabra, los institutos mecánicos le habían elevado desde la posición de bodegonero matriculado hasta la de ingeniero.

Hemos aludido á la sabia práctica de hombres de humilde posición que se sostenían con su oficio hasta que veían un camino que los llevaba á mantenerse por medio de una ocupación más elevada. De ese modo se sostuvo Herschell con la música, en tanto se ocupaba de sus descubrimientos astronómicos. Cuando tocaba el oboe en las cervecerías de Bath, retirábase mientras los danzantes se paseaban por la sala, salía y echaba una mirada al cielo con su telescopio, y volvía tranquilamente á su instrumento. Viviendo así de la música, fué cuando descubrió el *Georgium Sidus*. Cuando reconoció su descubrimiento la Sociedad Real, repentinamente fué célebre el tocador de oboe.

Franklin se mantuvo por mucho tiempo con su oficio de impresor. Era hombre muy laborioso, económico, frugal y

muy amigo de ahorrar tiempo. Trabajaba tanto por reputación como por los honorarios, y cuando se vió que se podía confiar en él, prosperó. Por fin, fué reconocido generalmente como un gran estadista, y como uno de los hombres científicos de su tiempo.

El astrónomo Ferguson vivió de pintar retratos, hasta que fueron reconocidos sus méritos como hombre científico. Juan Dolland se mantenía siendo tejedor de seda en Spitafields. En el curso de sus estudios hizo grandes mejoras en el telescopio refractario, y el telescopio acromático que inventó, le dió un elevado rango entre los filósofos de su siglo. Pero durante la mayor parte de su vida, ínterin se ocupaba en sus investigaciones, continuó en su negocio primero, hasta los cuarenta y seis años de edad. Al fin se concretó por completo á hacer telescopios, y entonces abandonó la ocupación de tejedor de seda.

Winckelmann, el ilustre escritor de antigüedades clásicas y de bellas artes, era hijo de un zapatero. Su padre se esforzó cuanto le fué posible, en dar á su hijo una educación erudita; pero habiéndose enfermado y quedando inutilizado, tuvo que ir por último á un hospital. Winckelmann y su padre tuvieron la costumbre de cantar por la noche en las calles para ganar algo que facilitara la ida del muchacho á la escuela. Se propuso entonces el joven Winckelmann, con gran trabajo, que había de sostener á su padre, y luego por medio de la enseñanza, que se había de costear el colegio. Todos saben cuán distinguido llegó á ser finalmente.

Ínterin escribía sus novelas Samuel Richardson, continuó en su comercio de libros. Vendía sus libros en la tienda, mientras que los escribía en la trastienda. No quería dedicarse por completo á ser autor, porque amaba su independencia. «Sabéis—le dijo á su amigo Defreval,—cuánto me ocupa mi negocio. Sabéis en qué clase de intervalos de tiempo escribo, para no descuidarlo, y para poder conservar esa independencia que es la satisfacción de mi vida. Jamás he buscado patronos fuera de mí. Mi propia laboriosidad y la providencia divina han sido toda mi confianza. Los grandes no son grandes para mí á no ser que sean buenos, y es un privilegio glorioso que goza un hombre mediocre, que ha conservado su independencia, y puede decir de vez en cuando á la sociedad, (aunque no estoicamente) lo que pien-

de esa sociedad con la esperanza de contribuir á mejorarla, aunque no sea más que en proporción insignificante.

El difunto doctor Olynthus Gregory, al dirigir la palabra al «Instituto Mecánico» de Deptford en su primer aniversario, aprovechó la oportunidad de mencionar varios hombres de condición humilde (á algunos de los cuales había podido ayudar), que, por medio de energía, aplicación y abnegación, habían podido realizar grandes cosas en la adquisición del saber. Así fué como describió el caso de un obrero de caminos que llegó á ser un hábil helenista; de un pífano, y de un soldado raso, en un regimiento de milicias, ambos matemáticos, que habían aprendido solos, uno de los cuales llegó á ser maestro de escuela con gran éxito, y el otro dió notables conferencias sobre filosofía natural; de un jornalero que trabajaba en hojalatería, que inventó reglas para la solución de ecuaciones cúbicas; de un sepulturero de un pueblo rural, que llegó á ser maestro de música, y el que, con su amor por el estudio de la ciencia musical, fué transformado de un zote borracho en un esposo y padre ejemplar; de un minero de carbón (corresponsal del doctor Gregory) que era un buen escritor en materias de altas matemáticas; de otro corresponsal, obrero hojalatero, que también conocía el curso de las matemáticas puras, como se enseñan en Cambridge, Dublin, y en los colegios militares; de un sastre, que era un hábil geómetra, y que había descubierto curvas que se habían escapado á la atención de Newton, y el cual había trabajado laboriosamente y contento en su oficio hasta la edad de sesenta años, cuando, merced á las recomendaciones de sus amigos científicos, fué nombrado examinador náutico en la «Casa de la Trinidad»; de un labrador en Lincolnshire, que sin ayuda de hombres ni de libros, descubrió la rotación de la tierra, los principios de la astronomía esférica é inventó un sistema planetario semejante al Tycónico; el de un zapatero del campo, que se distinguió como uno de los más hábiles escritores metafísicos de Bretaña, y que, teniendo más de cincuenta años de edad, tuvo que trasladarse por la influencia de sus talentos y lo que positivamente valían, de su condado natal á Londres, donde fué empleado para editar algunas publicaciones útiles consagradas á la difusión del saber y de los mejores intereses de la humanidad.

Los estudiantes del arte han temido que practicar la ab-

negación de muchas maneras. Quentin Matsys se enamoró de la hija de un pintor, y resolvió ganarla. Aunque sólo era herrero y albéitar, estudió con tal entusiasmo el arte, y adquirió tanta distinción, que la joven aceptó luego al pintor á quien había rechazado antes como herrero. Flaxman, sin embargo, se casó antes que hubiera adquirido distinción alguna como artista. Era simplemente un discípulo diestro y que prometía. Cuando sir Joshua Reynolds oyó hablar de su casamiento, exclamó: «¡ Flaxman se ha inutilizado como artista!» Pero no fué así. Cuando la mujer de Flaxman supo la observación, exclamó:—«Trabajemos y economicemos; no quiero que alguna vez se diga que Ana Denham impidió á Flaxman ser artista.» Economizaron de conformidad con el propósito. A fin de ganar dinero se encargó Flaxman de cobrar los derechos parroquiales; y con lo que ahorró con arte y laboriosidad la pareja paciente, trabajadora y económica, se fueron á Roma juntos. Allí estudió y trabajó Flaxman, allí aumentó su conocimiento del arte, y allí adquirió la reputación de ser el primero de los escultores ingleses.

La mayor parte de los artistas proceden de clase humilde. Si hubiesen nacido ricos, nunca hubieran sido artistas, probablemente. Han tenido que abrirse camino de una posición á otra, y que fortalecer su naturaleza venciendo dificultades. Hogarth comenzó su carrera llevando cuentas de almacenes. Guillermo Sharp principió grabando chapas de puerta. El escultor y medallista Tassie, principió su carrera como picapedrero. Habiendo visto casualmente una colección de pinturas, aspiró á ser artista y entró en una academia para aprender los elementos del dibujo. Continuó trabajando en su antigua profesión hasta que pudo mantenerse con la nueva. Usaba su trabajo como medio para cultivar su habilidad en su profesión más refinada y elevada.

Chantry, de Sheffield, economizaba tanto el tiempo como el dinero. Ahorró cincuenta libras esterlinas de lo que ganaba como grabador y dorador, entregó el dinero á su patrón, y rescindió su aprendizaje. Entonces fué á Londres, y encontró ocupación como grabador á jornal; emprendió la tarea de pintar retratos y de modelar bustos, y por último se abrió paso hasta el primer puesto como escultor.

Canova era picapedrero, lo mismo que su padre y su abuelo; y desde picapedrero se abrió paso hasta la escultura.

Luego de dejar la cantera, se fué á Venecia, y prestó sus servicios á un artista, de quien recibió muy poca remuneración por su trabajo. «Trabajé—dice,—por una simple pensión, pero era suficiente. Era el fruto de mi propia resolución; y, conforme me lo presumía entonces, la anticipación de recompensas más honrosas, porque nunca pensé en la riqueza.» Continuó sus estudios de dibujo y modelar, idiomas, poesía, historia, antigüedades y los clásicos griegos y romanos. Pasó un largo espacio de tiempo antes que fueran reconocidos sus talentos, y entonces se hizo célebre repentinamente.

Lough, el escultor inglés, es otro ejemplo de abnegación y trabajo vigoroso. Cuando niño gustaba del dibujo. Estando en la escuela hacía dibujos de caballos, perros, vacas y hombres, á trueque de alfileres; este fué su primer pago; y solía regresar á su casa con la solapa de su chaqueta llena de ellos. El y sus hermanos hicieron después figuras de barro. El Homero de Pope estaba sobre la ventana de su padre. Los muchachos se hallaban tan encantados con él, que hicieron millares de modelos; uno tomaba los griegos, y el otro los troyanos. Un volumen truncado de Gibbon hacía una relación del Coliseo. Luego que la familia estaba en cama, hicieron los hermanos un modelo del Coliseo, y lo llenaron con gladiadores combatientes. Cuando crecieron los chicos, fueron enviados á su trabajo usual fuera de puertas, siguiendo el arado y haciendo el trabajo acostumbrado de agricultura; continuando, sin embargo, aficionados á modelar en sus horas libres. Por Navidad, era muy buscado Lough. Todos querían que hiciera modelos en pasta para los pasteles de Navidad, en particular los cacharrereros de las inmediaciones. «Era un negocio pingüe,» decía él más adelante.

Por último, fué Lough de Newcastle á Londres, á abrirse camino en el mundo del arte. Obtuvo un pasaje en un barco carbonero, á cuyo contramaestre conocía. Cuando llegó á Londres, durmió á bordo del buque carbonero mientras permaneció en el Támesis. Era tan apreciado de la tripulación, que todos le suplicaban que regresara. No tenía amigos, ni patrocinadores, ni dinero, ¿qué podía hacer teniendo todo en contra? Mas, habiendo llegado hasta allí, determinó seguir adelante. No quería volver, por lo menos en aquel momento. Todos los tripulantes lloraron cuando se

separaron de él. Se hallaba solo en Londres, á la sombra de San Pablo.

Lo primero que hizo fué tomar alojamiento en un oscuro primer piso de la calle Burleigh, sobre el almacén de un verdulero; y allí principió á modelar su grande estatua de Milo. Tuvo que quitar el techo para dejar fuera la cabeza de Milo. Allí le halló Haydon, y se encantó con su genio.—Fuí—dice,—á ver al joven Lough, el escultor, que acababa de aparecer, y ha producido grande efecto. Su Milo es realmente la cosa más extraordinaria de la escultura moderna, considerando todas las circunstancias. Es otra prueba de la eficacia del genio inherente. (1) Que Lough debió estar pobre en esa época, es indudable por el hecho de que durante la ejecución de su Milo, no comió carne en tres meses; y cuando Pedro Coy le descubrió, estaba rompiendo su camisa para hacer trapos mojados para su figura, á fin de mantener húmeda la arcilla. Durante todo el invierno sólo tuvo fanega y media de carbón, y acostumbraba acostarse al lado del modelo de arcilla de su inmortal obra, húmedo como estaba, y tiritaba durante horas enteras hasta que se quedaba dormido.

Chantrey dijo á Haydon en cierta ocasión: «Cuando has ya hecho bastante dinero, me voy á consagrar al arte superior.» Pero los bustos ocupaban todo el tiempo de Chantrey. Era pagado espléndidamente por ellos, y nunca lo elevaron más arriba de hacer dinero en su profesión. La vez siguiente que Haydon vió á Chantrey en Brighton, le dijo: «Aquí está un joven del campo, que ha venido á Londres, y está haciendo, justamente, lo que vos estáis soñando hacer, durante tanto tiempo.»

La exposición del Milo fué un inmenso éxito. El Duque de Wellington fué á verlo, y encargó una estatua. Sir Mateo White Ridley quedó profundamente impresionado por el genio del joven Lough, y se hizo uno de sus mayores protectores. El escultor se resolvió á abrir para sí una nueva senda. Creía que los griegos habían agotado lo panteístico, y que los dioses paganos estaban agotados. Lough comenzó y prosiguió la escultura lírica; quería ilustrar á los grandes poetas ingleses. Pero ahí estaba la dificultad obvia de decir la historia de una figura por medio de una simple actitud. Era

(1) *Autobiografía de Haydon*, vol. II, p. 155.

como un relámpago de idea. «El verdadero artista—decía,— debe afirmar bien sus pies sobre la tierra, y barrer los cielos con su pincel. Mi idea—añadía luego,—es que el alma debe estar unida al cuerpo, el ideal á lo real, los cielos á la tierra.»

Huelga describir el éxito de Mr. Lough como escultor. Su estatua «Los Dolientes» es conocida en todo el mundo. Ha ilustrado á Shakspeare y á Milton. Su Puck, Titania y otras grandes obras, son conocidísimas, y su genio, admirado en todo el mundo. Pero puede mencionarse que su noble estatua de Milo no fué vaciada en bronce hasta 1862, cuando se exhibió en la Exposición Internacional de aquel año.

El Conde de Derby, hizo las siguientes observaciones al distribuir recientemente los premios á los discípulos agraciados ó recompensados del colegio de Liverpool: (1)

«El mayor número de hombres, en todos los tiempos y países, deben trabajar antes que puedan comer. Hasta aquellos que no están en esa necesidad, son impelidos en Inglaterra, generalmente por el ejemplo, la costumbre, y tal vez por un sentimiento de lo que les conviene, á adoptar lo que se llama una activa ocupación cualquiera... Si existe una cosa más cierta que otra, es esto: que todo individuo de una comunidad, está obligado á hacer algo por esa comunidad, en pago de lo que recibe de ella; y ni la cultura intelectual, ni la posesión de la riqueza material, ni otro pretexto cualquiera, excepto el de la incapacidad física ó intelectual, puede dispensar á ninguno de nosotros de ese deber neto y personal... Y aunque en una comunidad como ésta, pueda ser considerado por algunos como un punto de vista heterodoxo, digo que á menudo me parece actualmente que estamos demasiado dispuestos en todas las clases á mirarnos como meras máquinas para hacer lo que se llama «andar lo pasando,» y á olvidar que hay en todo ser humano muchas facultades que no pueden ser ejercitadas y muchas necesidades que no pueden ser satisfechas, por esa ocupación. No tengo una palabra que pronunciar contra la consagración tenaz al negocio mientras estáis en ello. Pero uno de los hombres más sabios y más ilustrados que he conocido, se retiró antes de

(1) Sería muy conveniente hacer y publicar una colección de las admirables conferencias dirigidas á los jóvenes por lord Derby.

»los cincuenta años, de una profesión en que estaba haciendo
»una enorme ganancia, porque, decía que tenía tanto como él
»ó cualquiera de los suyos podía necesitar, y no veía por qué
»había de sacrificar el resto de su vida á adquirir dinero.
»Algunos lo tenían por un necio. Yo no lo creía así. Y creo
»que el caballero á quien aludo nunca se ha arrepentido de
»su resolución.»

El caballero á quien aludía lord Derby era Mr. Nasmyth, inventor del martillo de vapor. Y como él mismo ha permitido que se publique la historia de su vida, no hay por qué ocultar su nombre. Además, su vida es propia para proporcionarnos uno de los mejores ejemplos para nuestro tema. Cuando niño era de índole viva, activa y jovial. En cierto modo había heredado las facultades mecánicas de su padre, el cual á más de ser un excelente pintor, era un consumado mecánico. En su taller fué donde el niño adquirió sus primeros conocimientos con las herramientas. Tenía también por compañero al hijo de un fundidor de hierro, y frecuentemente iba á los talleres para ver modelar, fundir hierro, forjar, hacer modelos y trabajos de herrería.

«Echo una mirada retrospectiva—dice el señor Nasmyth,—á aquellas horas de las tardes de los sábados empleadas en recorrer los talleres de esta pequeña fundición, como el verdadero y único aprendizaje de mi vida. Yo no confiaba en la lectura sobre tales cosas. Veía, practicaba y ayudaba cuando podía; y todas las ideas conexas á ellos se ofrecen después en mi espíritu permanentemente en todos sus detalles, sin mencionar el pequeño conocimiento adquirido al mismo tiempo sobre la naturaleza del obrero.»

Con el transcurso del tiempo, y con el auxilio de las herramientas de su padre, pudo hacer el joven Nasmyth algunos trabajos para sí. Hizo eslabones para yesqueros, que vendía á sus condiscípulos. Construyó modelos de máquinas de vapor, y modelos seccionales, para usados en las conferencias populares y en las escuelas; y con la venta de esos modelos, ganó el dinero suficiente para poder asistir á las conferencias sobre filosofía natural y química en la Universidad de Edimburgo. Entre sus obras de aquella época, estaba un modelo de una máquina de vapor, que trabajaba, para el uso en los caminos comunes. Marchaba tan bien que fué inducido á hacer otra en escala mayor. Después de haber sido

usada con éxito, vendió la máquina para establecer una pequeña factoría.

Nasmyth tenía entonces veinte años de edad, y quiso aprovechar sus facultades prácticas. Su propósito era hallar empleo en uno de los grandes establecimientos de ingeniería. El primero, según él, era el de Enrique Maudslay, en Londres. Para conseguir su objeto, hizo una maquinita de vapor, cuyas partes eran todas obra de sus manos, incluso la fundido y lo fraguado. Se dirigió á Londres; se presentó á sí mismo al gran ingeniero, mostró sus diseños, enseñó sus modelos, y finalmente, fué ocupado como operario privado del señor Maudslay.

En seguida tratóse del sueldo. Cuando Nasmyth salió de su casa para principiar su carrera por cuenta propia, formó la resolución de *no costarle á su padre ni un solo centavo*. Siendo el menor de once hijos, pensó que podría mantenerse solo, sin tener que recurrir en adelante á los recursos de la familia, y cumplió noblemente su resolución. Creía que el salario que era suficiente para sostener á otros obreros, sería ciertamente bastante para mantenerlo á él. Tendría que practicar el dominio sobre sí mismo y la abnegación propia; pero, por supuesto, eso podía hacerlo. Aunque era joven, tenía bastante discreción y suficiente respeto propio para privarse de todo aquello que no fuese necesario, para poder conservar la valiosa colocación que había obtenido.

En lo referente al salario, cuando Mr. Maudslay envió á su joven operario al cajero principal por su salario semanal, se arregló que Nasmyth recibiría diez chelines por semana. Sabía que, con rigurosa economía, podría subsistir con esta cantidad. Inventó un pequeño aparato para cocinar, del cual poseemos el diseño. No hace falta describir su método de cocinar, ni su método de vivir; baste decir que su aparato para guisar (del que se enorgullece mucho) le puso en condición perfecta de realizar su propósito. Vivió con sus recursos, y no costó á su padre ni un centavo más.

Al siguiente año se le aumentó el salario á quince chelines. Comenzó entonces á ahorrar dinero. No lo puso en un Banco, sino que lo usaba con el fin de hacer las herramientas con que después principió su negocio. Al tercer año de su servicio fué aumentado nuevamente su salario, con motivo del valor de sus trabajos, sin duda alguna. «Yo no sé—ha

»dicho más tarde,—que ningún otro período de mi vida haya abundado en un goce tan elevado de la existencia como en los tres años que pasé en casa de Maudslay. Era una magnífica colocación para uno que, como yo, tomase tan en serio todo lo que se refería á mecánica, en el estudio de los hombres lo mismo que en el de la maquinaria. Quisiera que muchos jóvenes hicieran como yo hice entonces. Estoy seguro que hallarían su recompensa en ese sentimiento de constante mejoramiento, de adelanto diario y verdadera independencia, que siempre tendrá un encanto para aquellos que son formales en sus esfuerzos para realizar un verdadero progreso en la vida y en la consideración de todos los hombres buenos.»

Después de haber pasado tres años en casa de Maudslay, volvió Mr. Nasmyth á Edimburgo para fabricar una pequeña provisión de herramientas de ingeniería á propósito para emprender negocios por cuenta propia. Alquiló un taller é hizo varios trabajos poco importantes de ingeniería, para aumentar su pequeña provisión de dinero y para perfeccionar su provisión de herramientas. Esto lo ocupó durante dos años; y en 1834 trasladó á Manchester todas las herramientas y la maquinaria. Allí comenzó su negocio de una manera muy modesta, pero aumentó tan rápidamente, que se vió inducido á trasladarse á un delicioso terreno en el campo á orillas del canal de Bridgwater en Patricoft, y allí empezó—en un principio con tinglados de madera,—la ahora célebre fundición de Bridgwater.

—«Allí—dice él mismo,—trabajé de todo corazón hasta el 31 de diciembre de 1856, cuando me retiré para disfrutar, en activa ociosidad, el fruto de muchos días de ansiedad. Allí, con el favor de Dios, había consagrado los mejores años de mi vida al logro de una ocupación de que estaba orgulloso. Y confío que, sin que se me tache de vanidoso, me sea permitido decir que he dejado mi sello en varios inventos útiles, que probablemente no han dejado de tener poca participación en la mecánica de este siglo. Apenas habrá un buque de vapor ó una locomotora que no sea deudora de algo á mi martillo de vapor; y sin él, con dificultad podrían existir los cañones y acorazados de Armstrong y de Whitworth.»

Mas aunque Nasmyth se retiró de los negocios á la edad

de cuarenta y ocho años, no buscó el descanso en la ociosidad. Continúa ocupado como el que más, pero en un rumbo completamente diferente. En vez de estar ligado á la tierra, disfruta entre las estrellas. Por medio de telescopios de su propia fabricación, ha escudriñado el sol, y ha descubierto sus «hojas de sauce»; ha examinado y fotografiado la luna, y en la monografía de ella que ha publicado, nos ha dado á conocer por completo su geografía. Es también un artista consumado, y pasa gran parte de su tiempo en la pintura, aunque es demasiado modesto para exponer en público. La última vez que visitamos su bello hogar de Hammefield, se hallaba ocupado en pulir vidrios para uno de sus nuevos telescopios, y la fuerza motriz era un molino de viento erigido en una de sus pequeñas casas contiguas.

Dos palabras antes de acabar. «Si yo tuviera que condensar en una sentencia toda la experiencia que he adquirido durante una vida activa y de éxito—dice Nasmyth—y tuviera que presentarla á los jóvenes como regla y garantía segura de éxito en cualquiera posición social, la formularía en estas palabras:—«Primero ¡el deber! Segundo ¡el placer!» Por lo que he visto de los jóvenes y de su progreso ulterior, estoy convencido de que lo que generalmente se llama «mala fortuna», «mala suerte», y «desgracia», en nueve casos sobre diez, no es otra cosa que el resultado de *invertir* la sencilla máxima anterior. Una experiencia como la que he tenido, me convence de que la ausencia de éxito nace, en la mayoría de los casos, de la falta de abnegación de sí mismo y de sentido común. La peor de todas las máximas es: «¡Primero el placer! ¡El trabajo y el deber, luego!»

CAPITULO VI

MÉTODOS DE ECONOMÍA

Con profunda sabiduría dieron los romanos el mismo nombre al valor y á la virtud. No hay, efectivamente, ninguna virtud, así llamada con propiedad, sin un triunfo sobre nosotros mismos: y lo que nada nos cuesta no tiene valor alguno.—DE MAISTRE.

Casi todas las ventajas que el hombre posee sobre los animales inferiores, débense á su facultad de obrar en combinación con sus semejantes, y de realizar con los esfuerzos unidos de muchos, aquello que no podría realizarse por los esfuerzos aislados de los individuos.

J.-S. MILL.

En el porvenir nuestra principal seguridad estribará en la mayor difusión de la propiedad, y en todas aquellas medidas que faciliten este resultado. Con la posesión de la propiedad vendrán los instintos conservadores, y el desdén hacia los propósitos atolondrados... De ahí que tengamos mucha confianza en que llegue á ser propietaria la población rural, y capitalista la población urbana.

W.-R. GREG.

Nada hay más sencillo que los métodos para practicar la economía. Gastad menos de lo que ganáis. Esta es la primera regla. Siempre debiera guardarse una parte para lo futuro. La persona que gasta más de lo que gana, es un necio. La ley civil considera al derrochador como emparentado con el lunático, y muchas veces le quita la administración de sus propios negocios.

La segunda regla es pagar al contado, y bajo ningún pretexto contraer nunca deudas. La persona que contrae deudas

es fácil que sea defraudada; y si se endeuda mucho, llegará á estar en condiciones para ser poco honrada. «¡ Quien paga lo que debe, se enriquece!»

La tercera es no anticipar jamás ganancias problemáticas, gastándolas antes que estén aseguradas. Tal vez no lleguen nunca las ganancias, y en ese caso os habréis echado encima una carga de deuda de la que tal vez no os podréis librar nunca. Pesará sobre vuestras espaldas como el viejo en Sindbad.

Otro método de economía consiste en llevar una cuenta regular de todo lo que ganéis, y de todo lo que gastéis. Un hombre arreglado sabrá de antemano lo que necesita, y se hallará provisto de los medios necesarios para obtenerlo. De este modo estará equilibrado su presupuesto, y sus gastos estarán dentro del límite de sus rentas.

Juan Wesley adoptó con regularidad este sistema. Aunque poseía una pequeña renta, siempre atendía al estado de sus negocios. Un año antes de su muerte, escribió con trémula mano en su diario de gastos: «Durante más de ochenta y seis años he llevado mis cuentas exactamente. No tengo interés en seguir haciendo lo mismo, estando seguro de que economizo todo lo que obtengo, y que doy todo lo que puedo: esto es, todo lo que poseo.» (1)

Además de estos métodos de economía, es siempre necesaria la atención del dueño ó de la dueña para ver que nada se pierda, que cada cosa se emplea en su debido destino, y queda en su lugar correspondiente, y que todas las cosas se hacen con decencia y ordenadamente. No deshonra ni al individuo más altamente colocado en que tome interés en sus propios asuntos. Y con personas de medios moderados es absolutamente preciso, para que los negocios sean convenientemente dirigidos, que el dueño no les pierda de vista y los vigile.

Es difícil fijar los límites precisos de la economía. Dice Bacon que si un hombre quiere vivir bien con sus ingresos, no debe gastar más que la mitad, y guardar la otra. Esto es exigir quizá demasiado; y el mismo Bacon no seguía su propio consejo. ¿Cuál es la proporción de la renta que debe gas

(1) Southey, *Vida de Wesley*, vol. II, p. 560.

tarse en alquiler de casa? Eso depende de las circunstancias. En el campo, una décima parte; en Londres, como una sexta parte. En todo caso es mejor ahorrar demasiado, que gastar demasiado. Puede remediarse el defecto primero, mas no tan fácilmente el último. Donde quiera que haya una familia numerosa, cuanto más dinero se economiza y ahorra, tanto mejor.

La economía es necesaria al hombre medianamente rico, tanto como al que es relativamente pobre. Sin economía no puede ser generoso el hombre. No puede tomar parte en el trabajo de la caridad social. Si gasta todo lo que gana, á nadie podrá ayudar. No podrá educar convenientemente á sus hijos, ni ponerlos en camino de comenzar su carrera en la vida bajo auspicios favorables. El ejemplo mismo de Bacon enseña que la más elevada inteligencia no puede descuidar el ahorro sin peligro. Pero miles de testigos certifican diariamente, que hasta hombres de la más modesta inteligencia pueden practicar la virtud con éxito.

Si bien los ingleses son de una raza activa, trabajadora, y generalmente están seguros de sí mismos, confían en sí y en sus propios esfuerzos para su sostén y adelanto en la sociedad, son, no obstante, susceptibles de pasar por alto y descuidar algunos de los mejores métodos prácticos, para mejorar su posición y asegurar su bienestar social. Aun no están suficientemente educados para ser sobrios, prudentes y previsores. Viven para el presente, y se preocupan demasiado poco respecto del porvenir. Esposos y padres hay, que creen generalmente cumplir con su deber si proveen para el presente, sin preocuparse de la hora que vendrá. Aunque laboriosos, son imprevisores; aunque saben hacer dinero, son pródigos. No practican suficiente previsión, y no poseen la virtud de la prudente economía.

Hasta ahora están poco influidos por estas consideraciones los hombres de todas las clases. Son susceptibles de vivir más allá de sus ingresos, ó cuando menos, de gastarlos todos. Las clases superiores viven demasiado para el boato; tienen que sostener su «posición en la sociedad;» han de tener hermosas casas, caballos y carruajes; dar buenas comidas, y beber ricos vinos; sus señoras tienen que usar vestidos costosos y lucidos. De este modo sigue la marcha de la imprevisión

sobre corazones desgarrados, esperanzas destruidas y ambiciones desoladas.

El vicio desciende en la sociedad,—las clases medias se obstinan en imitar á las patricias; usan cimeras sobre un escudo de armas, libreas y paños de pescantes en los coches; sus hijas tienen que aprender «conocimientos de adorno», frecuentar «la sociedad», andar á caballo y en carruaje, asistir á las óperas y á los teatros. El boato es el furor, la ambición rivalizando con la ambición; y de esa manera sigue subiendo como la marea esa viciosa locura. Vuelve á descender el vicio. Las clases trabajadoras viven también gastando todo lo que ganan, recursos mucho más pequeños, es cierto; pero aun cuando pueden hacerlo, no son suficientemente cuidadosas para proveer para los días malos; y luego solamente el hospital les ofrece su limitada ayuda para protegerles contra la miseria.

Ahorrar dinero con propósitos avaros es completamente distinto de ahorrarle para fines económicos. El ahorro puede realizarse de la misma manera, no desperdiciando nada, y ahorrándolo todo. Pero aquí termina la comparación. El único goce del indigente está en el ahorro. El prudente económico gasta lo que puede para la comodidad y placer, y ahorra cierto sobrante para el porvenir. La persona avara hace del oro su ídolo: es su becerro fundido, ante el cual se inclina constantemente, en tanto que la persona económica lo mira como un instrumento útil, y como un medio de adelantar su propia felicidad y la felicidad de aquellos que dependen de él. Nunca está satisfecho el avaro. Amontona riquezas que jamás puede gastar, y las deja para que otros las derrochen: probablemente los pródigos; mientras que la persona económica pone sus miras en asegurarse una parte equitativa de la riqueza y de los goces del mundo, sin ninguna idea de acumular una fortuna.

Toda persona económica debe economizar sus recursos, tanto los jóvenes como los viejos. Refiere en sus Memorias el Duque de Sully que nada contribuyó tanto á su fortuna como la prudente economía que practicó hasta en su juventud, de guardar siempre algún dinero, fijo en el propósito de hacer frente á las circunstancias de una necesidad imprevista. ¿Es casado el hombre? Entonces es más obligatorio aún el deber de economizar. Su mujer y sus hijos interceden

con él de la manera más elocuente. ¿Tendrán que quedar expuestos á luchar sin ayuda en el mundo, en caso de su prematura muerte? La mano de la caridad es fría, los dones de la caridad no tienen valor alguno comparados con las ganancias de la laboriosidad, y los honrados ahorros de una vida frugal, que llevan consigo la bendición y el bienestar, sin infligir herida alguna sobre los sentimientos de los desvalidos y desposeídos. Todo hombre que pueda, pues, que se esfuerce en economizar y ahorrar; no para guardar tesoros, sino para aumentar sus pequeños ahorros, con el fin de promover el bienestar y la felicidad propia mientras esté aquí, y la de otros cuando haya partido.

Hay dignidad en el mero esfuerzo de ahorrar con un propósito digno, aunque el propósito no se vea coronado por un éxito efectivo. Produce un espíritu bien ordenado; da el triunfo á la prudencia sobre el despilfarro; da á la virtud dominio sobre el vicio; coloca á las pasiones bajo una sujeción; se liberta de la inquietud; asegura la comodidad. El dinero ahorrado, por poco que sea, servirá para secar muchas lágrimas, evitará muchos sinsabores y animosidades, que de otro modo pesarian sobre nosotros. El hombre que tiene una pequeña provisión de capital, camina con un andar más ligero, su corazón late más alegremente. Cuando sobreviene una interrupción en el trabajo ú ocurre una adversidad, puede hacérselas frente; puede apoyarse en su capital, que amortiguará su caída ó la impedirá por completo. Con una economía razonada podemos realizar la dignidad del hombre; la vida será una bendición y un honor la ancianidad. Podemos, finalmente, ante una bondadosa providencia, entregar la vida, con la conciencia de que no hemos sido una carga para la sociedad, sino más bien, un apoyo y un ornamento de ella; con la conciencia, también, de que como hemos sido independientes, así marcharán en el mundo con felicidad é independencia nuestros hijos después de nosotros, si siguen nuestro ejemplo, y emplean útilmente lo que hemos dejado en pos de nosotros.

El primer deber de todo hombre es mejorarse, educarse, y elevarse, ayudando al mismo tiempo á sus hermanos por todos los medios razonables. Cada uno tiene dentro de sí la facultad del albedrío y la libertad de acción, en cierta medida; y el hecho está probado por multitud de hombres que

han combatido con éxito venciendo las circunstancias adversas de la vida en que se vieron colocados, y que se han elevado desde las mayores profundidades de la pobreza y del abatimiento social, como si fuera para demostrar lo que un hombre enérgico, de propósito resuelto, puede hacer por su propia elevación, progreso y adelanto en la sociedad. ¿No es un hecho que la grandeza de la humanidad, la gloria de las comunidades, el poder de las naciones, constituyen el resultado de las pruebas y dificultades con que se ha tropezado y que han sido vencidas?

Bastará que un hombre se resuelva y se determine á adelantarse, para que haya dado el primer paso hacia la prosperidad. El primer paso es la mitad de la batalla. En el hecho mismo de adelantarse á sí mismo, está adelantando á otros de la manera más eficaz y posible. Está dándoles la más elocuente de todas las lecciones: la del ejemplo, que enseña muchísimo más de lo que las palabras pueden enseñar. Está haciendo lo que otros sólo hacen por imitación. Comenzando por sí mismo, está enseñando de la manera más gráfica el deber de la reforma y del mejoramiento propios; y si el mayor número de los hombres obrara como él lo ha hecho; cuánto más sabia no se haría la sociedad, cuánto más dichosa, y cuánto más próspera en su conjunto! Porque estando formada la sociedad de unidades, será feliz y próspera, ó viceversa, exactamente en el mismo grado de los respectivos individuos que la constituyen.

Las quejas contra la desigualdad de las condiciones son tan antiguas como la sociedad. En la *Economía* de Jenofonte, pregunta Sócrates: «¿Cómo es que algunos hombres viven en la abundancia, y tienen algo que poder ahorrar, en tanto que otros apenas pueden conseguir lo más necesario para la vida, y al mismo tiempo se endeudan?»—«La razón—contesta Isomaco,—está en que los primeros se ocupan de sus asuntos, mientras que los últimos los descuidan.»

La diferencia entre los hombres consiste en su mayor parte en la inteligencia, la conducta y la energía. El carácter firme nunca trabaja al acaso, sino que está bajo la influencia de la virtud, de la prudencia y de la previsión.

Claro es que hay muchos fracasos en el mundo. El hombre que espera que otros le ayuden, en vez de confiar en sí mismo, fracasará. El hombre que está tolerando el progreso de

un derroche perpetuo, fracasará. El avaro, el belitre, el pródigo, el derrochador han de fracasar forzosamente. En realidad, la mayor parte de las personas que fracasan es que no merecen tener éxito. Emprenden sus tareas de una manera equivocada, y ninguna suma de experiencia parece que los mejora. El éxito no depende tanto de la suerte como algunos parecen creerlo. La suerte sólo es otra palabra empleada para la buena administración en los negocios prácticos. Richelieu solía decir que nunca ocuparía á un hombre sin suerte ó, en otras palabras, á un hombre que careciera de cualidades prácticas, é incapaz de aprovechar la experiencia, porque los fracasos en el pasado son con mucha frecuencia los augurios de fracasos para el porvenir.

Algunos de los hombres mejores y más aptos, carecen de tacto. No quieren hacer concesiones á las circunstancias, ni quieren adaptarse á ellas; insisten en el propósito de querer meter la cuña por su parte más anchá. Levantan murallas nada más que para golpear en ellas su cabeza. Hacen tan grandes preparativos, y usan tan grandes precauciones, que destruyen su propio fin, lo mismo que el holandés de que hace mención Washington Irving, que teniendo que saltar un foso, se fué tan lejos hacia atrás con el propósito de tomar vuelo, que cuando llegó se hallaba tan sofocado, que tuvo que sentarse para recobrar aliento.

En la vida real queremos que las cosas se hagan, mas no los preparativos para hacerlas; y preferimos, naturalmente, el hombre que tiene miras y propósitos definidos, y que sigue el camino más corto y más recto para realizar esos propósitos, á aquel que describe la cosa que se ha de hacer, y que teje bellas frases sobre la manera de hacerlas. Sin la acción, no son las palabras más que meras murmuraciones.

El anhelo de tener éxito en la sociedad, hasta por la acumulación de dinero, no deja de ofrecer su utilidad. Indudablemente ha sido implantado en el corazón humano más bien para buenos que para malos fines. En realidad, el deseo de acumular constituye uno de los instrumentos más poderosos para la regeneración de la sociedad. Da apoyo á la energía y á la actividad individual. Es el principio de la empresa marítima y comercial. Es el cimiento de la laboriosidad, como también de la independencia. Impele á los hombres á trabajar, á inventar, y á distinguirse.

Ningún hombre indolente ó pródigo llegó nunca á ser grande. Entre los que nunca perdieron un momento, encontraremos á los hombres que han movido y hecho progresar al mundo, con su saber, su ciencia ó sus inventos. El trabajo de cualquier clase es una de las condiciones de la existencia. Este pensamiento ha llegado hasta nosotros desde los tiempos paganos, en la siguiente frase: «El trabajo es el precio que los deseos han puesto á todo lo que es excelente;» pensamiento digno también de los tiempos cristianos.

Todo consiste, según lo veremos más adelante, en los usos que se hagan de las acumulaciones de la riqueza. Sobre la lápida del sepulcro de Juan Donough, de Nueva Orleans, están grabadas las siguientes máximas como guía del comerciante que acompaña al joven en su marcha á través de la vida:

Recuerda constantemente que el trabajo es una de las condiciones de nuestra existencia.

El tiempo es oro; no desperdicies un minuto, cárgalo cada uno en cuenta. Conducete con todos los hombres como quisieras que se condujeran contigo.

No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Nunca pidas que otro haga lo que tú puedas hacer.

Jamás codicies lo que no es tuyo.

No consideres ningún asunto tan trivial que no merezca tu atención.

Que tus gastos nunca superen á los ingresos.

No gastes, pero produce.

Que el mayor orden regule las acciones de tu vida.

Estudia en el curso de tu vida la manera de hacer el mayor bien que te sea posible.

No te prives de nada que sea necesario para tu comodidad, pero vive con sencillez y frugalidad honrosas.

Trabaja, pues, hasta el último momento de tu vida.

La mayor parte de los hombres posee la facultad, con arreglos prudentes, de poder defenderse contra la adversidad, y de levantar una barrera contra la privación. Esto lo pueden hacer con sus propios esfuerzos individuales, ú obrando con arreglo al principio de la cooperación, que es capaz de una extensión casi indeterminada. Personas de la condición más humilde pueden defenderse de muchos modos, si combinan sus recursos y se asocian, contra la presión de la pobreza, consiguiendo su bienestar físico, y hasta contribuyendo al adelanto y progreso de la nación.

Un individuo solo, podrá hacer poco para adelantar y mejorar la sociedad; pero cuando se une con sus semejantes para ese fin, puede hacer muchísimo. El señor Mill ha dicho.

que: «casi todas las ventajas que posee el hombre sobre los animales inferiores, nacen de su facultad de obrar en combinación con sus semejantes, y de realizar por medio de los esfuerzos reunidos de muchos, lo que no podría ser realizado por el esfuerzo aislado de los individuos.»

El secreto del desarrollo social se encuentra en la cooperación; y la gran cuestión de la vida económica y social mejorada, sólo puede recibir solución satisfactoria por ese medio. Para realizar el bien en grande escala tienen que unir sus esfuerzos los hombres, y el mejor sistema social es aquel en que la organización para el bien común está formada del modo más completo en todos conceptos.

La clase media ha empleado largamente el principio de asociación. Ninguna clase se ha elevado tan rápidamente, ó hecho otro tanto por su energía y su laboriosidad para adelantar el poder y el progreso de Inglaterra. Y ¿por qué? Porque los más activos han sido constantemente los más dispuestos á asociarse, á cooperar y á unirse. Se han unido cuando fueron atacados, se unieron cuando tuvieron que destruir un abuso ó que realizar un gran propósito. Se han asociado para fabricar artículos de comercio, para hacer canales, para construir ferrocarriles, para formar compañías de gas y para llevar á cabo una inmensa cantidad de obras industriales. Juntando sus pequeños capitales, han estado en aptitud de acumular un enorme capital reunido, y realizar las empresas más gigantescas.

La clase media ha realizado mucho más en el principio de la cooperación que las clases que más necesitan de ella. Todas las compañías por acciones son resultado de la asociación. Los ferrocarriles, los telégrafos, los Bancos, las minas, las fábricas, han sido establecidas en su mayor parte y son sostenidas á merced de los ahorros de la clase media.

Las clases trabajadoras sólo han empezado á emplear el mismo principio. Sin embargo, ¡cuánto podrían realizar con sus recursos! Podrían cooperar en la economía así como en la producción. Podrían llegar á ser sus propios señores si reunieran sus ganancias economizadas. En el espacio de pocos años, se han gastado muchos millones de libras esterlinas perdidos como salarios en las huelgas. Cien millones se dejan derrochar al año en bebidas y otros artículos innecesarios. En esto hay un capital enorme. Los hombres que gastan

ó despilfarran una suma semejante, pueden llegar fácilmente á ser capitalistas. Sólo se requiere voluntad, energía y abnegación de sí mismo. Tanto dinero empleado en edificios, herramientas y máquinas de vapor, los pondría en condiciones de fabricar por su cuenta, en vez de hacerlo sólo para beneficio de capitalistas. La máquina de vapor es imparcial en sus servicios. No está solamente al servicio de determinadas personas; trabaja para beneficio del operario lo mismo que del millonario. Trabajará para aquellos que hagan el mejor uso de ella, y que tengan el mejor conocimiento de su poder.

La mayor parte de los obreros tienen poquísimo capital fuera de su trabajo; y, como ya lo hemos visto, gastan inútilmente y derrochan la mayor parte de sus ganancias en vez de ahorrarlas y hacerse capitalistas. Reuniéndose en gran número con el propósito de hacer trabajo económico, podrían llegar fácilmente á ser capitalistas y obrar en grande escala. Del modo como está constituida la sociedad, todo hombre está, no tan sólo autorizado, sino obligado en conciencia como ciudadano, á acumular sus ganancias por todos los métodos legales y honrosos, con la mira de asegurarse una posición que acabe por darle bienestar é independencia.

Nosotros no pedimos que economicen y amontonen sus ganancias los hombres, puramente por economizar y amontonar; esto no sería sino avaricia. Pero sí decimos que todos los hombres debieran proponerse acumular lo necesario, lo bastante para sostenerlos cómodamente en los años difíciles del porvenir, para sostenerlos en tiempos de enfermedad y de penurias en la vejez, que, si llega, debe encontrarlos dueños de un capitalito suficiente para que no dependan de la caridad de otros.

Los obreros están dispuestos en su mayor parte á asociarse; pero la asociación no es siempre de una índole saludable. A veces toma la forma de *ligas* contra los patronos y se manifiesta en las huelgas que son tan comunes, y generalmente tan desgraciadas. Los obreros también hacen huelgas contra individuos de su propia clase, con el propósito de excluirlos de su ocupación especial. Uno de los principales fines de las ligas de obreros, es mantener altos los salarios á costa de las personas á quienes se les paga menos y que no se hallan asociadas. Se esfuerzan en impedir que hombres más pobres

aprendan su oficio, para conservar de ese modo la provisión de trabajo menor que la demanda. (1) Este sistema podrá durar algún tiempo, pero llega á ser ruinoso en definitiva.

No es la falta de dinero lo que impide á los obreros inteligentes poder llegar á ser capitalistas, y abrir la puerta para el empleo de obreros que son más pobres y menos hábiles que ellos. Los obreros arrojaron á la calle medio millón de libras esterlinas durante la huelga de Preston, después de lo cual volvieron á trabajar en las mismas condiciones que antes. Los obreros constructores de Londres tiraron á la calle más de trescientas mil libras esterlinas durante su huelga; y aunque hubieran conseguido las condiciones por las que se amotinaron, habrían sido necesarios seis años para resacirles de lo que habrían perdido. Los mineros de carbón del Monte de Kan volvieron al trabajo en las mismas condiciones antiguas al cabo de once semanas de jolgorio, con una pérdida de cincuenta mil libras esterlinas. Los herreros y fundidores de Northumberland y de Durham, después de haber pasado la tercera parte del año en la ociosidad, y haber perdido doscientas mil libras esterlinas de salarios, volvieron al trabajo con una disminución de diez por ciento. Los mineros de carbón y los trabajadores de hierro de Gales del Sud, permanecieron ociosos cuatro meses durante la reciente huelga, y, según lord Aberdare, perdieron en salarios únicamente ¡ nada menos que tres millones de libras esterlinas!

Existe, pues, abundancia de dinero al alcance de las facultades de los operarios, dinero que podrían utilizar, pero no lo hacen. Imaginaos tan sólo que nada más que un millón, de los tres millones de libras esterlinas que fueron derrochados durante la huelga del carbón, hubiera sido dedicado á emprender negocios de minas de carbón, fundiciones de hierro, ó fábricas para trabajarlos por el sistema cooperativo á beneficio de los mismos obreros. Con hábitos frugales—dice Mr. Greg,—podría fácilmente tener en el Banco á los diez años quinientas libras esterlinas el operario de buenas condicio-

(1) El 31 de enero de 1875 fué puesto á dar vuelta á uno de los tornos, un obrero que estaba al servicio de los señores Vickers Sheffield, y que no había terminado su aprendizaje. Siendo esto contrario á las reglas de la Liga, suspendieron el trabajo los hombres del taller. Es un medio que emplean los individuos de la Liga: declararse en «huelga» de ese modo contra personas de su misma condición, y ejercitar un poder que no se apoya en ley alguna ó en derecho natural, sino simplemente en la voluntad del mayor número, y se halla en oposición con la libertad del individuo.

nes, y, uniendo sus ahorros con otros veinte individuos igualmente dispuestos, llegarían á reunir diez mil libras para emprender cualquier fabricación á que pertenecieran. (1)

Que esto no es un proyecto impracticable, sería fácil probarlo. La costumbre de la cooperación ha sido adoptada desde hace mucho tiempo por los operarios en toda Inglaterra. Una gran parte de la industria de pesquería ha sido practicada sobre ese principio por espacio de centenares de años. Los pescadores se unen para construir, armar y tripular un barco; el producto del pescado que cogen en el mar se reparte entre ellos, tanto para el barco, tanto para los pescadores. La compañía de pescadores de ostras de Whitstable existe desde tiempo inmemorial,» (2) aunque hasta 1793 no fueron inscritos por Acta del Parlamento. Los mineros de estaño de Cornwall han obrado también dentro del mismo principio. Han extraído, lavado y vendido el estaño, repartiendo el producto entre ellos en ciertas proporciones, y lo más probable es que así se haga desde el tiempo en que los fenicios llevaban sus productos á sus puertos del Mediterráneo.

En nuestra época se ha practicado en grande escala la cooperación. En 1795 fundóse la «Sociedad Industrial Anti-Fábrica de Hull.» Los motivos para su asociación están explicados en la solicitud dirigida al regidor y concejales de Hull por los primeros miembros de la Sociedad. La petición principia así: «Nosotros, habitantes pobres de este pueblo, »hemos sufrido últimamente muchos trabajos y penalidades, »en nosotros mismos y en nuestras familias, con motivo del »precio exorbitante de la harina, y aunque el precio ha bajado mucho en la actualidad, creemos, sin embargo, que es »necesario que tomemos toda precaución para precavernos en »lo futuro contra los ataques de hombres codiciosos y des- »apiados.» Conforme con esto levantaron una subscripción

(1) «El gasto anual de las clases obreras únicamente en tabaco y bebidas, no baja de setenta millones de libras esterlinas. Por lo tanto, cada año tienen en sus manos las clases trabajadoras el poderse hacer capitalistas (*simplemente economizando los gastos superfluos y perniciosos*) hasta poder emprender negocios por lo menos de 500 fábricas de algodón, ó minas de carbón, ó fundiciones de hierro, *por cuenta propia*, ó comprar por lo menos quinientos mil acres de tierra, y establecer de ese modo á cincuenta mil familias, cada una con una bonita propiedad reducida, de diez acres de terreno. Nadie puede poner en duda la verdad de esto. Nadie puede negar la deducción.» *Quarterly Review*, núm. 263.

(2) Informe acerca de la Exposición Universal de París, 1867, vol. VI, pág. 232.

para establecer un molino, para proveerse de harina. La Municipalidad les concedió el permiso, y los auxilió con generosas donaciones. El molino fué construido, y existe aun hoy día. Ahora la constituyen más de cuatro mil socios, teniendo cada uno una acción de veinticinco chelines. Los socios pertenecen principalmente á las clases trabajadoras. Los molineros se esforzaron en destruir la sociedad entablando acción judicial contra ella, pero la empresa fué resistida con éxito. La sociedad harinera fabrica y vende á los socios á precio de mercado, repartiendo anualmente la ganancia entre los accionistas, conforme con la cantidad consumida en la familia de cada socio. La sociedad ha sido eminentemente remuneradora.

Transcurrieron muchos años antes que otros siguieran el ejemplo de los «habitantes pobres» de Hull. Hasta 1847 los cooperadores de Leeds no compraron un molino de harina, y en 1850 hicieron lo mismo los de Rochdale, desde cuya época han molido harina en beneficio de sus socios. Los molineros de trigo de Leeds trataron de vender más barato que la sociedad industrial de aquel punto, pero pronto fracasaron, y el precio de la harina quedó permanentemente reducido. El molino de Leeds realiza un negocio que asciende á más de cien mil libras esterlinas anualmente; su capital es de veintidós mil libras esterlinas; en 1866 dió más de ocho mil libras esterlinas de ganancias y premios á sus tres mil seiscientos socios, á más de proveerlos de harina de la mejor clase. La sociedad cooperativa de molinos de trigo del distrito de Rochdale ha tenido también un éxito grande. Provee de harina á consumidores que residen dentro de un radio de unas quince millas alrededor de Rochdale. (1) Suministra igualmente harina á sesenta y dos sociedades cooperativas, que cuentan más de doce mil socios. Su negocio ascendió, en 1866, á doscientas veinticuatro mil libras esterlinas, y sus ganancias pasaron de dieciocho mil libras esterlinas.

La sociedad de molinos de trigo de Rochdale nació de la sociedad *Equitable Pioneers* de Rochdale, que formó época en la historia de las instituciones industriales cooperativas. La Sociedad *Equitable Pioneers* fué creada en el año 1844, en una época en que el comercio se hallaba en muy malas

(1) Su historia se encuentra en los «Informes» á que se ha aludido antes

condiciones, y en que los operarios se hallaban desalentados y sin esperanzas respecto de su porvenir. Unos veintiocho ó treinta hombres, en su mayoría tejedores de franela, se reunieron y constituyeron en sociedad con el propósito de economizar sus ahorros ganados con tanto trabajo. Es sabido que los obreros pagan generalmente, por lo menos, un diez por ciento más por los artículos que consumen, que el que les costarían con un sistema más perfecto. El profesor Fawcett estima sus pérdidas más próximas á un veinte que á un diez por ciento. Sea como fuere, estos obreros querían economizar esa cantidad de ganancia, que antes iba á los bolsillos de los distribuidores de las cosas necesarias; en otros términos. á los bolsillos de los almaceneros.

La subscripción semanal era de dos peniques por individuo; y cuando unas cincuenta y dos cuotas de dos peniques por persona habían sido recaudadas, encontraron que se hallaban en condición de comprar un saco de harina de avena, que distribuyeron á precio del costo entre los miembros de la sociedad. El número de socios aumentó, y las subscripciones crecieron de tal manera que la sociedad pudo comprar té, azúcar y otros artículos, y distribuirlos entre los socios al precio de coste. Prescindieron de los almacenistas, y se hicieron sus propios proveedores. Desde el principio adoptaron el sistema de los pagos al contado. No se abrió crédito á nadie.

La Sociedad progresó. Estableció un almacén para la venta de alimentos, combustibles, ropas y otros artículos de necesidad. En unos cuantos años fundaron los socios el molino de trigo cooperativo. Aumentaron el capital con la emisión de acciones de una libra esterlina, y principiaron á hacer y á vender trajes y calzado. Vendieron también ropa blanca. Mas el tráfico principal consistía en la compra y venta de provisiones: carnes, especias, harina y artículos por el estilo. No obstante la gran miseria que hubo durante el período de la *carestía de algodón*, continuó prosperando la sociedad. Desde el principio, dedicó una parte de sus fondos para educación y estableció un salón de lectura y una biblioteca, que contiene actualmente más de seis mil volúmenes.

La sociedad siguió aumentando hasta que poseyó once sucursales para la venta de artículos y comestibles en ó cerca de Rochdale, á más de la oficina primera de Ioad Lane. Al

fin del año de 1866, tenía 6.246 socios, y un capital de 99.908 libras. Su entrada por artículos vendidos y dinero recibido durante el año fué de 249.122 libras; y la ganancia neta de 31.931 libras esterlinas.

Pero aun hay más. Dos y medio por ciento de las ganancias netas fué dedicado á sostener el salón de lectura y la biblioteca; y ahora hay once salones de lectura y de periódicos en diferentes lugares de la ciudad en que la sociedad hace su negocio, ascendiendo la suma destinada á este fin á más de setecientas libras esterlinas al año. Los socios juegan al ajedrez y á las damas, y usan las vistas estereoscópicas, los microscopios y los telescopios colocados en las bibliotecas. No se ha hecho ningún arreglo especial para promover la templanza; pero los salones de lectura y las bibliotecas ejercen una influencia poderosa y benéfica engendrando la sobriedad. Se ha dicho que la Sociedad ha hecho más para hacer desaparecer la embriaguez de Rochdale que todo lo que har podido efectuar los propagandistas de la templanza.

El ejemplo de los *Pioneers* de Rochdale ha ejercido una influencia poderosa sobre los operarios en todos los condados del Norte de Inglaterra. Apenas habrá un pueblo ó una pequeña aldea que no posea una institución cooperativa de una clase ó de otra. Estas sociedades, han promovido los hábitos de economía, de ahorro y de templanza. Han despertado en las personas un gran interés por los asuntos de dinero, y puesto en condición de colocar sus ganancias con el mayor provecho. También han dado á los operarios algunos conocimientos relativos á negocios; porque todos sus asuntos son manejados por comisiones escogidas en las asambleas generales de los socios.

Una de las sociedades cooperativas más florecientes es la que está establecida en Over Darwen. La sociedad ha construido una fila de edificios en el centro de la ciudad. Los almacenes para la venta de comestibles, especias, ropas y otros artículos de necesidad, ocupan el piso bajo. Sobre los almacenes están la biblioteca, salones de lectura y de clases abiertas para los socios y sus familias. El tercer piso lo forma un gran salón público, para lecturas, conciertos y bailes. Hay seis sucursales de la sociedad establecidas en diferentes partes de la ciudad. Se hace muchísimo negocio, y las ganancias son muy crecidas. Estas se reparten entre los so-

cios, en proporción de las compras que han hecho. Las ganancias son reinvertidas, en su mayor parte, en acciones de fábricas de papel, de algodón y en minas de carbón, en la ciudad de Darwen. Uno de los rasgos más dignos de alabanza de la sociedad es la asignación dada para la educación gratuita de los socios y de sus familias. Para este fin están destinados dos y medio por ciento de las ganancias. Al inspeccionar la institución hace unos cuantos meses, fuimos informados que las clases de ciencias eran dadas con tanto esmero que uno de los discípulos había alcanzado recientemente del Gobierno una beca de cincuenta libras esterlinas anuales, por tres años, incluyendo la instrucción gratuita en la «Escuela de Minería», calle Jermyn, de Londres, con el uso libre de los laboratorios durante ese período. Existen también dos instituciones cooperativas en el mismo lugar; y fuimos informados que los operarios de Darwen son, en su mayor parte, trabajadores, sobrios y económicos.

El ejemplo se ha extendido también á Escocia y al Sud de Inglaterra. En Northampton existe una sociedad cooperativa con el propósito de comprar y vender cueros, y también para la fabricación de botas y botines. En Padiham y otros lugares del condado de Lanca se ha establecido fábricas de algodón cooperativas. La cooperativa «Sociedad Equitativa de Manchester y Salford», «reune las seguridades y facilidades de un Banco con las ganancias de un tráfico.» Pero el negocio en que más ganan es en la compra y venta de comestibles, bastimentos, especias, ropa blanca y otros artículos, con excepción de bebidas espirituosas.

Todo el secreto de su éxito consiste en «dinero al contado.» No otorgan crédito. Todo se hace al contado; la ganancia del negocio se reparte entre los socios. Todo hombre de negocios sabe que el pago al contado es el método más perfecto de hacer el comercio. Habiendo descubierto el secreto de los *Pioneers* de Rochdale, lo han difundido entre los de su clase. En su «Consejo á los socios de ésta y otras sociedades,» dicen: «Fijaos bien en los asuntos de dinero. Comprad vuestros artículos siempre que podáis hacerlo en los primeros mercados, y si tenéis que vender los productos de vuestra industria, esforzaos, si es posible, por venderlos en el último.» «No os separéis nunca del principio de comprar y vender al contado. Cuidaos de las cuentas largas.» En pocas palabras,

las sociedades cooperativas se han hecho negociantes en grande escala; y, aparte de la pureza del comestible vendido, consiste su ganancia en el descuento por pagos al contado, que es dividido entre los socios.

Las sociedades de tierras y construcciones constituyen otra forma de la cooperación. Estas son sostenidas principalmente por personas de la clase media inferior, pero también en una parte considerable por los hombres prácticos y ahorradores de la clase trabajadora. Con sus recursos se compran lotes de tierras y se construyen casas habitaciones. Por medio de una sociedad edificadora, la persona que quiere poseer una casa entra en la sociedad como socio, y en vez de pagar su alquiler al propietario, paga sus subscripciones é intereses á una comisión de amigos suyos, y transcurriendo el tiempo, cuando sus subscripciones han sido todas pagadas, se compra la casa, y se le transfiere por la sociedad. De ese modo viene á ser la sociedad un Banco de ahorro, donde el dinero se acumula con un fin determinado. Pero hasta aquellos que no compran una casa, reciben su dividendo y premios sobre sus acciones, que algunas veces suben á una suma considerable.

La acumulación de propiedad produce el efecto que siempre tiene sobre los hombres ahorradores; los hace asentados, ordenados y activos. Los aparta de las ideas revolucionarias y los hace conservadores. Cuando los operarios hayan asegurado su propia independencia por medio de su trabajo y frugalidad, cesarán de considerar la vista del bienestar de otros como un ultraje que se les hace, y ya no será posible hacer capital político de sus miserias imaginarias.

Se ha dicho que las sociedades de feudo franco de tierras, que fueron establecidas con fines políticos, tuvieron el efecto de catequizar á algunos de la reforma política. Primero se establecieron en Birmingham con el propósito de poner á los individuos en condición de comprar tierras y dividir las en feudos francos de cuarenta chelines, de modo que los propietarios pudiesen ser electores y votaran contra las leyes de cereales. Estas leyes ya no existen; pero todavía existen los poseedores de las tierras de feudo franco, aunque muchos de ellos han dejado de ser hombres políticos. «Mr. Arturo Ryland me informa, dice el señor Holyoake, en una publicación reciente sobre las sociedades constructoras, que en

»Birmingham, muchas personas bajo la influencia de estas sociedades han abandonado el patriotismo por las ganancias. Y yo conozco, así cooperadores como cartistas, que eran bulliciosos por la reforma social y política, á quienes ahora les importa eso tanto como á un gobierno *Whig*: y rehúsan asistir á una reunión pública en una hermosa noche, mientras que se arrastrarían, como la serpiente en el Edén, por un albañal en un día de tormenta, detrás de una buena garantía. Han probado la tierra, y ésta ha penetrado en sus almas.»

«No obstante—añade luego,—á muchos otros han enseñado estas sociedades una saludable frugalidad que en ninguna otra parte hubieran conocido, y han facilitado á muchos hijos laboriosos á llevar á su hogar á su anciano y pobre padre que esperaba y temía morir en un asilo, y hacerle sentar á fumar su pipa al sol en la huerta, cuya tierra y casa pertenecía ya á su hijo.» (1)

La sociedad constructora permanente de Leeds, que ha proporcionado habitaciones sanas para unas doscientas familias, manifiesta las siguientes recomendaciones de la influencia que ha ejercido entre las clases trabajadoras de esa ciudad:—Consuela verdaderamente oír decir á los socios mismos, en las reuniones casuales, cómo, de pequeños ahorros que hasta entonces eran considerados demasiado insignificantes para una aplicación activa, que principiaron á emplear en la sociedad, luego á construir ó comprar; en seguida á progresar en la vida, y llegar á tener bastante, por aumentar sus ahorros de este modo... Los hábitos y conocimientos previsores introducidos así son lo más benéfico para los socios. Y el resultado es, que los negligentes se tornan cuidadosos, y en economizando se hacen ordenados, respetables, propietarios, y en todos conceptos mejores ciudadanos y vecinos, más dignos y agradables. El empleo del dinero en esta última dirección estimula el tráfico, mejora los precios y los salarios, proporciona comodidades á las clases trabajadoras, y al mismo tiempo provee los medios de gustar de los goces del hogar, sin

(1) Trabajo leído en la asamblea de York de la «Sociedad Nacional para el adelanto de las ciencias sociales.» Septiembre 26 de 1864.

los cuales semejantes mejoras serían relativamente inútiles, y de seguro inciertas. (1)

Hay asimismo pueblos y villas excepcionales en el condado de Lanca donde se han ahorrado grandes sumas de dinero por los obreros para comprar ó para construir habitaciones y bañías cómodas. El año pasado ahorró Padyam como quince mil libras esterlinas para este objeto, aunque su población no cuenta más que unos ocho mil habitantes. Burnley ha tenido también un gran éxito. La sociedad constructora de allí cuenta seis mil seiscientos accionistas, que ahorraron el año pasado L. 160.000, ó un término medio de veinticuatro libras esterlinas por cada accionista. Los socios consisten principalmente en operarios de fábricas, mineros, mecánicos, ingenieros, carpinteros, albañiles y labradores. Incluyen igualmente mujeres, tanto casadas como solteras. Dice nuestro correspondiente que «gran número de obreros trabajadores han comprado casas en que vivir. Han comprado casas también como un medio de colocar bien su dinero. La sociedad constructora ha ayudado en cientos de estos casos, adelantando dinero sobre hipotecas, siendo amortizadas esas hipotecas con plazos favorables.»

Las sociedades constructoras constituyen, en todo, los métodos más excelentes para demostrar las ventajas del ahorro. Inducen á los hombres á economizar dinero con el propósito de comprar sus propios hogares, en los que, mientras vivan, tienen la mejor de todas las garantías.

(1) Carta de Mr. Juan Holmes, en los «Informes de la Exposición Universal de París,» 1867, vol. VI, p. 240.

CAPITULO VII

ECONOMÍA EN EL SEGURO SOBRE LA VIDA

Por un tropiezo no renuncies al objeto que te habias propuesto realizar.

SHAKSPEARE.

Somos auxiliadores, criaturas de la misma especie, de lo justo contra lo injusto.—E. BARRETT.

La vida no nos ha sido dada para emplearla por completo en la prosecución de aquello que tendremos que dejar en pos de nosotros cuando muramos.

JOSÉ MAY.

La felicidad ó la desgracia de la ancianidad no son muchas veces más que el efecto de nuestra vida pasada.

DE MAISTRE.

Debemos mencionar aún otros dos métodos de ahorro cooperativo. El primero es el seguro sobre la vida, que coloca á la viuda y á los hijos con los medios de ser atendidos para después de la muerte del asegurado; y el segundo es por las sociedades de socorros mutuos, que pone al obrero en condiciones de proveerse de ayuda en la enfermedad, y á sus viudas y huérfanos con una pequeña suma á su muerte. El método primero se practica por las clases medias y altas; y el segundo por las clases trabajadoras.

Muy fácilmente puede ocurrir que necesitemos mucho tiempo para ahorrar el dinero suficiente para asegurar la existencia de aquellos que dependen de nosotros; y siempre existe la tentación de hacer uso de los fondos apartados para la muerte, que, como lo suponen la mayor parte de las per-

sonas, puede ser un lejano acontecimiento. Así es que el ahorrar de poco en poco, y de semana en semana, no siempre constituye una garantía.

La persona que se asocia á una sociedad de seguros, se halla en posición diferente. Su economía anual ó trimestral se convierte instantáneamente en una parte de un fondo general, lo suficiente para realizar la intención del asegurado. Desde el momento que hace su primer pago, está conseguido su objeto. Aunque muera al día siguiente de haber satisfecho su cuota, recibirán su viuda y sus hijos toda la cantidad de su seguro.

Este sistema, al mismo tiempo que asegura una provisión á sus sobrevivientes, estimula á un hombre hacia la obligación moral de practicar la previsión y la prudencia, desde que por su medio pueden practicarse estas virtudes, y queda asegurada su recompensa final. De las ventajas inherentes al seguro de la vida no es la menor la tranquilidad de espíritu que acompaña al hombre previsor cuando se halla enfermo en cama ó cuando está esperando la muerte, tan diferente de esa ansiedad dolorosa por el bienestar futuro de una familia, que añade lo acerbo al sufrimiento físico y retarda ó anula el poder de la medicina. Escribiendo á un amigo el poeta Burns pocos días antes de su muerte dijo que: «aun era víctima de la aflicción. ¡Ay! Clark, empiezo á temer lo peor; la pobre viuda de Burns y media docena de huérfanos desvalidos; en esto soy débil como la lágrima de una mujer. Basta de esto, *¡es la mitad de mi enfermedad!*»

El seguro sobre la vida puede ser descrito como un plan de capitales asociados para asegurar á las criaturas contra la miseria. Es un arreglo por cuyo medio convienen un gran número de personas en poner anualmente á un lado ciertas pequeñas sumas llamadas *cuotas*, para acumularlas á interés como en un Banco de Ahorros, contra la contingencia de la muerte del asegurado, cuando la cantidad de la suma suscrita es entregada inmediatamente á los sobrevivientes. Por estos medios pueden desde luego formar un fondo á beneficio de sus familias para cuando mueren, aquellas personas que poseen muy pequeño capital, aunque gocen de sueldos ó salarios con toda regularidad.

Oímos con frecuencia de hombres que han sido miembros activos y útiles de la sociedad, y que mueren dejando á sus

mujeres é hijos en una pobreza absoluta. Han vivido en posición respetable, han pagado alquileres elevados por sus casas, se han vestido bien, mantenían buenas relaciones, eran vistos en la mayor parte de los centros de diversión, y criaron á sus hijos con ciertas ideas de posición y respetabilidad social; pero la muerte los ha abatido, y ¿cuál es la situación de sus familias? ¿Ha provisto el padre para lo futuro? De veinte á veinticinco libras esterlinas pagadas anualmente en una compañía de seguros, habrían asegurado á sus viudas y huérfanos contra la miseria. ¿Han llenado este deber? No, nada de esto han hecho; resulta que la familia ha estado viviendo, gastando todos sus recursos, ó más allá de lo que podían, y el resultado es que de pronto quedan lanzados en el mundo completamente desvalidos.

Una conducta como ésta no es solamente irreflexiva é imprevisora, sino que es también cobarde y cruel en el más alto grado. Engendrar una familia en la sociedad, darle gustos y educación, habituarla á las comodidades, cuya pérdida es miseria, y después dejar á la familia para el asilo, la cárcel ó en medio de la calle, á las limosnas de los parientes, ó á la caridad del público, es casi cometer un crimen contra la sociedad, lo mismo que contra los infelices seres que son las víctimas inmediatas.

Se convendrá en que es relativamente corto en estos tiempos de intensa competencia, el número de hombres que pueden ahorrar un capital suficiente para beneficio de sus familias. Casi absorben por completo todas sus ganancias las necesidades de una familia que aumenta, y encuentran que la suma que pudieran depositar en un Banco es tan reducida, que no se la deposita de ningún modo. Sé hacen indiferentes ú omisos al hecho de poder llegar alguna vez á conseguir un objeto tan sin esperanza aparentemente, como lo es la acumulación de los ahorros, para beneficio de sus familias después de la muerte del imponente.

Examinemos el caso de un hombre casado y con familia. Ha empezado á hacer negocios, y cree que si se conserva con vida, podrá en el curso de los años economizar los ahorros suficientes para proveer á su mujer é hijos después de su muerte. Pero la vida es lo más inseguro, y sabe perfectamente que en cualquier momento puede fallecer, dejando tras de sí á aquellos que más quiere, en completo estado de

desnudez. A la edad de treinta años se decide á entrar en una compañía de seguros sobre la vida. Lo hace por quinientas libras esterlinas, pagaderas á sus herederos á su muerte, y paga de doce á quince libras esterlinas cada año. Desde el instante en que paga esa cantidad, quedan aseguradas para su familia las quinientas libras esterlinas, aunque muriese al día siguiente de hecho el seguro.

Ahora bien, si hubiese depositado anualmente estas doce ó quince libras esterlinas en un Banco, ó las hubiera colocado á interés, habría sido preciso unos veinte años antes que sus ahorros hubieran llegado á quinientas libras. Pero con el expediente sencillo y hermoso del seguro sobre la vida, están aseguradas contra la aficción y el cuidado estos veintiséis años de la mejor parte de su existencia, por lo menos en lo que se refiere á este punto. Y no le priva la anticipación del mal futuro del gozo presente. Por medio de un pago anual determinado que disminuye conforme á las ganancias de la sociedad, está seguro de dejar una cantidad fija á su muerte en favor de su familia.

De esta manera el seguro de la vida puede ser considerado desde el punto de vista de un contrato, por el cual las desigualdades de la vida están hasta cierto punto promediadas y compensadas de modo que aquellos que mueren pronto—ó mejor dicho sus familias,—participan de la buena fortuna de aquellos que viven más allá del término medio de la vida. Y aun suponiendo que el mismo asegurado viviera más allá del período en que sus ahorros se habían acumulado hasta ser más de la suma asegurada, no se arrepentirá, si considera que ha estado libre durante tantos años de su vida del afán que le tortura.

Las razones que inducen á un hombre á asegurar su casa y sus mercancías contra los accidentes del fuego, debieran ser más imperiosas para inducirle á asegurar su vida contra el accidente de las enfermedades y la contingencia de una muerte súbita. Lo que en un caso es prudencia natural, parece algo más en el otro; ha añadido á ella el deber de proveer al sostén futuro de una esposa que puede quedar viuda, y de hijos huérfanos, y ningún hombre que olvide un deber tan grande y obligatorio puede ser disculpado con justicia. ¿Es obligación de esposo y de padre proveer el pan de cada día para su mujer y sus hijos mientras vive? Entonces es de

igual modo una obligación de su parte proveer medios para su sostén adecuado, en el caso de su muerte. El deber es tan obvio, los medios de realizarlo tan sencillos, y ahora están colocados tan fácilmente al alcance de todos los hombres; el arreglo es tan eminentemente práctico, razonable, benévolo, y justo; está, además, tan calculado para aumentar el sentimiento del respeto propio de todo hombre sabio y prudente, y para estimularle al cumplimiento de todos los deberes sociales convenientes, que no podemos concebir ninguna objeción posible en su contra, y solamente es de lamentar que su práctica no sea más general y acostumbrada de lo que es aún en todas las clases de la comunidad. (1)

Las sociedades amigables ó de beneficencia de las clases laboriosas son también sociedades cooperativas bajo otra forma. Ellas estimulan el hábito de prudente confianza propia entre el pueblo, y son dignas, por consiguiente, de todo estímulo. Ciertamente que es un hecho notable el de que cuatro millones de obreros se hayan organizado en asociaciones voluntarias con el objeto de una ayuda mutua en tiempo de enfermedad y escasez. Estas sociedades, en gran parte son una prueba del amor inglés por el gobierno propio y la independencia social, para cuya demostración se puede mencionar que, mientras que en Francia sólo una entre veintiséis personas se halla que pertenezca á una sociedad de socorros mutuos, y en Bélgica una de cada sesenta y cuatro, se encuentra que en Inglaterra hay una por cada nueve personas: tal es la proporción. Dícese que las Sociedades inglesas tienen en caja fondos que ascienden á más de once millones de libras esterlinas, y distribuyen auxilios entre sus individuos, proporcionados por contribuciones voluntarias de sus ganancias semanales, que se elevan á dos millones de libras esterlinas al año.

Aunque los operarios de Francia y de Bélgica no pertenezcan á sociedades de socorros mutuos, en tan gran número como los nuestros, debe hacerse constar en su justificación, que

(1) Debe hacerse constar que la cantidad total asegurada que existe en las oficinas británicas, en su mayor parte por las clases medias, es de unos trescientos cincuenta millones de libras esterlinas, y que la suma anual que se paga por premios asciende cuando menos á once millones de libras esterlinas. Y sin embargo, sólo una persona de cada veinte pertenecientes á las clases á quienes es especialmente aplicable el seguro sobre la vida, se han aprovechado hasta ahora de sus beneficios.

son las personas más económicas y prudentes del mundo. Colocan sus ahorros principalmente en fondos públicos y en tierras. Los franceses y los belgas tienen una verdadera ansia por la tierra. Economizan todo lo que pueden con el fin de adquirir más. Y con respecto á lo que invierten en los fondos públicos, puede mencionarse, como un hecho bien conocido, que los campesinos franceses fueron quienes, colocando sus ahorros en el empréstito de la defensa nacional, libertaron al suelo francés de la planta de los conquistadores alemanes. (1)

Las sociedades de socorros mutuos inglesas, á pesar de su gran utilidad y beneficios, tienen muchos defectos. Existen defectos en los detalles de su organización y administración, mientras que muchas de ellas están financieramente erradas. A semejanza de otras instituciones en sus primeros períodos, han sido pruebas, y en gran parte empíricas, más particularmente por lo que hace á sus cuotas de contribución y abonos para ayuda de los enfermos. Las cuotas han sido fijadas, en muchos casos, muy bajas en proporción á los beneficios concedidos; y de ahí que la «caja» sea declarada cerrada á menudo, luego que el dinero subscripto ha sido gastado. La sociedad concluye entonces y los miembros más antiguos tienen que quedar sin auxilio para el resto de sus vidas. Pero aun las mismas sociedades de seguros sobre la vida han tenido que pasar por la misma enseñanza del fracaso, y la operación de «dar cuerda» no ha dejado de arrojar algún descrédito sobre estas asociaciones de la clase media.

Transcribimos las mismas palabras del registrador de las *Sociedades Amigables*, en un informe reciente: «Aunque los informes logrados hasta ahora no son muy halagüenos por lo que se refiere al sistema general de la administración, en su conjunto quizá no son peores los resultados del empleo del dinero de los pobres, que los que han tratado de obtener los nobles, los miembros del Parlamento, los comerciantes,

(1) En la actualidad tiene en Francia un individuo por cada ocho de su población, una acción en la deuda nacional, siendo el promedio de lo que se tiene unos ciento setenta francos. Los partícipes en la deuda se aproximan mucho al número de propietarios, ó más bien propiedades distintas, que suben á cinco millones quinientos mil, según el último informe. Francia proporciona, pues, una rara excepción de aquellos países de la Europa central y occidental, en donde «los ricos se están haciendo más ricos y los pobres mucho más pobres.» En Francia se está repartiendo más y más la riqueza en la masa general de la población.

»hacendistas y especuladores en sus administraciones de ferrocarriles, Bancos por acciones y empresas de todas clases.»

Las sociedades de obreros han tenido su origen, en su mayor parte, en una necesidad común, sentida por personas de pequeños recursos, incapaces de poder acumular ninguna cantidad de ahorros para precaverse contra el desamparo en el caso de quedar inutilizado por enfermedad ó accidente. Al principiar la vida, difícilmente pueden ahorrar dinero aquellas personas que ganan su sustento por medio del trabajo diario. Gastos imprescindibles absorben sus limitados recursos y oprimen pesadamente sus ingresos. Cuando están imposibilitados para el trabajo, es gastada muy luego cualquier pequeña cantidad que hayan podido acumular, y si tienen una familia que mantener, no tienen entonces otra elección que entre la escasez, la mendicidad, ó recurrir al trabajo de los asilos. Con el deseo de evitar cualquiera de estas alternativas, han recurrido al expediente de la sociedad de socorros mutuos. Cambiando y uniendo gran número de contribuciones, han encontrado así que era practicable proveer una suma suficientemente grande para hacer frente á las exigencias ordinarias durante la enfermedad.

Los medios para ponerlo en práctica son muy sencillos. Todo socio contribuye á un fondo común con la cantidad de cuatro ó seis peniques semanales, y de este fondo se paga la mesada estipulada. La mayor parte de estas sociedades poseen también un fondo de viudas y huérfanos, reunido de igual manera, del cual se paga una cantidad á los herederos de los socios á su muerte. Huelga decir que estas asociaciones, por llenas de defectos que estén en los detalles, no pueden dejar de ejercer una influencia benéfica sobre la sociedad en general. El hecho de que una de esas sociedades, la *Unity of Odd Fellows*, de Manchester, cuenta con medio millón de socios, posee un capital en fondos públicos que llega á libras 3.706,366, y distribuye en socorros á los enfermos y pago de sumas por defunciones más de libras 300 000 anualmente, prueba con sorprendente claridad su acción benéfica sobre las clases por quienes y para quienes ha sido establecida. Por medio de ellas están en condición los obreros de asegurar los resultados de la economía con un costo relativamente pequeño. Porque el socorro mutuo es economía, en su for-

ma más económica; y no hace sino presentar otro ejemplo de ese poder de cooperación que está operando tan extraordinarios resultados en todas las clases de la sociedad, y que, en realidad, es otro de los nombres de la civilización.

Muchas personas hacen objeciones á las *Sociedades Amigables* á causa de ser dirigidas en tabernas; porque muchas de ellas han sido constituidas por dueños de tabernas para conseguir así la clientela de sus socios; y porque en sus reuniones quincenales para pagar sus subscripciones, adquieren el hábito pernicioso de beber, y de ese modo derrochan tanto como lo que economizan. Es indudable que las *Sociedades Amigables* confían mucho en el elemento social. La taberna es la casa de todos. Allí pueden reunirse los socios, hablar y beber juntos. Es muy probable que si hubieran confiado únicamente en el sentimiento del deber—el deber de asegurarse para el caso de una enfermedad,—y que se hubiera requerido solamente á los socios que abonasen sus contribuciones semanales á un colector ó tesorero, habrían continuado su existencia muy pocas de esas sociedades. En un gran número de casos, no hay prácticamente ninguna elección entre la sociedad que se reúne en una taberna, ó no.

Ya se comprende que la sociedad no puede ser conducida sobre principios delicados. Pero la mayoría de los hombres, y especialmente los hombres á que nos referimos, es un mundo rudo, trabajador, guiado por principios comunes, tales como pueden usarlos. Para algunos podrá parecer vulgar asociar el tabaco, la cerveza, ó festejar con comida y bebida el deber puro y sencillo de realizar un seguro contra el impedimento del trabajo por causa de enfermedad; pero el mundo en que vivimos es vulgar, y debemos tomarlo cual es, y tratar de aprovecharlo lo mejor que podamos. Confesemos que las tendencias en el hombre hacia lo puramente bueno son muy débiles, y que necesitan mucha ayuda. Pero el recurso, por vulgar que sea, de atraerle por medio de su apetito por la comida y bebida á que cumpla un deber para consigo y para con sus semejantes, de ninguna manera está limitado á las sociedades de obreros. Dificilmente habrá en Londres una sociedad ó institución de caridad que no tenga su banquete anual con el propósito de atraerse subscriptores. ¿Hemos de condenar la comida anual de dieciocho peniques del pobre, y disculpar la de una guinea del rico?

Mr. Akroyd, de Halifax, hizo un enérgico esfuerzo, en 1856, para establecer una *Sociedad Previsora de Enfermos y Caja de Ahorros*, para los operarios, en el oeste del condado de York. Con este fin se estableció una organización; y aunque la *Caja de Ahorros* fué un éxito completo, fué un fracaso, también completo, la *Sociedad Previsora*. Mr. Akroyd explica de este modo las causas del fracaso: «Encontramos el campo ya ocupado—dice,—por *Sociedades Amigables*, principalmente por las *Odd Fellows, Druids, Foresters, etc.*; y contra sus principios de gobierno propio, resistencia mutua contra el fraude y *hermandad*, no puede competir ninguna sociedad nueva é independiente. Nuestras cuotas eran también forzosamente más elevadas que las suyas, y ésta fué quizá una de las causas principales de nuestro fracaso.»

Las cuotas reducidas de la contribución han sido causa principal del fracaso de las *Sociedades Amigables*. (1) Era por supuesto muy natural que los socios, siendo personas de limitados recursos, se esforzasen por asegurarse los fines de su organización con el menor gasto posible. Debido á esto fijaron sus cuotas tan bajas como pudieron; y, según lo probaron los resultados, las fijaron en la mayor parte de los casos *demasiado* bajas. Mientras que las sociedades componíanse de hombres jóvenes y sanos en su mayor parte, y el promedio de enfermedades era bajo, parecía que lo que se pagaba era muy suficiente. Los fondos se acumulaban, y muchos se holgaban creyendo que sus sociedades estaban sobre un pie de verdadera prosperidad, cuando ya contenían los elementos seguros de decadencia. Porque, conforme llegaban á viejos los socios, se acrecentaba regularmente su aptitud media para la enfermedad. Habiendo subido muy pronto los efectos de la edad aumentada sobre la solvencia de los «*Clubs de Beneficencia*,» evitaban los jóvenes á las sociedades antiguas, y preferían fundar organizaciones propias. El efecto

(1) El registrador de las *Sociedades Amigables*, en su informe de 1859, dice que desde 1793 hasta 1858, el número de sociedades registradas y certificadas ha sido de 28,550, de las cuales 6,850 han dejado de existir. El origen del fracaso en la mayor parte de los casos se ha informado que era, lo inadecuado de las cuotas de contribución, la concesión de pensiones, lo mismo que las pagas á enfermos, y la falta de aumento de socios jóvenes. La disolución de una sociedad, sin embargo, se efectúa á menudo con la mira de rehacerla en otra forma, y volverla á la vida con nuevos reglamentos, y con cuotas de remuneración tales como el mejor conocimiento ha probado ser necesario para las contingencias que tienen que sufrir.

era, que los viejos principiaban á girar sobre sus reservas al mismo tiempo que disminuían las contribuciones ordinarias, y cuando, como sucedía con frecuencia, unos cuantos enfermos seguan apurando á la sociedad, se agotaban al fin los fondos, se declaraba cerrada la caja y la sociedad quedaba disuelta. La verdadera injusticia se hacía á los más jóvenes que quedaban en la sociedad. Después de pagar sus contribuciones durante muchos años, se encontraban, al ponerse enfermos, con que los fondos se habían agotado, por gastos hechos en pensiones y otras cosas que se mencionaban en los reglamentos de la sociedad.

Hasta las mejores sociedades de beneficencia han tardado en aprender la importancia esencial de las cuotas adecuadas para ponerlas en estado de poder llenar sus obligaciones y asegurar su utilidad continuada como asimismo su solvencia. El defecto de la mayoría de ellas consiste en que tratan de hacer demasiado con medios insuficientes. Los beneficios que se pagan son muy elevados con relación á las cuotas que se cobran. Son atendidos debidamente los que llegan primero, pero aquellos que van tarde, encuentran frecuentemente vacía la caja. Muchas veces han sido, no solamente muy bajas las mensualidades establecidas, sino que también ha habido poco ó ningún cuidado en la elección de los socios. Hombres entrados en años y de salud débil son admitidos, á veces, en iguales condiciones que los jóvenes y que tienen salud, no habiendo más diferencia que en la cuota de entrada. Hasta las asociaciones nuevas que empiezan con mensualidades inadecuadas, en vez de lograr consistencia, se hacen cada vez más débiles; y en el caso de que caigan sobre los fondos algunos de los miembros que siempre están enfermos, pronto se agotan, quiebra la asociación y se disuelve. Tal ha sido la historia de miles de sociedades de socorros mutuos, que han hecho bien y han servido para un propósito útil en su tiempo, pero de corta vida, efímeras, y que sólo fueron para muchos de sus individuos un desengaño y una decepción.

Recientemente se han hecho tentativas, muy especialmente por los directores de la «Unión» de los *Odd Fellows*, de Manchester, para mejorar la condición financiera de su sociedad. La demostración mejor del deseo que existe por parte de los principales individuos, en la «Unión», para llevar á la organización á un estado de solidez financiera, tal vez se encuentra

en el hecho de que el directorio ha autorizado la publicación del mejor de todos los datos para su futuro gobierno, á saber; el conocimiento de la enfermedad actual en la corporación. Ha preparado y publicado una minuciosa serie de tablas, conforme con esta idea, para conocimiento de los socios, Mr. Radcliffe, secretario corresponsal, y lo ha hecho con un costo de libras 3 500. En el prólogo de la última edición se dice, «que esta suma no ha sido tomada de los fondos destinados para auxilios durante las enfermedades, para los seguros en las defunciones ó para proveer á las viudas y huérfanos necesitados, sino que lo ha sido de los fondos administrativos de las logias, fondos que siendo reunidos comúnmente por medio de subscripción directa de los socios, no son, por lo tanto, gastados fácilmente sin una seria consideración por parte de aquellos que están más interesados en el crédito y en el bienestar de su querida asociación.»

Esperamos que el tiempo y la experiencia pondrán en condición á los jefes de las *Sociedades Amigables*, de adelantarlás en general é introducir nuevas mejoras. Las mejores instituciones progresan lentamente, y se les da forma con la experiencia, tanto por los fracasos como por los éxitos, y finalmente, requieren tiempo para vigorizarlas y arraigarlas en la costumbre. La sociedad más imperfecta establecida por obreros para el socorro mutuo durante la enfermedad, independiente del auxilio que provenga de la caridad privada ó de los fondos de los pobres, está fundada con espíritu legítimo, y es digna de todo estímulo. Proporciona la base sobre la cual se puede edificar algo mejor. Enseña la confianza en sí mismo, y cultiva de ese modo entre las más humildes clases los hábitos de una economía previsora.

Las *Sociedades Amigables* comenzaron sus operaciones antes que hubiera ninguna ciencia de estadística vital para guiarlas, y si han cometido errores en los seguros mutuos, no han sido ellas las únicas. Considerando las dificultades con que dejará de producir sus buenos resultados. Los defectos con que han tropezado, tienen títulos para ser juzgadas benévolamente. Un buen consejo que se les dé con ánimo bondadoso, no dejará de producir sus buenos resultados. Los defectos con que están mezclados deben ser considerados simplemente como tegumento que caerá muy probablemente conforme crezca la flor y madure el fruto.

CAPITULO VIII

BANCOS DE AHORROS

Quisiera poder escribir de un extremo al otro del firmamento, en letras de oro, estas solas palabras: BANCO DE AHORROS.—Rev. GUILLERMO MARSH.

El solo secreto verdadero para ayudar á los pobres, es hacerlos agentes que puedan mejorar su propia condición.

EL ARZOBISPO SUMNER.

El que á los veinte no sabe, á los treinta no puede y á los cuarenta no tiene, jamás sabrá, podrá ni tendrá.

Proverbio francés.

Mira á la hormiga, holgazán: observa su método, y sé sabio: la que no teniendo guía, director ó gobernante, provee su comida en el verano, y reúne su alimento en la cosecha.—*Proverbios, VI, 6.*

Dícese que en toda casa hay un esqueleto. Al esqueleto se le encierra bajo llave, guardado en una alacena y rara vez se le ve. Sólo las personas de la casa conocen su existencia. Pero el esqueleto, no puede estar oculto mucho tiempo. Sale á la luz de una manera ú otra. El esqueleto más común es la pobreza. La pobreza—dice Douglas Jerrold,—es el secreto que la mitad de la sociedad oculta con gran trabajo á la otra mitad. Cuando nada se ha economizado, ni se ha ahorrado para aliviar la enfermedad cuando viene, ni para socorrer las necesidades de la vejez, ahí está el esqueleto escondido en muchas alacenas.

En un país como éste, donde los negocios llegan á estancarse por efecto de un exceso de tráfico y de especulación,

quedan sin ocupación muchos patrones, dependientes y obreros. Preciso es que esperen á que lleguen mejores tiempos. Pero mientras tanto, ¿cómo vivirán? Si no han acumulado algunos ahorros, y nada han guardado, estarán relativamente faltos de todo.

Aun las fábricas de algodón cooperativas, ó los Bancos cooperativos, que no son otra cosa que compañías por acciones, limitadas, (1) pueden quebrar. Pueden muy bien hallarse en la imposibilidad de competir, como sucedió durante la gran escasez de algodón, con los grandes capitalistas en la compra de dicho artículo, ó en la producción del estambre de algodón. Las compañías cooperativas fundadas con el propósito de fabricar, son de un carácter demasiado especulador probablemente para poder dar un beneficio duradero á las clases trabajadoras; y parece que el camino más seguro para ellas en épocas como la actual, es el ahorrar sencilla y directamente. Podrá haber menos probabilidad de ganancia, pero hay menos riesgo de pérdida. Lo que se pone á un lado no está encerrado y es un contingente para su productibilidad en la época del tráfico, sino que se está aumentando constantemente, y siempre se halla pronto y á mano para ser usado cuando sobreviene la adversidad ó algún caso de necesidad urgente.

El señor Bright expuso en la Cámara de los Comunes, en 1860, (2) que los ingresos de las clases trabajadoras se calculaban por lo bajo en trescientos doce millones de libras esterlinas al año. Teniendo presente el aumento de salarios que ha tenido lugar durante los últimos quince años, debe haber subido ahora su ingreso á cuatrocientos millones, por lo menos.

(1) Las nuevas fábricas de algodón que han sido denominadas cooperativas, y que con ese nombre han reunido un gran número de accionistas de las clases asalariadas, son ahora en realidad compañías comunes por acciones, con responsabilidad limitada. Los llamados accionistas cooperativos en los principales establecimientos decidieron, según se me ha informado por grandes mayorías, que á los operarios sólo se les pagara salarios en el modo acostumbrado, y que no participaran de las ganancias. Siendo los salarios por trabajo de obra, se sostuvo que el pago era de conformidad con el principio comunista: á cada uno conforme á su capacidad, á cada uno conforme á su trabajo. El tejedor común no había tomado parte en el trabajo de la dirección general, ni había probado ninguna de las aptitudes de ahorro ó de previsión del capitalista; y ¿por qué había de participar de las ganancias como si lo hubiera hecho? Las clases asalariadas en su calidad de accionistas, resolvieron que era una reclamación injusta sobre sus ganancias, y se las reservaron para sí sin distribuir las. *Erwin Chadwick, C. B.*

(2) Discurso á propósito de la presentación del *People Bill* (la ley popular).

Seguramente que de este gran fondo de ganancias, podrían economizar fácilmente las clases trabajadoras de treinta á cuarenta millones al año. En todo caso, podrían economizar una cantidad que, empleada convenientemente y economizada debidamente, no dejaría de poner á gran número de ellos en condiciones de comodidad, *confort* y hasta de una riqueza relativa.

Los ejemplos que ya hemos citado de personas de las clases modestas de la sociedad, que han acumulado con prudente previsión una cantidad considerable de ahorros para beneficio de sus familias, y como una reserva para su vejez, no deben ser, en manera alguna, casos en cierto modo excepcionales como lo son ahora. Lo que una persona ordenada puede hacer, podrían realizarlo otros de un modo ó de otro con igual facilidad, influidos por iguales móviles de confianza en sí mismos, y practicando igual sobriedad y frugalidad. Un hombre que tiene consigo más dinero de lo que necesita para las cosas indispensables, se siente inclinado á gastarlo. Para valernos de una frase común, puede *quemarle un agujero en su bolsillo*. Puede ser atraído fácilmente á compañías de otros, y donde su hogar no da sino pocas comodidades, siempre está pronto á darle la bienvenida la taberna con su alegre calor.

Sucede con frecuencia que los operarios pierden su empleo en los malos tiempos. Las empresas mercantiles quiebran, los dependientes y los sirvientes son despedidos porque sus patrones ya no tienen empleo que darles. Si las personas sin empleo han tenido la costumbre de gastar siempre todos sus sueldos y salarios, sin ahorrar nada, su condición es uno de los estados más dignos de lástima que uno se puede imaginar. Pero si han economizado algo, en su casa ó en el Banco de Ahorros, podrán amortiguar su caída. Obtendrán un aplazamiento, un tiempo de respiro hasta que vuelvan á conseguir ocupación. Suponed que tengan ahorradas unas diez libras esterlinas. Podrá parecer una suma pequeñísima; sin embargo, equivale á mucho en días de escasez. Puede hasta llegar á ser el pasaporte de un hombre hacia su futura independencia.

Con diez libras esterlinas, puede mudarse un obrero de un distrito á otro donde la ocupación fuera más abundante. Con diez libras esterlinas podrá emigrar al Canadá ó á los Estados Unidos, donde su trabajo pudiera ser solicitado. Sin este pequeño capital ahorrado, estaría tal vez adherido al lugar

de su nacimiento como el musgo á la roca. Si fuese hombre casado y con familia, salvarían sus diez libras del naufragio á su hogar, y á su casa del desamparo. Sus diez libras alejarían al lobo de su puerta hasta que volviesen días mejores. Diez libras salvarían á más de una sirvienta de su ruina, la darían tiempo para recobrar su salud gastada quizá por exceso de trabajo, y la pondrían en estado de buscar una colocación conveniente, en vez de tomar atropelladamente la primera que se le presenta.

No apreciamos el dinero sólo por el mismo, y seríamos los últimos en estimular un mísero deseo de atesorar en cualquiera de las clases sociales, pero no podemos dejar de reconocer en el dinero los medios de vivir, los medios para alcanzar comodidades, los medios para sostener una independencia honrada. Por eso recomendaríamos, siempre, á todo hombre joven y á toda mujer joven, que principiaran su vida aprendiendo á economizar, que guardaran para el porvenir cierta cantidad de lo que ganasen cada semana, sea poco ó sea mucho, que eviten gastar cada semana ó cada año todo lo que ganen en esa semana ó en ese año, y les aconsejamos que hagan esto, como medio para evitar los horrores de la dependencia, del desamparo ó de la mendicidad. Quisiéramos que los hombres y las mujeres de todos los rangos pudieran ayudarse á sí mismos, que confiaran en sus propios medios, en sus propias economías; porque es una gran verdad que «un penique en el bolsillo es mejor que un amigo en la corte.» El primer penique ahorrado es un paso en el mundo. El hecho de ser economizado y guardado, indica abnegación de sí mismo, previsión, prudencia, sabiduría. Quién sabe si el gérmen de la felicidad futura. Puede ser el principio de la independencia.

Cobbett acostumbraba á burlarse de la «engañifa» de los Bancos de Ahorros, sosteniendo que era un insulto hecho á los individuos el decirles que tenían algo que ahorrar. No obstante, la amplitud con que *han* sido usados los Bancos de Ahorros, hasta por las clases más humildes, prueba que estaba tan equivocado en esto como en muchas otras de las cosas que sostenía. Hay millares de personas que tal vez nunca hubieran pensado en guardar ni un penique, si no hubiese sido por la facilidad de los Bancos de Ahorros: ¡habría parecido tan inú-

til sólo el intentar hacerlo! La pequeña cantidad de dinero guardado en el armario estaba demasiado á la mano, y muy pronto habría sido gastada antes que pudiese llegar á formar una suma cualquiera que valiera la pena; pero no bien se inventó un lugar de depósito, donde se podían colocar hasta sumas tan insignificantes como un chelín, cuando ya las personas se apresuraron á aprovecharse de ello.

El primer Banco de Ahorros fué establecido por la señorita Priscila Wakefield, en la parroquia de Tottenham, Middlesex, hacia fines del siglo pasado, siendo su principal objeto estimular la sobriedad de los niños pobres. La prueba alcanzó tal éxito, que en 1799 principió el reverendo José Smith, de Wendon, un plan para recibir pequeñas cantidades de sus parroquianos durante el verano, devolviéndolas en Navidad con el aumento de un tercio, como estímulo á la prudencia y la previsión. La señorita Wakefield siguió á su vez el ejemplo del señor Smith, y en 1804 amplió el plan de su Banco de Caridad, de modo que incluía á trabajadores adultos, sirvientas y otras personas. Otra institución análoga se fundó en Bath, en 1808, por algunas señoras de aquella localidad, y por la misma época propuso el señor Whitbread al Parlamento, la formación de una institución nacional «de la naturaleza de un Banco, para el uso y beneficio de las clases trabajadoras tan solamente;» mas su proyecto no dió resultado.

Sólo fué cuando el reverendo Enrique Duncan, el sacerdote de Ruttwell, pobre parroquia del condado de Dumfries, tomó el asunto á su cargo, cuando el sistema de Bancos de Ahorros puede decirse con propiedad que fué inaugurado. Los habitantes de esa parroquia eran en su mayoría aldeanos, campesinos, cuyos salarios por término medio eran como de unos ocho chelines por semana. No había fábricas en aquel distrito, ni medios de subsistencia para la población, excepto lo que se sacaba del cultivo de la tierra, y los propietarios en su mayor parte no tenían allí su residencia. Parecía un lugar muy poco á propósito para establecer un Banco de Ahorros, donde la gente pobre ya estaba obligada á esforzar todos sus nervios para ganar apenas con qué vivir, proveer los medios de educar á sus hijos (porque por insignificante que sea el ingreso que tenga el aldeano escocés, casi invariablemente se arregla para economizar algo con qué poder mandar á sus hijos á la escuela), y para abonar sus pequeñas cuotas á la *Sociedad*

Amigable, de su parroquia. No obstante, resolvióse el sacerdote á hacer el experimento, como una ayuda á sus instrumentos espirituales.

Tal vez no comprendan muchos labradores los profundos argumentos del maestro religioso, pero el menos inteligente puede apreciar parte del consejo práctico que se relaciona con el bienestar de su hogar y con la comodidad cotidiana y el respeto propio del labrador. El doctor Duncan sabía que hasta en la familia más pobre había pequeñas entradas fácilmente deshechas en gastos innecesarios. Vió á algunos aldeanos económicos que se valían del expediente de una vaca, ó de un cerdo, ó de una reducida porción de terreno de huerta, como de un Banco de Ahorros, encontrando su ganancia de interés en forma de manteca y leche, carne de cerdo para el invierno ó los productos de las hortalizas; y se le ocurrió que existían otros aldeanos, solteros, y mujeres jóvenes, para quienes se podría proveer algún modo análogo de guardar sus economías del verano, dándoles también su pequeño interés sobre el capital invertido.

De este modo nació el Banco de Ahorros parroquial de Ruthwell, la primera institución de esa clase que se sostenía por sí misma establecida en este país. Que el sacerdote no estaba equivocado en sus proyectos, quedó demostrado por el hecho de que en el transcurso de cuatro años, llegó el fondo de su Banco de Ahorros á cerca de mil libras esterlinas. Y si esta suma la podían economizar los pobres aldeanos, de los ocho chelines que ganaban por semana, y las trabajadoras y sirvientas que lo hacían, de mucho menos, ¿qué no podrían llevar á cabo los maquinistas, artesanos, mineros y trabajadores en hierro, que ganan desde treinta hasta cincuenta chelines por semana durante todo el año?

El ejemplo dado por el doctor Duncan fué seguido en muchos pueblos y distritos de Inglaterra y de Escocia. En todos los casos imitóse el modelo del Banco parroquial de Ruthwell, y adoptado el principio del sostenimiento propio. Los Bancos de Ahorros fundados así, no eran instituciones de beneficencia, ni dependían de la caridad ni patronazgo de nadie, sino que su éxito descansaba completamente sobre los mismos depositantes. Estimulaban á las clases industriosas á confiar en sus propios recursos, á practicar la previsión y la economía en su manera de vivir, á estimar el respeto propio y la depen-

dencia de sí mismo, y á proveer para sus comodidades y el sostén de su vejez, por el cuidadoso uso de los productos de su laboriosidad, en vez de tener que confiar para su ayuda en la ingrata dádiva ó limosna de una poco envidiable contribución de los pobres.

La fundación de los Bancos de Ahorros con estos fines llegó al cabo á ser reconocida como un asunto de interés nacional, y en 1817 pasó un Acta que sirvió para aumentar su número y extender su utilidad. De entonces acá han sido adoptadas diversas medidas con el propósito de aumentar su eficacia y su seguridad. Pero á pesar de lo mucho bueno que han realizado estas instituciones, es aún obvio que la clase de operarios mejor pagada sólo se aprovecha de ellas en muy reducida proporción. Una pequeñísima parte de los cuatrocientos millones en que se estima lo que ganan anualmente las clases trabajadoras, halla camino para ir á los Bancos de Ahorros, mientras que, cuando menos veinte veces más de esa cantidad corre á gastarse anualmente en las cervecerías y en las tabernas.

No son los obreros de ambos sexos que reciben elevados salarios los que colocan dinero en los Bancos de Ahorros, sino aquellos que perciben una entrada relativamente baja. Así, por ejemplo, la clase más numerosa de depositantes en el «Banco de Ahorros de Manchester y Salford» es la de los sirvientes ó criados domésticos. En pos de ellos vienen los escribientes, los dependientes de tienda, los mozos de cordel y los mineros. Únicamente una tercera parte, poco más ó menos, pertenece á los operarios, artesanos y maquinistas. Otro tanto acontece generalmente en los distritos fabriles. Hace algunos años que se vió que de las numerosas depositantes de Dundee, solamente una era obrera de fábrica: el resto, en su mayor parte, sirvientas.

Existe otro hecho notable. El hábito de ahorrar no prevalece tanto en los condados en que los salarios son mayores, como en aquellos en que los salarios son más bajos. Antes de la era de los Bancos de Ahorros del Correo, depositan los habitantes de Wilts y Dorset — donde los salarios son los más reducidos de Inglaterra—más dinero en los Bancos de Ahorros, por cabeza de población, de lo que hacían en los condados de Lanca y de York, en donde los salarios son acaso los más altos de Inglaterra. Tomando el mismo condado de York y dividiéndolo en fabril y en agricultor, han colocado, por cabeza de pobla-

ción, los habitantes trabajadores de fábricas del distrito occidental de York, unos veinticinco chelines en los Bancos de Ahorros, en tanto que la población agrícola del distrito oriental ha colocado tres veces más que esa cantidad.

A los soldados rasos se les pagan sueldos semanales mucho menores que el que recibe el obrero peor retribuido, y, sin embargo, colocan más dinero en los Bancos de Ahorros que los operarios que ganan de treinta á cuarenta chelines por semana. A los soldados se les cree por lo general una clase irreflexiva. En verdad, algunas veces se les considera dignos de odiosidad por atolondrados y disolutos, pero los informes de los Bancos de Ahorros militares destruyen ese cargo, y prueban que el soldado inglés es tan sobrio, bien disciplinado y frugal, como valiente le conocemos. La mayor parte de las personas van al olvido que el soldado tiene que ser obediente, sobrio y honrado. Si es borracho, se le castiga; y si no es honrado, se le expulsa ignominiosamente del ejército.

¡Maravillosa es la magia de la disciplina! El ejercicio equivale á disciplina, enseñanza, educación. El primer ejercicio de todo pueblo es militar. Ha sido la primera educación de las naciones. El deber de la obediencia se enseña de esa manera en grande escala, la obediencia á la autoridad; la acción unida bajo una sola cabeza común. Estos soldados, que están prontos á marchar serena y tranquilamente contra el fuego de la fusilería, contra los cañones, á escalar elevadas fortificaciones, ó á dar sus pechos contra las erizadas bayonetas, como lo hicieron en Badajoz, fueron antes sastres, zapateros, maquinistas, trabajadores de la tierra, tejedores y labradores; con bocas abiertas, espaldas encorvadas, arrastrando los pies, colgando á ambos lados los brazos y las manos como grandes aletas de pescado; pero ahora es firme y marcial su paso, sus cabezas están erguidas, y marchan al son de la música, con un paso que hace estremecer la tierra. Tal es el admirable poder del ejercicio.

Conforme se civilizan las naciones adoptan otros métodos de disciplina. El ejercicio se hace industrial. La conquista y la destrucción abren paso á la producción en diversas formas. Y ¡qué trofeos ha ganado la industria, qué habilidad ha practicado, qué trabajos ha ejecutado! Toda operación industrial es ejecutada por bandas de artesanos ejercitados. Id al condado de York y al de Lanca, y encontraréis trabajando á nu-

meros obreros ejercitados, en quienes la disciplina es perfecta, y los resultados son prodigiosos por lo que se refiere á la cantidad de productos fabricados que salen de sus manos.

Depende en absoluto del ejercicio y la disciplina eficientes, el éxito de los hombres como individuos, y como sociedades. El hombre más dependiente de sí mismo se halla bajo la disciplina, y cuánto más perfecta es la disciplina, tanto más completa es su condición. Un hombre debe disciplinar sus deseos, y mantenerlos en sujeción, debe obedecer la voz de mando, de lo contrario es juguete de la pasión y del instinto. La vida del hombre religioso está llena de disciplina y refrenamiento personal. El hombre de negocios está completamente sujeto al sistema y á la regla. El hogar más dichoso es aquel en que la disciplina es más perfecta, y donde, sin embargo, es menos sentida. A la larga llegamos á sujetarnos á ella como á una ley de naturaleza, y á pesar de ligarnos firmemente, no lo sentimos. La fuerza del hábito no es más que la fuerza del ejercicio.

En estos días apenas se atreve uno á aludir á la necesidad de la conscripción compulsoria; y, no obstante, si el pueblo en general fuese obligado á pasar por la disciplina del ejército, el país sería más fuerte, los individuos serían más sobrios, y el ahorro se haría mucho más habitual de lo que es.

Los Bancos de Ahorros militares fueron ideados primeramente por el pagador Fairfowl en 1816, y unos diez años más adelante fué renovada la cuestión por el coronel Ogländer, del 26 de infantería (Cameronianos.) El asunto sometido al difunto Duque de Wéllington, fué rechazado; el Duque hizo el siguiente memorandum sobre la materia: «Nada existe que pueda impedir á un soldado, al igual de los demás súbditos de Su Majestad, colocar su dinero en los Bancos de Ahorros. Si hay algún impedimento, debe hacersele á un lado, pero dudo que haya conveniencia en ir más lejos.»

Parece, no obstante, que al Duque se le ocurrió que la propuesta para facilitar el ahorro de dinero por soldados rasos podía aprovecharse para hacer una reducción en el gasto del ejército, y agregó: «¿Tiene un soldado más paga de la que necesita? Si la tiene, debe serle rebajada, no á aquellos que ahora están en el servicio, sino á aquellos que se enganchen en lo sucesivo.» Ni uno, sin embargo, podrá alegar que el

prest del soldado raso sea excesivo, y no era posible que se sostuviera ninguna propuesta para rebajarlo.

La cuestión de los Bancos de Ahorros para el ejército quedó en suspenso por algún tiempo, pero con la ayuda de sir Jaime M. Gregor y lord Howick, fué aprobado al cabo un plan y establecido finalmente en 1842. El resultado ha sido satisfactorio en grado sumo, y dice mucho en favor del carácter del soldado inglés. Resulta de un documento presentado á la Cámara de los Comunes hace algunos años, dando los detalles del ahorro realizado por los cuerpos respectivos, que los individuos de la artillería real habían ahorrado veintitrés mil libras esterlinas, ó sea un promedio de 16 libras por cada depositante. Estos ahorros eran hechos de un prest diario de un chelín, tres peniques, y un penique para gasto de cerveza, ó igual á unos nueve chelines y seis peniques por semana, sujetos á varias rebajas por ropa de más que la común. Además, los individuos del cuerpo de ingenieros reales, salidos en su mayor parte de la inteligente clase de mecánicos, habían ahorrado cerca de doce mil libras, ó sea un promedio de unas veinte libras por cada depositante. El regimiento 26 de línea (Cameronianos), cuyo prest diario es de un chelín y un penique para cerveza, economizó más de cuatro mil libras esterlinas. Los ciento cincuenta hombres del primer batallón, ó una tercera parte del cuerpo, eran imponentes del Banco de Ahorros, y sus economías ascendían á unas diecisiete libras por cada hombre.

Mas no es esto todo. Los soldados rasos tienen la costumbre de enviar de sus pequeñas entradas sumas considerables por medio del correo á sus parientes pobres en su pueblo. En un año fueron enviadas de esa manera, de Aldershot, veintidós mil libras, siendo la suma de cada orden de envío, por término medio, de veintiún chelines y cuatro peniques. Y si individuos que sólo tienen siete chelines y siete peniques por semana pueden hacer tanto, ¿qué no podrían hacer los obreros hábiles, cuyos salarios alcanzan á dos ó tres libras semanales?

Los soldados, mientras han estado sirviendo fuera de Inglaterra durante difíciles campañas, se han demostrado igualmente cuidadosos y previsores. Durante la guerra de Crimea enviaron á sus casas los soldados y marinos setenta y un mil libras esterlinas por medio de la oficina de giros, y el cuerpo de trabajadores del ejército, treinta y cinco mil libras. Más

de un año antes de que se estableciera el sistema de giros en Escutari, se hizo cargo la señorita Nightingale de los ahorros de los soldados. Los encontró muy dispuestos á limitar sus propias comodidades y goces, por amor á otros seres que les eran queridos, como también para su propio bienestar futuro, y dedicó una tarde todas las semanas para recibir y enviar sus ahorros á Inglaterra. De este modo envió muchos miles de libras esterlinas, y eran repartidas por un amigo de Londres, muchas de ellas á los más lejanos rincones de Escocia y de Irlanda. Esto fué un testimonio innegable de que la semilla había caído en buen terreno (y también de la puntualidad del correo), pues de todo el número de envíos, sólo uno no acusó el debido recibo.

Por otra parte, no hay un solo regimiento que regrese de la India, que no traiga consigo una cantidad de ahorros. En el año 1860, después de la insurrección, fueron remitidas más de veinte mil libras por cuenta de individuos invalidados que regresaban á Inglaterra; existían otros ocho regimientos además de aquél, que trajeron balances á su favor en los Bancos de los regimientos, ascendiendo á libras esterlinas 40,499 (1). El más alto era el ochenta y cuatro, cuyos ahorros ascendían á libras esterlinas 9,718. El setenta y ocho (*Ross-shire Buffs*), los héroes que siguieron á Havelock en su marcha sobre Lucknow, ahorraron libras esterlinas 6,480; y el valiente treinta y dos, quien defendió á Lucknow á las órdenes de Inglis, economizó libras esterlinas 5,263. El ochenta y seis, el primer batallón del diez, y el nueve de dragones, trajeron todos una cantidad de ahorros que manifestaban la previsión y economía, que reflejaba sobre ellos el más alto honor como hombres lo mismo que como soldados (2).

Y, no obstante, los soldados rasos no depositan todos sus ahorros en los Bancos de Ahorros militares, especialmente cuando pueden tener acceso á Bancos de Ahorros ordinarios. Se nos asegura que muchas de las tropas de guarnición en Londres colocan sus economías en los Bancos de Ahorros más bien que en los Bancos del regimiento; y cuando en ocasión re-

(1) Las cantidades enviadas á Inglaterra por los soldados que estaban sirviendo en las Indias, á favor de amigos y parientes, no están incluidas en estas cantidades, siendo hechos directamente los envíos por los pagadores de los regimientos, y no por medio de los Bancos de Ahorros.

(2) La suma del fondo para los «Bancos de Ahorros Militares» el 5 de enero de 1875 era de 333.350 libras esterlinas.

ciente, se quiso averiguar la causa de esto, repondieron que: «Yo no quisiera que mi sargento supiera que estoy ahorrando dinero.» Pero á más de esto, también quisiera el soldado raso que sus compañeros tampoco supiesen que estaba ahorrando dinero; porque el soldado derrochador, lo mismo que el obrero pródigo, cuando ha gastado todo lo suyo, está dispuesto á establecer una especie de derecho á pedir prestado de los fondos de sus camaradas más económicos.

Idéntico sentimiento de desconfianza impide con frecuencia al operario imponer su dinero en los Bancos de Ahorros ordinarios. No quieren que sus patrones sepan que hacen ahorros, suponiendo que esto podría hacer que aquéllos quisieran bajar los salarios. Un operario de un pueblo del condado de York, que había resuelto hacer un depósito en el Banco de Ahorros, del cual era uno de los directores su patrón, fué varias veces á observar á la puerta del Banco, hasta que se aseguró que su patrón estaba ausente, y sólo depositó su dinero, después de varias semanas de espera, cuando se hubo convencido de esta circunstancia.

Los mineros de Bilston, cuando menos aquellos de entre ellos que colocan dinero en los Bancos de Ahorros, tenían la costumbre de depositarlo con otro nombre que el propio, y no dejaban de tener razón. Porque algunos de sus patrones eran en efecto contrarios á la institución de Bancos de Ahorros, temerosos de que los operarios echarían mano de sus ahorros para mantenerse en la época en que fuesen despedidos; sin reflexionar que la mejor garantía de la estabilidad de estos hombres, se halla en sus depósitos del Banco de Ahorros. El señor Baker, inspector de factorías, ha dicho «que la »suprema locura de una huelga está puesta de manifiesto por »el hecho de que rara vez ó nunca se ve á su cabeza á un »obrero rico.»

Un magistrado de Bilston, que no está en relación con el empleo de operarios, ha referido el siguiente caso: «Conse- »guí—dice,—que un obrero principiara á depositar en el Ban- »co de Ahorros. Fue así casi contra su voluntad. Los depósi- »tos fueron muy reducidos, aunque yo sabía que sus ganancias »eran grandes. Le estimulé expresando mi satisfacción al ver »el curso que seguía. Sus depósitos se hicieron mayores, y al »cabo de cinco años retiró el capital que había acumulado, »compró un terreno y ha construido en él una casa. Creo que

»si no le hubiera hablado, toda esa suma habría sido gastada en festejos ó en los clubs, ó en contribuciones para ligas obreras. Los ojos de ese hombre están ahora abiertos, su posición social se ha elevado, ve y siente como nosotros, y seguramente influirá en otros para que sigan su ejemplo.»

Dedúcese de lo que hemos dicho, que no puede haber duda por lo que respecta á la posibilidad de que una gran parte de las clases de obreros que están mejor remunerados puedan acumular economías. Cuando se les ocurre una idea sobre cualquier asunto, no tienen dificultad en encontrar el dinero necesario. Un solo pueblo en el condado de Lanca contribuyó con treinta mil libras esterlinas para sostener á los compañeros obreros cuando se hallaban en huelga en otro pueblo vecino. En la época en que no hay huelgas, ¿por qué no han de ahorrar igual dinero por cuenta propia, y para su misma comodidad permanente? Muchos operarios ahorran ya con ese objeto, y lo que hacen unos cuantos podrían hacerlo todos. Nosotros sabemos de un grande establecimiento mecánico—situado en un distrito agrícola, donde son pocas las tentaciones para hacer gastos inútiles,—en el que casi todos los hombres son económicos por costumbre, y han ahorrado sumas que varían desde doscientas hasta quinientas libras esterlinas cada uno.

Muchos obreros de fábricas, con sus familias, podrían economizar fácilmente de cinco á diez chelines semanales, lo que en unos cuantos años produciría sumas considerables. Hace muy poco tiempo que un obrero de Darwen sacó sus ahorros del banco para comprar una hilera de cabañas, que ahora son propiedad suya. Muchos otros, en el mismo lugar, y en los pueblos vecinos, están ocupados en construir alojamientos para ellos mismos, algunos por medio de cuotas en las sociedades constructoras, y otros por medio de sus economías acumuladas en el Banco.

Un obrero decentemente vestido, que estaba haciendo un pago un día en el Banco de Ahorros de Bradford, con lo cual llegaba su depósito como á ochenta libras esterlinas, refirió al gerente cómo había sido inducido á ser imponente. Había tenido la costumbre de beber, pero habiendo hallado casualmente un día la libreta de Banco de su mujer, por la cual se informó que había ahorrado unas veinte libras, se dijo á sí mismo: «Bien, pues si esto se puede hacer ínterin yo gasto,

»¿qué no podríamos hacer si los dos ahorráramos?» El hombre abandonó la bebida, y se hizo una de las personas más respetables de su clase. «Todo lo debo—dijo—á mi mujer, y al Banco de Ahorros.

Cuando obreros que están bien retribuidos como éste, pueden acumular un capital suficiente con sus ahorros, debieran abandonar gradualmente el trabajo pesado, y dejar el campo de la competencia apenas entran en la edad madura. Debieran dejar también su puesto á hombres más jóvenes; y evitar el ser vencidos y echados á una labor menos remunerada. Después de los sesenta años le falta al hombre la fuerza física, y para esa época ya debiera haber hecho sus ahorros para sostenerse independientemente. Ni son tampoco raros los casos de que los operarios guarden dinero con ese propósito, probando con ello lo que podría hacer toda la clase, en mayor ó menor escala, en igual sentido.

La amplitud con que las Cajas de Ahorros han sido usadas por las clases más pobres, donde quiera que se las ha establecido, nos ofrece un ejemplo sorprendente de cuanto se puede hacer con sólo proveer oportunidades mayores para la práctica del ahorro. La primera Caja de Ahorros fué establecida en Greenock, hace unos treinta años, como auxiliar de los Bancos de Ahorros. El objeto que se propuso el autor del proyecto (sir J.-M. Scott) era facilitar á las personas pobres, cuyas economías alcanzaban á menos de un chelín (minimum de los Bancos de Ahorros) el poder depositarlas en lugar seguro. En un año colocaron como cinco mil imponentes unas 1,580 libras en la institución de Greenock. El estimable sir Queckett, cura en el extremo oriental de Londres, abrió en seguida un Banco de peniques, y los resultados fueron extraordinarios. En un año se hicieron nada menos que 14,513 depósitos. El número de los imponentes fué limitado á 2,000, y los pedidos para admisión eran tantos que generalmente había muchos aguardando hasta que ocurrían vacantes.

«Algunos ahorran para sus alquileres—dice el señor Queckett,—otros para ropa y aprendizaje de sus hijos, y muchos son los objetos pequeños á que han de ser aplicados los ahorros. Todo pago pasa por mis manos, lo que me da más oportunidad de oír sobre enfermedades, pesares, ó cualquiera otra causa pequeña que impulsa á retirar el capitalito. Es, además, un alimento para los Bancos de Ahorros más grandes,

»á los cuales pasan muchos, cuando los pagos semanales he-
 »chos exceden la suma prevenida. Muchos de aquellos que al
 »principio apenas podían ingresar más allá de un penique por
 »semana, pueden depositar ahora una moneda cualquiera de
 »plata.»

Nunca ha sido empleada más sabiamente la influencia moral del sacerdote que en este caso. No muchos de aquellos á quienes el señor Queckett trabajaba así para que aprovecharan, pertenecían á la clase de personas que van á la iglesia; pero al ayudarles á ser sobrios, y mejorando su condición física, pudo elevar gradualmente sus gustos sociales, y despertó en ellos una vida religiosa á la que el mayor número habían sido antes ajenos.

Un vigoroso impulso fué dado después á este movimiento por Mr. Carlos Sikes, cajero de la compañía de Huddersfield, quien abogó por su establecimiento en conexión con la extensa organización de los institutos de mecánicos. Le pareció que educar á los obreros aún jóvenes, con hábitos de economía, era de más valor práctico para ellos, y de mayor importancia para la sociedad, que llenarles la cabeza con el contenido de muchos libros. Indicó el uso pervertido que del dinero hacían las clases trabajadoras como uno de los mayores males prácticos de esta época. «En muchos casos—añadió,—cuanto más crecidos son los salarios de los obreros, tanto más pobres son las familias, y éstos son los que en realidad forman las clases descontentas y peligrosas. ¿Cómo puede una persona en tales condiciones, interesarse por una cosa que eleve y dignifica?»

Para probar la prodigalidad del pueblo, mencionó Mr. Sikes el caso siguiente: «Un patrón distinguido en el distrito occidental—dice,—cuyas fábricas difícilmente han dejado de trabajar una semana por espacio de un cuarto de siglo, ha examinado hace pocos días el importe del salario que ahora se paga á sus empleados y lo ha comparado con el que se pagaba hace algunos años. Tuvo el placer de reconocer que el mejoramiento de las máquinas había originado el mejoramiento de los salarios. Sus tejedores ganan uno veintisiete chelines por semana. En muchos casos trabajan sus hijos en la misma fábrica, y en algunos sus mujeres, y á menudo la suma que alcanza la familia es de ciento á ciento cincuenta libras esterlinas al año. Al visitar las habitaciones

de algunos de estos hombres, ha visto con sentimiento y desengaño el aspecto de completa falta de comodidad y desaseo que se observa en muchas de ellas. El aumento de ingresos no ha conducido más que al aumento de imprevisión. El Banco de Ahorros y la sociedad constructora son igualmente olvidados, aunque en la misma fábrica hay algunos que no tienen salarios más crecidos, cuyas habitaciones poseen todo el *comfort*, habiendo ahorrado además su pequeño capitalito. Creo que fué en Bradford donde un patrón magnífico abrió en una ocasión setecientas cuentas en el Banco de Ahorros para sus obreros, pagando una pequeña cuota por cada uno. El resultado no fué satisfactorio. Pronto fué sacada una parte de las pequeñas sumas, y muy pocas quedaron como núcleo para depósitos ulteriores» (1).

Mr. Sikes propuso que cada instituto de mecánicos nombrara una comisión provisoria de Bancos de Ahorros, para que se reuniese una vez por semana con el objeto de recibir depósitos de los socios y de otros.

«Si en cada institución—decía,—adoptara una comisión este sistema, cuánto estímulo produciría el resultado al tomarse un interés en sus circunstancias humildes, y en sugerir con espíritu bondadoso y simpático, en invitar, y más aún, en catequizarlos no tan sólo con leer la lección, sino formando el hábito de verdadera economía y confianza propia (las más nobles lecciones para que pudieran formarse las clases). Una vez confirmados en mejores costumbres, puestos sus pies con firmeza en el camino de la confianza de sí mismo, ¡cuán generalmente crecerían los jóvenes con la convicción práctica de que para conseguir su propio bienestar social deben propender al adelanto de su inteligencia y de sus virtudes!»

Este admirable consejo no fué perdido. Una institución después de otra adoptaron el plan, y se fundaron Bancos de Ahorros poco después, en conexión con los principales institutos de mecánicos en todo el condado de York.

Aquellos que se establecieron en Huddersfield, Halifax, Bradford, Leeds y York, lograron un éxito sumamente satisfactorio. Los Bancos de peniques establecidos en Halifax con-

(1) Del excelente manual de Mr. Sikes, que lleva por título «Los buenos tiempos, ó el Banco de Ahorros y la chimenea».

sistían en un Banco central y siete sucursales. El número de socios, y el término medio de las sumas depositadas en ellos, continuaron aumentando todos los años. En Bradford se establecieron catorce Bancos de peniques, y luego que los imponentes habían contraído el hábito de llevar sus economías á Bancos más pequeños, las llevaron en masa á los Bancos de Ahorros comunes.

En Glasgow y sus contornos se establecieron treinta y seis Bancos de peniques. La comisión decía en su informe que se les consideraba á propósito «para poner un freno á este atollondrado gasto de pequeñas cantidades que tan á menudo engendra un hábito fijo de despilfarro y de imprevisión,» é insistía en recomendar el apoyo de los Bancos de peniques, como los mejores medios de extender la utilidad de los Bancos de Ahorros. Cálculase que el Banco de peniques establecido en la pequeña aldea de Farnham ha contribuido en pocos años con ciento cincuenta imponentes regulares en el Banco de Ahorros de la misma localidad. El hecho de que una proporción tan grande como la de dos terceras partes de toda la cantidad depositada es retirada en el año, demuestra que los Bancos de peniques son usados principalmente como lugares de depósito seguro para insignificantes sumas de dinero, hasta que se las necesita para algún objeto especial, tal como alquiler, ropas, ajuar, la cuenta del médico y otras por el estilo.

Así resulta que la Caja de Ahorros es en realidad el bolsillo del hombre pobre. La gran masa de los depósitos son pagados en sumas que no exceden de seis peniques, y el promedio del todo no excede de un chelín. Los imponentes son de los miembros más modestos de la clase trabajadora, y con mucho el mayor número de ellos nunca han tenido la costumbre de depositar ninguna parte de sus ganancias. El reverendo Clark, de Derby, que tomó un interés muy activo en la propaganda de estas útiles instituciones, ha dicho que una décima parte de toda la cantidad recibida por el Banco de peniques de Derby fué depositada en monedas de cobre, y una gran parte del resto en piezas de tres y de cuatro peniques.

Claro es, pues, que el Banco de peniques está al alcance de una clase de personas de cortísimos recursos, cuya facilidad de economizar es mucho menor que la del operario que recibe un salario crecido, y si el dinero quedara en poder de esas personas, en la mayor parte de los casos lo gastarían en la ta-

berna más inmediata. Por esto, cuando se estableció una Caja de Ahorros en Putney, y fueron sumados los depósitos al terminar el primer año, observó un fabricante de cerveza que formaba parte del directorio: «Bien, eso representa treinta mil cuartillos de cerveza *que no han sido bebidos.*»

En una de las Cajas de Ahorros del condado de York, se vió que un anciano que recibía socorros municipales, usaba de la Caja de Ahorros como un lugar de depósito para sus peniques, hasta que hubo reunido lo suficiente para comprarse una levita. Otros ahorran para comprar un reloj de ocho días de cuerda, ó un instrumento musical, ó para hacer un viaje en ferrocarril.

Pero los principales sostenedores de las Cajas de Ahorros son los muchachos, y éste es su rasgo más halagüeño, porque de los muchachos se hacen los hombres. En Huddersfield van muchos de los muchachos en grupos desde las fábricas hasta las Cajas de Ahorros, estimulándoles tanto la emulación como el ejemplo. Ahorran con varios propósitos: uno para comprar una caja de herramientas, otro un reloj, el tercero una gramática ó un diccionario.

Un día presentóse un muchacho para sacar una libra esterlina y diez chelines. Según el reglamento de la Caja de Ahorros, hay que dar aviso con una semana de anticipación para que pueda retirarse una suma que pase de veinte chelines, y el cajero dudaba en hacer el pago. «Bien—repuso el muchacho,—la razón es ésta: mi madre no puede pagar el alquiler; yo voy á pagarlo, porque mientras yo tenga algo, ella lo ha de tener también.» En otra ocasión sacó un joven veinte libras esterlinas, para librar á su hermano que se había enganchado. «Mi madre está tan afligida—dijo el joven,—que se va á morir de pena si no es libertado, y eso no lo puedo soportar.»

Estas instituciones dan así ayuda y fuerza en muchos casos y además de poner á los jóvenes en aptitud de evitar las deudas y hacer honradamente su camino, les proporciona los medios de ejecutar actos bondadosos y generosos en las épocas de pruebas y en las dificultades de la familia. Es un rasgo admirable en las escuelas de pobres el que casi todas ellas tengan una Caja de Ahorros unida á ellas con el propósito de educar á los discípulos en aquellos buenos hábitos que más necesitan; y es un hecho notable que en un año hayan sido de-

positadas nada menos que 8,000 libras esterlinas, en 25,637 im-
posiciones por los discípulos que se hallan en relación con la
unión de las escuelas de pobres. Y cuando esto puede hacerse
por los muchachos pobres de esas escuelas, ¿qué no podría rea-
lizarse por los obreros y mecánicos de Inglaterra que gozan
crecidos salarios?

Mas otro rasgo principal de la influencia de las Cajas de
Ahorros por lo que respecta á la educación de los hábitos
de prudencia entre el pueblo, es la circunstancia de que el
ejemplo de muchachos y muchachas que depositan los peni-
ques que han ahorrado cada semana, tiene á menudo el efecto
de arrastrar tras sí á sus padres. Un muchacho sigue algunas
semanas pagando sus peniques, y lleva á su casa su libreta.
La libreta enseña que en la Caja hay una «hoja en el libro
»mayor que le está dedicada expresamente—que sus peniques
»están anotados debidamente, junto con las fechas respectivas
»de su depósito—que estos ahorros no están ociosos, sino que
»producen un interés de dos y medio por ciento al año,—y que
»puede recuperarlos en todo tiempo,—si es menos de veinte
»chelines, sin dar aviso previo, y si son más de veinte che-
»lines, después de haber avisado con una semana de antici-
»pación.»

La libreta constituye por sí sola una historia, y no puede
dejar de ser interesante para los hermanos y hermanas del
muchacho, así como para sus padres. Estos le llaman «un
buen muchacho» y ven que se conduce bien. El padre, si es
un hombre sensato y reflexivo, llegará á comprender que, si
su hijo puede hacer una cosa tan recomendable y digna de
elogio, también podrá hacerla él. De acuerdo con esto, el si-
guiente sábado por la tarde, cuando el muchacho va á depo-
sitar sus tres peniques en la Caja de Ahorros, envía el padre
á veces su chelín.

De ese modo se hace á menudo un buen principio, y co-
mienza un hábito, el cual, si en él persevera, ejerce muy luego
saludable influencia sobre toda la condición doméstica de
la familia. La observadora madre no tarda en percibir los
efectos de esta nueva costumbre sobre la dicha del hogar, y
en el transcurso del tiempo, conforme crecen los hijos me-
nores y ganan dinero, los estimula para que sigan el ejemplo
del mayor. Ella misma los lleva de la mano, los conduce á
la Caja de Ahorros, y los habitúa á colocar allí sus economías.

Las mujeres tienen en estos asuntos más influencia que los hombres, y donde la ejercen, son mucho más duraderos sus benéficos efectos.

Una tarde se presentó en el Banco de Ahorros de Bradford un mecánico robusto y musculoso, vestido con su traje de trabajo, llevando en su compañía tres criaturas, una de ellas en sus brazos. Colocó sobre el mostrador sus libretas de depósito, que su mujer había tenido anteriormente la costumbre de presentar, acompañadas de diez chelines, para ser distribuidas por iguales partes á los tres. Estrechando contra su pecho al chico que tenía en sus brazos, dijo el individuo: «¡ Pobrecillos! ; han perdido á su madre desde la última vez que estuvieron aquí, mas yo tengo que hacer todo lo que pueda por ellos!» Y llevó adelante el buen ejemplo para sus hijos que su mujer había comenzado, llevándolos consigo siempre para que viesan colocar sus pequeños depósitos.

Hay un antiguo proverbio inglés que dice: «Aquel que desee prosperar tiene que consultar primero á su mujer,» pero la mujer no debe únicamente dejar prosperar á su marido, sino que tiene que ayudarle, porque de otro modo no sería la «ayuda idónea» que es tan necesaria para la comodidad y satisfacción domésticas del obrero, como de cualquiera otro individuo que tiene la responsabilidad de una familia. Las mujeres forman la atmósfera moral en que crecemos cuando niños, y tienen muchísimo que hacer en la vida que llevamos cuando llegamos á ser hombres. Es verdad que los hombres manejan las riendas, pero generalmente es la mujer quien les dice de qué lado han de ir. Lo que dijo Rousseau se acerca mucho á la verdad: «Siempre serán los hombres aquello que las mujeres hagan de ellos.»

Hace poco tiempo que Mr. Sikes encontró en un coche de segunda clase á un obrero bien vestido, que viajaba desde Sheffield á Glasgow, en los días festivos, para ver á su madre. «Me causa placer—dijo Mr. Sikes,—encontrar á un obrero viajando una distancia tan grande, por semejante motivo.» «Sí—dijo el individuo,—y yo tengo placer en decir que me lo puedo proporcionar.» «¿ Hay muchos de los obreros ocupados en su fábrica que ahorran dinero?—preguntó Mr. Sikes.» «No—respondió el otro,—sólo unos dos de cada cien. El dinero sobrante de los demás se va, no á las Cajas de Ahorros, sino

»á las tabernas.» «¿Y cuándo comenzó usted á ahorrar?» «Cuando era pequeño así—dijo indicando la estatura de un muchachito,—el primer dinero que ahorré fué en una Caja de Ahorros, y desde entonces he continuado ahorrando.»

Siendo tal la influencia de la costumbre y del ejemplo tempranos, nos complacemos en saber que ahora se enseña economía en las escuelas públicas. El reverendo Crallan, del Asilo del condado de Sussex, hace mucho tiempo que da lecciones de ahorro á los niños y niñas pobres. Recomienda con insistencia el establecimiento de Cajas de Ahorros en combinación con los Bancos de Ahorros en todas las escuelas elementales. Sostiene sabiamente que lecciones sencillas sobre el dinero, su naturaleza, su valor y sus usos, junto con los varios deberes de dar, gastar y ahorrar, tendrían una gran influencia sobre la generación que se educa en este momento.

La práctica de enseñar á los niños hábitos previsores ha sido adoptada hará próximamente ocho años en las escuelas nacionales de Bélgica. El Consejo Escolar de Gante está convencido de la influencia favorable que el ahorro ejerce sobre el bienestar moral y material de las clases laboriosas, y cree que el mejor medio para hacer que penetre en sus hábitos el espíritu de economía, es enseñarlo á los niños, y hacer que lo practiquen.

Siempre es difícilísimo enseñar algo nuevo á los adultos y especialmente lecciones de ahorro á aquellos que son pródigos. Su método de vida está ya fijado. Hay en ellos hábitos tradicionales é inveterados de gastar. Para los hombres, son las casas de bebidas, para las mujeres son los vestidos. Gastan lo que ganan, y no piensan en mañana. Cuando se ven reducidos á un estado de escasez, no se avergüenzan de mendigar; porque el sentimiento de la dignidad humana aún no ha sido suficientemente desarrollado en ellos.

Con los niños ocurre de distinto modo. No tienen hábitos inveterados de que desprenderse. Obrarán, en su mayor parte, conforme con lo que se les enseñe. Y se les puede enseñar economía, lo mismo que se les enseña aritmética. Cuando menos, podrán ser inspirados por un maestro hábil para los hábitos de economía y de ahorro. Todo niño tiene á veces algunos peniques. El maestro puede inducirlos á que los guarden para algún objeto práctico. En Gante, se ha establecido un Banco de Ahorros en cada escuela, y los niños depositan allí sus pe-

riques. Están establecidos tanto en las escuelas retribuidas como en las escuelas gratuitas; porque los hábitos de ahorro son tan útiles á los hombres y á las mujeres de las clases poderosas, como á las de las clases pobres. Han sido eminentemente satisfactorios los resultados de las lecciones de economía. (1) Los niños que pertenecen á las escuelas de Gante han acumulado dieciocho mil libras esterlinas, que se hallan depositadas en los Bancos de Ahorros del Estado al tres por ciento de interés. Este sistema se está extendiendo en Holanda, Francia é Italia. También ha sido adoptado en nuestro país, en cierto modo. Algunos modelos de Bancos de Escuelas muestran Glasgow, Liverpool, Birmingham, Great Ilford y el Asilo de Huérfanos de Londres; y confiamos que dentro de poco tiempo serán establecidos en todas las escuelas del reino.

Se deduce de lo dicho que la práctica de la economía depende muchísimo de las facilidades que se den para poder depositar pequeñas cantidades de dinero. Que se haga lugar á un Banco de Ahorros conveniente, y los depósitos afluirán á él gradualmente. Que se establezca un Banco militar, y los soldados rasos se esforzarán por economizar algo de su prest. Que se abran Cajas de Ahorros, y multitudes de imponentes se presentarán inmediatamente: hasta los muchachos de las escuelas de pobres están en condición de poner en ellos considerables sumas de dinero. Lo mismo acontece con los Bancos de Escuelas, como lo hemos visto en el ejemplo de los niños de las escuelas de Gante.

Hace unos quince años que este país estaba suficientemente provisto con Bancos de Ahorros para el pueblo. Había entonces muchas ciudades y grandes aldeas completamente privadas

(1) Un folleto que ha visto la luz pública en Gante dice de las escuelas retribuidas: «El espíritu de economía es introducido allí bajo la forma de caridad. Las niñas compran con su dinero de bolsillo, primeramente materiales, digamos algodón ó hilo, de los cuales hacen después artículos de vestido durante las horas dedicadas á la labor manual; después son distribuidas las camisas, las medias, los vestidos, los pañuelos ó delantales á las niñas pobres de las escuelas gratuitas. El reparto se hace objeto de un pequeño día de fiesta: nada conocemos que sea tan conmovedor. Los niños pobres son reunidos en Collier; van allí también nuestras jóvenes señoritas; una de ellas dirige algunas palabras sentidas á sus hermanas de las clases pobres, y contesta una de las niñas de las escuelas gratuitas. Entonces se reparten las cosas bonitas que se han hecho durante el último año. Son las mismas donantes las que presentan los frutos de sus labores á las más pobres de entre las pobres. El reparto va seguido de cantos. ¿Necesitamos insistir sobre los beneficios de esta benéfica economía?»

de ellos. El condado de Lanca sólo tenía treinta Bancos de Ahorros para más de dos millones de habitantes. El distrito oriental del condado de York sólo contaba cuatro Bancos de Ahorros. Había quince condados en el Reino Unido que no contaba ni un solo Banco de Ahorros. No había más que unos seiscientos Bancos de Ahorros para unos treinta millones de individuos. Estos se abrían solamente dos ó tres horas cada semana ; algunos sólo eran abiertos durante cuatro horas al mes. El obrero que tenía dinero que depositar, tenía que llevar en su bolsillo los chelines economizados por algún tiempo, mientras llegaba el momento de entregarlos ; y en el ínterin podía estar expuesto á la perenne tentación de gastarlos. Para tener seguros sus chelines, tenía que haber adquirido el hábito de ahorrar, que es el objetivo de los Bancos de Ahorros, es decir, educar esa costumbre y fortalecerla.

En el libro dado al público en 1860 por el doctor Guthrie sobre las Escuelas de pobres, decía : «¿Cómo está colocada vuestra juventud fabril y operaria? Está rodeada de tabernas y despachos de bebidas con innumerables tentaciones ; mientras que á muchos de ellos ni siquiera de nombre les son conocidos los Bancos de Ahorros. La disipación tiene extendidas sus redes á través de todas las calles. En muchos de nuestros pueblos, tiene la sobriedad que correr baquetas de media docena de despachos de bebidas en el espacio que alcanza una flecha arrojada del arco. Estos se hallan á mano abiertos de día é iluminados brillantemente por la noche, tanto el sábado como el domingo. La embriaguez encuentra goce inmediato, en tanto que la economía tiene quizás que viajar una milla para llegar á sus Bancos de Ahorros, y éstos abren su puerta al ahorro tan sólo una ó dos veces por semana.» (1)

Se han llevado á cabo muchas gestiones por los amigos de las clases pobres, para saber si sería posible establecer un sistema más lato de Bancos de Ahorros en todo el país. Ya en 1807 presentó Mr. Whitbread un proyecto al Parlamento con objeto de facilitar los medios para que los pequeños depósitos fueran hechos en una oficina que debía establecerse en Londres ; debiendo remitirse el dinero por los administradores de

(1) Siembra y cosecha de las Escuelas de pobres, ó Tercer Alegato, con nuevas ediciones del primero y segundo, pág. 99.

correos de los distritos en que se hicieran los depósitos. El proyecto comprendía además el establecimiento de una Sociedad Nacional de Seguros, por cuyo medio pudieran los obreros efectuar seguros hasta un límite que no excediera de doscientas libras esterlinas. El proyecto de Mr. Whitbread fué rechazado, sus gestiones fueron inútiles.

Habiendo dado gran vitalidad al sistema de correos los esfuerzos de sir Rowland Hill, y difundida su utilidad como institución pública en todos sentidos, se indicó en seguida que las oficinas de giros de dinero (que fueron establecidas en 1838) podrían ser destinadas á depositar y á trasladar el dinero. El profesor Hancock publicó un folleto sobre este asunto en 1852. En noviembre de 1856 sugirió á las autoridades de la Administración de Correos, el eminente abogado Mr. Juan Bullar (cuya atención había sido dirigida hacia ese asunto por la marcha de la Caja de Ahorros de Putney) el empleo de las oficinas de giros de dinero como un medio de extender el sistema de los Bancos de Ahorros; pero en esos momentos no encontró aprobación en sus gestiones, y nada produjeron. Idénticas indicaciones fueron hechas por otros caballeros: por Mr. Hume, por Mr. Corquodale, por el capitán Strong, por Mr. Ray Smee y varios otros.

Mas cuando Mr. Sikes, de Huddersfield, tomó la dirección del asunto, estas diversas gestiones se condensaron en hechos. Las sugerencias siempre son útiles. Despiertan la reflexión. Las más valiosas nunca se pierden, sino que al fin se convierten por sí mismas en hechos. La mayor parte de los inventos son resultado de sugerencias originarias. Alguien trata de aplicar la idea. Los fracasos acontecen primero, pero con mayores conocimientos, mayor experiencia y mayor resolución, alcanzan un éxito final.

Los Bancos de Ahorros de la Casa de Correos deben su éxito, en primer término, á las numerosas gestiones hechas por Mr. Whitbread y otros; después á sir Rowland Hill, quien al establecer las Sucursales de Correos para la transmisión de dinero, hizo práctica la primera sugerencia; en seguida á Mr. Sikes, quien se apoderó de la cuestión en 1850, la impulsó, perseveró en ella, y la presentó á la atención de varios Ministros de Hacienda; y últimamente á Mr. Gladstone, el cual, habiendo previsto claramente los inmensos beneficios de

los Bancos de Ahorros de la Casa de Correos, presentó un proyecto y lo hizo aprobar por el Parlamento en 1861.

El Departamento de giros de la Casa de Correos había sugerido á Mr. Sikes, como lo había hecho ya á otros observadores, que había una organización para hacer prácticamente posibles en todo el Reino Unido los Bancos de Ahorros del Correo. Donde quiera que el inspector local veía que se pedían por lo menos cinco giros de dinero por semana, era práctico establecer una sucursal del Correo, una oficina de giros. Se consideró que esas oficinas se establecían en un promedio de tres millas de la casa de cada operario del reino. Las oficinas se hallaban abiertas diariamente. Recibían dinero de todos los que se presentaban, y daban recibos por las cantidades transmitidas por ellas. Retenían el dinero hasta que era sacado, y lo pagaban á la presentación del correspondiente documento justificativo. El Correo era realmente un Banco para la transmisión del dinero, guardándolo por períodos de veinticuatro horas y hasta durante semanas y meses enteros. Dándole la facultad de poder recibir más dinero de mayor número de imponentes, y aumentando el tiempo de conservarlo, concediendo el interés usual, se convertía para todos los fines y propósitos en un Banco nacional de depósitos.

Los resultados del Acta de los Bancos de Ahorros del Correo han sido en extremo satisfactorios. Las oficinas de giros de dinero tomaron gran incremento. Ahora hay cerca de cuatro mil; por consiguiente, han sido casi duplicadas las facilidades para ahorrar desde que los Bancos fueron establecidos. El número de ellos en los distritos de Londres es de cuatrocientos sesenta, de modo que en cualquier punto de las partes más pobladas de la metrópoli, puede hallarse un Banco de Ahorros á la distancia de pocos centenares de varas. El número de imposiciones á fines del año de 1873 se elevaba á más de veintiún millones de libras esterlinas (1). En la misma época casi no había sufrido alteración la cantidad depositada en los antiguos Bancos de Ahorros.

Los Bancos de Ahorros del Correo ofrecen varias ventajas que debieran ser generalmente conocidas. Los Bancos están muy extendidos, y se hallan abiertos desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, y los sábados hasta las nue-

(1) A fines de 1874 se elevó á 23.157.469 libras.

ve de la noche. Los imponentes pueden hacer un depósito de un chelín, ó de cualquier número de chelines, á condición de que no se depositen más de treinta libras esterlinas en un año. Los empleados del Correo dan la libreta en que se asientan las cantidades ingresadas. La libreta contiene asimismo el reglamento del Banco de Ahorros del Correo. El interés que se da es de dos libras y diez chelines por ciento al año.

Otro punto importantísimo es la seguridad. El Gobierno es responsable por toda cantidad depositada; de manera que el dinero depositado en el Banco de Ahorros del Correo está tan seguro como si estuviese en el Banco de Inglaterra. El dinero depositado puede ser trasladado asimismo de un lugar á otro, sin costo alguno, y puede ser fácilmente pagado al imponente cuando lo pida, cualquiera que haya sido el punto donde fué depositado primeramente. Todas las operaciones se llevan á cabo con absoluto secreto entre el depositante y el administrador de Correos, á quien está prohibido revelar el nombre del imponente.

Hemos citado frecuentemente á Mr. Carlos Guillermo Sikes con referencia á las Cajas de Ahorros y á los Bancos de Ahorros del Correo. Su nombre tendrá que conservar un lugar distinguido con respecto de esas valiosas instituciones. Es hijo de un banquero particular de Huddersfield. Cuando se hallaba en la escuela se lo hizo un presente, como premio, de un ejemplar de los ensayos y cartas del doctor Franklin. Leyó el libro con avidez. Inculcó en su espíritu los gérmenes de muchos pensamientos útiles, y ejerció una influencia poderosa en dar un carácter práctico á su vida. Huddersfield es un pueblo manufacturero y activo. Aunque los obreros eran bien retribuidos por su trabajo, había muchas alternativas en sus negocios. Cuando el tráfico aflojaba, y habían gastado todo lo que tenían ganado, existía un gran número de ellos que tenían la costumbre de invocar la caridad en las calles ó en los caminos. El joven Sikes quedaba pensando si esta gente habría oído hablar alguna vez del doctor Franklin, y de su método de evitar la mendicidad ó malos tiempos por medio del ahorro de su dinero cuando el tráfico era abundante y vivían holgadamente.

A principios de 1833 entró Mr. Sikes al servicio de la Compañía Bancaria de Huddersfield. Era el segundo Banco por acciones que se había fundado en Inglaterra. La prudencia

y el éxito con que las compañías bancarias escocesas habían sido conducidas indujeron á los directores á escoger un gerente escocés. Una de las primeras resoluciones que adoptaron los directores, fué la de dar recibos de depósitos por sumas de diez ilbras esterlinas y más, con objeto de estimular á las clases obreras hacia los hábitos de previsión y ahorro. Siendo Mr. Sikes muy amigo del gerente, oyó á menudo de sus labios los más interesantes relatos sobre los hábitos previsores de los aldeanos escoceses, y por él supo que uno de los Bancos de Pesth, pagaba unas veinte mil libras esterlinas al año por intereses de depósitos que variaban de diez á doscientas libras esterlinas cada uno.

En 1833 fué nombrado Sikes para desempeñar uno de los cargos de cajero de la Compañía. Gracias á esto se puso en contacto directo con la misma clase que, por la dirección que su espíritu iba tomando, tanto deseaba comprender, á saber, la parte ahorradora de las clases industriales. Un número importante de ellas tenían depositadas sumas á interés. Conforme transcurrían los años, presenciaba á menudo Mr. Sikes que el imponente comenzaba con diez ó veinte libras esterlinas, en seguida le hacía adiciones permanentes á su pequeño capital, hasta que por último llegaba á subir la cantidad á ciento, doscientas, y en algunos casos hasta trescientas libras esterlinas. Mr. Sikes pensaba á menudo en el maravilloso mejoramiento que se efectuaría en la condición de las clases trabajadoras, si cada uno de ellos se sintiera influido por la misma frugalidad y previsión, que inducían á estos obreros excepcionales á depositar sus ahorros en su Banco.

Por aquella fecha estaban los negocios en un estado deplorable. Los tejedores de telares de mano se hallaban todos casi sin ocupación. La privación y el sufrimiento dominaban por todas partes, y eran á menudo soportados con silencioso y noble heroísmo. Varios remedios fueron propuestos para los males existentes. El socialismo, el cartismo y el comercio libre, eran los favoritos. Prodigábanse las teorías de carácter más estrafalario é impracticable, y con todo, aun en esos días sombríos había casos de hombres que en cierto modo habían conseguido que el futuro dominara sobre el presente, porque tenían el recurso de su reserva en sus fondos públicos ó en los Bancos de Ahorros para poder resistir hasta mejores tiempos. Creyendo en los benéficos resultados del comercio libre, se halla-

bá igualmente convencido el señor Sikes de que la prosperidad nacional, lo mismo que la adversidad nacional, podrían ser acompañadas de grandes males, á no ser que las masas se hallaran dotadas de hábitos de previsión y economía, y preparadas por una educación previa para *el buen tiempo venidero*, tan elocuentemente profetizado por los oradores de la Liga.

Muchas discusiones con los obreros en sus paseos de la tarde al regresar á su casa, convencieron á Mr. Sikes de que existían problemas sociales con los cuales sería impotente para combatir la legislación, y de éstos era uno la prodigalidad de las masas del pueblo. Un patrón que ocupaba quinientos tejedores de telares á mano, dijo al señor Sikes que en una época anterior de prosperidad, cuando abundaba el trabajo y los salarios eran crecidísimos, no habría podido, aunque lo hubiese solicitado de rodillas, haber inducido á sus obreros á que guardasen un solo penique, ó que reservasen algo para los días de penuria. El tráfico de chalecos de fantasía tuvo uniformemente sus cursos de alternativo desarrollo y de abatimiento; pero la experiencia, por severa que sea en sus lecciones, no pudo enseñar cosa alguna á los que rehusaban aprender. En esa época fué cuando el señor Sikes estaba leyendo los «Anales de la Creación» del difunto Arzobispo Sumner, y se encontró con el siguiente pasaje: «El único secreto verdadero para auxiliar á los pobres, es hacerlos agentes para mejorar su propia condición.»

Sencillas como son estas palabras, arrojaron viva luz en el espíritu de Mr. Sikes, y fueron la nota fundamental y la piedra de toque á que ajustó los diversos aspectos del asunto y teorías con que había tropezado previamente. Distribuciones y caridades, aunque fundadas frecuentemente sobre los móviles más benévolos, eran con mucha frecuencia perjudiciales para aquellos que las recibían. Por otra parte, si la confianza propia y la ayuda propia, columnas de la verdadera majestad en el hombre, se pudieran hacer rasgos característicos de las clases trabajadoras, generalmente, nada podría retardar su progreso en línea recta y ascendente. Mr. Sikes observó que mientras las clases trabajadoras no tuvieran más dominio sobre sí mismas para conservar el dinero, seguirían estando siempre periódicamente en la pobreza y en la miseria. Veía que si tan sólo pudieran ser adoptados por ellos en general los hábitos de previsión, se transformaría inmediatamente

la faz de la sociedad, y resolvió dar toda ayuda á esta buena obra, hasta donde estuviera en su poder el hacerlo.

En 1850 únicamente se abrían por unas pocas horas en cada semana los Bancos de Ahorros. En Huddersfield, donde en salarios se pagaban más de 400,000 libras al año, no tenían los Bancos de Ahorros, después de haber estado establecidos ya hacía más de treinta años, sino un depósito de 74,332 libras. En 1850 dirigió Mr. Sikes una carta anónima á los directores del *Leeds Mercury*, á la cual dió luego su nombre á petición de ellos mismos. En esa carta recomendaba la formación de Bancos de Ahorros de Peniques en combinación con los institutos de mecánicos y otros parecidos. Con palabras sencillas, mas con hechos abundantes de gran elocuencia, demostraba cómo los jóvenes y las jóvenes de las clases trabajadoras crecían privados de casi toda oportunidad de formarse hábitos de economía, y de llegar á ser imponentes de los Bancos de Ahorros.

La carta obtuvo la aprobación general. El directorio de la Unión de los Institutos de Mecánicos del condado de York dióle su cordial aprobación; y se establecieron Bancos de peniques en combinación con casi todos los Institutos de Mecánicos del condado de York. El señor Sikes dirigía por sí mismo uno en Huddersfield; y hasta el presente, ha recibido y vuelto á pagar unas treinta mil libras esterlinas. En realidad, los obreros de Huddersfield, gracias, indudablemente, en gran parte, al ejemplo práctico del señor Sikes, se han hecho muy previsores y económicos, habiendo aumentado sus depósitos en los Bancos de Ahorros de setenta y cuatro mil libras esterlinas en 1850, á trescientas treinta mil en 1874.

En 1854 dió al público Mr. Sikes su excelente folleto las «Buenas Epocas, ó los Bancos de Ahorros y el hogar», á que ya nos hemos referido. El éxito que obtuvo le indujo á fijar su atención en el asunto de los Bancos de Ahorros en general. Quedó sorprendido al ver que eran completamente inapropiados para hacer frente á las necesidades del país. Pidió una entrevista á sir Cornewall Lewis, ministro de Hacienda, y sometió el asunto á su consideración. El ministro pidió á Mr. Sikes que diera forma en una carta á sus ideas, y algunos meses después apareció un folleto dirigido á sir Cornewall Lewis, que llevaba por título. «Reformas de los Bancos de Ahorros». Mr. Sikes insistía en que el Gobierno saliera garante de los de-

pósitos que se hiciesen en los bancos de ahorros, pero esto fué negado.

Luego procedió Mr. Sikes á ventilar la cuestión de los Bancos de Ahorros del Correo. Le molestó ver que no había sido tomada medida alguna por el Parlamento para la mejora de los Bancos de Ahorros. Muy distante aparecía el día en que su acariciado deseo sería realizado: el de que los Bancos de Ahorros llegasen á ser efectivamente el Banco del Pueblo. Pero la hora más oscura precede á la luz del alba. Cuando ya casi había abandonado el proyecto de mejorar los Bancos de Ahorros existentes, se le ocurrió de pronto la idea de que en la oficina de giros de dinero estaba la verdadera organización que podría hacerse la base de un Banco de Ahorros popular.

Dió á conocer su plan en una carta á su amigo el señor Baines, que entonces era individuo del Parlamento por Leeds. El plan fué sometido á sir Rowland Hill, quien aprobó el pensamiento, y juzgó el proyecto «práctico por lo que concernía al correo.» El plan fué sometido entonces á la consideración de Mr. Gladstone, quien después hizo pasar el proyecto al Parlamento para el establecimiento de los Bancos de Ahorros del Correo en todo el país.

Transcribimos las mismas palabras de Mr. Sikes, cuando profetizaba en la Asociación de las Ciencias Sociales el éxito de los Bancos de Ahorros del Correo: «Si el plan se ejecuta »realizará muy pronto una obra gloriosa. En donde quiera »que se abra un Banco y se reciban depósitos, se despertará »hasta cierto punto la confianza propia, y para muchos comen- »zará una vida más noble. Ellos percibirán gradualmente »cuán cruel enemigo del operario es la imprevisión, y cuán »verdaderos amigos suyos son la economía y la previsión. »Bajo su dirección, se podrán hacer compras para el hogar »en la forma más ventajosa—*al contado*; se podrá tomar »cualquiera casa que se desee al alquiler más bajo *pagando »puntualmente*; y el hogar podrá ser enriquecido con como- »didades hasta que llegue á ser disfrutado y apreciado por »todos. De esos hogares nacen aquellos que heredan el verda- »dero espíritu, laboriosidad simpática, economía simpática y »un hogar doméstico simpático. Con la emulación de un buen »ejemplo, se esforzarían noblemente en sus días y en su gene- »ración para poder ahorrar una parte de sus ingresos. Mu-

«ochos crudos inviernos y muchas épocas de escasez se pasarían
 «cómodamente, sacando del pequeño capital, que volvería á
 «ser aumentado en días mejores. Y si el plan era adoptado,
 «teniendo presente que en realidad traería á los Bancos de
 «Ahorros á una distancia de menos de una hora de camino
 «desde el hogar de cada operario del Reino Unido, confío
 «que no es hacerse demasiadas ilusiones el anticipar que ayu-
 «daría á conquistar finalmente las clases industriales del Rei-
 «no para esos hábitos de previsión y abnegación que dan re-
 «compensa duradera al individuo, y ayuda material á la se-
 «guridad del Estado.»

No obstante, las clases trabajadoras no han aprovechado por completo las facilidades de ahorrar que les proporcionan los Bancos de Ahorros del Correo. Tomad á Birmingham por ejemplo, en donde los artesanos son de los obreros mejor retribuidos de la ciudad. En las listas de los imponentes en los Bancos de Ahorros del Correo, vemos que los artesanos figuran después de los sirvientes domésticos, después de las mujeres casadas y solteras, y después de los mineros. Solamente constituyen una décima parte de los imponentes, aunque es posible que depositen sus ahorros en algunos otros establecimientos.

Tomad luego las relaciones de todo el Reino Unido. De diez mil imponentes en los Bancos de Ahorros del Correo, hallamos otra vez que los primeros son los sirvientes domésticos; en seguida, las mujeres, casadas y solteras; después, personas *sin ocupación y ocupación no dada*; luego artesanos, y después los jornaleros, mineros, menestrales, soldados y marinos, escribientes, modistas y costureras, hombres de profesión y empleados públicos, en el orden expresado. Sin embargo, tenemos que considerar la institución como demasiado nueva aún para que se haya arraigado por completo. Creemos que la generación actual desaparecerá antes que se puedan recoger todos los frutos de los Bancos de Ahorros del Correo.

Los habitantes de Preston han manifestado una fuerte propensión á ahorrar parte de sus ganancias durante los últimos años,—más particularmente desde la terminación de la última huelga grande. No hay un pueblo de Inglaterra, exceptuándose tal vez á Huddersfield, en que el pueblo se haya manifestado tan previsora y económico. Hace cincuenta

años que sólo una persona de cada treinta de la población de Preston depositaba dinero en los Bancos de Ahorros; hace veinte años, aumentaron los imponentes en uno por once; y el año pasado aumentaron á uno de cada cinco. En 1834 había sido acumulada la cantidad de ciento sesenta mil libras esterlinas en el Banco de Ahorros por 5,942 imponentes, y en 1874 han sido acumuladas cuatrocientas setenta y dos mil libras por 14,792 imponentes de una población compuesta en su totalidad de 85,428. ¿Hay otro pueblo ó ciudad que pueda presentar un resultado más satisfactorio de la enseñanza, de la experiencia, y de la prosperidad de los últimos veinte años?

CAPÍTULO IX

COSAS PEQUEÑAS

De la ordenada satisfacción; de la tranquilidad que nace del gran conjunto de cosas pequeñas; de estos pequeños cuidados de hija, de esposa ó de amiga, dependen los casi sagrados placeres del hogar doméstico.—HANNAH MORE.

Sabe cuándo has de gastar, cuándo has de guardar, y cuándo has de comprar, y nunca te hallarás en descubierto.

Aquel que desprecia las cosas pequeñas, perecerá poco á poco.

ECLESIASTÉS.

El olvido de las pequeñeces es la roca en que se ha estrellado una gran parte de la raza humana. La vida humana se compone de una sucesión de pequeños acontecimientos, cada uno de los cuales tiene relativamente poca importancia, y, sin embargo, la felicidad y el éxito de todo hombre depende de la manera cómo trata estos pequeños acontecimientos. El carácter está cimentado sobre pequeñeces, pequeñeces conducidas bien y honradamente. El éxito de un hombre en los negocios, depende de su atención á los pequeños detalles. La comodidad de un hogar es resultado del arreglo bien entendido de las cosas pequeñas. Un buen gobierno sólo puede llevarse á cabo del mismo modo, con medidas bien dirigidas para la ejecución de las pequeñeces.

Las acumulaciones de saber y de experiencia de la más valiosa clase son el producto de pequeños fragmentos de saber y de experiencia cuidadosamente atesorados. Aquellos que

nada aprenden ó atesoran en la vida, son clasificados como personas que han fracasado, porque han descuidado las cosas pequeñas. Podrán creer que el mundo ha estado contra ellos; pero ellos han sido realmente sus propios enemigos. Ha existido por mucho tiempo una creencia popular en la *buena suerte*; mas, como muchas otras opiniones populares, va desapareciendo gradualmente. Se va extendiendo la convicción de que la actividad es la madre de la buena suerte; en otras palabras, que el éxito de un hombre en la vida estará en proporción de sus esfuerzos, de su laboriosidad, de su atención por las pequeñas cosas. Vuestros individuos negligentes, desamparados, indeterminados, nunca encontrarán la suerte; porque los resultados de la laboriosidad les están negados á aquellos que no quieren emplear los esfuerzos convenientes para asegurárselos.

No es la suerte, sino la labor, lo que hace á los hombres. La suerte—dice un escritor americano,—siempre está esperando que se presente algo; el trabajo, con mirada penetrante y voluntad firme, siempre da sus frutos. La suerte está en la cama y espera que el cartero la traiga la nueva de un legado; el trabajo se levanta á las seis, y con activa pluma ó sonoro martillo establece los fundamentos del bienestar y de la fortuna. La suerte se lamenta, el trabajo silba. La suerte confía en el acaso; el trabajo en el carácter. La suerte se desliza para abajo para complacerse; el trabajo forcejea para arriba, y aspira á la independencia.

Existen muchas cosas pequeñas en el hogar, á las que la atención es indispensable para la salud y la felicidad. El aseo consiste en la atención á un número de pequeñeces aparentes—el fregar un piso, el quitar el polvo á una silla, el limpiar una taza de té,—pero el resultado general del todo es una atmósfera de bienestar moral y físico—una condición favorable para el mayor desarrollo del carácter humano. La clase de aire que circula por una casa podrá parecer una pequeñez, porque no podemos ver el aire, y pocas personas hay que sepan algo sobre él. No obstante, si no procuramos una provisión regular de aire puro en nuestras casas, tendremos que sufrir inevitablemente á causa de nuestra negligencia. Algunos residuos de suciedad aquí y acullá, y una puerta y una ventana cerradas, podrán parecer cosas de poca importancia; pero pueden ser la causa de la pérdida de

una vida destruida por la fiebre, y por eso la falta de aseo y el poco aire y malo son en realidad asuntos muy serios. Todos los detalles de la casa son pequeñeces tomadas en sí mismas, pero pequeñeces que tienden á un resultado importante.

Un alfiler es una cosa insignificante en el arreglo de un vestido, pero el modo como es colocado en el vestido os manifiesta á menudo el carácter del que lo lleva. Una persona perspicaz se hallaba una vez buscando una mujer para casarse, y con este motivo estaba de visita en casa de una familia que contaba varias señoritas. La más bonita, de la que estaba algo enamorado, penetró un día en la habitación en que él estaba sentado, con su vestido en parte desprendido y su cabello desatado: jamás volvió él á la casa. Acaso diréis que ese individuo *no valía un alfiler*, pero era en realidad un individuo perspicaz, y después fué un excelente esposo. Juzgaba á las mujeres como á los hombres—por las cosas pequeñas, y hacía bien.

Un boticario puso el anuncio de que necesitaba un ayudante, y tuvo unos veinte ofrecimientos hechos por jóvenes. Invitó á todos para que fuesen á su farmacia al mismo tiempo, y puso á cada uno á envolver en un paquete el valor de un penique de sales. Escogió al que lo había hecho mejor. Deducía sus aptitudes prácticas en general, por la ejecución de esta pequeñez del negocio.

El olvido de las cosas pequeñas ha arruinado muchas fortunas y echado á perder las mejores empresas. El buque que conducía los tesoros del comerciante se perdió porque se le dejó abandonar el puerto del que se daba á la vela con un agujerito en el fondo. Por falta de un clavo perdióse la herradura del caballo del ayudante de campo, por falta de la herradura se perdió el caballo, por falta del caballo se perdió el mismo ayudante de campo, porque el enemigo le hizo prisionero y le mató, y por falta de las instrucciones de que era portador el ayudante de campo, se perdió el ejército de su general, ¡y todo esto porque no fué asegurado debidamente un clavo pequeño en la herradura de un caballo!

¡Eso basta! es la frase común de aquellos que descuidan las cosas pequeñas. *¡Eso basta!* ha inutilizado á muchas personas, ha arruinado muchas fortunas, echado á pique muchos buques, incendiado muchas cosas, y arruinado irremisiblemente.

mente millares de proyectos llenos de esperanzas para el bien de la humanidad. Significa siempre quedar separado de la cosa verdadera. Es un expediente fraudulento que no es más que una excusa frívola y sólo para salir del paso. Es un fracaso y una derrota. No es *eso basta*, lo que hay que hacer, sino el todo lo que debe uno proponerse. Que un hombre adopte una vez la máxima del *eso basta*, y queda entregado al enemigo, está del lado de la incompetencia y de la derrota, y nosotros lo abandonamos como á un objeto inutilizado.

El economista francés Say ha referido el siguiente ejemplo sobre el descuido de las cosas pequeñas. En una ocasión, en una alquería, había una puerta de cercado que encerraba el ganado y las aves, la cual se abría á menudo por falta de una aldaba conveniente. El gasto de uno ó dos pequines, y unos cuantos minutos de tiempo, habrían puesto todo en regla. Quedaba oscilando toda vez que entraba ó salía una persona, y no estando en estado de cerrarse inmediatamente, se perdían de vez en cuando algunas de las aves. Un día se escapó un lechón, y toda la familia, con el jardinero, la cocinera y la dueña salieron en busca del fugitivo. El hortelano fué el primero que descubrió al lechón, y al saltar una zanja para cortarle el paso, se torció un pie que lo retuvo en cama unos quince días. Al volver á la alquería la cocinera encontró quemada la ropa blanca que había colgado delante del fuego para que se secase, y la dueña, que en su apuro había olvidado atar las vacas en el pesebre, se encontró con que una de las vacas sueltas había quebrado una pata á un potrillo que casualmente tenían allí. La ropa quemada y el trabajo perdido del hortelano valían sobradamente cinco libras esterlinas, y el potrillo seguramente el doble, de modo que aquí hubo en pocos momentos la pérdida de una fuerte suma, sólo por faltar una pequeña aldaba, que podía haber costado un par de peniques.

La vida está llena de ejemplos de esa clase. Cuando las cosas pequeñas se olvidan generalmente, no está muy lejana la ruina. La mano del laborioso es lo que enriquece; y el hombre ó la mujer laboriosos se cuidan tanto de las cosas pequeñas como de las grandes. Las cosas podrán aparecer muy pequeñas é insignificantes; sin embargo, es preciso prestarles tanta atención como si fuesen asuntos de mayor cuantía.

Tomad, por ejemplo, la más humilde de las monedas—un penique. ¿Para qué sirve ese pedacito de cobre, ese penique aislado? ¿Qué puede comprarse con él? Representa la mitad de un vaso de cerveza. Es el valor de una caja de cerillas. Sólo sirve para darlo á un mendigo. Y no obstante, ¿cuánto depende la felicidad humana de la manera de gastar bien un penique!

Un hombre podrá trabajar mucho, y ganar sueldos crecidos; pero si permite que los peniques, que son el resultado de su rudo trabajo, se deslicen de sus dedos—yendo varios á la taberna, algunos por aquí y otros por acullá,—encontrará que su vida de duro trabajar se eleva muy poco más arriba que la faena ingrata del animal. Por el contrario, si cuida de los peniques colocando, semanalmente algunos en una sociedad de beneficencia, ó un fondo de seguros, otros en un Banco de Ahorros, y confía el resto á su mujer para que sea gastado convenientemente, teniendo presente el sostenimiento, comodidad y cultura de la familia, verá muy pronto que su cuidado por las cosas pequeñas le retribuirá abundantemente, aumentando sus recursos, su bienestar en el hogar, y haciendo que su espíritu se halle libre relativamente de las angustias del porvenir.

Todos los ahorros se forman con pequeñeces. «De muchas gotas de cera se hace un cirio pascual.» Muchos peniques forman una libra esterlina. Un penique ahorrado es la semilla de libras ahorradas. Y las libras ahorradas equivalen á la comodidad, la abundancia, la riqueza y la independencia. Pero el penique tiene que ser ganado honradamente. Se dice que un penique ganado honradamente vale más que un chelín regalado. Un proverbio escocés dice: «Las cosas que son regaladas nunca son tan gratas como las ganadas.» ¿Qué, aun cuando sea negro el penique? «El herrero y su penique son negros ambos.» Mas el penique ganado por el herrero, es un penique honrado.

Si un hombre ignora cómo ahorrar sus peniques ó sus libras, ha de tener siempre arrimada su nariz á la amoladera. La carencia puede venir un día cualquiera, como un hombre armado. La cuidadosa economía obra como mágica: una vez empezada á observar, llega á ser un hábito. Da al hombre un sentimiento de satisfacción, de fuerza, de seguridad. Los peniques que ha guardado en su alcancía, ó en el Banco de

Ahorros, le dan una seguridad de comodidad durante las enfermedades ó de descanso en la vejez. El hombre que ahorra tiene algo que lo abriga contra la necesidad; mientras que el hombre que no ahorra nada tiene entre él y la amarga y recordada pobreza.

Un hombre puede hallarse dispuesto á ahorrar dinero, y depositarlo para el caso de enfermedad ú otro motivo; pero esto no lo podrá efectuar á no ser que su mujer lo deje, ó le ayude en ello. Una mujer prudente, frugal, y económica es una corona de gloria para su marido. Ella le ayuda en todas sus buenas resoluciones; por medio de su estímulo tranquilo y amable, puede hacer que surjan sus mejores cualidades, y con su ejemplo podrá inculcar en él principios nobles, que son las semillas de las elevadas virtudes prácticas.

El reverendo Owen, que fué—antes de Bilston,—buen amigo y consejero de los obreros, solía referir una historia de un hombre que no era económico, pero que llegó á serlo por el ejemplo de su mujer. El individuo era un estampador de zarzas de Manchester, y fué convencido por su mujer, el día de su casamiento, para que le otorgara como parte suya un cuartillo de cerveza diario. Le chocó el trato, porque, aunque era afecto á beber, hubiera preferido una mujer perfectamente sobria. Ambos trabajaron vigorosamente, y el pobre hombre faltaba rara vez á la taberna tan luego como terminaba el trabajo de la factoría.

Ella tenía su cuartillo diario, y él, probablemente, tenía sus dos ó tres cuartas, y ninguno se entrometía con el otro, exceptuándose en que ella solía conseguir á veces por medio de cariñosos artificios, que él se retirara á su casa una ó dos horas más temprano; y de vez en cuando lograba que pasara con ella toda la noche en su casa. Hacía un año que estaban casados, y el día del aniversario de su boda miró de soslayo el esposo el cuerpo garboso y bien cuidado de ella, con una ligera sombra de remordimiento, cuando la dijo: «María, no hemos tenido un solo día de paseo desde que nos hemos casado, y si no fuera porque no tengo ni un solo penique, podríamos ir á dar una vuelta por el pueblo, para ver á tu madre.»

—¿Te agradecería ir, Juan?—preguntó ella dulcemente, entre una sonrisa y una lágrima, contentísima de oírle expre-

sarse con tanta amabilidad,—tan general en días ya pasados.—Si quieres ir, Juan, yo pago el gasto.

—¿Tú pagas el gasto?—dijo él con una sonrisa irónica.—Qué, ¿tienes alguna fortuna, muchacha?

—No—respondió ella,—¡pero tengo el cuartillo de cerveza!

—¿Tienes qué?—preguntó él.

—¡El cuartillo de cerveza!—repitió ella.

Juan no la entendía aún, hasta que la fiel criatura sacó una media vieja de debajo de un ladrillo suelto de la chimenea, y contó su cuartillo diario de cerveza en la forma de trescientas sesenta y cinco monedas de tres peniques, es decir, cuatro libras esterlinas, once chelines y tres peniques, y poniéndolas en sus manos, exclamó: «¡Tendrás tu día de fiesta, Juan!»

Juan estaba avergonzado, sorprendido, con remordimientos de conciencia, encantado, y no osaba tocarla. «¡No has tenido tu parte? ¡Pues yo ya no quiero tenerla!» dijo él. Sostuvo su palabra. Festejaron su aniversario de casamiento con la madre,—y el reducido capital de la mujer fué el núcleo de una serie de pequeñas colocaciones de dinero, que al fin se aumentaron hasta llegar á ser una tienda, una factoría, almacenes, una casa de campo, coche, y, acaso, un Lord mayor de Liverpool.

De igual manera, un operario de la más humilde condición, cuya prosperidad y regularidad de conducta manifiesta á sus compañeros de trabajo lo que puede realizar la laboriosidad, la templanza, la ternura viril, y la superioridad sobre la tentación baja y sensual; para hacer más querido un hogar que es alegre aun en medio de la sombría pobreza, un hombre semejante hace tanto bien como el escritor más elocuente que jamás haya escrito. Si hubiese algunos cuantos patriarcas del pueblo semejantes á éste, muy pronto se vería palpablemente en la sociedad en general su influencia benéfica. Una vida llenada cumplidamente equivale á gran número de discursos. Porque el ejemplo es un idioma mucho más elocuente que las palabras: es instrucción en acción, sabiduría en ejercicio.

La vida cotidiana de un hombre es la mejor prueba de su estado moral y social. Tomad dos hombres, por ejemplo, que trabajen ambos en la misma ocupación y ganen el mismo dinero; con todo, ¡cuán diferentes pueden ser ellos por lo que

respecta á su estado presente! El uno aparece ser un hombre libre, el otro un esclavo. El uno vive en una cabaña cómoda, el otro en una choza de barro. El uno tiene siempre sobre sí un traje decente, el otro viste harapos. Los hijos del uno son limpios, están bien vestidos, y van á la escuela; los del otro son desaseados, están sucios, y á menudo andan en los albañales. El uno posee las comodidades ordinarias de la vida, y muchos de sus placeres y conveniencias—quizás una biblioteca selecta; el otro goza pocas de las comodidades de la vida, y es seguro que no tiene los placeres, ni los goces, ni los libros. Y, sin embargo, estos dos hombres ganan los mismos salarios. ¿Cuál es la causa de la diferencia entre ellos?

Hela aquí. Uno de los hombres es inteligente y prudente; el otro es lo contrario. El uno se rehusa á sí mismo, en bien de su mujer, de su familia y de su hogar determinados placeres; el otro de nada se priva, sino que vive bajo la tiranía de malos hábitos. El uno es un hombre sobrio y se complace en hacer agradable su hogar doméstico y que su familia viva cómodamente; el otro no se cuida de su hogar ni de su familia, sino que gasta la mayor parte de sus ganancias en la taberna. Uno de los hombres mira hacia arriba; el otro hacia abajo. La norma del placer del uno es elevada, y la del otro baja. Al uno le gustan los libros, que instruyen y elevan su espíritu; el otro gusta de las bebidas, que tienden á degradarlo y embrutecerlo. El uno ahorra su dinero; el otro lo despilfarra.

—Oiga, compañero—dijo un obrero al otro al retirarse á su casa una noche que salían de su trabajo:—¿quiere usted decirme cómo se arregla para vivir? ¿cómo es que usted se arregla para mantener y alimentar á su familia como lo hace, y puede poner además algún dinero en la Caja de Ahorros, mientras que yo, que tengo tan buenos salarios como usted, y menos hijos, apenas puedo cubrir mis gastos?

—Bien, se lo voy á decir; consiste solamente en esto: *¡en cuidar los peniques!*

—¿Qué! ¿es eso todo, Ransom?

—Sí, y un «todo» bueno. Ni uno solo de cada cincuenta sabe el secreto. Por ejemplo, usted, Juan, lo ignora.

—¿Cómo! ¿yo? Vamos á ver, ¿cómo explica usted eso?

—Ahora que me ha averiguado mi secreto, le voy á decir

todo lo que le concierne. Mas no debe resentirse si hablo claro. Primero, yo nada pago por mi bebida.

—¿Nada? Es decir que no paga su trago, y se lo saca á los demás.

—¡Nunca! Bebo agua, que nada cuesta. Los días de borrachera siempre tienen sus mañanas, como dice el refrán antiguo. Me evito dolores de cabeza y temblores de manos, y ahorro mis peniques. Beber agua no enferma á un hombre y no lo sume en deudas, ni hace de su mujer una viuda. Y esto, permítame que se lo diga, constituye una notable diferencia en nuestros gastos. Puede llegar tal vez á una media corona por semana, ó siete libras esterlinas al año. Con esas siete libras tengo para vestirme y también á mis hijos, mientras que usted tiene los codos rotos y sus hijos andan descalzos.

—Vamos, vamos, eso es exagerar un poco. Yo no bebo tanto. Podré tomar un cuartillo de vez en cuando, pero ¡por valor de media corona por semana! ¡Bah! ¡bah!

—Vamos á ver, ¿cuánto gastó usted en bebida el sábado pasado por la noche?

—Aguárdese: tomé una cuarta con Jones; creo que tomé otra con Davis, que está para marchar á Australia, y en seguida me fui á la logia.

—Bien, ¿cuántos vasos tomó allí?

—¿Cómo puedo decirlo? Me he olvidado. ¡Pero todo es una tontería, Guillermo!

—¡Oh, no lo puedo decir!; ¿no sabe cuánto gastó? Le creo. Pero ese es el modo como desaparecen sus peniques, amigo mío.

—¿Y en eso consiste todo su secreto?

—Sí; cuide usted su penique, eso es todo. Porque yo ahorro, tengo de cuando usted carece. Es muy sencillo, ¿no es así?

—Sencillo, ¡oh sí! mas no hay nada en ello.

—¡Sí! hay esto en ello, que ha hecho que usted me hiciese la pregunta, de cómo me manejaba yo para tener con tanta comodidad á mi familia, y depositar dinero en el Banco de Ahorros, en tanto que usted, con los mismos salarios, apenas puede cubrir sus gastos. El dinero es la independencia, y el dinero se hace economizando los peniques. Además, trabajo tanto por los míos, y así lo hace usted, que no puedo animarme á despilfarrar un penique en bebidas, cuando puedo ahorrarlo y ponerlo en el Banco al lado de otros peniques gana-

dos penosamente. Es algo para un pie lastimado ó un día lluvioso. Eso es lo que hay en ello, Juan; y hay bienestar también en el pensamiento de que, suceda lo que quiera, no necesitaré mendigar ni ir al asilo. El ahorro del penique hace que me sienta hombre libre. El hombre que siempre tiene deudas, ó que no tiene un penique á prevención, es poco menos que un esclavo.

—Mas si tuviéramos nuestros derechos, no serían tratados tan duramente los pobres como lo son ahora.

—Pero, Juan, si tuviera usted mañana sus derechos, ¿le pondrían ellos su dinero otra vez en el bolsillo luego que lo ha gastado? ¿sus derechos le darían á sus hijos botines y medias cuando usted había querido mejor derrochar en cerveza aquello con que podría comprarlos? ¿Sus derechos le harían á usted ó á su mujer más económicos ó más aseado su fogón? ¿Lavarían á sus hijos los derechos, y remendarían los agujeros de su ropa? ¿No, no, amigo! Que nos den nuestros derechos sin falta, mas los *derechos no son* costumbres, y son costumbres lo que necesitamos, buenas costumbres. Con ellas podremos ser *ahora* hombres libres y hombres independientes, si solamente nos resolvemos á serlo. Buenas noches, Juan, y acordaos de mi secreto, que es *cuidar los peniques*, y las libras esterlinas ya se cuidarán por sí mismas.

—¡ Buenas noches!

Y Juan torció hacia la callejuela encaminándose á su humilde y sucia cabaña en Mains Court. Podría introducirse en su hogar doméstico, pero, *hogar doméstico* difícilmente se le podría llamar. Estaba lleno de mugre y desaseo, barullo y criaturas sucias, y en el que una mujer de aspecto desaliñado estaba rezongando. La cabaña de Ransom, muy al contrario, *era un hogar doméstico*, cómoda, con buen ajuar y aseada; el piso de la cocina se hallaba recién lavado; la mujer estaba limpia y arreglada, á pesar de tener muchas ocupaciones, y su esposo puede sentarse teniendo en torno suyo á los niños, en paz y contento, una vez que ha concluido su trabajo diario.

Ahora ya estaba revelado el *secreto principal*. El secreto de Ransom sobre el penique era muy bueno hasta donde alcanzaba. Pero no había dicho realmente toda la verdad. No se atrevió á decirle á su compañero menos afortunado, que la raíz de toda la prosperidad doméstica, el apoyo principal de

toda la comodidad doméstica, es la mujer; y la esposa de Ransom era todo lo que de mejor puede desear un obrero. No puede haber ahorro, economía, ni comodidad en el hogar doméstico, á no ser que ayude la mujer, y la mujer de un obrero, más que la esposa de cualquier hombre, porque ella es esposa, tiene el gobierno económico de la casa, es ama de leche y enfermera, sirvienta y todo á la vez. Si es pródiga, sería lo mismo que echar agua en cedazo poner dinero en sus manos. Que sea económica, y hará de su casa un sitio de bienestar, y también hará feliz la vida de su esposo, ayudándole á fundar los cimientos de su prosperidad y fortuna.

Difícilmente podría esperar uno que fuese posible obtener algo que valiese la pena por el precio de un penique diario. Sin embargo, se puede hallar muy fácilmente cuánto puede hacer un penique diario cuando se le gasta con cuidado, para asegurar la independencia de un hombre y proveer á su mujer y á su familia contra la futura presión de la pobreza y la necesidad.

Coged un prospecto y las tablas de una Sociedad Previsora, establecida para el uso de aquellas clases que tienen un penique diario que gastar—esto es, casi todas las clases trabajadoras del país. No es preciso indicar una sociedad determinada, porque las mejores proceden todas sobre los mismos datos,—los resultados de extensas observaciones y experiencia de salud y de enfermedad, y sus tablas de arancel, certificadas por escribanos públicos, son casi idénticos. Ahora bien, estudiando estas tablas de las Sociedades de Seguros sobre la vida y enfermedades, veamos lo que puede hacer un penique.

1.º Por un *penique al día* puede asegurarse para toda su vida un hombre, ó una mujer, de veintiséis años de edad, la suma de diez chelines por semana pagadera mientras dure la enfermedad.

2.º Por un *penique al día* (terminando el pago á los sesenta años), puede un hombre ó una mujer de treinta y un años de edad, asegurarse la suma de cincuenta libras esterlinas, pagaderas á su muerte, en cualquier tiempo que ocurra ese acontecimiento, aunque sea durante la semana ó el mes siguiente después de efectuado el seguro.

3.º Por un *penique al día*, un joven ó una joven de quince años puede asegurarse una cantidad de cien libras esterlinas,

continuando el pago del penique durante toda su vida; las cien libras se abonan cuando ocurre la muerte.

4.º Por un *penique al día*, un joven ó una joven de veinte años puede asegurarse una anualidad de veintiséis libras esterlinas, ó diez chelines semanales, durante el resto de su vida después de cumplidos los sesenta y cinco años de edad.

5.º Por un *penique al día*, comenzando el pago desde el nacimiento de cualquier niño, puede asegurar un padre la suma de veinte libras esterlinas, pagaderas sobre ese niño cuando cumple los catorce años de edad.

6.º Por un *penique al día*, siguiendo hasta que el niño haya alcanzado la edad de veintiún años, se puede asegurar la suma de cuarenta y cinco libras esterlinas, para facilitarle el empezar algún negocio, ó establecerse en su casa.

7.º Por un *penique al día*, un joven ó una joven de veinticuatro años de edad puede asegurarse la suma de cien libras esterlinas, pagaderas al cumplir los sesenta años, con el derecho de retirar cuatro quintas partes de la suma pagada, en todo tiempo; siendo devueltas todas las cuotas pagadas en el caso que la muerte ocurra antes de cumplir los sesenta años.

¡Tal es el poder de un *penique al día*! ¿Quién se lo habría imaginado? Sin embargo, es cierto, como cualquiera puede probarlo viendo las tablas de las mejores sociedades de seguros. Poned un penique en el Banco, y acumula lentamente. Pero aun allí mismo es muy útil. Mas con la Sociedad de Seguros adquiere en el acto un gran poder. Un penique al día depositado por un hombre de treinta y un años, vale sesenta libras esterlinas para su mujer y su familia, en el caso de que muriese al mes ó al año siguiente. Es la unión de los pequeños ahorros con el propósito de los seguros mutuos, realizada por un número grande de personas, lo que da al penique su enorme poder.

El efectuar ó realizar un seguro sobre la vida por un obrero, para beneficio de su mujer y de sus hijos, es un acto eminentemente desinteresado. Es una transacción moral como también religiosa. *Es proveer para los de su misma casa.* Es dar el paso verdadero para asegurar la independencia de su familia, después que el que ganaba el sustento haya sido llamado á otro mundo. Este modo sensato de invertir los peni-

ques es la mejor demostración de virtud práctica y de la honrada previsión é integridad de un hombre de bien.

El difunto José Baxendale fué amigo constante de los obreros que cooperaban con él en los trabajos de su vida. Era hombre de un poderoso sentido común, y se le podría llamar el Franklin de los negocios. Poseía una gran sabiduría proverbial y poderosa ayuda práctica. Constantemente insistía con sus servidores para que ahorraran para los días de tribulación, ó para ayuda de su ancianidad. Tenía también la costumbre de pensionar á sus viejos servidores cuando ya no podían trabajar.

Colocó textos en todos sus almacenes, de modo que los que pasaban pudieran leerlos. «Nunca desesperes.» «Nada sin el trabajo.» «Aquel que gasta todo lo que gana va por el camino de la mendicidad.» «El tiempo perdido no se puede recuperar.» «Que la laboriosidad, la templanza y la economía sean los hábitos de vuestras vidas.» Estos textos se hallaban impresos en grandes caracteres, de modo que todo el que pasaba podía leerlos; muchos los tomaron á pecho, y practicaron los consejos que encerraban.

En otras ocasiones solía distribuir el señor Baxendale entre sus obreros, ó quería que fuesen colocadas en sus almacenes y oficinas, otras máximas más extensas y generales. Quería que estos documentos impresos fueran colocados en las oficinas de los dependientes, ó en los sitios en que los hombres acostumbran á detenerse, ó donde comían ó se reunían antes de volver al trabajo. Siempre estaban llenos de valiosos consejos. Copiaremos uno de ellos, sobre la importancia de la puntualidad:

«El método es el eje principal de los negocios, y no hay método sin puntualidad. La puntualidad es de gran importancia, porque favorece la paz y la buena disposición de una familia. Su falta no sólo quebranta el deber necesario, sino que también excluye algunas veces á este deber. La tranquilidad de espíritu que origina es otra de las ventajas de la puntualidad. Un hombre desarreglado está siempre apurado. No tiene tiempo para hablaros, porque tiene que ir á alguna parte; y cuando llega allí ha llegado tarde para su negocio, tiene que salir precipitadamente para atender á otro antes que pueda terminarlo. La puntualidad da peso al carácter. Tal persona ha dado una cita; entonces sé que asis-

»tirá allí. Y esto hace nacer en vos la puntualidad ; porque, »á semejanza de otras virtudes, se propaga por sí misma. »Los sirvientes y los niños tienen que ser puntuales, cuando »lo es su jefe. Las citas son verdaderas deudas. Os debo puntualidad, he convenido con vos en una cita, y no tengo derecho de malgastar vuestro tiempo, aunque lo haga con el »mío.»

Alguien preguntará : «¿Quién era José Baxendale?» En realidad era Pickford y C.^a, nombre de una firma conocida en toda Inglaterra, lo mismo que en todo el continente. José Baxendale era hijo de un médico de Lancaster. Recibió buena educación, se dedicó al negocio de algodón, y fué á Londres á representar la firma con la cual se hallaba asociado. Habiendo sobrevenido una época de apuro comercial, deseaba abandonar el negocio de algodón y entrar en algún otro comercio. Ya había principiado el señor Pickford un negocio de agencia de transporte de mercancías, pero estaba detenido por falta de dinero. El señor Baxendale le ayudó con capital, y por cierto tiempo permaneció como socio capitalista únicamente ; pero viendo que el negocio no progresaba, principalmente por falta de dirección, decidió, por último, tomar una parte activa en el trabajo y la dirección del asunto.

Llevó toda su energía á la firma Pickford y C.^a Reorganizó las agencias, y las extendió por todo el reino. Puso carros de transportes rápidos para el camino, idénticos á nuestros trenes expresos ; y carros de transportes pesados, iguales á nuestros buenos trenes. Utilizó mucho los canales, poniendo barcos rápidos entre todos los pueblos más grandes. Verdaderamente, los caminos del campo eran entonces tan malos, que en ciertas estaciones era casi imposible conducir mercancías de una parte á otra del país.

Poder llevar adelante un negocio tan importante y extenso exigía mucho capital, gran energía y una dirección de primera clase en materia de negocios. El número de caballos necesarios para efectuar el tráfico se aumentó, de cincuenta que eran en la época de Pickford, á más de mil ; porque se necesitaban relevos de caballos en todas las estaciones de la línea del tráfico, entre Londres y Manchester, entre Londres y Exeter y entre Londres y Edimburgo. Establecióse un astillero donde por cuenta de Mr. Baxendale se construyeran to-

dos los buques, rápidos y pesados, que se necesitaran para llevar adelante el tráfico.

La parte de transporte exigía mucha vigilancia personal. Sólo un hombre de espíritu resuelto y energía indomable podía hacerlo. Tenía un buque correo en el que pasaba á lo largo de los canales, para ver si los hombres se hallaban en sus puestos, si los agentes se ocupaban de los asuntos y si el tráfico se hallaba bien atendido. Esto lo hacía tanto de día como de noche. En otros días, recorría velozmente los caminos en su carruaje especial para viajar, pagando siempre los más altos precios á los mesoneros, para conseguir los mejores caballos y evitar así las demoras y pérdidas de tiempo. Alcanzaba á sus carros de transportes, y observaba que sus empleados estuviesen sobrios, y que se hallasen bien avanzados en las estaciones á lo largo del camino, que sus armas estuvieran cargadas (porque los salteadores de caminos eran uno de los peligros de viajar en aquel entonces), que los agentes estuviesen cumpliendo con su deber, y que todo se hallara en debido orden.

Además de alcanzar á los transportes, salía á veces á viajar por caminos laterales, porque conocía todos los caminos del país, se adelantaba, y luego se volvía, saliendo al encuentro á sus mayores, que nunca sabían si estaba delante ó detrás de ellos; y de ese modo se hizo en todos una regla la vigilancia general. Por estos y otros medios se efectuaban los asuntos de esta empresa de una manera admirable, y el negocio de transporte en el país fué llevado al mayor grado de perfección compatible con el estado de los caminos y los canales.

Cuando todo esto se fué realizando, comenzó la influencia perturbadora de los ferrocarriles. «Veo malas consecuencias en estos abominables caminos de hierro,» dijo el Duque de Bridgewater. Mas es que había llegado la época de los ferrocarriles, y no podían ser postergados. Los primeros ferrocarriles fueron empleados para conducir carbón desde las minas á la costa del mar, de donde se le embarcaba para Londres. Luego se propuso que fueran colocados para conducir mercancías de una ciudad á otra; y siendo el condado de Lanca el que tenía más tráfico, fué construido uno de los primeros ferrocarriles entre Liverpool y Manchester, de cuyas ciudades fueron construidos más adelante en todas direcciones á través del país.

Si Mr. Baxendale se hubiera resistido á los nuevos medios de conducción, antes de mucho hubiera sido sacado de camino. Pero previó claramente el triunfo final del sistema de ferrocarriles, y le apoyó, en vez de combatirlo. Alivió á la Compañía de Liverpool y de Manchester de una gran cantidad de molestias, haciéndose cargo de su tráfico de mercancías, recojiéndolas y distribuyéndolas en ambas ciudades; luego, cuando se proyectaron ferrocarriles desde Warrington á Birmingham, dió testimonio ante las comisiones del Parlamento en prueba del tráfico estimado. Y cuando fueron construidas las líneas, transportó sus mercancías, de sus carros de transportes, al ferrocarril. De ese modo se hizo un gran conductor de mercancías por ferrocarril, recogiendo y entregando mercancías en todas las ciudades y pueblos servidos por los ferrocarriles que se habían establecido por aquella época.

También fué importante accionista de ferrocarriles. Sus acciones eran tantas en la línea Sud-Este que fué solicitado para ser presidente de la Compañía. En unión con el difunto sir Guillermo Cubitt fué promovedor del proyecto de que la línea llegara á Dover. Mas viéndose que la Comisión Directiva del puerto de Dover era muy tacaña en dar lugar al tráfico, y demasiado avara en la tasa de sus impuestos de puerto, se resolvió en el acto Mr. Baxendale bajo su propia responsabilidad á comprar el puerto de Folkestone para la Compañía del Sud-Este. En seguida procedió á establecer el ferrocarril de Boulogne á Amiens, que fué construido en su mayor parte con capital inglés, y de esa manera quedó completada la línea directa de Londres á París.

Habiéndose puesto enfermo á causa de sus arduas tareas relacionadas con sus propios negocios, así como con la extensión de los ferrocarriles, fuese al continente en busca de reposo.

Mientras estaba ausente, se formó una facción en Liverpool con el propósito de nombrar otro presidente en su lugar, y aunque se le quitó la presidencia por una superchería, aceptó gustoso su dimisión. Ya podían ayudarle sus hijos en el manejo de sus negocios, aunque hasta el fin de su vida continuó tomando parte activa en todo lo que pasaba. Jamás se cansaba de hacer bien, jamás dejó de dar su buen consejo, resultado de su larga experiencia, á los dependientes, escribientes y operarios empleados en sus diversas oficinas. Terminare-

mos nuestra breve reseña de su vida dando otro de sus *Sermones populares*, que repartía con profusión entre sus empleados y tenía fijados en varios sitios de sus almacenes. Se titulaba: *Buenas máximas y consejos*.

Un antiguo servidor del negocio, observó, hace muy poco tiempo que comenzó la vida como empleado en la casa Pickford, con un sueldo pequeño, y por sus economías y laboriosidad había ganado un capitalito. Su máxima era no gastar nunca más de nueve peniques por cada chelín. Aunque esto pueda tomarse por una nimiedad, téngase presente que son cinco chelines en veinte, diez libras esterlinas en cuarenta.

Suponed que un joven siga este sistema. Que obtenga las primeras veinte libras, que agregue diez cada año, y al fin de seis años poseerá más de cien libras esterlinas. Si se deja pasar la oportunidad en la juventud, pocas veces acontece que uno pueda ahorrar dinero cuando está más entrado en años.

El negocio en que estamos ocupados ha sido defraudado por aquellos que han recibido salarios durante treinta años; los ahorros hechos por éstos, si hubieran seguido el plan recomendado, les habría puesto en situación de abundancia relativa; y ahora los veríamos como individuos respetables de la sociedad.

Nuestro bienestar depende de nuestra laboriosidad y economía. No hacen falta grandes talentos, sino una asidua dedicación. No hay ninguno de nosotros que no pueda alcanzar posición y respetabilidad. «Dios ayuda á aquellos que se ayudan á sí mismos.» «El que corre en pos de los placeres en vez de ir tras la ocupación, muy pronto no tendrá ocupación que seguir.»

Con frecuencia me quejo de lo que podría llamarse fruslerías, pero como ocurren con frecuencia, al fin no sabemos qué hacer. Que cada uno atienda sus deberes respectivos, que esté á la hora convenida en las citas dadas, y que jamás deje para mañana lo que pueda ser hecho hoy.

Si los negocios apremian más que de costumbre, dadles más tiempo, para que vuestras cuentas no se confundan, y que no seáis la causa de originar retardos y molestias á otros. Acontece á menudo que la negligencia de los individuos echa un trabajo extraordinario sobre los que desean la regularidad.

Ocultar y tapar las faltas ó errores de los demás, es un

sistema que ha prevalecido y originado muchas pérdidas y perjuicios, casi siempre á la parte que faltaba, pero más al patrón.

Sucesos acaecidos recientemente me conducen á llamar vuestra atención sobre este asunto: es importante en todo sentido, tanto por lo que hace á vuestra posición pública como á la privada. Nada hay tan digno de un hombre como la verdad: nada lo hace ser tan despreciable como una mentira. Tened presente que los hombres practican la mentira sin decirla, y que todas las apariencias falsas son mentiras.

Aquel, pues, que ve perjudicado á su patrón, y no se cuida de hacérselo saber, es igualmente culpable, sin olvidar además que está practicando una mentira. La falta de puntualidad es una mentira.

Habla y obra francamente en toda ocasión. Los errores serán menos, y el trabajo se aminorará.

Pocas veces ocurre que podamos hacer algunos servicios importantes, pero los pequeños servicios siempre estarán en la posibilidad de muchos. Aprovechad, pues, toda oportunidad de auxiliarnos mutuamente, de ese modo serviréis mejor á vuestros patronés, y también mantendréis un espíritu de cordialidad y buena voluntad entre vosotros mismos.

Un buen cristiano tiene que ser un buen servidor. Sea cual fuere vuestra suerte en la vida, tened presente sobre todas las cosas, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría.

CAPITULO X

PATRONES Y EMPLEADOS

El sudor de la laboriosidad se agotaría, á no ser por el fin por qué trabaja.

SHAKSPEARE.

El hombre es un almacén de reglas, un fardo bien empaquetado, cuya más pequeña parte está dirigida por una ley.

JORGE HÉRBERT.

El cuidado conserva lo que gana la laboriosidad. Quien cuida de sus asuntos con actividad pero *no* cuidadosamente, arroja con una mano lo que recoge con la otra.

COLTON.

La adquisición de propiedad, la acumulación de capital, ya están en las facultades de la clase obrera mejor retribuida; y la legislación tiene que dar ya muy pocas facilidades, ó que remover muy pocos obstacuos. Sus ahorros son ahora tan grandes, que sólo se necesitan hábitos más sobrios y un criterio más sano para convertirlos en capitalistas independientes, en menos de la mitad del tiempo de una existencia.

W. R. GREG.

Much pueden hacer los patrones para estimular los hábitos de ahorro, prudencia y sobriedad entre sus operarios. Aunque el obrero no quiera ser patrocinado, no rehusa ser ayudado. Ya hemos visto que los individuos pueden hacer mucho: pueden cultivar los hábitos de economía, y depositar una cantidad determinada de lo que ganan para ayudarse en los tiempos calamitosos. Pero necesitan estímulo y apoyo. Necesitan simpatía; necesitan ayuda.

Si los patrones comprendieran claramente la inmensa in-

fluencia que poseen, concederían su simpatía y su confianza á los operarios, lo cual les costaría muy poco, y les produciría mucho beneficio. No conocemos un solo ejemplo en que un patrón haya demostrado interés por el bienestar social y adelanto de sus operarios, en que no haya sido retribuido por el creciente respeto y celo por sus intereses. Puede, por ejemplo, arreglar que los salarios no sean pagados de manera que deban ir tarde de la noche los sábados, donde á menudo se ven en la necesidad de hacer sus compras para la semana con gran desventaja. Por supuesto, los obreros que tienen á mano sus pequeños ahorros, pueden hacer sus compras con mayores ventajas en cualquier otro día. Los patrones podrían evitar asimismo el hacer los pagos de salarios en las tabernas, y de esa manera quitar á sus operarios la tentación de incurrir en un gasto de bebidas, que fácilmente podrá resultar perjudicial.

Mas los patrones pueden hacer más que esto. Pueden ayudar activamente á sus operarios en la formación de hábitos prudentes, estableciendo Bancos de Ahorros para hombres y mujeres; y Cajas de Ahorros para los jóvenes de ambos sexos, estimulando la formación de clubs de previsión y sociedades constructoras, de clubs de provisiones y vestuarios, y por muchos otros medios. Podrían distribuir también entre ellos, sin una oficiosa intervención, buenos consejos sobre la manera de sacar el mejor provecho de sus salarios. Muchos patrones de grandes establecimientos ya han realizado grandes bienes prácticos, estimulando la formación de instituciones previsoras, en lo que nunca han dejado de captarse el respeto y generalmente la cooperación de sus obreros.

Al mismo tiempo hay mucha necesidad de simpatía entre los patrones y los empleados. En realidad, la falta de simpatía ha penetrado en todas las clases, las clases más pobres, las trabajadoras, las medias y las elevadas. Hay entre ellas muchos huecos sociales, que aún no pueden ser llenados. «Si se me preguntara—dijo el juez Talfourd, de quien se estaba apoderando la muerte en ese instante,—¿cuál es la gran falta de la sociedad inglesa, para unir una clase con otra? yo diría en una palabra, que es la *falta de simpatía*.» Es una gran verdad, pero que aún no ha sido apreciada. Es la antigua verdad sobre que está fundado el cristianismo: *Amaos los unos*

á los otros, frase sencilla, pero que contiene en sí un evangelio suficiente para renovar la sociedad. Pero los hombres están tan separados en clases, y están tan distantes, que apenas se podrá decir que se conocen entre sí, y no pueden tener el debido miramiento social ni ninguna consideración, mucho menos una ingenua simpatía ó un afecto verdadero los unos por los otros.

La caridad no puede remediar el mal. Dar á los pobres dinero, mantas, carbón y cosas por el estilo, donde falta el espíritu de simpatía, no vale gran cosa. La caridad de la mayor parte de los lores y ladíes bienhechores, principia con el dinero y allí termina. El sentimiento por el prójimo está ausente. Los pobres no son tratados como si ellos fuesen de la familia común del hombre, ó como si el mismo corazón humano no latiera en sus pechos.

Los patrones y los trabajadores viven en la misma condición, sin la menor simpatía. *Cada uno para sí*, es su divisa. «No me importa que otro se ahogue, con tal de que yo sobrenade.» Un hombre que se hallaba en una posada, fué despertado bruscamente de su sueño: «Hay fuego en la casa de la esquina de la calle»—le dijo el mozo.—«No me molestéis—» repuso el viajero,—hasta que se esté quemando la casa inmediata.» Un patrón les dijo á sus obreros: «Vosotros tratáis de sacar todo lo que podéis de mí, y yo trato de sacar todo lo que puedo de vosotros.» Pero esto no puede ser. El hombre que tiene dentro de sí alguna simpatía, no puede tolerar que estas consideraciones predominen sobre la mejor parte de su naturaleza. Debe ver el lado más brillante de la humanidad siempre vuelto hacia él. «Pensar siempre lo peor—» decía lord Bolingbroke,—he hallado que es el signo de un espíritu ruin y de un alma baja.»

Por otra parte, considera la clase obrera que sus intereses son completamente diferentes de los de sus patrones. Quieren sacar lo más posible de su trabajo. Quieren que el trabajo sea caro para poder conseguir salarios altos. Así, pues, no habiendo simpatía mutua ni sentimientos amistosos entre las dos clases, sino tan sólo consideraciones de dinero, son frecuentes las colisiones y resultan las huelgas. Ambas clases, apoyadas por sus compañeros, se deciden á concluir la lucha, y de ahí que tengamos huelgas tan destructoras como las de Preston, Newcastle y Gales del Sud.

El gran objetivo de ambos es el lucro, ganancia mundana, que algunas veces encierra una pérdida final espantosa. Se extiende una desconfianza mutua, y la sociedad se gangrena hasta el corazón. Sólo se encontrará el remedio acariciando una simpatía cristiana más amplia, y una benevolencia más verdadera. Solamente así podrá suavizarse y purificarse el aliento de la sociedad. No son de provecho alguno los regalos de dinero, entre el rico y el pobre. A no ser que exista entre ellos un fondo de bondad, y una asociación realmente humana, nunca desaparecerá el mal y será un hecho la maldición de que se lamentaba el excelente juez Talfourd en los últimos momentos de su vida.

Algunos sostienen que esta falta de simpatía emana en su mayor parte de los males de la concurrencia. Es *cobarde, egoísta, dañina, ruinosa*, etcétera. Dícese que origina la miseria y la pobreza hasta lo infinito. Se la acusa de que baja los precios, y casi lo mismo al levantarlos. La concurrencia tiene anchas espaldas, y puede soportar cualquier carga.

No obstante esto, hay algo que decir en favor de la concurrencia, lo mismo que en contra de ella. Es una lucha que debe ser admitida. Toda vida es lucha. Entre los operarios, es la concurrencia lucha para avanzar hacia salarios más crecidos. Entre los patrones, para sacar las mayores ganancias. Entre los escritores, predicadores y políticos, se lucha para tener éxito, para ganar gloria, reputación ó rentas. Como todo lo humano, tiene en sí una mezcla de mal. Si un hombre prospera más que los otros ó si algunas clases de hombres prosperan más que otras, dejan en pos de sí á otras clases de hombres. No es que dejen á aquéllas peor, sino que adelantan.

Paralizad la concurrencia, y sólo contendréis el progreso de individuos y de clases. Conservaréis un nivel uniforme entorpecido. Haréis la estereotipia de la sociedad y de sus diversos órdenes y condiciones. El móvil de la emulación desaparece, y la casta, con todas sus fatales consecuencias, se perpetúa. Detened la concurrencia, y detendréis la lucha del individualismo. También detenéis el adelanto del individualismo, y con ello el de la sociedad en general.

La concurrencia pone al ocioso en la precisión de esforzarse, y si no quiere esforzarse, tiene que quedarse rezagado. Si no trabaja, tampoco debe comer. ¡Holgazán, amigo, no de-

béis esperar que yo haga mi parte de trabajo en el mundo y también la vuestra ! Debéis llevar á cabo el trabajo que os corresponde, economizar vuestro dinero, y no esperar que yo y otros os libremos del asilo de los pobres. Hay bastante para todos ; mas estáis obligado á hacer la parte de trabajo que os corresponde.

El éxito nace de las luchas para vencer las dificultades. Si no hubiese dificultades, no habría éxito... Si no hubiese nada por qué luchar y competir, nada se realizaría. Conviene, pues, que los hombres se hallen en la necesidad de esforzarse. En esta necesidad de esforzarse hallamos el origen principal del progreso humano, así el progreso de los individuos como el de las naciones. Ha conducido á la mayor parte de los soberbios inventos y mejoras mecánicas del siglo. Ha estimulado al constructor de buques, al comerciante, al fabricante, al maquinista, al hábil obrero. En todos los ramos de la industria productora, ha sido la fuerza motriz. Ha desarrollado los medios de este y otros países, los recursos de la tierra, y el carácter y las cualidades de los hombres que viven sobre ella. Parece que es absolutamente necesaria para estimular el crecimiento y la cultura de cada individuo. Está hondamente arraigada en el hombre, conduciéndole constantemente para que busque y trate de realizar algo mejor y más elevado de lo que haya obtenido hasta el presente.

Por supuesto, el hombre es mucho más que un ser luchador. Este es solamente uno de sus rasgos característicos y no es el más elevado ni el más noble. Tiene sensibilidades, simpatías y aspiraciones, que debieran inducirle á unirse y cooperar con otros en los trabajos para el bien general. Con individualismo libre, puede haber, ó debiera haber, cooperación benéfica para la felicidad general. Los hombres pueden unirse para el trabajo, para producir y para participar entre sí de los frutos de su laboriosidad reunida. Mas en cualesquiera circunstancias existirán el instinto de la concurrencia, las ocasiones para la concurrencia, y aunque confundidas con el mal necesario, existirán las ventajas finales de la concurrencia.

Uno de los resultados de la laboriosidad y del ahorro es la acumulación del capital. El capital representa la abnegación, la previsión y los trabajos de lo pasado. Los acumuladores de capital que han logrado más éxito han salido en todo tiempo de las mismas filas del trabajo, son operarios que han adelan-

tado á sus compañeros, y ahora emplean personas en vez de estar empleados ellos mismos. Estos individuos, que no por haber dejado de ser trabajadores manuales dejan de ser hombres laboriosos, al crear y extender la esfera de la industria productiva, deben ser considerados como pertenecientes á la clase de los más positivos bienhechores del pueblo, é indubitablemente forman parte de las principales fuentes del poder y riqueza de cualquier nación. Sin el capital acumulado por sus ahorros durante muchas generaciones, sería muy precaria la suerte del obrero.

No existe ningún trabajador que no tenga en su mano el dinero del patrón que le ocupa. Cuando el inhábil labrador pone á un lado su azada, deja ocioso un capital que vale dieciocho peniques; pero cuando un diestro artesano deja su fábrica ó su taller, queda ocioso un capital que representa de cien á doscientas libras esterlinas por hombre. Ni el obrero hábil crea tampoco ningún riesgo respecto á las sumas invertidas, aunque participa en realidad de las ganancias en la forma de los salarios que se le pagan por su trabajo. La ganancia que queda es la remuneración del patrón por su administración y riesgos. No obstante, es que los riesgos no siempre son cubiertos, como lo demuestra la *Gaceta*, en los malos tiempos harto abundantemente.

El obrero que tiene un buen empleo no está sujeto á pérdidas á causa de malas deudas, no tiene maquinaria anticuada que de tiempo en tiempo queda fuera de uso en sus manos, y no tiene que hacer el menor gasto para buscar un mercado para sus mercancías, ni temores respecto de las fluctuaciones en el precio de la materia prima. Ésas son ventajas importantes, que generalmente no tiene en cuenta. Es verdad que sufre si el negocio es malo, pero gana salarios crecidos si anda bien y puede ahorrar dinero si así le place. Puede decirse que participa de la adversidad ó de la prosperidad de su razón social, mas sin incurrir en ninguna de las responsabilidades de los socios.

Carlyle ha dado una curiosa relación del gran fabricante inglés. «Plugson, de St. Dolly Undershot, semejante al filibustero, dice á sus obreros: Nobles tejedores, estos son los cien mil que hemos ganado, trabajando ustedes para mí por tres chelines y seis peniques diarios; los cien mil son míos, puesto que los jornales eran vuestros. Adiós, ¡nobles te-

«¡jedores! bebed á mi salud con esta moneda que entrego á cada uno como regalo.»

Este bosquejo del fabricante filibustero es una pintura hecha por un hombre de genio y sacada de su imaginación. Habrá probablemente muchos lectores que crean que esta pintura está copiada de la realidad. No hay duda que habrá tal vez patronos filibusteros, pero también hay patronos que no son filibusteros. Hay fabricantes que no son honrados, conforme hay literatos, arrendadores y comerciantes que tampoco lo son. Pero debemos creer que en todas las profesiones la guía es la honradez, y la excepción el dolo. En todo caso, es mejor que sepamos lo que son efectivamente los fabricantes, más bien por la realidad que por la ficción.

Escojamos primeramente una fuerte casa de fabricantes, ó más bien, una serie de casas, bien conocidas, del sud del condado de Lanca. Aludimos á las fábricas de algodón de los señores Ashworth, en Egerton y New Eagley. Han estado establecidas desde hace más de setenta años. Han sido engrandecidas repetidas veces, y un número cada vez mayor de obreros empleado con salarios uniformes pagados en todo el distrito. Los operarios ganan desde diecisiete chelines hasta dos libras esterlinas semanalmente. Los tejedores pueden ganar hasta veintiún chelines semanales. Donde los padres tienen hijos empleados llegan á ser las ganancias de las familias, de ciento cincuenta hasta doscientas libras esterlinas anuales.

Veamos lo que han hecho los Ashworth en beneficio de sus operarios. La educación escolar por medio de las clases de instrucción mutua, se hallaba en ejercicio desde el principio; pero por el año 1825, cuando fueron aumentadas las obras, y la población habfa crecido considerablemente, fué abierta una escuela diurna para niños, que era escuela nocturna para los jóvenes, y á la vez escuela dominical. El ensanche continuo de las obras condujo á un engrandecimiento de las comodidades de las escuelas, y cuando se proveyó á esto, se hicieron arreglos para un gabinete de lectura, una biblioteca y para el servicio divino de los domingos. Se arregló igualmente un terreno destinado al *cricket* para el uso de los jóvenes.

A menudo se manifestaba el temor de que el celo y los gastos en que incurrían los señores Ashworth se volvieran contra ellos mismos, para desagrado suyo y por pérdidas pecu-

niarias. La profecía se realizó en un solo caso. Un joven de considerable talento, que cuando era niño había sido llevado de la factoría de una fábrica vecina, hizo muy rápidos progresos en la escuela, especialmente en aritmética, y cuando tuvo lugar una huelga de obreros, en 1830, uno de los años de grandes huelgas, demostró gran actividad como jefe. La huelga fué vencida con el empleo de nuevos operarios, y se atribuyó á la influencia de ese joven el que los empleados fueran asaltados brutalmente por una muchedumbre enfurecida, y que las ventanas de la escuela fuesen destrozadas y se cometieran otros actos de destrucción.

Los patrones continuaron, á pesar de esto, en su primitivo sistema. Compusieron el edificio de la escuela, y se esforzaron en aumentar la eficacia de la enseñanza. Creían que nada era más á propósito para hacer desaparecer las ignorantes *pre-*ocupaciones que dar mayor enseñanza escolar. En muchos casos, los jefes de familia habían estado ocupados antes como tejedores de telares á mano, ó en alguna ocupación del campo; y se hizo evidente, con el tiempo, que el ejercitar sus *espi-*ritus en los pormenores de una nueva ocupación despertaba sus inteligencias, y su porte general daba marcados indicios de una cultura más elevada.

Hallándose situadas en un valle estrecho las nuevas fábricas de Eagly, á algunas millas de Bolton, y estando la propiedad en poder de sus dueños, prohibieron que se abriera ninguna taberna ó despacho de cerveza en la propiedad; de manera que el distrito se distinguió por el orden y la sobriedad de sus habitantes. Un hombre de hábitos intemperantes tiene pocas probabilidades de permanecer en las villas de Ashworth. Es despedido, no por los patrones, sino por los mismos obreros. Tiene que avenirse con las costumbres sobrias del lugar, ó irse á algún pueblo más grande, donde sus vicios puedan ocultarse entre la muchedumbre. Muchos de los padres han expresado cuánta satisfacción han sentido de que en razón de la situación aislada que han disfrutado como comunidad, hayan quedado tan completamente separados de la influencia corruptora de los cafés cantantes y de las tabernas.

Los patrones han agregado á sus demás vínculos para con los operarios, la erección de cabañas cómodas para que vivan mejor. Están edificadas con piedra y son de dos piezas; algunas tienen dos dormitorios arriba, y otras tres. En el pis-

bajo hay una sala, un comedor y una despensa, con patio amurallado que rodea toda la casa. El dueño paga el impuesto de pobres y otras contribuciones locales, y el alquiler de las casas varía desde dos chelines y cuatro peniques, hasta cuatro chelines y tres peniques por semana.

La regularidad de su ocupación, acompañada del pago de los salarios el viernes por la noche, es indudable que ha despertado su afición local por ese lugar. Muchos de los descendientes de los primeros que fueron allí, permanecen en el lugar; sus relaciones sociales han aumentado; los matrimonios entre ellos han sido frecuentes, y durante todo el período no ha habido una sola causa por robo. Los obreros han progresado lo mismo que sus patrones. Se sabe que gran número de ellos poseen fondos reservados en los Bancos de Ahorros y otros depósitos de ahorros, y hay otros que han empleado su dinero en edificar cabañas y en otras cosas.

¿Pero se han elevado los individuos sobre la suerte de los obreros tejedores? Lo han hecho. Aquellos de entre ellos que tenían aptitudes, habilidad y la facultad de organizar, han sido ascendidos desde las filas de operarios, y son administradores de fábrica. «Como unos treinta de entre éstos — dice »Mr. Enrique Ashworth,—han sido incluidos en el estímulo »del momento, y diez de ellos han llegado á ser socios ó propietarios de fábricas... Se cuentan varios fabricantes — »agrega el señor Ashworth,—que se han esforzado por mejorar la condición de aquellos que ellos empleaban, y nadie »pondrá en duda que á ello fueron impulsados, no por la »mira del lucro, sino por un sentimiento de bondad.» (1)

Fabricantes como éstos no recogen sus fortunas como Plugson de St. Dolly Undershot, y se marchan dejando una moneda de cuatro peniques á cada uno de sus obreros para que beban á su salud. Quedan en su compañía de generación en generación. Los mejores y más nobles de entre ellos — los Ashworth de Tyrton, los Strutt de Derby, los Marshall de Leeds, los Akroyd de Halifax, los Brook de Huddersfield, y muchos otros,—han seguido dirigiendo sus fábricas durante muchas generaciones. Los Strutt fueron socios de Arkwright, del cual se puede decir que fué quien comenzó la fabricación

(1) La mayor parte de la información que antecede se encuentra en la relación hecha por Mr. Enrique Ashworth, en los informes sobre la Exposición Universal de Paris, 1867, vol. VI, pág. 161, 163.

inglesa. En realidad, solamente desde que Arkwright obtuvo su privilegio para su máquina de hilar, y Wat sacó el suyo para su máquina de vapor, es cuando Inglaterra se ha hecho un país fabril.

¿En qué condición se encontraría ahora Inglaterra si no hubiera sido por la energía, el espíritu de empresa y el espíritu público de nuestros fabricantes? ¿Podía haber mantenido la agricultura el aumento constante de la población? ¿No es más probable que este país se hubiera visto cubierto de mendigos, ó que la propiedad hubiera sido asaltada y derribada la Constitución, como aconteció en Francia, si no hubiese sido por el vasto y productivo empleo proporcionado á las clases obreras en los distritos fabriles? A la verdad, la válvula de salvación de Inglaterra ha sido la máquina de vapor. Puso al reino en estado de mantenerse firme durante las guerras continentales, y si no hubiera sido por ella y por las industrias que se establecieron, habría descendido Inglaterra para este tiempo, probablemente, hasta la condición de una potencia de tercer ó cuarto orden.

Verdad es que los fabricantes se han enriquecido. ¡Pero es evidente que hubiera sido muy singular que con su laboriosidad, energía y facultades organizadoras, se hubieran empobrecido! Hombres de la talla de los Strutt, Ashworth, Marshall y otros, no trabajan tan sólo por el dinero, aunque la fortuna les alcance. No se han hecho grandes porque eran ricos, sino que se han hecho ricos porque eran grandes. Las acumulaciones de riqueza son el resultado más bien de excepcional laboriosidad, organización y ahorro, que no de ganancias excepcionales. Adam Smith ha dicho: «Pocas veces sucede que las grandes fortunas sean hechas por una rama de negocio regularmente establecida y bien conocida, excepto como consecuencia de una larga vida de laboriosidad, tenacidad y economía.»

Mas no siempre es así. Mr. Lister, de Bradford, por ejemplo, después de haber inventado su máquina de cardar—ó por lo menos uniendo los inventos de otros en una máquina de cardar completa de su invención,—púsose á inventar una máquina para usar el desperdicio de la seda (que entonces se arrojaba como inútil), hilándola en seda de la clase más fina por medio del telar movido por agua ó vapor, la tejía como terciopelo de la mejor clase. La prueba no había sido inten-

tada antes por ningún inventor; y parecía ser de una dificultad insuperable. Mr. Lister se había creado ya una fortuna por el éxito de su máquina de cardar, tan considerable, que le permitía retirarse de los negocios y vivir cómodamente el resto de sus días. Pero, impulsado por el incansable espíritu del inventor, siguió adelante con su máquina de sedería. Como lo dijo en un *meeting* celebrado no ha mucho en Bradfort: (1) «Podrían juzgar de lo mucho que había trabajado para vencer las dificultades que le rodeaban, cuando les dijera que durante veinticinco años no se había encontrado una sola vez en la cama á las cinco y media de la mañana, y que no creía, en realidad, que en Inglaterra hubiera un hombre que hubiese trabajado más penosamente que él.» Lo más notable fué que gastó una inmensa fortuna antes de tener ni siquiera probabilidad de lograr un éxito. «Casi había llegado á la ruina, pues tenía 360,000 libras de menos en su caja antes que su máquina hubiese producido un solo chelín; más aún, anotó la cuarta parte de un millón como completamente perdido, antes de abrir sus libros. De entonces acá su privilegio para la fabricación de la seda había dado por resultado ser una de las de mayor éxito de la época presente.»

En el parque regalado por Mr. Lister al pueblo de Bradford, acaba de erigirse por subscripción pública una estatua. Fué descubierta por el muy honorable W. E. Foster, quien al terminar su discurso, dijo: «Después de todo, dudo si hemos venido aquí tanto para honrar á Mr. Lister, como para honrarnos nosotros mismos. Queremos honrar á aquellas facultades de trabajo que han hecho de nuestra Inglaterra un país práctico, y por consiguiente, grande, próspero y poderoso. Esta laboriosidad infatigable é incesante que posee Mr. Lister, esta inteligencia práctica, esta determinación de llevar á cabo cualquier objeto del cual está convencido que debe ejecutarse, y su determinación de no temer ninguna oposición y no afligirse por ningún obstáculo, son estas facultades prácticas las que han hecho de Inglaterra lo que es. ¿Qué es lo que estamos honrando especialmente? El brío que ha demostrado este hombre; el sentimiento del que, ha-

(1) El *meeting* se celebró para recibir la transferencia del hermoso parque de Mr. Lister en Manningham, que había regalado á la municipalidad de Bradford, para que fuera siempre un parque para el pueblo.

»biendo tenido que luchar con un negocio vencido, se dijo á sí mismo: «Aquí hay algo que tiene que hacerse, no quiero des- cansar hasta que no haya encontrado cómo debe hacerse; »y una vez que haya encontrado el modo de hacerlo, ¿cuál »será el hombre que me ha de impedir que lo haga? Fué, pues, »sobre este principio que estableció su larga lucha; así es que »cuando leemos la historia de sus luchas, desde 1842, en esos »dos grandes inventos, erigimos esta estatua al hombre que »dió la batalla con éxito, y deseáramos que nuestros hijos »y los hijos de todos, ricos y pobres, vengan en días futuros »á admirarla, no solamente porque les presenta la forma y la »fisonomía de un hombre rico y afortunado, sino porque les »da la forma y la fisonomía de un hombre que se hallaba »dotado de laboriosidad, de inteligencia, de valor, de perse- »verancia—que no se ahorró trabajo alguno para averiguar »las condiciones del problema que tenía que resolver,—y ade- »más, cuyo corazón jamás desfalleció, cuya voluntad no des- »mayó nunca al resolverse á realizar esas condiciones.»

Los grandes hombres son ahorradores prudentes, y gastan con prudencia. Montesquieu ha dicho de Alejandro: «Encon- »tró los primeros medios de su prosperidad y poder en la »grandeza de su genio, los segundos, en su templanza y eco- »nomía privada, y los terceros, en su inmensa liberalidad »para llevar á cabo grandes propósitos. Poco gastaba para sí »mismo; pero para fines públicos estaba siempre abierta su »mano.» Díjose también del primer Napoleón que era econó- mico como Carlomagno, porque era grande como Carlomagno. Jamás fué Napoleón un pródigo, excepto en la guerra; pero gastaba grandemente para llevar á cabo grandes empresas públicas. En casos como éstos están bien unidas la economía y la generosidad. Y así sucede con todos los hombres que poseen energía, laboriosidad y grandes facultades organi- zadoras.

Podrá parecer fuera de propósito comparar los grandes pro- ductores con los grandes capitanes. Sin embargo, en ocasiones requiere el fabricante tanto valor, tanto genio, tanta capaci- dad para organizar, como el guerrero. El uno atiende á con- servar sus obreros en estado de poder trabajar, el otro de con- servar sus soldados en condición de poder combatir. Ambos tienen que ser hombres de empresa, de valentía, de penetra- ción viva, y de cuidadosa atención hacia los pormenores. Y

el fabricante, por su posición, tiene que ser el hombre más benévolo de los dos. Mirado desde ese punto de vista, consideramos á sir Tito Salt, no solamente como á un capitán de la industria, sino como un feldmariscal de la industria. Ha sido llamado el Príncipe de los fabricantes.

Tito Salt es hijo de un comerciante en lanas del condado de York. En sus primeros años fué agricultor en las inmediaciones de Bradford, y su inclinación por la agricultura era tal, que se creía que continuaría siguiendo su vocación. Siendo, sin embargo, socio con su padre del negocio de lanas, y observando que las fábricas se extendían rápidamente en la vecindad, se retiró de la sociedad, y empezó un negocio en Bradford como tejedor de lana. Fué uno de los primeros en estudiar la utilidad de la lana de alpaca. Grandes cantidades de ese material estaban almacenadas en Liverpool, importadas del Brasil. Pero la lana no tenía compradores, hasta que al fin compró Mr. Salt una cantidad, y la tejió en una forma completamente nueva. En seguida compró toda la alpaca que se encontraba en Liverpool, hizo arreglos para comprar toda la que llegara al mercado, siguió tejiendo alpaca, y por último estableció la fabricación. Esta fué la base de la fortuna de Mr. Salt.

Finalmente, al cabo de unos veinte años de trabajo como fabricante, pensó retirarse Mr. Salt de los negocios, y volver á dedicarse á su ocupación favorita de la agricultura. Tenía intención de retirarse el día que cumplierse cincuenta años; pero antes que llegara ese día (teniendo que colocar á cinco hijos) cambió de resolución, y decidió continuar por un poco más de tiempo en el negocio, quedando á la cabeza de la razón social. Habiendo adoptado esta determinación, resolvió dejar á Bradford. La villa estaba ya demasiado poblada, y no quería contribuir á aumentar la población. Buscó un lugar á propósito para un establecimiento fabril, y al fin se estableció en un espacioso terreno en el hermoso valle de Aire. Un ramal del ferrocarril de Leeds y Bradford estaba enfrente, y el canal de Leeds y Liverpool detrás, de manera que había toda facilidad para transportar la materia primera y remitir las mercancías fabricadas. En ese sitio fué establecido Saltaire, noble monumento de la empresa, la liberalidad y la sabiduría particular.

No hace falta describir á Saltaire. Los edificios anexos

á la fábrica cubren seis acres y medio de terreno. El principal tiene quinientos cincuenta pies de largo. La galería para los telares ocupa unos dos acres. La galería para los cardadores, un acre. Todo es grande, espacioso y sólido. El costo de la construcción de la factoría y las habitaciones para los obreros ascendió á más de ciento cuarenta mil libras esterlinas.

El día de la inauguración, dió Mr. Salt una comida de tres mil quinientas personas en el salón de los cardadores. En la comida dijo: «No puedo mirar en torno mío, y ver esta gran reunión de amigos y de obreros, sin sentirme presa de verdadera emoción. Me siento honradísimo con la presencia del noble caballero que está á mi lado. Estoy particularmente encantado por la presencia de mis obreros... Espero atraer en torno mío una población que gozará de las bellezas de estos alrededores, una población de obreros bien pagados, contentos y dichosos. He dado instrucciones á mis arquitectos para que nada se economice y que las viviendas de los operarios sean un modelo en el país, y si la divina Providencia me conserva la vida, espero ver la satisfacción, el contento y la felicidad á mi alrededor.»

Esta promesa ha sido realizada completamente. Mr. Salt ha sido impelido siempre por su sentimiento del deber y de la responsabilidad. Cuando el Gobierno francés le pidió informes sobre su factoría, respondió: «Lo que se ha ensayado en Saltaire surgió de mi propio sentimiento y criterio privados, sin la más remota idea de que sería hecho objeto de interés ó investigación pública.» Por lo que respecta á la factoría misma, poco tiene que decirse. El objeto de su construcción es ahorrar tiempo en el procedimiento de la producción. No se pierde un solo minuto en empujar el material de un departamento al otro. Toda fuerza de un caballo de vapor se halla utilizada por completo, se economiza todo minuto, y de esa manera se aumenta muchísimo la capacidad productora de la factoría.

Preferimos hablar del inmenso adelanto que ha producido en las condiciones físicas y morales de sus obreros Mr. Salt, ó más bien dicho, sir Tito Salt. El plano de las fábricas enseña que Saltaire ha sido provisto de una iglesia, una capilla wesleyana y una asociación literaria y filosófica. Se han fundado grandes escuelas para niños y niñas, con amplios terrenos para que jueguen en ellos. Para los hombres jóvenes come

para los de edad madura, existe un terreno para jugar al *cricket*, otro para las bochas, y un campo abierto para el *croquet*, rodeados de terrenos para paseos. Hay asimismo un gran salón comedor, baños y lavaderos, botica y hospital para pensionistas.

Unas tres mil personas están empleadas en las obras, y se han edificado setecientas cincuenta y seis casas para su alojamiento. Los alquileres son desde dos chelines y cuatro peniques hasta siete chelines y seis peniques semanales, según el alojamiento. Algunas de las viviendas son casas de huéspedes. Los alquileres de casa incluyen los derechos parroquiales y la provisión de agua, y el gas se vende á un precio barato. Las cabañas son de piedra, cubierta de enladrillado. Contienen una sala ó pieza grande, una cocina ó espetera, una despensa y sótano y tres dormitorios. Cada casa tiene un patio separado con las dependencias ordinarias. Los obreros pueden pagar bien los alquileres. Los operarios solteros ganan desde veinticuatro hasta treinta y cinco chelines semanales. Una familia formada de un padre y seis hijos gana cuatro libras y cuatro chelines semanales, ó el equivalente de una entrada en junto de más de doscientas veinte libras al año.

Las cómodas casas construidas para los obreros han despertado en ellos un sentimiento que los ha llevado á adornar sus habitaciones con primor y gusto—signo seguro de ventura social. Todo el que visita á los pobres sabe cuánto contribuyen esas cosas á impedir el vicio y la enfermedad, á elevar el tono moral de los obreros y á desarrollar sus facultades intelectuales. «Un hombre en una casa sucia—dice Mr. Rind, el médico de Saltaire,—es lo mismo que un mendigo andrajoso. »Pronto deja de tener respeto propio, y una vez que éste se ha »perdido, queda ya poca esperanza.»

En Saltaire se atiende mucho á la educación, hasta á la superior. Hay escuelas diurnas y nocturnas, clases de mejoramiento mutuo, conferencias y debates. La música, uno de los placeres más humanizadores, constituye uno de los estudios favoritos. «En casi todas las casas del pueblo se encuentra algún instrumento, y en realidad han llegado á ser nombres »caseros las sociedades corales ó de canto, lo mismo que las »bandas de música.» Hay una banda completa de instrumentos de cobre para los hombres y otra de tambores y pífanos

para los niños; y se dan con regularidad conciertos vocales é instrumentales por los operarios en el salón comedor. Las bandas tienen maestros costeados por la razón social.

Además de tomar parte en las fiestas musicales, consagran sus ocios gran número de operarios hábiles á varias distracciones científicas, tales como la historia natural, el arte de preparar y conservar las pieles, la construcción de instrumentos físicos, como las bombas neumáticas, modelos de maquinarias ya construidas, máquinas de vapor, y artículos de ajuar doméstico, y algunos han llegado á construir órganos y otros instrumentos musicales.

No hay tabernas en Saltaire, de manera que están excluidos de la localidad los vicios y enfermedades que acompañan á la embriaguez. Las enfermedades peculiares de la miseria son también desconocidas en Saltaire. Todo está previsto allí, el desagüe, la purificación y la ventilación. Existen baños de todas clases, baños de alberca, baños calientes, baños turcos y baños de ducha; y la casa-lavadero, que facilita á las mujeres lavar la ropa fuera de sus cabañas, es una gran ventaja, por ser perjudicial en sumo grado el lavado dentro de la casa, siendo origen de abundantes enfermedades, especialmente en los chicos.

Los obreros son también económicos. Colocan sus ahorros en el Banco de peniques y en el Banco de Ahorros, mientras que otros colocan su dinero en diversas sociedades constructoras, compañía de gas y otras empresas lucrativas. Verdaderamente, parecen pertenecer á los seres humanos más favorecidos. No es una maravilla que Saltaire haya adquirido nombre, y que sir Tito Salt se haya formado una reputación entre sus semejantes, si se tiene en cuenta que allí está atendida toda comodidad y necesidad, como todo placer propio, con habitaciones cómodas, y toda clase de atractivos para permanecer en el hogar doméstico, con clubs de pesca, clubs de regatas y clubs de *cricquet*,—con escuelas, institutos literarios, sala de conferencias, museo y salas de clases, establecidos en su centro y para coronar todo esto, un hermoso templo para el culto divino.

Existe un gran número de patrones, que tratan á sus operarios tan generosamente, aunque no de un modo tan regio, como sir Tito Salt. Pagan el valor uniforme de los salarios; ayudan y estimulan á sus empleados para que ahorren sus

ganancias sobrantes; establecen Bancos de Ahorros y Bancos de peniques para su uso particular, les ayudan en la formación de asociaciones cooperativas para la compra de alimentos puros y á precio más barato; construyen cabañas sanas para su alojamiento; erigen escuelas para la educación de sus hijos; y les ayudan en todo cuanto tiende á promover su mejora moral y social.

Mr. Eduardo Akroyd, individuo del Parlamento por Halifax, es otro fabricante que ha ejercido grande influencia en todo el condado de York, merced al estímulo que daba á sus obreros para que ahorraran. En su mismo distrito, en Capley y Haley Hill, cerca de Halifax, ha edificado numerosas y excelentes cabañas para sus obreros, y los ha estimulado á que construyeran sus propias casas empleando los ahorros de sus ganancias en sociedades constructoras. Ha establecido sociedades cooperativas, para proporcionar á los operarios que comprenden alimentos y vestidos á precio de costo. Ha edificado escuelas excelentes á su costo, y las ha provisto con maestros retribuidos. Ha construido y dotado la lindísima iglesia de *Todas las Almas*, cuyo arquitecto fué Gilberto Scott, á la cual le ha sido asignado un gran distrito, incluyendo las fábricas. Ha establecido para sus obreros de Haley Hill y de Copley, una sociedad literaria y científica, una sociedad de Mejoramiento Mutuo, una Biblioteca de operarios (á la que ha regalado más de cinco mil libros), un club y un gabinete de lectura de obreros, una sociedad coral provista de una excelente Biblioteca Musical; un club de recreo, con un sitio para el *criquet*, con juegos de tejos y aparatos de gimnasia. Mr. Akroyd ha distribuido un terreno grande á sus obreros, dividiéndolo en jardines pequeños, que varían desde cien á doscientas cuarenta varas cuadradas cada uno. El reducido alquiler que se cobra por cada lote es distribuido en premios que se dan en una exposición floral que tiene lugar anualmente allí, á los mejores cultivadores de flores, plantas y verduras. Esta es la Sociedad Horticultora y Floral de Haley Hill, unas de las sociedades más florecientes, de su clase, en los contornos. En pocas palabras, Mr. Akroyd ha hecho todo lo que puede hacer un patrón discreto y de conciencia, con el propósito de elevar el bienestar moral é intelectual de cuatro mil personas empleadas en sus fábricas, que en realidad se hallaban á su cuidado.

Pero si bien Mr. Akroyd ha hecho tanto como pueda hacer un patrón en favor de los hombres y de las mujeres empleados por él, ha hecho acaso más como bienhechor público al establecer en el condato de York el Banco de Peniques para los ahorros. Ya en 1852 estableció Mr. Akroyd un Banco de Ahorros para facilitar á sus obreros el depositar sumas desde un penique para arriba. Se vió que marchaba tan bien el asunto, y que tenía una influencia tan benéfica para hacer previsores á los individuos, que concibió la idea de extender sus operaciones en todo el distrito occidental del condado de York. Habiendo obtenido la cooperación de varios caballeros influyentes, se promovió el asunto en 1856 y se consiguió una Acta del Parlamento para constituir el Banco de Ahorros de Peniques del condado de York tal como existe en la actualidad.

Mr. Akroyd acaba de proporcionar una Introducción á la relación del Banco de Peniques del condado de York, del cual extractamos el siguiente pasaje:

«La manera como suelen penetrar en el espíritu de los hombres los pensamientos, ó las gestiones casuales, es cosa singular. Pueden ser producto de caprichosa fantasía ó pueden ser los murmullos de un origen más alto. A esta última causa me siento dispuesto á atribuir la idea que brilla á través de mi mente este año, de dar al público algo más que el solo boceto del caso, en el cual por espacio de algunos años han tomado muchos de ellos un caluroso interés personal.

«Sucedió de este modo. Estando en la ciudad, asistía de vez en cuando, durante la cuaresma, á los servicios divinos en la capilla de Witehall, con el propósito de oír un sermón de cuaresma predicado por uno de los capellanes de Su Majestad. Uno de los notables sermones de la serie fué pronunciado por el reverendo Carlos Kingsley, el 12 de marzo, en nombre de la Sociedad Suplementaria de señoras de la Sociedad de las Mujeres de la Misión Parroquial de Londres. En la reseña que el predicador hizo de esta excelente asociación, hizo mención de un libro titulado *Este y Oeste*, en el que están expuestos con claridad los beneficios obtenidos por los pobres de Londres de esta asociación, pero trató principalmente de la gran separación que divide al rico del pobre, una clase de otra, en Londres, y de los peligros que

»amagan á la sociedad por esta causa, como quedó demostrado recientemente en Francia. La impresión que me produjo el sermón fué tal, que antes que hubiesen pasado muchos días ya había comprado el *Este y Oeste* y había dado al libro una atenta lectura.

»Ya había observado y quedado sorprendido ante el triste contraste entre la vida brillante en medio del lujo de los que residen en el lado oeste de Londres, y la lucha por una existencia penosa y mísera que están obligados á sostener hasta que la muerte termina la escena, los amontonados pobres en el Este, ó que están en estrecha viviendas en otras partes. Cómo echar un puente sobre el ancho vacío que existía entre los dos lados de alta y baja sociedad, sin lastimar el respeto propio de ninguna de ellas, era la cuestión ardua, el problema que había que resolver. Sin embargo de la admirable introducción de esta obrita de la Condesa Spencer, resultaba que una dama de alto rango, y sus asociados de noble espíritu, en cierto modo habían resuelto el problema y echado el puente sobre el vacío.

»Esto me condujo á pensar que sería mucho más fácil cumplir con nuestros deberes para con nuestros vecinos, y realizar el propósito principal de la Sociedad de las mujeres de la Misión Parroquial, que consiste en *auxiliar á los pobres para que se auxilien á sí mismos*, en los pueblos de las provincias y el campo, donde todos nos conocemos personalmente, que no en Londres, donde no conocemos al vecino que vive en la casa de al lado. *Auxiliar á los pobres para que se auxilien á sí mismos*, es el principio cardinal de la Caja de Ahorros del condado de York.» (1)

El negocio de la Caja principió el 1.º de mayo de 1859. Al fin del año, cuando la Caja había estado siete meses en movimiento, ya habían sido establecidas veinticuatro sucursales. Siguió aumentando el número de sucursales y de imponentes y también las cantidades depositadas. En 1874, ya estaban establecidas como doscientas cincuenta sucursales, y la cantidad de depósitos casi se elevaba á cuatrocientas mil libras esterlinas.

La Caja de Ahorros del condado de York no choca con el

(1) *La Caja de Ahorros del condado de York*, reseña, con una introducción por Eduardo Akroíd, miembro del Parlamento.

Banco de Ahorros del Correo. Tiene un objeto especial, el de enseñar á los jóvenes de ambos sexos *el hábito del ahorro*. Es asimismo de utilidad para el trabajador adulto, como un receptáculo conveniente para sus ahorros. Muchos han sido inducidos á ahorrar, á consecuencia de que los Bancos han sido puestos casi á sus puertas. Uno de los rasgos más notables que se relacionan con la historia de las Cajas de Ahorros es la influencia simpática del ahorro de los niños sobre la falta de consideración é intemperancia de los padres. El hecho es digno de llamar la atención de los defensores de la templanza, quienes probablemente producirían un resultado mucho más práctico facilitando á los operarios el que ahorrasen su dinero y lo pusieran en las Cajas de Ahorros, que por medio de discursos pronunciados. Atended, como ejemplo, las siguientes observaciones de la relación de Mr. Akroyd:

Dice un secretario: «Todos los imponentes jóvenes parecen inclinados á cuidar de sus peniques depositándolos en el Banco, y las personas mayores se han convertido al mismo modo de pensar prefiriéndolo á llevar su dinero suelto á la taberna, ó gastarlo locamente. Algunos operarios de fábricas han ahorrado suficiente capital para comprar algunos animales y principiar sus trabajos agrícolas.»

Otro secretario dice: «Un padre de familia que dejó la bebida abochornado por los depósitos que hacían sus hijos, impone ahora media libra esterlina por semana en el Banco. Un hombre notoriamente malo, un minero de carbón, se hizo imponente regular para sí, como igualmente depositando dinero en nombre de su hijo, mientras que antes gastaba en bebidas todo su dinero sobrante. Desde la fecha en que principió á ahorrar, tuvo lugar en su conducta y su carácter una mejora notable. En otro caso indujeron dos muchachos á su padre, también minero de carbón, á que les permitiera depositar un chelín cada semana, hasta que hubiesen economizado lo bastante para comprarse cada uno de ellos un traje nuevo. Antes se gastaban todas sus ganancias en bebidas, tanto las del padre como las de los hijos.»

Un secretario de otra sucursal dice que ha visto á padres y á madres que habían sido aficionados á la embriaguez, enviar á sus hijos con dinero al Banco y añade: «Regocijose mi corazón cuando vi sacar su dinero á un muchacho, que en su vida había tenido un traje nuevo, y volver antes de

»dos horas bien vestido, para ocupar su puesto en la escuela
 »y ensayar el canto para el Viernes Santo. En la reunión de
 »la Banda de la Esperanza, el Viernes Santo, pregunté á los
 »padres y á los niños que manifestasen levantando sus manos
 »si el Banco había sido ó no benéfico para ellos; y entonces
 »se levantaron inmediatamente muchas manos, exclamando
 »una pobre madre: «¡Yo levanto mis dos manos por mis
 »dos chicos!»

«Un minero, padre de familia, corregido de la embriaguez,
 »ahorró su dinero en el Banco hasta que, con el auxilio de
 »un empréstito de una sociedad constructora, construyó dos
 »casas con un costo de cuatrocientas libras. El Banco ha sido
 »para muchas personas lo que la colmena para la abeja,
 »una especie de despensa; y cuando los días de invierno, de
 »enfermedad ó adversidad se vienen encima, tienen entonces
 »el Banco adonde acudir por socorro.»

Dice un misionero: «Hará como dos años que hallé á un
 »hombre y su mujer, ambos ebrios. Conseguí que firmasen la
 »promesa, y desde entonces que depositaran su dinero en
 »nuestro Banco. El prendero tenía la mayor parte de sus
 »cosas; pero me complazco en decir que han sacado del em-
 »peño todos sus artículos, y pueden traer cada semana un poco
 »de dinero al Banco; y cuando depositan el dinero, dice el
 »hombre que es mejor que llevarlo á la taberna. Su hogar
 »doméstico es ahora muy confortable.»

Una noche se presentó en el Banco un hombre embriaga-
 do, y arrojando un chelín para dar comienzo, dijo: «¡Vamos!
 »éste es el precio de seis cuartas de cerveza, pero les aseguro
 »á los taberneros que no han de volver á tener mi dinero
 »como antes.» Este hombre se ha hecho sobrio, y sigue siendo
 un imponente regular.

En otro Banco, cierto individuo que había sido un hom-
 bre abandonado y violento, fué inducido por su mujer á que
 depositase unos cuantos peniques en el Banco. Así lo hizo,
 y sus depósitos semanales aumentaron, mientras que á la vez
 disminuían sus visitas á la taberna. En el transcurso de un
 breve espacio de tiempo tenía á su favor una cantidad respe-
 table; y esto le indujo á tomar una acción. Después de segui-
 pagando por algún tiempo por estas acciones, compró un pe-
 dazo de terreno, y en él construyó dos casas. Una de ellas
 la ocupa él mismo, y la otra la alquila. Aparte de esto, es

ahora un negociante respetable, teniendo á dos ó tres jornaleros y un aprendiz que trabajan para él. Es sobrio y ordenado, y muy respetado por sus amigos y vecinos.

Podrían relatarse muchos otros casos de la misma especie. En un caso ahorró un muchacho lo suficiente para comprar á su padre un traje nuevo completo; aquél había derrochado todas sus ganancias en bebidas, habiéndose reducido asimismo y á su familia á la miseria; en otros casos, hay hijos ó hijas que sostienen á sus padres enfermos sin recurrir en busca de ayuda á la comisión parroquial. Algunos ahorran para una cosa, otros para otra. Algunos ahorran para emigrar, otros para comprar ropa, unos para comprar un reloj, pero en todos los casos es ejercitada la economía, hasta que el ahorrar se convierte en hábito.

Uno de los secretarios de la Caja de Ahorros del condado de York refiere la siguiente anécdota que dará una lección de perseverancia y de estímulo á los directores de las sucursales. «Mr. Smith fué uno de nuestros primeros directores, pero luego de asistir dos ó tres veces, nos dejó, diciendo que era *ocupación infantil*. Mi contestación fué que era *con niños con los que teníamos que hacer*. Pero algún tiempo después, me encontré y, en el curso de la conversación, díjele que algunas veces me quedaba *meditabundo*, y no sabía si estábamos haciendo algún bien, y me sentía dispuesto á abandonar la Caja; á lo cual me contestó con calor: «Por Dios, no debéis permitir que esa idea entre en vuestra cabeza; no os podéis imaginar el bien que estáis realizando; no tenemos un solo hombre en nuestro lugar que no sea imponente, ó algún miembro de su familia.» Agrega el secretario: «Si alguna vez desespera el coronel Akroyd, le doy la respuesta que precede.»

De ese modo han sido los Bancos de Ahorros un medio para hacer un inmenso bien. Han llevado al seno de millares de familias, la paz, la dicha y el bienestar. El ejemplo del señor Akroyd debiera ser imitado en todas partes, y no debiera existir un condado en el reino sin tener su sistema organizado de las Cajas de Ahorros.

CAPÍTULO XI

LOS CROSSLEY: PATRONES Y EMPLEADOS

(Continuación).

El sentido de disfrutar las riquezas, con el arte de disfrutarlas, y la virtud de hacer que otros participen de ellas.

POPE.

Mis goces no están confiados á una sola embarcación, ni tampoco en un solo sitio; ni mi hacienda descansa en la fortuna de este año solamente.

SHAKSPEARE.

El camino más áspero conduce en ocasiones á la más brillante fortuna.

FLANKLIN.

¿Quién puede hallar una mujer virtuosa? pues tiene más precio que los rubies. El corazón de su esposo confía seguro en ella, de modo que no necesitará de despojos... Ella busca lana y cáñamo y trabaja gustosa con sus manos... Ella puso sus manos sobre el huso, y sus manos sostienen la rueca. Extendió su mano hacia los pobres; sí, presentó sus manos á los necesitados... La fortaleza y el honor constituyen su ropaje; y ella gozará contenta en los tiempos venideros... Sus hijos se han puesto de pie y la han proclamado bienaventurada; su marido también se ha levantado y ha cantado sus alabanzas.—*Proverbios de Salomón.*

Existen algunos dueños de grandes establecimientos que se han esforzado en combinar el principio de la cooperación con el de la fabricación, y facilitar á los operarios que han contribuido á su pasada prosperidad la oportunidad de participar en sus futuros beneficios. El fin que se han propuesto estos patrones ha sido alejar el antagonismo entre el capital y el trabajo, y acrecentar el espíritu de contento entre los

obreros. Trabajadores que han ahorrado sus ganancias, y las han depositado en los Bancos de Ahorros, se hallan de este modo en condición de ser socios en los negocios en que antes han empleado su trabajo.

Los dos negocios principales de fábricas de Halifax, los de Diego Akroyd é hijo, y Juan Crossley é hijos, se han transformado de ese modo en compañías por acciones. Han sido convertidas así con el propósito primitivo de recibir la cooperación de los administradores, los obreros y otros asociados á ellos; y teniendo esa mira, les han dado los directores siempre la prioridad en la distribución de las acciones.

Nos hemos referido ya á la obra filantrópica llevada á cabo por Eduardo Akroyd en el condado de York. Ahora vamos á referirnos á la razón social Crossley é hijos, cuyas alfombras son conocidas en todo el mundo. Nos referimos á ellos con el mayor placer, por cuanto su historia contiene un episodio que tal vez añadirá algo al interés de este libro, que, por muy útil que sea, lo considerarán quizá algunos lectores algo pesado en su lectura.

El fundador de esta casa fué Juan Crossley. Era oriundo de una antigua familia del condado de York. Su abuelo, que vivía en la Cruz del Rey, cerca de Halifax, era hijo de padres respetables, y recibió una buena educación; con todo, no era muy afecto á los negocios. A la verdad, pasaba la mayor parte de su tiempo en montar á caballo y en cazar. Su mujer era, no obstante, de un carácter completamente diferente. Era laboriosa, enérgica y excelente administradora de su casa. No sólo se mantenía, sino también á su esposo y familia. Hacía esto por medio de una escuela de pupilos que tenía, una de las mejores de las cercanías de Halifax.

Uno de sus hijos, el padre de Juan Crossley, aprendió el oficio de tejedor de alfombras, con Mr. Webster, de Clay-Pils, con una de cuyas hijas se casó más tarde. El mismo Juan Crossley se hizo tejedor de alfombras con su tío, y cuando hubo terminado su aprendizaje, fué á tejer con M. Currer, gran fabricante de alfombras de Luddenden-Foot. Mientras estaba trabajando en esta fábrica, edificó su patrón una grande y hermosa casa para vivir en ella. Creyó que tenía ahorrado suficiente dinero para ello, pero las circunstancias demostraron que no era así. Mr. Currer dijo á su mayordomo que había llevado la cuenta del importe hasta que hubo gas-

tado cuatro mil libras esterlinas y que entonces se había disgustado tanto, que quemó el libro memorándum, aunque la casa no estaba aún terminada ni mucho menos. Añadió «que había hecho todo aquello por complacer á una mujer,» aludiendo á su esposa. Aunque Mr. Currer era un excelente hombre de negocios, era su mujer demasiado afecta á las apariencias, y la grande y hermosa casa en que había de habitar resultó ser la ruina de su marido. Murió él poco después que estuvo terminada, y entonces se desbarató todo su establecimiento.

Luego de dejar á Mr. Currer, pasó Juan Crossley á Halifax para tomar la administración de la fábrica de alfombras de Mr. Job Lee, de Lower George Yard, Halifax. Se puso á buscar una esposa, y la historia de sus amores es curiosa y asimismo interesante. Parece que los Crossley han tenido la buena fortuna de dar con excelentes mujeres, y la prosperidad de la familia se debe tanto á *las* Crossley, como á *los* Crossley.

Marta Crossley, la futura mujer de Juan Crossley, nació en Folly Hall, cerca de Ambler Thorn Bar. Su bisabuelo, Tomás Turner, era agricultor. Vivía en Upper Scout Hall, Shibden, y la alquería que habitaba, á la entrada del valle de Shibden, existe aún. El hijo mayor fué criado en el negocio del padre. El hijo menor, Abrahán, fué educado en la agricultura, el tejer y el cardar. Se casó y tuvo tres hijos: Abrahán, Tomás y Marta. Abrahán, el mayor, fué padre de la señora Marta Crossley, perteneciente á la familia Turner.

Abrahán fué educado asimismo para la agricultura y la fabricación, pero debe tenerse presente que en esos días giraban los negocios fabriles en una escala muchísimo menor que ahora. Luego formó sociedad con su hermano Tomás para hacer mercaderías de estambre, mas en seguida de su casamiento se disolvió la sociedad. Se hizo propietario de la alquería de Scout, y allí crió á su familia.

Aunque Abrahán Turner era dueño de bienes raíces, no creyó que fuese mengua permitir que su hija Marta fuera á servir á otra parte. Cuando tenía ésta quince años fué en clase de sirvienta á casa de la señorita Oldfield, en Warley. En ese servicio, hacía de pincha de cocina, y ordeñaba cuatro ó cinco vacas por tarde y por mañana. Permaneció unos diez años con la señorita Oldfield. Al principio ganaba quince pe-

niques semanales ; después de dos años le aumentaron su salario á dieciocho peniques ; y después de nueve años de servicio, llegó á seis guineas al año. Con todo, durante ese tiempo ahorró Marta Turner treinta libras esterlinas á fuerza de economía.

Juan Crossley, el fundador de la razón social de Crossley, y esposo de Marta Turner, fué en su origen tejedor de alfombras. Una noche, cuando trabajaba en el telar, se hallaba tomando su «traguito», y al querer dejar su botella, se le cayó y quebró. Al tratar de coger la botella, se hizo tan profunda cortadura en el brazo, que se creyó que se iba á desangrar. Ya no podía trabajar más en el telar, y andando ocioso con su brazo atado y en cabestrillo, le encontró su patrón Mr. Currer, y le dijo : «Juan, ¿ cree usted que podría recoger un telar, ya que ahora no puede tejer? » Respondió Juan que creía que sí. Hizo la prueba y se manifestó tan hábil, que su patrón no quiso ya que volviese al telar. Juan Crossley consideraba el accidente acaecido á su brazo como el momento decisivo de su vida.

Al mismo tiempo seguía en sus amores, aunque muy contra el gusto del orgulloso agricultor, el padre de Marta Turner. Declaró que jamás consentiría que su hija se casara con un tejedor, ni aunque fuese capataz de tejedores. Quizá es mejor que relatemos la historia de sus amores con las mismas palabra de Marta :

« Cuando fuí una tarde al portón, había parado allí un » joven que me preguntó si quería un galán. Yo respondí : Lo » que es yo, no. ; No quiero galanteadores ! Me entré en seguida » en la casa, y le dejé. Vi con frecuencia por allí al mismo jo- » ven, pero no le hablé sino años después. Su nombre era Juan » Crossley. Cuando mi patrona supo su propósito, hizo lo que » pudo para prevenirme contra él. Me contó que siendo niña, » había ido á una escuela de pupilas dirigida por una señora » Crossley, que el nombre de su esposo era Tomás Crossley, » abuelo de este mismo hombre que me andaba cortejando, » y que ella nunca había conocido un depravado más holga- » zán que ese. Siempre decía cuando le veía venir : « Ahí viene » otra vez el joven Crossley.

» Cierta día recibí de él una carta de amor, que ahora po- » dría repetir palabra por palabra. Tenía otros pretendientes, » pero ninguno era tan perseverante como Juan Crossley. In-

»sistía tenazmente para que lo aceptara. Finalmente, me mandó una carta para decirme que había una casa desocupada en Lower George Yard, inmediata á la fábrica que él administraba, y que era una verdadera suerte poder encontrar una tan á propósito. Yo le dije que iba á mi casa paterna para pasar allí el día 5 de noviembre, y que pasaría por ese camino y vería la casa, lo que puse en práctica. Cuando fui á mi casa pedí el consentimiento á mis padres. Por el momento no hicieron grandes objeciones, pero no habían pasado dos días de mi vuelta con la señorita Oldfield, cuando ya enviaron á mi hermana Gracia para decirme que no darían su consentimiento para el casamiento, y que si yo insistía en casarme con Juan Crossley, no volverían á mirarme á la cara.

»Apenas se fué mi hermana, me retiré á mi dormitorio en el estado más afligido, y abrí un libro que era el usado para prepararse á los sacramentos, y en la primera página en que lo abrí leí estas palabras: «Cuando tu padre y tu madre te abandonen, entonces te acogerás al SEÑOR.» Esto me alentó muchísimo. Sentía que en este asunto estaba el SEÑOR conmigo, y no podía dudar por más tiempo de cuál era el camino del deber... Me resolví á aceptar la oferta de Juan Crossley, y nos casamos el 28 de enero de 1800.»

El señor Crossley no hizo en su vida nada mejor que casarse con esta excelente y noble mujer. A partir de ese día fué ella su ayuda, su auxilio, su consuelo. Ayudó á su marido en todas sus luchas, y hasta cierto punto, era ella la columna de la familia Crossley.

Después de la muerte de Mr. Job Lee, cuya fábrica de alfombras había administrado, entró Juan Crossley en compañía con otras dos personas, para tomar el edificio y seguir el negocio. Habiendo ocurrido algunas diferencias entre los socios, abandonó la compañía, y tomó en arriendo la fábrica de Dean Clough, donde constituyó otra sociedad con su hermano Tomás y con Diego Travers. Allí hacían el negocio de tejidos de estambre. Al mismo tiempo continuaba Juan Crossley hilando y tiñendo el estambre y dirigiendo los telares de la razón social que había dejado. El teñido y el hilar para la antigua firma formaban una parte importante del negocio de la nueva. Ocurrió entonces una crisis. La antigua razón social retiró su trabajo: mandaban á otra parte para que

la lana fuese hilada, y teñido el estambre. Fué éste un golpe serio, mas se le resistió debidamente por medio de actividad, energía y economías extraordinarias, tomando la misma señora Crossley una gran parte en los trabajos y responsabilidades de su marido.

«Aparte de la fabricación de carpetas—ha dicho ella en la Memoria manuscrita de su vida,—teníamos la fabricación de *chalones* de raso liso, todo lo cual lo manejaba yo, en lo que era poner los urdimbres y tramas y recoger de los tejedores. En un tiempo tuvimos hasta ciento sesenta tejedores sobre estas mercancías. Vendíamos la parte principal de ellas en Londres. También teníamos unos cuatro telares haciendo tejidos de tirantes y cinturones. El producto de estos telares lo vendía en su mayor parte á los irlandeses, que los arreglaban en tirantes y los pregonaban por las calles y en el campo. También hacía y cosía todas las alfombras que vendíamos al por menor. Acostumbraba á levantarme para trabajar á las cuatro de la mañana, y siendo muy activa, ganaba generalmente dos chelines antes de almorzar, hora en que mis vecinos bajaban de sus dormitorios.»

La sociedad de Crossley, Travers y Crossley, duró veinte años. Cuando hubo transcurrido este tiempo, dividieron sus ganancias los socios; ascendían á cuatro mil doscientas libras esterlinas ó sean mil cuatrocientas para cada uno. No era ésta una suma muy grande para haber sido hecha en veinte años de trabajo constante; pero la fábrica de Dean Clugh no era entonces más que un negocio pequeño, y cada socio hacía su propia parte de trabajo manual en hilar, teñir y tejer. Dice la señora Crossley que «las mil cuatrocientas libras llegaron con mucha oportunidad.» A la verdad, sólo era un principio. Juan Crossley compró finalmente por completo la fábrica de Dean Clugh. Tenía una familia de ocho hijos á quienes debía atender, y empleó á sus hijos, en su mayor parte, en su mismo negocio. Ellos siguieron el ejemplo de sus padres, y se hicieron hombres económicos, útiles y honrados.

Ha notado Juan Crossley, fundador de la razón social, que en el curso de su vida era un observador penetrante de los hombres y de las cosas, muchos de los fracasos de sus vecinos debíanse, evidentemente, á la educación de sus hijos. Algunos padres eran tan severos con sus hijos, teniéndolos

tan constantemente en sus casas, y dejándoles ver tan poco de la sociedad en que vivían, que cuando fallecían los padres y los hijos se sentían libres de toda sujeción, salían al mundo como becerros, y hallaban todo completamente diferente de lo que esperaban. Vió el señor Crossley que esos jóvenes sin guía, eran aturcidos, perdidos, y se arruinaban. Luego observó el extremo opuesto, en que los padres consentían tanto á sus hijos, que llegaban á ser completamente inhábiles para soportar las penalidades del mundo, é iguales á los buques sin timón en medio del mar, muy pronto naufragaban en las costas de la vida.

Por eso se esforzó Mr. Crossley en tomar una dirección igualmente distante de los dos extremos, y dar á sus hijos tanto conocimiento y experiencia de la vida como fuese posible. Cuando estaba en su casa, siempre tenía junto á sí á uno de sus hijos; y cuando salía de su casa, siempre llevaba consigo uno de ellos. De ese modo adquirieron mucho conocimiento práctico de la vida, y sabían algo del bien y del mal en la sociedad; y cuando llegaron á tener más edad, estaban en mejores condiciones para sacar mejor provecho de sus propias facultades.

No es necesario seguir más adelante la historia de la familia Crossley. Juan Crossley murió en 1837, después de lo cual fué dirigida la casa por Juan, José y sir Francisco Crossley, Barón. El último representaba el distrito oriental del condado de York cuando ocurrió su muerte, hace pocos años. En 1857 compró un espléndido terreno que regaló á la Municipalidad de Halifax, para ser empleado como parque para el pueblo. En el discurso que pronunció con motivo de esta donación, dijo, entre otras cosas, que con frecuencia había discutido con su amigo el *Mayor* sobre la filosofía del dinero. «Recuerdo muy bien, añadió, una vez que tuve una discusión »con él sobre ese tema, siendo veinte años más joven de lo »que ahora soy, diciéndole que encontraba un gran vacío en »los medios de adquirir dinero, que muchos se afanaban por »aquello que creían que los iba á hacer felices, pero que era »como una burbuja sobre el agua; no bien se la cogía cuando »se deshacía... Si yo hubiera sido de noble alcurnia, dijo »luego, ó pudiera descubrir mi origen (como algunos en esta »sala) entre aquellos que vinieron con Guillermo el Conquistador, por muy sincero que pudiera ser, no podría haber

»sido bueno, hasta habría sido jactancioso haberse consagra-
 »do á tarea semejante. (1) Pero puesto que soy de humilde
 »cuna, quizá me sea permitido decir algo de aquellos que
 »deben participar del honor que se acumula sobre mí. Mi
 »madre era hija de un agricultor que vivía en su propiedad,
 »y aunque ésta no era muy extensa, había pertenecido á la
 »familia durante muchas generaciones. Su padre cometió el
 »mismo error que cometió Jacobo: Jacobo se inclinaba dema-
 »siado á José, y su padre se inclinaba demasiado á María.
 »Mi madre tenía diecisiete años, y era de genio vehemente.
 »Dijo que no se le hacía justicia en su casa y que estaba dis-
 »puesta á abrirse camino en el mundo, cualquiera que fuesen
 »las consecuencias. Salió de allí para ponerse á servir, contra
 »el deseo de su padre. Hoy me veo honrado con la presencia
 »de uno que descende de la familia que la ocupó como sir-
 »vienta: me refiero á Mr. Oldfield de Stock Lane, vicepresi-
 »dente del Directorio de Guardianes de Halifax. En ese ser-
 »vicio, y personalmente, desempeñaba los quehaceres de la
 »cocina, y además ordeñaba regularmente seis vacas por las
 »tardes y por las mañanas. Asimismo, cuidaba de la casa,
 »que estaba tan limpia como un pequeño palacio. Pero esto
 »no era suficiente para tener ocupadas sus activas manos.
 »Su señora tomaba lana en bruto ó lana cardada para hilar-
 »la, y ella podía hacer lo que difícilmente otra hubiera hecho
 »en Warley, hilaba esa lana en treinta y seis ovillos por cada
 »libra, y de esa manera ganaba muchas guineas para su se-
 »ñora, además de desempeñar todos sus otros quehaceres.» (2)

Sir Francisco prosiguió refiriendo la historia de su padre

(1) Los que *vinieron con Guillermo el Conquistador* no pertenecen á las más antiguas sino á las familias más modernas británicas. Son los ocupantes más modernos del suelo británico. Los anglos y los sajones, cuyas tierras repartieron entre sí los normandos, ocupaban la Bretaña muchos siglos antes de la llegada del Conquistador. En los remotos valles de los condados de York y de Lanca, todavía existe la antigua raza. Y así puede tener la familia Crossley una genealogía más dilatada; si tan sólo la pudieran descubrir aquellos que *vivieron con el Conquistador*, los últimos pueden investigar su origen porque su número es muy pequeño, sus propiedades muy grandes, y su introducción como propietarios ingleses relativamente muy reciente.

(2) En estos días de petulantes pretensiones, cuando hay personas ricas que frecuentemente se avergüenzan de sus padres y de sus abuelos, y que se esfuerzan vanamente para demostrar su antigua nobleza, fué honesto y viril de parte de sir Francisco Crossley, el acto de referir en público estos hechos, y participar con su madre el honor de conferir su espléndido regalo del *Parque del Pueblo* á los vecinos de Halifax.

(como la hemos dado más arriba según su propio manuscrito), hasta el momento en que tomó la fábrica de Dean Clough. «Mi madre, agregó, fué allí con su acostumbrada energía. »Al bajar al patio á las cuatro de la mañana, hizo este voto: »Si el SEÑOR nos bendice en este lugar, los pobres han de »disfrutar de ello.» Es á esta promesa, hecha con tanta fe, »y observada tan fielmente, á lo que yo atribuyo el gran éxi- »to que mi padre tuvo en los negocios. Mi madre siempre »trataba de ver cómo cumpliría mejor ese voto. En los días »que ya pasaron, cuando era cosa difícil dar ocupación á un »gran número de personas, dió el siguiente consejo á sus »hijos: «No vendáis vuestras mercancías por menos de lo »que cuestan, porque os arruinaríais sin provecho de nadie; »pero si podéis seguir adelante dando ocupación durante el »invierno, hacedlo, porque es una mala cosa para un obrero »tener que volver á su casa y oír llorar á sus hijos pidiendo »pan, cuando no tiene cómo poderse lo dar.»

Veamos ahora el modo como sir Francisco Crossley cumplió el voto de su madre. «El 10 de septiembre de 1855—dijo,— »dejé á Quebec temprano por la mañana, dirigiéndome á »las Montañas Blancas, en los Estados Unidos. Recuerdo »que pasaba por uno de los parajes más bellos que haya visto »en mi vida. Al llegar al *hotel*, en las Montañas Blancas, »salí solo para dar un paseo de tarde. Era un lindísimo sitio. »El sol descendía precisamente detrás del Monte Washing- »ton, en medio de todo el soberbio ropaje de una puesta de »sol americana. Sentía como si estuviese caminando con Dios. »¿Qué debo retribuir por todos los beneficios que EL me ha »otorgado? dije yo: SEÑOR, ¿qué queréis que haga? La con- »testación vino inmediatamente. Era esta: Es cierto que tú »no puedes traer los muchos miles que has dejado detrás de »ti en tu patria, para que vean esta bella escena, pero podrás »llevarles esta escena á ellos. Es posible arreglar de tal modo »el arte y la Naturaleza que puedan estar al alcance de cual- »quier operario de Halifax; que él pueda ir y dar su paseo »de la tarde allí, después que haya terminado la fatigosa ta- »rea del día. Bien, ¡parecióme una magnífica idea! Regresé »al *hotel*, y mi plegaria de aquella noche fué que pudiera »sentir por la mañana que mi pensamiento estaba justificado, »y que se conservara mi vida para ponerlo en práctica. Esa »noche dormí profundamente; cuando me desperté vi ratifi-

«cada mi impresión. El 10 de septiembre, cuando salí de
 »Quebec para las Montañas Blancas, no tenía más idea de
 »crear un parque que cualquiera de los que están presentes
 »aquí pueden tener la de construir una ciudad. El día en que
 »volví á mi casa, estaba tan convencido de que debía realizar
 »mi pensamiento, como lo estaba de mi propia existencia.
 »Y á partir de ese día hasta hoy no he cejado jamás en la
 »empresa, cualquiera que hayan sido las dificultades que pu-
 »dieran presentarse. Es para mí un día venturoso haber po-
 »dido ver el resultado de la inauguración del Parque del
 »Pueblo, que hoy tiene lugar.»

El Parque fué abierto para el público en agosto de 1857. (1)
 Tres años más tarde, se colocó en el Parque una hermosa es-
 tatura de sir Francisco Crossley (hecha por Mr. José Durham),
 de modo que todos los que lo visiten pueden ver la fisonomía
 del donante, mientras contemplan el espléndido regalo. El
 importe de la estatua fué costeadado por subscripción pública
 en la cual se unieron personas de todos los partidos políticos.
 La terminación de la estatua se demoró por la revolución
 de Italia, que colocó á Víctor Manuel en el trono de aquel
 país. Cuando los canteros de Carrara estaban extrayendo el
 trozo de mármol en que se había de esculpir la estatua, fueron
 excitados por los gritos de *Libertad*, unidos al nombre de
 Garibaldi, y abandonaron su trabajo para unirse á la bande-
 ra de ese caudillo victorioso. Al frente de la estatua se lee
 la siguiente inscripción: «Esta estatua de sir Francisco
 »Crossley, individuo del Parlamento por el distrito occidental
 »del condado de York, donante del Parque del Pueblo, fué
 »erigida el 14 de agosto de 1860, por los habitantes de Hali-
 »fax, su pueblo natal, como homenaje de gratitud y de res-
 »peto hacia aquel cuyos beneficios públicos y virtudes priva-
 »das merecen ser recordados.»

Mas el voto de Marta Crossley no estaba aún cumplido
 por completo: «Si el *Señor* nos bendice en este lugar, los po-
 bres han de disfrutar de ello.» Eso fué lo que prometió al en-
 trar su marido en posesión de la fábrica de Dean Clough ;

(1) El Parque se halla situado en el centro de la villa de Halifax, y cubre un espacio de terreno de doce acres y medio. Costó á sir Francisco Crossley treinta y cinco mil libras esterlinas, quien dió además á la Municipalidad seis mil trescientas libras esterlinas, para que fuesen dedicadas á su conservación.

y sus hijos han cumplido noblemente su promesa. En 1864 se convirtió en una compañía por acciones el vasto negocio de Juan Crossley é hijos, con todas sus fábricas, maquinarias, planta de edificios, almacenes, y todo el material, en Halifax, Hidderminster, Manchester y Londres. Se constituyó la compañía con el objeto primero de recibir la cooperación de todos los que estuvieran asociados en el negocio, y luego, de asegurar un espíritu de armonía, de bienestar material y la utilidad pecuniaria de los obreros, dependientes, administradores y demás interesados en el asunto. Para habilitar á los obreros á poder entrar en el negocio, se les prestó una gran cantidad de dinero con objeto de que tomaran acciones reversibles en la compañía; y los operarios las tomaron en mucha cantidad. Siempre se daba la preferencia á los administradores y á los obreros; y la cantidad de acciones pedidas por ellos fué invariablemente concedida por completo.

Los resultados de este sistema han probado ser en extremo satisfactorios; los directores informan que «ha sido alistada» completamente la activa resolución de todos aquellos que son «precisos para asegurar el éxito. Reclaman la originalidad» en su método de asegurar el interés directo de los empleados «y se alegran poder decir que el sistema ha realizado ampliamente sus más elevadas aspiraciones.» (1) Actualmente tienen los empleados acciones en la compañía, por valor de treinta mil libras esterlinas; y el Banco de depósitos, fundado exclusivamente para uso de los obreros, ¡contiene dineros ahorrados que ascienden á más de dieciséis mil libras esterlinas! ¡Y de esa manera ha sido cumplido amplia y noblemente el voto de Marta Crossley, de que los pobres gozarían de la prosperidad de Juan Crossley é hijos!

Una de las empresas cooperativas que más prometen, establecida por los patronos para beneficio de sus obreros, fué la de los señores Briggs é hijo, de las carboneras de Whritwod, cerca de Wakefield. Las carboneras fueron convertidas en 1865 en una compañía limitada. Los obreros de la carbonera fueron asociados en el negocio hasta el punto de que cuando las ganancias divisibles provenientes del negocio, en cualquier año, luego de señalar lo prudencial por la depreciación, ex-

(1) Informe de la Exposición Universal de París, 1867, vol. VI, páginas 119-141.

cedieran del diez por ciento sobre el capital invertido, todos los empleados por la compañía recibirían la mitad del exceso de esa ganancia como propina, para ser repartida entre ellos en proporción con lo que ganaran respectivamente durante el año. El propósito de los propietarios era dar fin á las huelgas, que en ocasiones habían puesto sus vidas en peligro, y también para ponerles en condición de vivir en mejores términos con sus operarios. Los mineros de carbón fueron invitados á hacerse accionistas, y de esa manera á tener interés en la prosperidad del negocio.

El proyecto fué recibido muy favorablemente por los amigos de la cooperación. Mr. Juan Stuart Mill anunció en sus «Principios de Economía Política» que «los señores Briggs »habían dado el *primer paso*; y que era sumamente honroso »por parte de aquellos que empleaban el trabajo, el haber iniciado un sistema tan beneficioso, tanto para el obrero empleado como para los intereses generales del progreso social.» Mr. Hughes, individuo del Parlamento, expresó su sorpresa después de haber visitado las carboneras, por el grande éxito obtenido en el primer año de haber explotado las carboneras como sociedad industrial. «Yo creo—dijo á los propietarios,—que al haber dado este paso habéis hecho una grande obra »para Inglaterra, y que será reconocida con agradecimiento »per el país antes de mucho tiempo.» Los promotores reclamaron también un premio de la Exposición Universal de París, por haber sido «los primeros patrones de Inglaterra que »ocupando un gran número de obreros, habían consentido que »todos sus operarios, ya fueran ó no accionistas con ellos, tuvieran participación en todos los dividendos de ganancias »que pasasen de un tanto por ciento determinado sobre el »capital empleado por la Compañía.»

Pocos años han pasado y ya ha dejado de existir esta sociedad industrial, que tanto prometió. No ha cesado por los patrones, sino por los obreros. Los dueños estaban satisfechos con las ganancias que se obtenían durante los recientes precios elevados del carbón, pero los operarios no estaban satisfechos con los salarios. Si ellos hubieran sido tan libres como los mineros de carbón de Gales, habrían insistido en ser pagados á precios más subidos, pero como ocurrió en Gales, habría sido ruinoso para los patrones. Al fin tuvo que ser aban-

donado el sistema de sociedad industrial, y los obreros trabajan ahora á sueldo en vez de hacerlo por la parte de ganancias. La verdad es que los mineros carboneros no estaban suficientemente educados para apreciar las ventajas de aquel sistema industrial. Aunque algunos de los operarios de Whitwood fueron alentados por el ahorro para edificar y amueblar casas propias, el mayor número de ellos malgastaron sus salarios en frivolidades, prodigalidad y disipación, durante la reciente época de abundancia.

Por varias casas ocupadas en el comercio del hierro se hizo también la prueba de aplicar los principios de la cooperación á sus respectivos negocios. Entre éstas estaban las firmas de Greening y C.^a, de Manchester, y Fox, Head y C.^a, de Middlesborough. Los experimentos fueron, en cierto modo, interrumpidos por la codicia ó la holgazanería de los mineros carboneros, quienes han destruido para algún tiempo el comercio del hierro. Los señores Greening y C.^a lo emprendieron con gran entusiasmo, y los resultados fueron muy favorables por lo que hace á los operarios. Nada podía haber sido mejor que el espíritu de buena voluntad y entusiasmo, que fué desplegado por muchos de ellos. Pero desgraciadamente se hicieron contratos por la administración, cuyos resultados fueron una serie de pérdidas, y el negocio acabó por una liquidación. Dice el señor Greening que «las Sociedades Distributivas han tenido hasta ahora mucho más éxito que las Sociedades Productoras;» pero espera que verá á estas últimas coronar el edificio haciendo que los obreros no sean sirvientes por más tiempo, sino consocios del capital.

La firma social de Fox, Head y C.^a también admitió á sus obreros como socios en las ganancias. Por algún tiempo habían sido muy molestados con las huelgas. Sus fábricas habían estado paradas una cuarta parte del tiempo que había transcurrido desde que empezaron á funcionar. En 1866 fué adoptado el sistema de la cooperación, después de concluir una larga huelga. Una de las condiciones de este negocio era que Fox, Head y C.^a no formarían parte de ninguna asociación de patrones, y que los obreros no pertenecerían á ninguna unión obrera. El propósito primordial era pagar á los operarios un dividendo conforme con las utilidades. Adoptaron el plan de los señores Briggs y C.^a, que consistía en dividir las ganancias que pasaran de diez por ciento, en dos

partes: una que correspondería á los capitalistas con sus utilidades, y la otra que sería repartida entre todos aquellos que hubiesen recibido sueldos ó salarios durante el año, en proporción con la cantidad recibida. Se facilitó también á los operarios la oportunidad de depositar sus ahorros en la casa, pero como en tres años no hubo más que un solo caso de que un obrero depositara sus ahorros, fué retirada esta cláusula.

• A consecuencia del estado precario del comercio del hierro, no hubo utilidades que repartir en los dos primeros años. A los obreros se les pagaba, no obstante, el salario corriente, y se les ahorró los gastos de las cuotas para las Ligas. El capital cooperativo que había sido establecido por los operarios, estaba en condiciones muy prósperas. El tercer año de la empresa cooperativa se distribuyó á los patrones y empleados un dividendo de dos y medio por ciento. Los operarios recibieron también un adelanto de cinco por ciento en salarios. En el cuarto año aumentaron un diez por ciento los salarios de los obreros, y esto quitó la nata de la leche. Con todo, sobre los sueldos y salarios recibidos por los empleados durante ese año, se pagó un dividendo de cuatro por ciento. En la asamblea que se efectuó para comunicar el resultado del negocio durante el año, dijo Mr. Head:

«No faltará quien crea que la tendencia de nuestra conducta ha sido demasiado sentimental. No creo en el hecho de hacer negocios basados en principios sentimentales. Pero sostengo que el mero hacer dinero no es el único fin de la existencia. Hemos estado asociados con muchos de vosotros durante algunos años, y no podemos dejar de sentir vivo interés por vosotros. Después de todo, la vida no es tan larga. Otros veinte ó treinta años nos verán á todos debajo de tierra, y habrá otros patrones y otros obreros que llevarán adelante los negocios en las fábricas del distrito de Newport. Sería realmente extraño que no tomásemos algún interés por aquellos con quienes estamos tan asociados. Por eso, y sin relajar en lo más mínimo la disciplina, ni sacrificando ningún principio puro del comercio, creemos nuestro deber como patrones, así como es vuestro deber de empleados, tener presente los intereses de cada uno, y hacer todo lo que cada uno de vosotros pueda realizar en la cooperación más sincera y vigorosa.»

La carestía del carbón empezó á hacerse sentir para los operarios en hierro. Los hornos eran apagados á veces por falta de carbón. Las causas principales de la mala provisión de carbón procedían de las menos horas de trabajo y de los mayores salarios. No obstante, en el año de 1871 se dió un dividendo de tres y un cuarto por ciento sobre los sueldos y salarios recibidos por los empleados. Los capitales cooperativos seguían siendo muy productivos, y muchos de los socios ahorraron considerables sumas de dinero. En el año siguiente se repartió un dividendo de tres y medio por ciento. Pero había dificultades en expectativa. Seguía la carestía del carbón. Los que empleaban trabajadores tuvieron reuniones para resistir á los sucesivos aumentos de los salarios y para frustrar las operaciones de las Ligas de obreros.

Mr. Head aconsejaba insistentemente á los obreros que se sostuvieran unidos: «Cesad de ser alucinados—les dijo— por estas Ligas de obreros. Economizad todo lo que podáis, y con vuestros ahorros proveed contra la época de enfermedad, día que es seguro que vendrá más ó menos tarde. Proveed para la ancianidad; leed buenos libros, ahora tenéis toda clase de oportunidades, con una biblioteca libre en el pueblo. Creed que otros desean ser honrados y rectos lo mismo que vosotros; y de cualquier manera os pediría que obrarais tan razonablemente, que fuerais tan rectos, tan sensatos como debe serlo todo operario inglés. Mostrad que podéis apreciar cuándo sois bien tratados, que podéis apreciar á aquellos que se molestan para poderos hacer bien, y tened cuidado, no sea que por falta de simpatías, hagáis que se retiren del comercio los mejores patrones, y sólo queden aquellos que son despóticos y tiranos. No sigáis á aquellos que únicamente están impulsados por el interés propio, ó por un ciego ímpetu, á quienes no se les da un bledo ponerlos en dificultades, con tal que ellos sean servidos en su fines egoístas. Esos hombres sólo son ciegos corifeos de los ciegos, y si los seguís, os veréis al fin abandonados, y hundidos sin esperanza y sin amparo en el abismo.»

De nada sirvió esto. Los salarios de los obreros subieron un veinte por ciento, y con eso concluyeron los dividendos. Signió la carestía del carbón. Los patrones, en vez de hacer ganancias, tenían inmensas pérdidas. El precio del hierro bajó. Las fábricas no trabajaron durante dos meses. El re-

sultado fué que la primera vez que volvieron á reunirse los patronos con los obreros en un *meeting* público, informó mister Waterhouse, director encargado de la revisión de cuentas, que «mientras que el total de ganancias del año ha excedido el gasto hecho en material, sueldos y gastos del negocio, no han bastado á cubrir toda la cantidad que debe tener según el plan cooperativo para los intereses sobre el capital, depreciación y reserva para las deudas incobrables, y que, en consecuencia, tenía el deber de declarar que por el presente no existía cantidad alguna para pagar como dividendo ni á los patronos ni á los empleados.» No se dió más informe en 1875, exceptuándose un anuncio en que se decía que no había dividendo, y que la casa ya no continuaría con el mismo sistema cooperativo. Mientras duró, habían recibido los empleados unas ocho mil libras esterlinas en dividendos.

Más tarde anunció sir José Whiworth su intención de dar á sus obreros un dividendo sobre sus ganancias, pero las bases de la división no han sido dadas á conocer todavía. Al saber los propósitos de sir José, le escribió el señor Carlyle la siguiente carta :

«¡ Pluguiera al Cielo que todos los capitanes de la industria de Inglaterra tuvieran en sí un alma como la vuestra ! » En este instante me parece muy animoso el aspecto de Inglaterra, poniéndose cada vez más anárquica la cuestión del capital y el trabajo, sin solución ninguna con las opiniones que hasta ahora se le han aplicado, siendo muy probable que un día surja en petróleo, á no ser que otro evangelio que el de la *Ciencia Aciaga* venga á iluminarla. Dos cosas me parecen ciertísimas. La primera es que el capital y el trabajo nunca querrán ó podrán convenirse entre sí hasta que en primer lugar se resuelvan ambos á hacer su labor íntegramente en todo y como hombres de conciencia y de honor cuya más elevada mira es conducirse como ciudadanos leales de este mundo, y obedecer á los eternos mandamientos del Dios Todopoderoso, que los ha hecho. La segunda cosa, es un asunto más triste todavía que el de la huelga del carbón, ó cualquiera otra huelga imaginable: es el hecho de que (hablando algo libremente) podemos decir que toda Inglaterra ha decidido que el modo más ventajoso es hacer el trabajo mal, con negligencia, á la ligera y fraudu-

»lentamente. ¡ Qué contraste entre el presente y unos cien años atrás! En esta última época se despertaba toda Inglaterra para ir á su trabajo, invocando al Eterno Creador para que los bendijera en su labor del día y que les ayudara á hacerla bien. Ahora, toda la Inglaterra, almaceneros, operarios, toda clase de trabajadores que compiten, se despiertan con una plegaria que no rezan pero que sienten, para Belcebú: ¡ Oh, gran Señor de Borrás, Adulteración y Maltrabajo, ayúdanos á trabajar con el máximo de engaño, de chapucería, ganancia y fraude, por amor del diablo! ¡ Amén! »

Por fortuna, no hay mucha verdad en esta carta, ni en la *plegaria sentida* al Señor de Borrás. El muy honorable Mr. Forster debe saber algo sobre el capital y el trabajo, y en un *meeting* reciente del *Cobden Club*, dijo « que á menudo se les decía que tenían una guerra en sus fronteras entre el trabajo y el capital, pero como persona que daba trabajo desde que había llegado á la virilidad, se limitaría á decir que nunca había conocido una época en que los patrones y sus empleados hubieran estado en mejores términos. »

El difunto sir Francisco Crossley observó que había en el continente mucho malestar insensato. Algunos sostenían que era malo para los operarios vender su trabajo al mejor precio, pero hay que tener presente que su trabajo es lo único que pueden vender, y lo mejor que se podía hacer era dejar que las cosas continuasen su curso natural. Era un gran error, de parte de los patrones, suponer que el trabajo evaluado más bajo era siempre el más barato. Si no hubiera tanto deseo en bajar el precio del trabajo y los patrones demostraran un espíritu más conciliador, habría menos huelgas y menos excesos también.

« ¡ Qué contraste entre el presente y unos cien años atrás! » Es cierto que existe un grandísimo contraste. Hace cien años no era Inglaterra un país fabril. Importábamos casi todo, excepto trigo, lana y lino. Importábamos la mayor parte del hierro que nos hacía falta de España, Suecia, Alemania y Rusia. Importábamos nuestra loza de Holanda, nuestros sombreros de Flandes, nuestras sedas de Francia, nuestros paños y alfombras de Bélgica. Nuestras fábricas de algodón de lana y de lino, nuestras manufacturas de máquinas, apenas se

podría decir que existían. El carbón se obtenía difícilmente, porque las minas de carbón no se podían conservar libres de agua.

Hace cien años, no podíamos construir una máquina de vapor, apenas podíamos construir un puente. Véd las iglesias edificadas hace cien años, y considerad las condiciones de nuestra arquitectura. Hace cien años, habíamos descendido á la más humilde condición como nación. No teníamos un puerto, no teníamos un astillero. El sistema más vasto de robo prevalecía en el río Támesis. En los caminos, tales como eran, pululaban los salteadores, y se cobraba la contribución *black-mail* (1) por los montañeses á los labradores de los valles, hasta mediados del siglo pasado.

Hace cien años, nuestros buques eran endebles, estaban tripulados por presos sacados de los pontones, ó por operarios tomados de leva de día claro en las calles. Cuando Jaime Watt se hallaba aprendiendo su oficio de fabricante de instrumentos en Londres, hará cien años, apenas si se atrevía á salir á paseo por temor de que lo cogieran por la fuerza y lo enviaran á la India ó á las plantaciones de América. Hace menos de cien años que eran esclavos los mineros de carbón y los salineros de Escocia. No hace cuarenta años trabajaban aún las mujeres y los niños en las minas de carbón. A buen seguro que no nos pondremos de rodillas y no hemos de abogar por la restauración de las cosas horribles que existían hace cien años.

Hace cien años, era tratada Holanda como país conquistado; y ahorcar y fusilar rebeldes era cosa frecuente. La escuadra del Norte se amotinó, y el motín fué sofocado con derramamiento de sangre y ejecuciones. Pueblos y ciudades abundaban en malhechores; y las diversiones brutales y el lenguaje soez existían en un grado espantoso. Los criminales eran ahorcados en Tyburn, cinco ó seis á la vez. Había horcas en todos los caminos que cruzaban el país. El pueblo era ignorantísimo y completamente abandonado. Dominaba el escepticismo y la irreligión hasta que Wesley y Whitfield se levantaron para protestar contra el formalismo y el ateísmo.

(1) *Black-mail*, cierta cantidad de dinero, trigo, ganado, ú otra cosa, que se pagaba antiguamente en Inglaterra y al sud de Escocia, á ciertos hombres que se hallaban unidos con los ladrones, para verse libres de todo pillaje.

Fueron apedreados con huevos podridos, palos y cascotes. Un predicador metodista fué expulsado á latigazos de Gloucester.

Hace cien años, estaba en muy bajo nivel la literatura. La prensa se hallaba en una condición miserable. ¡Guillermo Whitehad era poeta laureado! ¡Quién le conoce ahora? Gibbon no había escrito su *Decadencia y Caída*. Junio era el escritor popular. Se rendía culto en sus cartas á la corrupción política. Las clases superiores eran groseras, aficionadas á la embriaguez y de malos modales. Los medios principales para entrar en el Parlamento eran el cohecho y la corrupción en grande escala. Mr. Dowdeswell, miembro del Parlamento por el condado de Worcester, dijo en la Cámara de los Comunes: «Habéis expulsado á un individuo por causa de impiedad y »obscenidad. ¿Cuál es la media docena de miembros de esta »Cámara que alguna vez se reúnan en torno á una botella »para beber alegremente, y cuyo lenguaje sea completamente »libre de obscenidad, de impiedad ó de injuria contra el Go- »bierno?»

Aunque la embriaguez es ahora bastante común, hace cien años era muchísimo peor. El tablero de los taberneros anunciaba: «Aquí podéis embriagaros por un penique, ser borracho perdido por dos peniques, y tendréis paja limpia de »balde.» La embriaguez era juzgada como un vicio viril. Beber mucho era la moda de la época. Hombres que se bebían seis botellas abundaban. Hasta se conocían sacerdotes ebrios.

¿Cuáles eran las diversiones públicas del pueblo hace cien años? Consistían principalmente en combates de hombres, peleas de perros, peleas de gallos, combates entre perros y toros, sacadas de tejones, la picota, el azotar en público y las ejecuciones públicas. Mr. Wyndham justificó el rufianismo del Ring en su asiento en el Parlamento, y lo presentaba como una escuela en que los ingleses adquirían el empuje, el brío, y *el arte viril de la defensa propia*. Los combates de perros de presa contra los toros eran quizá más feroces que el pugilato por dinero, aunque Wyndham lo defendía como *calculado para estimular el noble valor de los ingleses*. El toro era atado á un poste en la plaza pública ó en la cancha de toros (todavía se conserva el nombre en muchos pueblos), y allí era acometido por los perros de la localidad. Con dificultad se puede concebir lo salvaje de esta diversión, las mutilaciones de los animales, las imprecaciones de la chusma, peor que las bes-

tias, la ferocidad y la embriaguez, la blasfemia y los indecibles horrores del espectáculo. El espíritu público de la época actual se subleva completamente ante tal brutalidad. Sin embargo, hace menos de cien años—el 24 de mayo de 1802,—que se perdió en la Cámara de los Comunes un proyecto de ley para la abolición de la lucha entre perros y toros, por sesenta y cuatro votos contra cincuenta y uno, sosteniendo Mr. Wyndham que las carreras de caballos y la caza eran más crueles que los combates entre toros y perros de presa ó el pugilato por dinero.

Hace cincuenta años que la picota era una de nuestras instituciones honradas de aquel tiempo, y los hombres y las mujeres solían ser expuestos allí por faltas ó delitos, que una sabia legislación se esforzaría en esconder ante el examen público. Las escenas repulsivas que se efectuaban entonces, cuando se reunían los hombres, mujeres y niños en tropel para arrojar toda clase de cosas á los culpables, eran tan repugnantes, que no se pueden describir. No menos impropios eran los azotes públicos que entonces se aplicaban á las mujeres en compañía de los criminales más viles. Las abominaciones y obscenidades públicas de los *buenos tiempos antiguos* podrían muy bien haber deshonrado á la época de Nerón.

Mas han desaparecido las luchas de toros y perros, las riñas de gallos y otras diversiones feroces. Hasta los cepos de las aldeas se han podrido. La embriaguez se ha hecho deshonrosa para todos. Los *buenos tiempos antiguos* se han ido, y esperamos que para no volver jamás. El obrero tiene ahora otros recursos además de la taberna. Hay exposiciones y parques públicos, buques de vapor y ferrocarriles, cafés y gabinetes de lectura, museos, jardines y conciertos baratos. En vez de las antiguas diversiones repulsivas, hay ahora una vida más sana y un espíritu más humano. En cien años hemos dejado atrás á muchas de nuestras tendencias salvajes. No somos un pueblo menos valiente, porque seamos menos brutal. Somos tan viriles, aunque menos toscos. Las maneras están más refinadas; sin embargo, como pueblo no hemos perdido nuestro empuje y nuestro brío, nuestra energía y nuestro sufrimiento. Nos respetamos más, y como nación hemos llegado á ser más respetados. Ahora pensamos con rubor de las costumbres de hace cien años.

Las cosas realizadas y de que Inglaterra tien sobrada ra-

zón de enorgullecerse, han sido llevadas á cabo durante los últimos cien años. Los esclavos ingleses han sido manumitidos, tanto en la madre patria como en las colonias. Las levas han sido suprimidas. El derecho de la representación parlamentaria se ha concedido á todas las clases del pueblo. Las leyes de Granos han sido abolidas. El comercio libre se ha establecido. Nuestros puertos están ahora abiertos á todo el mundo.

A más de esto, ¡véd todo lo que han realizado los inventores! Jaime Watt inventó la máquina de vapor, lo que en pocos años creó un gran número de industrias nuevas y dió ocupación á una multitud innumerable. Enrique Cort inventó el procedimiento de la descarbonización del hierro fundido, y puso á Inglaterra en condiciones de poderse bastar con su propio hierro, en vez de depender de países extranjeros y quizá hostiles. Todos los arsenales y puertos alrededor de la costa inglesa se han establecido durante el presente siglo. El buque de vapor, el ferrocarril y el telégrafo sólo han sido inventados y aplicados durante los últimos cincuenta años.

En lo que respecta al cargo hecho contra los operarios ingleses sobre el engaño, chapucería y fraude de su trabajo, es imposible que sea así. Nuestros puertos están libres y abiertos para todo el mundo, y si los franceses, alemanes, belgas ó americanos pudieran realizar un trabajo mejor que los ingleses, no solamente cesaríamos de exportar, sino que también perderíamos nuestro tráfico interior. El extranjero está en libertad de poder vender más barato que nosotros en nuestros propios mercados, si es que puede hacerlo.

Se estableció el comercio libre en la perfecta confianza de que los ingleses eran los obreros mejores y más honrados del mundo. Si alguna vez llegáramos á ser un pueblo chapucero en sus fabricaciones, es probable que sea abolido el comercio libre, y entonces impondremos contribuciones prohibitivas sobre las fabricaciones extranjeras. ¡Mas no es un hecho que cada año ve un aumento en la exportación de mercancías inglesas, que el trabajo inglés no es juzgado como el peor, sino el mejor, en los mercados del mundo, y que numerosos fabricantes extranjeros ponen una marca inglesa sobre sus productos para poder asegurar su venta?

Por medio de obreros ingleses y de herramientas y máquinas inglesas se han establecido las fábricas en el continente,

y, con todo, á pesar de su trabajo más barato, predominaríamos en los mercados extranjeros, á no ser por los derechos prohibitivos que los extranjeros imponen á las fabricaciones inglesas. Dice Mr. Brassey en un libro sobre *Trabajo y Salarios*: «Puede asegurarse que los ingleses no son superados como mecánicos prácticos. La presencia del ingeniero inglés, representante solitario del genio mecánico de su país, en medio de una tripulación extranjera, es un recuerdo familiar para todos aquellos que han viajado mucho en los vapores del Mediterráneo. Dice el cónsul Lever, que en el gran establecimiento de los Lloyds Austriacos, en Trieste, están empleados un número de ingenieros mecánicos ingleses, no solamente en los talleres, sino como ingenieros de navegación en la flota de la compañía. Aunque no existe dificultad para sustituir á estos individuos con suizos ó alemanes, con sueldos menores, han establecido completamente su superioridad, la uniforme exactitud de los ingleses, su inteligencia y su consumada maestría en todos los detalles de su arte y sus recursos en todo caso de apuro.» (1)

Los ingleses son asimismo los mejores mineros, los mejores fabricantes de herramientas, los mejores fabricantes de instrumentos, los mejores obreros para terraplenes, canales, etcétera, los mejores constructores de buques, y los mejores tejedores. Dice Mr. Brassey que durante la construcción del ferrocarril de París á Rouen, fueron empleados juntamente franceses, irlandeses é ingleses. En la misma cantera en Bonnières, recibían los franceses tres francos, los irlandeses cuatro y los ingleses seis, y se vió que estos últimos eran los obreros más ventajosos entre los tres. La superioridad del operario inglés sobre el de otras naciones ha sido igualmente notable do quiera que ha habido una oportunidad de emplearlos frente á frente.

No existe la menor duda respecto de la *prontitud* del trabajo de manos inglesas. Pero éste es uno de los méritos de la mecánica inglesa. Observa M. Julio Simón que hasta ahora había sido el trabajador manual una fuerza inteligente, mas por medio de la maquinaria ha sido convertido en un director inteligente de la fuerza. Por medio de la rapidez de la maquinaria inglesa y la inteligente prontitud de los obreros, es

(1) *Trabajos y Salarios*, pág. 114.

como su patrón obtiene una ganancia, y ellos mismos salarios tan elevados si se les compara con los operarios del continente. En Francia se emplea una persona para atender á catorce husos, en Rusia una para cada veintiocho, en Prusia una para treinta y siete, y en la Gran Bretaña una para setenta y cuatro husos. Por medio de la rapidez de nuestra maquinaria podemos traer el algodón de la India, trabajarlo en Manchester, volver el artículo manufacturado al lugar de donde fué sacado, y venderlo á un precio más bajo que la zaraza fabricada allí.

Mr. Chadwick refiere el hecho que sigue: «Una señora, esposa de un eminente fabricante de cotón, se le aproximó un día llena de contento, llevando en la mano un pedazo de muselina, presentándolo como producto de la India, que había adquirido en Londres, y mostrándoselo, le dijo que si él producía una manufactura como esa, haría algo realmente de valor en el arte de hilar. Lo examinó él, y vió que había sido fabricado en sus propios telares, cerca de Manchester, hechos exclusivamente para el mercado de la India, comprado allí y revendido en Inglaterra como excelente producto indio.» (1)

Un informe anual se envía al Gobierno por nuestros cónsules en el extranjero, referente al carácter y condición de las clases trabajadoras en la mayor parte del mundo civilizado. Mr. Walter, miembro del Parlamento, se refirió á uno de estos informes en una conferencia dada á una reunión de operarios. Decía así: «Hay una observación, en particular, que ocurre con lamentable frecuencia en todo el informe: que, con raras excepciones, parece que el operario extranjero no toma interés en su trabajo, ni (para usar una expresión significativa) que coloca su reputación en él. Un caso excepcional de esto se refiere de un país que en general constituye una honrosa excepción á esta regla desgraciada. La Suiza es un país célebre por su educación y sus relojes; sin embargo, el pasaje siguiente de la memoria pondrá de manifiesto que ni el saber ni la habilidad son suficientes sin la práctica de aquella cualidad más elevada de que he estado ocupándome.

(1) Conferencia sobre Economía y Comercio Libres, por Edwin Chadwick, C. B., en la Sociedad para el Adelanto de la Ciencia Social, en York, 1854.

«Como regla general—dice el informe,—son los obreros suyos competentes en sus distintos oficios, y tienen interés en su trabajo; porque, gracias á su educación superior, aprecian debidamente las ventajas pecuniarias para sus patrones, é indirectamente para ellos mismos, de adherirse estrictamente á esta manera de ser. Un caso que llama la atención sobre la inconveniencia de obrar de otra manera ha ocurrido últimamente en San Imier, en el Jura bernés, é hizo profunda impresión. En este distrito, ha tenido lugar durante varios años una gran decadencia en la calidad de los relojes que se fabricaban, debido á que los habitantes hallaban mucho más ventajoso aumentar la producción á costa de la perfección del trabajo, en vez de continuar con las reglas antiguas del negocio. Prosperaron más allá de toda previsión por bastante tiempo, pero al fin adquirieron tan mala fama sus relojes, que llegaron á ser invendibles, y el resultado ha sido una bancarrota general de casi todos los relojeros de ese distrito.»

No obstante, queda por decir una cosa de los obreros extranjeros en general. Aunque no trabajan tan firmemente como los ingleses, tienen mucho más cuidado con sus ganancias. Son extraordinariamente frugales y económicos. Los franceses son mucho más sobrios que los ingleses, y tienen mejores modales. Son en todos sentidos mucho más previsores que los obreros ingleses. Dice Mr. Brassey que cuando se dió principio á las obras del ferrocarril de París á Rouen, trataron de introducir los contratistas un sistema por el cual fueran pagados los obreros cada quince días; pero al poco tiempo de haber principiado este método, pidieron los franceses que el pago se les hiciera una vez al mes.

Mr. Reid, administrador director de la línea, dijo á la comisión de obreros de ferrocarriles de la Cámara de los Comunes, que un trabajador francés es una persona mucho más independiente que un inglés, y mucho más respetable. Expuso, en apoyo de su opinión, esta notable circunstancia, que, ínterin un trabajador francés deseaba ser pagado solamente una vez al mes el trabajador inglés quería ser pagado cada sábado por la noche, y al miércoles siguiente ya deseaba algo á cuenta del trabajo de la semana. *Nada puede ser mejor demostración*—dijo el señor Reid—*de la respetabilidad de un*

operario que el poder seguir sin su paga durante un mes (1).

Aunque el obrero francés no tiene nada que se parezca á las facilidades para ahorrar que tiene el inglés, asegura el *Journal des Debats*, que economiza diez veces más que su rival. En Francia no hay establecidos sino unos mil Bancos de Ahorros y sucursales, y no obstante esto, han depositado en ellos el año pasado dos millones de personas, pertenecientes á las clases más pobres, unos veintiocho millones de libras esterlinas. Mas el francés de la ciudad prefiere colocar su dinero en rentas del Gobierno, y el francés del campo prefiere colocarlo en tierras. No obstante, todos son económicos, ahorradores y frugales, porque están educados en la economía desde sus primeros años.

(1) Tomás Brassey, M. P., *Sobre Trabajo y Salarios*.

CAPITULO XII

GASTAR MÁS DE LO QUE SE PUEDE.

De ninguna manera contraigas deudas: toma tus medidas. Quien no puede vivir con veinte libras esterlinas al año, no lo puede con cuarenta; es un hombre dado á los placeres, una especie de cosa que en sí misma es demasiado cara.

JORGE HÉRBERT.

Mas, ¿qué dirá la señora Grundy?

Comedia antigua.

¿El sí ó el no, son, para el bien ó el mal, los gigantes de la vida?—JERROLD.

Cien años de pesares no pagarán un centavo de deuda.—*(Del francés).*

Quédense las apariencias para aquellas personas que pueden adquirirlas al contado con su dinero: pero estar obligado á contraer deudas por ellas, es lo suficiente para desgarrar el corazón de un ángel.—JERROLD.

La prodigalidad es el pecado que predomina en la sociedad moderna. No se halla confinada en las clases ricas y los capitalistas, sino que se extiende á las clases media y trabajadora.

Nunca ha existido antes un deseo tan ardiente de hacerse rico ó de parecerlo. Las personas ya no se satisfacen con las ganancias de un trabajo honrado, sino que tienen que aspirar á enriquecerse rápidamente, por medio de la especulación, del juego, de las apuestas, de las estafas ó trampeando.

El despilfarro general se ve en todas partes, y especialmente es característico en la vida de las capitales. Lo encontráis en las calles, en los parques, en las iglesias. La prodiga-

lidad en el vestir es solamente uno de sus signos. Hay prodigalidad general en la ostentación social. Las personas viven sobre un pie superior á sus recursos ; y los resultados se ven en las quiebras comerciales, en la lista de bancarrotas y en los tribunales, donde con tanta frecuencia son convictos los hombres de negocios de fraude y de falta de honradez.

Hay que guardar las apariencias. Los hombres han de *parecer* que son ricos. Los hipócritas pueden engañar á aquellos que están dispuestos á ser convencidos. Las personas tienen que vivir ahora de cierto modo, habitar hermosas casas, dar buenas comidas, beber buenos vinos y tener lujosos carruajes. Acaso no pueden realizar esto sino gastando más de lo que tienen, ó por falta de honradez. Todos admiraban la generosidad de Redpath y Robson ; pero ahora hay cientos, si no miles, de Redpath y de Robson.

Existe otra clase de personas, que no cometen fraudes, pero que son pródigas, aunque estén quizá próximas á llegar á ser fraudulentas. Viven gastando sus recursos, y á veces más allá de lo que tienen, pero consideran preciso asegurarse el *respeto* de otros. Al obrar así, sacrifican generalmente el propio respeto y la consideración de sí mismos. Consideran como la única prueba de respetabilidad y rango, sus vestidos, sus alojamientos, su modo de vivir y su observancia de la moda. Mantienen un exterior distinguido ante la mirada de la sociedad, aunque sea quizá completamente hipócrita y falso.

Mas no deben *aparecer* como pobres. Deben ocultar su pobreza á todo trance. Gastan su dinero antes de haberlo ganado, «deben al almacenero, al panadero, á la modista y al carnicero. Tienen que recibir convenientemente á sus *amigos* de buen tono, á costa de los mercaderes. Y con todo eso, cuando les sobrevienen las desgracias, y cuando sus deudas se han hecho agobiadoras, ¿qué es de los *amigos*? ; Huyen de allí y evitan al individuo que está entrampado hasta las orejas!»

No obstante, la pobreza está más que medio desarmada por aquellos que tienen el valor moral de decir: *No puedo soportar esos gastos*. Los amigos de los tiempos bonancibles de nada sirven, exceptuándose como una prueba de lo profundo de la abyección á que pueden descender los seres humanos. ¿Qué es una *relación de visita*? No es cosa capaz de elevar á uno en la vida social, ni aun en la comercial. El éxito estriba

principalmente en el carácter y la estimación general en que es tenida una persona. Y si se quiere realizar el intento de arrancar el premio del éxito antes que sea ganado, puede ser que ceda de pronto el apoyo medio conseguido, y el aspirante caerá, sin ser compadecido, en el boquiabierto dragón de la deuda.

La señora Grundy de la comedia, no es otra cosa que la personificación del convencionalismo de la sociedad. La costumbre, el hábito, la moda, lo que se usa y se necesita, todo está representado en ella. Tal vez sea una persona muy vulgar y común á todas partes, pero de todos modos es prodigioso su poder. La copiamos é imitamos en todas las cosas. Estamos pegados con alfiler á la pretina de su pollera. Obedecemos sus órdenes. Somos indolentes y complacientes, y tememos suscitar en ella una palabra de reconvención. El *¿qué dirá la señora Grundy?* sojuzga muchos impulsos nobles, é impide que se ejecuten muchos actos de abnegación propia.

No parece sino que exista una conspiración general, aunque inconsciente, contra la individualidad y virilidad de cada uno. Desanimamos la confianza propia y exigimos la conformidad. Cada uno tiene que ver según los ojos de otro y pensar con el cerebro ajeno. Somos idólatras de las costumbres y observancias, mirando hacia atrás, y no hacia adelante ó hacia arriba. Asegurados hacia abajo y retenidos por la ignorancia y la debilidad, tenemos miedo de encontrarnos solos, ó de pensar y obrar por nosotros mismos. Todo lo examina el convencionalismo. Tememos dar un paso en el aire libre del pensamiento y de la acción libre. Rehusamos guiarnos por nuestros propios instintos y vindicar nuestra libertad de espíritu. Nos contentamos con llevar la fruta de otro, y no la nuestra.

En los asuntos particulares es igualmente pernicioso el mismo espíritu. Vivimos según lo manda la sociedad, cada uno según el modelo de nuestra clase. Tenemos una reverencia supersticiosa por la costumbre. Nos vestimos, comemos y vivimos, conforme á la ley de la señora Grundy. Mientras hacemos esto somos *respectables*, según las nociones de clases. Así es cómo se precipitan muchos con los ojos abiertos sobre la miseria, sin tener otra excusa que el necio temor á la sociedad. Temen lo que otros podrán decir de ellos; y en

nueve casos sobre diez, aquellos que podrían levantar su voz para protestar, no son los discretos ó de grandes alcances, sino con más frecuencia los necios, los vanos y los que tienen cortos alcances.

Ha dicho sir Guillermo Temple, que «la raíz de toda inmoralidad es una preocupación del espíritu de los hombres para ser algo que no son y para tener algo que no tienen.» La afirmación es estrictamente cierta. Ha sido comprobada por la experiencia universal.

Guardar las apariencias es uno de los mayores males sociales del siglo. Obsérvase un esfuerzo general, más particularmente entre las clases medias y superiores, para aparentar ser algo que no son. Guardan las apariencias, viven una vida de fingimiento, y se esfuerzan por aparecer más de lo que son realmente.

La *respetabilidad* es uno de los fines principales. Considerada la respetabilidad en su verdadero sentido, es una cosa deseable. Ser respetado con fundamento, es un propósito que todo hombre y toda mujer deben tratar de conseguir. Pero la respetabilidad moderna consiste en las apariencias externas. Significa usar ropas finas, habitar hermosas casas y vivir con fausto. No atiende más que á lo de afuera, al ruido, la apariencia, la exterioridad. Escucha el ruido del oro en el bolsillo. El valer moral ó la bondad no forman parte de la respetabilidad moderna. Un hombre puede ser en estos días perfectamente *respetable*, y ser, no obstante, completamente despreciable.

Este hábito falso y desmoralizador, nace de la estima presuntuosa que nos formamos de dos cosas, bastante buenas cuando están en su lugar: el rango y la fortuna. Todos luchan por elevarse hasta una clase superior. El espíritu de casta se encuentra obrando tan sutilmente entre las filas de los más humildes como entre las de los más encumbrados. Había en Birmingham un club de operarios con faldones en sus vestidos y otro sin faldones: el uno tenía en menos al otro. Cobbett, tan feliz en sus apodos, llamó á su antagonista político, Mr. Sadler, *mercader de lienzos*. Pero el lencero tiene también una gran cantidad de personas que están debajo de él. El lencero desprecia al revendedor al por menor, el revendedor al por menor al mecánico, y el mecánico al jornalero. El sirviente con librea que exhibe sus pantorrillas detrás de

un barón, lleva su cabeza mucho más erguida que el sirviente con librea que sirve á un cervecero.

No importa la clase en que empezáis ; por baja que esté en la escala social, encontraréis que todo hombre tiene alguien que se halle más bajo que él. Entre las filas de las clases medias, está muy arraigada esta especie de exclusivismo. Cada círculo consideraría como una degradación tener relaciones con los miembros de un círculo que está más bajo que él. En las ciudades pequeñas y en las aldeas, hallaréis distintos corrillos que se conservan alejados unos de otros, despreciándose quizá mutuamente y muy á menudo dirigiéndose palabras groseras. Las ciudades en que hay catedral, generalmente tienen, cuando menos, seis de esas clases distintas, en las que, cada una, tiene su puesto más bajo que la otra.

Y en tanto que cada cual tiene su propio círculo exclusivo, en que está prohibido penetrar á cualquiera que pertenezca á otro círculo tenido por inferior, están al mismo tiempo haciendo esfuerzos para pasar por sobre la línea de límite social que ha sido marcada por aquellos que están más arriba que ellos. Están ansiosos de saltarla y obtener de ese modo admisión en un círculo aún más exclusivo que el suyo.

Existe igualmente una contienda desesperada por los asientos de primera fila, y son muchos los indignos subterfugios que se emplean para obtenerlos. ; Tenemos que poseer el homenaje de la sociedad ! Y para este fin tenemos que ser ricos, ó por lo menos *aparecer* que lo somos. De aquí las luchas por las modas y los usos, los esfuerzos que se realizan para tener las apariencias de la riqueza, el aparecer, el relumbrar y la ostentación de la vida de la clase media y de la superior, y de aquí, también, el abigarrado séquito de gustos desvirtuados y viciados de corazones pusilánimes é inteligencias decaídas, de atolondramiento, frivolidad y locura.

Una de las prácticas más desmoralizadoras de la cultura moderna es el sistema de las *grandes reuniones*. Las personas llenan sus casas con muchedumbres respetables, siguiendo así á la ridícula costumbre. Rousseau, no obstante las muchas aberraciones de su espíritu, dijo: « Prefiero tener mi casa demasiado chica para un día, que demasiado grande para todo el año. » La moda invierte por completo la máxima, y el daño doméstico suele principiar con frecuencia con una habitación grande y un arreglo adecuado. La desgracia

está en que jamás buscamos en nuestro nivel un modelo, sino siempre más arriba de él.

Mas la fructífera causa de la inmoralidad no se encuentra, sin embargo, tanto en el mero hecho de guardar las apariencias, como en los medios que se usan para hacerlo. Un individuo que ha asumido el estado de una clase, se expone á todos los peligros para conservarlo. Se considera que es un descenso en la sociedad, cercenar una superfluidad. El hombre aparentemente rico, que arrastra coche y bebe *champagne*, no quiere tolerar descender á un birlocho y á simple cerveza, y el hombre respetable, que tiene birlocho, consideraría una degradación tener que andar á pie ó en ómnibus, entre su casa-quinta y su oficina de la ciudad. Quieren mejor descender á la inmoralidad antes que perder el rango aparente; más bien se someterán á lo que no es honrado que ceder el aplauso fingido y el respeto vano de esa gran tonta: *la sociedad*.

Todos pueden recordar centenares de casos de hombres —*hombres respetables*— que, de un despilfarro han continuado en otro, malgastando de mala fe una riqueza que no era suya, para poder sostener una reputación social y darse importancia ante sus semejantes que los admiraban, concluyendo todo en un súbito descalabro, una espantosa caída, una completa bancarrota para ruina de miles de personas quizá. ¡ Han concluido con pagar un dividendo de seis peniques por libra! Verdaderamente, no es mucho decir, que cinco sextas partes del fraude y de las estafas que deshonoran las transacciones comerciales han tenido su origen en la moralidad enfermiza de *guardar las apariencias*.

Para ser *respetable*, en el sentido equivocado de la palabra, ¿qué no se sacrifica? La tranquilidad, la honradez, la verdad, la virtud: todo para guardar las apariencias. ¡ Tenemos que trampear y trabajar mucho y bajamente, que engañar y defraudar, para que *la sociedad* no vea más allá de nuestra máscara! ¡ Tenemos que atormentarnos y esclavizarnos, porque tenemos que lograr por fuerza el aplauso de *la sociedad*, ó por lo menos conseguir la buena opinión de *la sociedad*!

¡ Con cuánta frecuencia se puede achacar el suicidio á este falso sentimiento! Hombres vanos entregan mejor su vida que sus ideas sobre la respetabilidad de su clase. Prefieren cortar

el hilo de la vida antes que cortar la vida á la moda. Muy pocos suicidios se llevan á cabo por una necesidad verdadera. «Jamás oímos—dice Joel Barlow,—que un hombre cometa suicidio por falta de un pedazo de pan, pero sí con frecuencia por faltarle un coche.»

De este espíritu vil y miserable de clase y casta, son las mujeres sus víctimas particulares. Están criadas generalmente con erradas nociones de la vida, y se les enseña á apreciar los hombres y las cosas más bien por sus apariencias externas que por su valor intrínseco. Su educación se lleva á cabo principalmente con la pretensión de agradar y atraer la admiración de los demás, en vez de mejorar y desarrollar sus cualidades del espíritu y del corazón. Se les inculcan ideas de exclusivismo, moda y gentileza. Una posición respetable en la sociedad se les presenta como el punto adonde deben dirigir sus pasos. Ser criminal ó vicioso se les hace ver en realidad como cosas menos horribles que ser *vulgar*. Encastillada en el fuerte del exclusivismo, se tiene cautiva á la mujer para todos los cambios mezquinos y expedientes de lo convencional, la moda, el lucir, etc. La genuina benevolencia de su naturaleza se pervierte, su corazón se empequeñece, y los mismos orígenes más elevados de la felicidad, aquellos que consisten en una bondadosa simpatía con humanidad en todos los puestos de la vida, se les ciega como manantial y se les agota como fuente.

¿No es cierto que, en lo que se llama una *sociedad distinguida*, es considerado un exterior correcto casi como si fuera una virtud? ¿que el ser rico, ó tener las apariencias de la riqueza, es estimado como un mérito de un orden elevado, en tanto que el ser pobre, ó parecerlo, es semejante á una falta imperdonable? Aún más, llega á tanto la falta de sentimiento, ese espíritu de clase, que si una joven, que perteneciendo á una clase superior, se ve á causa de infortunios ó reveses de familia entregada á sus propios recursos, y que se esfuerza en ganar su pan honradamente por medio de sus honestas manos, pierde inmediatamente la casta y es expulsada virtualmente de la sociedad *respetable*. La resolución de ser independiente, la resolución más vigorizadora que puede posesionarse del espíritu humano, es batida en esos círculos como cosa degradante, y las que han sido criadas en la

influencia de la gente de tono se someterán á las privaciones más crueles, antes que tolerar la pérdida de la respetabilidad de su clase y de su casta.

Educada así, no es sorprendente que la mujer haya sido la cómplice del hombre para mantener alto la prodigalidad de la época. Entre las mujeres inglesas no ha existido jamás una ansia parecida por los vestidos y los adornos á la que existe ahora. Rivaliza con la época corrompida y estragada de Luis XV de Francia. Hay verdadero delirio por la moda. Las mujeres son estimadas por lo que usan y no por lo que son. La prodigalidad en el vestir, y casi la indecencia del traje, han ocupado el puesto de la sencilla belleza femenina. Wordsworth describió una vez *la mujer perfecta noblemente delineada*. ¿Dónde hallaréis ahora á la mujer perfecta? No ha de ser en la criatura con colorines y recargada de ropaje, retazos y parches, con cabello postizo, cejas postizas, todo, en fin, postizo. «Varios jornaleros de la Naturaleza lo han hecho bien, imitando á la humanidad abominablemente.»

El mal no se detiene en las clases pudientes. Desciende á aquellas que sólo tienen su sueldo para vivir. Desciende á las mujeres de los empleados subalternos y dependientes. También ellas se visten para tener respetabilidad. Gastan más de lo que sus recursos les permiten. Tienen que vivir en casas ó quintas bonitas y *dar reuniones*. Tienen que ver lo que pasa en los teatros. Cada centavo se gasta según se va ganando, y á veces más. El marido no asegura su vida, y la mujer contrae deudas. Si el hombre muriese mañana, dejaría en la miseria á su mujer y á sus hijos. El dinero que debiera haber ahorrado durante su vida de trabajo, es gastado en *la respetabilidad*; y si deja algunas cuantas libras esterlinas en pos de sí, son gastadas generalmente en hacer un entierro respetable al esposo pródigo.

«¿Ha sido pagado ese vestido?»—preguntó un esposo. — «No.» «¿Entonces te permites vestirme á costa de otro hombre!» Ninguna mujer está justificada si contrae deudas por un traje sin el conocimiento y consentimiento de su marido. Si lo hace, se viste á costa del tendero. Esta es una de las cosas que atormentan á un hombre que se esfuerza por conservar su cabeza fuera del agua; y á veces es bastante para hacer que su corazón se vuelva contra su mujer y contra sus des-

pilfarros. De este modo es como se gastan locamente las entradas, y la existencia se convierte en una escena de amargura y descontento. Esto es lo que acontece cuando el marido y la mujer son igualmente pródigos y despilfarradores.

Contrayendo deudas, ó permitiendo que vuestra mujer las contraiga, concedéis facultad á otra persona sobre vuestra libertad. No podéis atreveros á mirar á la cara á vuestro acreedor. Un fuerte golpe dado con el llamador en la puerta de la calle os causa miedo: será acaso el cartero que esté entregando una carta del abogado en la que se os pida que paguéis lo que debéis. No podéis pagarlo y dais una humillante disculpa. Inventáis algún pretexto por no poder pagar. Al fin sois conducidos á mentir indudablemente. Porque *la mentira anda montada sobre el lomo de la deuda*.

¡Qué locura la de contraer deudas por superfluidades! Compramos artículos finos, más finos de lo que podemos costear. Se nos ofrecen seis meses de pago, ¡doce meses de crédito! Es la tentación del mercader, y caemos en ella. Carecemos del valor necesario para vivir con lo que ganamos, y tenemos que vivir con las ganancias ajenas. Los romanos consideraban á sus sirvientes como sus enemigos. Uno casi podía considerar desde el mismo punto de vista á los mercaderes modernos. Fiando, insistiendo con nuestras esposas para que les compren ricos vestidos, les ponen ante sus ojos las mayores tentaciones. Las engañan y persuaden á contraer deudas á esposas de hombres que se hallan dispuestos á ser honrados, y después envían cuentas llenas de mentiras. Cargan precios más altos, y sus clientes los pagan; á veces les pagan doble, porque es imposible poder observar una confrontación regular sobre cuentas debidas durante mucho tiempo.

El consejo del profesor Newman es digno de ser tomado en cuenta: «Deseo de todo corazón—dice,—que las cuentas de tiendas fueran declaradas por la ley incobrables al cabo de cierto tiempo. El efecto sería que nadie podría comprar á crédito en un almacén, exceptuándose donde fuese bien conocido, y por sumas pequeñas. Todos los precios bajarían pagando al contado. El deshonesto sistema de los deudores de alto tono, que siempre pagan muy tarde, si es que pagan, y arrojan sus fallas sobre otros clientes en la forma de precios mayores, sería destruido instantáneamente. Los

»mercaderes se librarían de muchas aficciones que destruyen »la felicidad de miles de personas.» (1)

Existe un conocimiento profundo de la naturaleza humana en la plegaria: «Libranos de tentación.» Ningún hombre ni mujer ha resistido nunca á la tentación desde el momento que ha llegado á ser tentación. En las obras exteriores de los hábitos es donde debe estar la defensa. La mujer que duda en contraer una deuda en la que no debe incurrir, está perdida. El dependiente que mira con cariño el oro de su patrón, se lo apropia más tarde ó más temprano. Lo hace así cuando ya ha perdido el sentimiento que le hace mirarlo como cosa que no le pertenece. De ese modo constituyen una grandísima parte de la conducta moral de un hombre los hábitos que se insinúan en los miles de actos frívolos de la vida.

Contraer deudas es una gran causa de pesares. Poco importa lo que constituya la deuda, que sea por apuestas no liquidadas, por pérdidas de juego, ó por cuentas no pagadas de la modista y del tendero. Hombres que han sido bien criados, bien educados y puestos en camino de hacer dinero honradamente, están con frecuencia obligados á huir de él á causa de la prodigalidad, por guardar las apariencias, por hacer apuestas, por especulaciones y juego, y por la sociedad de los disolutos de ambos sexos.

El autor de este libro ha tenido mucho conocimiento práctico del modo cómo muchos jóvenes han sido desviados del sendero de obrar bien y encaminados hacia el del vicio y del crimen. En una ocasión fué falsificada su firma por un dependiente, para poderse procurar una cantidad de dinero para pagar deudas contraídas por él en una casa pública. El criminal había sido un joven de buena educación, de aptitudes más que medianas, bien emparentado y casado con una respetable señorita. Mas fueron olvidados todos sus parientes y amigos, la mujer, el hijo y todo, en su amor por la bebida y el juego. Fué condenado y sentenciado á varios años de prisión.

En otro caso, el delincuente era hijo de un sacerdote no conformista. Hurtó varios documentos de valor que convirtió en dinero. Huyó y fué buscado. Había hecho creer que se iba

(1) Conferencias sobre economía política pág. 255.

á Australia, via Southampton. Fueron registrados los vapores peninsulares y orientales, pero no se descubrió á persona alguna que correspondiera á su filiación. Transcurrió algún tiempo, cuando fué devuelto al Banco de Dublin uno de los billetes del Banco de Inglaterra que él se había llevado. Un policía secreto fué puesto en su busca, le encontró en la más baja compañía, fué conducido á Londres, juzgado y sentenciado á doce meses de prisión.

En otro caso, ocupaba el criminal una posición elevada en una compañía de ferrocarriles, tan elevada que de allí ascendió á gerente del Real Ferrocarril Sueco. Era una de esas personas harto numerosas que están ocupadas en mantener las apariencias, sin consideración á la honradez, la moralidad ó la virtud. Contrajo muchas deudas, como lo hacen esos individuos, y entonces se convirtió en bribón. Se hizo socio de ladrones de profesión. Sustrajo una llave de la oficina que estaba á su cargo, y se la dió á un ladrón muy conocido. Era ésta la llave de la caja de hierro en que se conducía por ferrocarril el oro y la plata de Londres á París. Se sacó en cera un molde de la llave, y se hizo una de hierro. Por medio de esta llave se llevó á cabo *el gran robo de oro*. Al cabo de algún tiempo fueron aprehendidos los ladrones, y aprehendida asimismo la persona que había robado la llave, la que mantenía las apariencias, entonces gerente del Real Ferrocarril Sueco, fué convicto y sentenciado por el Barón Martín, á destierro perpetuo.

El reverendo Juan Davis, difunto capellán de Newgate, publicó lo que sigue entre otras relaciones de la causa del crimen entre los jóvenes sentenciados, que habían llegado á su conocimiento:

«He conocido á un joven, hijo de un oficial de marina, que »había servido á su país con distinción, pero cuya prematura »muerte hizo que su viuda recibiera con agradecimiento un »empleo en uno de los departamentos del Gobierno para su »hijo, delicado de salud. Su sueldo lo entregaba fielmente á »su madre, y para él era un placer y una satisfacción alegrar »el corazón de ella con la idea de que la servía de ayuda. »Tenía ella otros hijos, dos niñas de corta edad. Su escasa »pensión y su sueldo hacían felices á todos. Pero sobre este »joven cayó la afición á los trajes. No tenía bastante fuerza »de voluntad para ver cuánto más bello en realidad es un

»espíritu puro, que un exterior lujosamente vestido. Encontraba placer en ayudar á su madre y hermanas, pero no encontraba igual placer en pensar que para hacerles esta amabilidad tenía que satisfacerse por algún tiempo con vestirse algo peor que sus compañeros de oficina; sus ropas podían aparecer un poquito usadas, mas eran como la mancha sobre el traje del soldado que provenía del cumplimiento del deber; no había señales de descuido indebido, la necesidad las había efectuado, y mientras manifestaban la necesidad, marcaban también el sendero del honor, y sin tales manchas hubiera sido descuidado el deber. Pero este joven no tenía estas grandes ideas. Se sentía avergonzado de su levita raída aunque limpia. Le mortificaba la ropa fina que brillaba como nueva, de los otros empleados... Quería presentarse más lujosamente. En un momento desgraciado mandó que le hiciera un traje completo un sastre de moda. Su empleo y relación le procuraron un corto crédito. Pero los negociantes tienen que ser pagados, y fué importunado una y otra vez para que pagara su cuenta. Para librarse de su acreedor robó una carta que contenía un billete de diez libras esterlinas. Su sastre fué pagado, pero la parte perjudicada conocía el número de su billete. Siguiósele la pista hasta el sastre, por él al ladrón, con los medios y oportunidades para robarlo, y á los pocos días fué desterrado. Su hermoso traje fué cambiado por el traje del presidiario. ¡Mucho más le hubiera valido haber llevado su traje, con las señales de un trabajo honrado sobre él.» El ha sido otro ejemplo de la intensa locura del amor á los trajes, que existe tanto en los jóvenes atolondrados como entre las jóvenes locuelas.

Cuando sir Carlos Napier abandonó la India, publicó una orden del día al ejército, en que reprendía á los oficiales por contraer deudas sin tener la certeza de poderlas pagar. El comandante en jefe vió que estaba sujeto á sufrir quejas contra oficiales por faltar éstos al pago de deudas, y en algunos casos vió que la ruina de negociantes meritorios y laboriosos había sido á consecuencia de esa causa. Reprendía con severidad este creciente vicio, por ser contrario al carácter de un caballero y una cosa degradante, porque autorizaba á aquellos que la practicaban á «agruparse con los infames, con los tramposos, y cuya sociedad contamina siempre.» Les recomendaba enérgicamente que se aferrasen al cumplimiento

de sus deberes, qué reprobasen los despilfarros de todas clases, y que practicasen una severa economía, porque «beber champagne que no se ha pagado y cerveza que no se ha pagado, y andar en caballos que no se han pagado, es ser un tramposo y no un caballero.»

La prodigalidad de estos jóvenes *caballeros* en la India no es en muchos conceptos sino la copia de la prodigalidad de nuestros jóvenes *caballeros* de Inglaterra. Las revelaciones de las prodigalidades en Oxford y en Cambridge señalan la escuela en que han adquirido sus costumbres. Muchos padres dignos han sido arruinados por los hijos á quienes habían enviado allí para que se convirtiesen en hombres doctos, pero que sólo han aprendido á ser *caballeros* en la acepción popular de la palabra. Ser *caballero* en esta época, es ser un tahir, carrerista de caballos, jugador, bailarín, cazador, un taimado bribón, ó todo eso á la vez. El *caballero* vive disipadamente, gasta disipadamente, bebe disipadamente, muere disipadamente. El antiguo carácter de caballero ha degenerado en un hombre *elegante* y disipado. La palabra *caballero* ha llegado á ser deshonrosa, y cuando se emplea ahora, significa más á menudo derrochador ocioso, que hombre lleno de perfecciones, virtuoso y trabajador.

Los jóvenes están perdiendo por completo la vergüenza por estar envueltos en deudas, y la inmoralidad se extiende por toda la sociedad. Los gustos se están haciendo más extravagantes y lujosos, sin que aumenten los recursos para poderlos satisfacer. Pero son satisfechos, sin embargo, y se contraen deudas, que pesan después como una muela de molino atada al cuello del que las contrae. Los hábitos de prodigalidad, una vez formados y alimentados, son muy difíciles de poderse abandonar. La existente inconsideración de contraer deudas sin tener la seguridad, y frecuentemente sin tener la intención de satisfacerlas, mina la moral pública, y esparce la desventura por todas las clases medias y superiores de la sociedad. Ha descendido el nivel moral, y ha de transcurrir mucho tiempo antes de que pueda ascender de nuevo.

Aquellos que pueden, debieran en el interior, poner mala cara á todo gasto donde no haya bastantes medios que lo justifiquen. El plan más seguro es no dejar subir una cuenta y no contraer una deuda, y si uno se ha endeudado ya, salir de ello tan pronto como sea posible. Un hombre endeudado

no es dueño de sí mismo, está á discreción del negociante que le ocupa. Es blanco de los abogados, la comidilla de los acreedores, el escándalo de sus vecinos; es un esclavo en su propia casa; su carácter moral se rebaja y se mancha, y hasta su servicio y su familia le miran con lástima próxima al desprecio.

Montaigne ha dicho: «Siempre experimento placer en pagar mis deudas, porque descargo mis espaldas de una pesada carga y una imagen de la esclavitud.» Bien pudo llamar Johnson á la economía la madre de la libertad. Ningún hombre que contrae deudas puede ser libre. El efecto inevitable de la deuda no es únicamente perjudicar la independencia personal, sino que á la larga, inflige la degradación moral. Los hombres de principios honrados deben sentir repugnancia en pedir prestado dinero de personas á quienes no se lo pueden volver á pagar, disgustados con beber vino, usar ropa, y mantener las apariencias, con el dinero ajeno. El Conde Dorset, como muchos otros nobles jóvenes, se llenó de deudas, y pidió dinero en hipoteca sobre sus propiedades. Fué curado de su prodigalidad por la impertinencia de un regidor de la ciudad, el cual rondaba su antecámara con objeto de importunarle por su deuda. Desde ese día resolvió el Conde «economizar para librarse por siempre de ser deudor,» y fué fiel á su palabra.

Que todo hombre tenga la energía de mirar á la cara á sus negocios, que lleve una cuenta de sus partidas de entradas y salidas, no importa lo larga ó negra que sea la lista. Debe saber cómo está día por día, para poder ver cara á cara la sociedad. Que informe también á su esposa, si es casado, cómo se halla con el mundo. Si su esposa es una mujer prudente, le ayudará á economizar sus gastos, y le pondrá en estado de vivir honrosa y honestamente. Ninguna mujer buena consentirá nunca en llevar vestidos y dar comidas que no pertenecen á ella, sino á sus proveedores.

El conocimiento de la aritmética es absolutamente preciso á aquellos que quieran vivir sin salirse de sus recursos. Las mujeres son en particular ignorantes de la aritmética; apenas si se las enseña los elementos más sencillos, porque las maestras juzgan inútil este ramo del saber. Prefieren enseñar idiomas, música, modales y usos ó costumbres sociales. Todo esto podrá ser muy importante, pero las primeras cuatro re-

glas de aritmética son mejores que todo. ¿Cómo pueden comparar sus gastos con sus ingresos, sin saber sumar ni restar? ¿Cómo pueden saber con precisión lo que deben gastar en alquiler, ó vestidos, ó alimentos, ó por servicio, si es que no conocen el valor de los números? ¿Cómo podrán comprobar las cuentas de sus proveedores ó de sus sirvientes? Esta falta de conocimiento de la aritmética es la causa, no solamente de gran desperdicio, sino de gran indigencia. Muchas familias de buena posición han descendido á las privaciones por efecto de su ignorancia de este ramo del saber.

Los jóvenes se suelen precipitar en el casamiento sin reflexionar. Un joven encuentra una cara bonita en un baile, le agrada, baila con ella, *flirtea* con ella, y se va á su casa á soñar con ella. Al fin se enamora, la festeja, se casa, y entonces se lleva á su casa á la cara bonita, y empieza á saber algo más sobre ello. Todo ha sido hasta entonces *muy precioso*. Fué encantadora la cara, llena de gracia, de sencillez y de belleza. Ahora tiene que entrar en otra esfera de la vida. Tiene que ser vista de mucho más cerca; tiene que ser vista todos los días, y tiene que principiar á cuidar la casa.

La mayor parte de las personas que se casan necesitan algún tiempo para establecerse juntos tranquilamente. Hasta aquellas cuya vida de casados ha sido de las más venturosas, llegan á la tranquilidad y al reposo á través de un período de pequeñas luchas y decaimientos. El marido no suele encontrar de pronto su lugar, ni la mujer el suyo. Una de las mujeres más dichosas que conocemos nos ha dicho que el primer año de su vida de matrimonio fué el más incómodo de todos. Tenía tanto que aprender, tenía tanto miedo de equivocarse, y aun no había encontrado su posición conveniente. Pero buscando su camino, no hallarán difícil las naturalezas amantes y bondadosas, establecerse al fin los dos cómoda y tranquilamente.

No ocurrió así con el supuesto joven y su *cara bonita*. Ambos entraron en la nueva existencia sin reflexionar, ó quizá con expectativas exageradas de no contrariada felicidad. No podían sufrir la acostumbrada mutación de amantes que pasan á la categoría de marido y mujer, ni estaban preparados para las pequeñas quimeras y conmociones del genio individual, y ambos se sintieron desengañados. Sobrevino una relajación de las pequeñas atenciones que son tan prevas

¡ encantadoras para los amantes. Entonces encontró alivio en las lágrimas la cara bonita, cuando fué desatendida. Nada existe que canse más pronto al hombre, especialmente cuando las lágrimas son á causa de nimiedades. Las lágrimas no causan simpatía en esos casos, sino más bien originan repulsión. Ocasionan la acritud, tanto de una parte como de la otra. Las lágrimas son armas peligrosas para jugar con ellas. Si en lugar de ellas emplearan las mujeres la bondad y la alegría, ¡ cuán infinitamente más felices serían! Muchas son las vidas que llegan á ser tristes y míseras por hallar cierto placer en enfados y excesivos cuidados, hasta que el carácter queda estampado indeleblemente, y el goce razonable de la vida llega á ser casi una imposibilidad moral.

Es cierto que son dotes admirables las cualidades mentales en la vida doméstica. Pero aunque sorprendan y encanten, no despertarán amor y afecto en nada que se parezca en igual extensión como lo logra un corazón afectuoso y feliz. No duran ni la mitad, y no agradan ni la mitad. Y sin embargo, ¡ cuán poco trabajo se toman en cultivar la bella cualidad del buen genio y una índole feliz! ¡ Y con cuánta frecuencia es amargada una vida que de otro modo podía haber sido feliz, por estimular los hábitos enfadosos y enojadizos, tan completamente destructivos de todo aquello que puede constituir el bienestar social y doméstico! ¡ Cuántas veces no hemos visto hombres y mujeres sentarse en rueda como si tuvieran espinas, de modo que nadie se atreviera á aproximarse á ellos por temor de salir arañado! Por no dominar en ocasiones un poco de mal genio, se ocasiona en la sociedad una cantidad de malestar que es realmente espantosa. Así se trueca el goce en amargura, y la vida se torna semejante á una jornada hecha á pies descalzos, entre abrojos, espinas y varzas.

En el caso que hemos citado, muy luego quedó olvidada a *cara bonita*. Pero como el joven no había tratado sino simplemente por la *cara*—porque fué á eso á lo que pagó sus atenciones,—lo que había prometido amar, honrar y proteger, —cuando cesó de ser bonita, comenzó á notar que había cometido un error. Y si el hogar no se hace agradable, si el hombre recién casado encuentra que su casa no es más que una casa de huéspedes como cualquiera otra, se ausentará de ella gradualmente. Pasará fuera las noches, y se consolará con ci-

garros, naipes, política, el teatro y el club ó las bebidas, y la pobrecilla *cara bonita* tendrá cada día más desconsuelo, desesperación y desventura.

Tal vez tengan hijos; pero ni el esposo ni la mujer saben mucho con respecto á la manera de criarlos ó conservarlos sanos. Son considerados como juguetes cuando criaturas, muñecos cuando niños y galopines cuando jóvenes. Apenas si existe una hora tranquila, feliz é íntima en la existencia de semejante pareja desgraciada. Donde no hay bienestar en el hogar, sólo existe una sucesión de pequeñas miserias que hay que soportar. Donde no hay contento, ninguna disposición para complacer, para agradar, para simpatizar mutuamente. desaparece gradualmente el afecto por ambas partes.

Dícese que *cuando la pobreza entra por la puerta, huye el amor por la ventana*. Pero no es solamente de la casa del hombre pobre de donde huye el amor. Huye casi con la misma frecuencia de las casas de los ricos donde haya una carencia de corazones amantes y placenteros. Este pequeño hogar pudo muy bien haber sido muy cómodo, sin tener ninguna traza de necesidades, las habitaciones bien amuebladas prevaleciendo el aseo, la mesa bien provista, el fuego ardiendo brillantemente, y, sin embargo, carecer de alegría. Faltaban allí los semblantes felices, radiantes de contento y de buen humor. El bienestar físico, después de todo, no forma más que una parte pequeña de la dicha de un hogar feliz. Como en todos los demás asuntos de la vida, es el estado moral lo que determina la felicidad ó el infortunio de la condición humana. La mayor parte de los jóvenes piensan muy poco en las consecuencias que siguen al casamiento. Poco piensan en la gravedad del paso que van á dar. Dan al olvido que cuando se ha contraído la obligación, no hay retirada. El nudo no puede ser desatado. Si se ha cometido un error irreflexivo, han de seguir irremediablemente las consecuencias. Es vulgar la máxima de que *el matrimonio es una lotería*. Podrá ser así si abjuramos la enseñanza de la prudencia, si rehusamos examinar, averiguar y pensar, si estamos satisfechos con elegir un esposo ó una esposa con menos reflexión que la que empleamos para tomar un sirviente á quien podemos despedir cualquier día, si únicamente miramos los atractivos de un rostro, de las formas ó del bolsillo, y cedemos al impulso del momento ó á la insaciable avaricia, entonces, en esos casos, se asemeja á una

lotería el matrimonio, en que podréis sacar el premio, aunque hay cien probabilidades contra una de que sólo sacaréis un número en blanco.

Pero negamos que el matrimonio tenga que parecerse forzosamente á la lotería. Cuando las niñas son enseñadas á amar discretamente, y á saber qué cualidades han de estimar en un compañero para su existencia, en vez de dejarlas que recojan sus informes sobre el asunto de las personificaciones ficticias y generalmente falsas que les dan las novelas, y cuando los jóvenes se habitúen á pensar sobre las virtudes, gracias y aptitudes sólidas necesarias á un esposo con quien han de pasar sus días, y de cuya índole y buen sentido ha de depender toda la dicha de su hogar, se verá entonces que hay muy poco de lotería en el matrimonio, y que cual un asunto de comercio ó de la vida, cosechará las casi seguras consecuencias en un porvenir feliz y próspero el hombre ó la mujer que juzga y obra con prudencia, con acertada previsión y criterio. Es verdad que podría cometerse errores, y que los habrá como en todas las cosas humanas; pero en nada igual al enorme error de aquellos que juegan su felicidad en la suerte de una lotería.

Otro punto grave es poder decir *No* en las ocasiones propias. Cuando los halagos os impulsen al mal, ú os asalte la tentación, decid *No* en el acto, resuelta y determinadamente. *No, no puedo hacerlo*. Muchos no tienen el valor moral de adoptar este sistema. Sólo tienen presente su egoísta satisfacción propia. Son incapaces de practicar el desprendimiento. Condescienden, ceden, y *se divierten*. El final es á menudo el desfalco, el fraude y la ruina. ¿Cuál es el parecer de la sociedad en tales casos? «El hombre ha gastado más de lo que sus medios se lo permitían.» De aquellos que han sido obsequiados por él, no habrá uno que se lo agradezca, ni uno le compadecerá, ni uno solo le auxiliará.

Todos conocen al hombre que no podía decir que *No*. Era el amigo de todo el mundo menos de sí mismo. Su peor enemigo era él mismo. Gastó rápidamente sus recursos, y entonces recurrió á sus amigos por letras y fianzas y *con promesas de pagar*. Después de haber gastado su última guinea, murió en olor de inofensiva estupidez y demencia.

Su conducta en la vida parecía ser dirigida por la máxima de hacer para cualquiera lo que cualquiera le pidiese.

Que fuese á causa de que su corazón latía correspondiendo á todo otro corazón, ó que no quería desagradar, no se ha podido averiguar; pero lo que hay de cierto, es que rara vez fué solicitado para firmar un pedido, prometer un voto, prestar dinero, ó girar una letra, que no accediese á ello. No podía decir que *No*, y había muchos que le conocían bien, que aseguraban que no tenía ese valor moral.

Su padre le había dejado una bonita fortuna, y en el acto fué asediado por personas que ansiaban tener su participación en ella. Había llegado el momento de decir que *No*, si hubiese podido, pero no pudo. Su hábito de ceder se había formado; no le agradaba ser molestado, no sabía negarse, no podía soportar la importunidad, y casi invariablemente cedía á los pedidos que se hacían á su bolsillo. Mientras duraba su dinero, no tenían fin sus amigos. Era un árbitro universal, el fiador de todo el mundo. «Firmadme este pedacito de papel, era el pedido que á menudo se le hacía por los amigos íntimos.» ¿Qué es? preguntaba con dulzura; ¡ porque, con toda su ingenuidad, se jactaba de ser precavido! No obstante, jamás rehusaba. Tres meses después, había una letra protestada por una fuerte suma, y ¿á quién le había de tocar pagarla sino al amigo de todo el mundo, el hombre que no podía decir que *No*?

Por último, un cervecero, por quien había prestado fianza, persona con quien no tenía más relación que el saludo, paró de pronto en su negocio, arruinado por importantes especulaciones en fondos y acciones; y el individuo que no podía decir que *No* fué llamado para pagar los crecidos derechos que se debían á la Corona. Fué un golpe rudo, y lo redujo á la indigencia. Mas nunca llegó á ser prudente. Era un poste contra el cual venía á restregarse todo individuo necesitado; espita de la que cualquiera alma sedienta podía beber; pedazo de tocino, al cual pegaba un mordisco todo perro hambriento; un asno, sobre el cual daba un trote todo bribón necesitado; molino, que molía el trigo de todos menos el suyo; en una palabra, un sujeto bonachón, que por nada de esta vida podía decir que *No*.

Es de gran importancia para la tranquilidad y para el bienestar de un hombre el que pueda decir *No* en el momento oportuno. Muchos han sido arruinados porque no pueden

ó no quieren decirlo. El vicio penetra á veces en nosotros, porque no podemos reunir suficiente valor para decir que *No*. Con demasiada frecuencia nos ofrecemos como sacrificios voluntarios á la moda de la sociedad, porque no tenemos la honradez de pronunciar esa palabra. El duelista no se atreve á decir que *No*, porque quedaría en mal concepto. La beldad duda en decirla, cuando un imbécil rico le ofrece su mano, porque se ha resuelto en su ambición á *establecerse bien*. El cortesano no la quiere decir, porque tiene que sonreír y prometer á todos.

Cuando el placer incita con sus seducciones, tened el valor de decir que *No* en el acto. El pequeño monitor que tenéis interiormente ha de aprobaros la resolución; y la virtud será fortalecida por ese acto. Cuando convida la disipación, y ofrece sus placeres secretos, decid *No* con energía. Si no lo hacéis, si consentís, y sucumbís, huirá de vos la virtud, y vuestra confianza propia habrá recibido un golpe fatal. La primera vez costará quizá algún esfuerzo, mas la fortaleza crece en el hábito. El único medio de hacer frente á las tentaciones de la ociosidad, de los goces propios, de la locura, de las malas costumbres, es salirles al encuentro con un *No* lleno de indignación. Existe una verdad, una gran virtud, en un *No* cuando es pronunciado en el momento oportuno.

Un hombre puede vivir gastando más de sus recursos hasta que nada le reste. Puede morir endeudado, y sin embargo, no lo suelta la *sociedad* hasta que está depositado en la tumba. Debe ser enterrado como la *sociedad* es enterrada. Tiene que tener un entierro *elegante y distinguido*. Hasta el fin tiene que justificar el poder de la *señora Grundy*. Por complacerla se alquilan las mantas, los crespones de los sombreros, coches fúnebres, féretros dorados y procesiones de mudos. Y no obstante, ¡cuán indigna y despilfarrada es la mojiganga de la aflicción del empresario de coches fúnebres y entierros y el fingido dolor de los empleados por los empresarios, que están pagados para la ostentación del día!

No es en las clases ricas elevadas donde se sienten tanto los males de esta mojiganga inútil y costosa, como entre las clases medias y trabajadoras. Se hace un entierro costoso para ser *respectable*. Personas de la clase media, que luchan por asientos de primera fila en la sociedad, hacen un esfuerzo para elevarse á la región de los mudos y portapenachos,

é igual á sus superiores, son víctimas de los empresarios de pompas fúnebres. Estos establecen la moda para los demás; *tenemos que hacer lo que otros hacen*; y la mayor parte de las personas se someten á pagar el impuesto. Vístense ellos, los amigos y los sirvientes, de luto, y de esa manera se compra un entierro respetable.

El gasto cae pesadamente sobre la familia, en el momento en que menos puede soportarlo. El que ganaba el pan ha sido llevado, y todo se le entrega al empresario de pompas fúnebres. ¿Cómo se siente una infeliz viuda, en medio de su dolor, ó cómo se hallan los huérfanos, privados de la mano protectora de un padre, para regatear con un mercader para que dé más baratas las ropas de luto, los guantes negros, los llorones y demás miserables *adornos del dolor*? En un momento semejante, es cuando en miles de casos es de suma importancia para los supervivientes cada libra esterlina y cada chelín, que se arrojan sin observación de la pequeña suma de dinero que pueden reunir, sobre un acto de paganismo vulgar y derrochador. Este dinero gastado de esa manera tonta para pagar unas vanas honras al muerto, ¿no estaría mucho mejor empleado si se usara para el bienestar y sostenimiento de los vivos?

El mismo mal se propaga hacia abajo en la sociedad. Las clases obreras sufren al igual de las clases medias, en proporción á sus recursos. El término medio del costo del entierro de un mercader en Inglaterra es de unas cincuenta libras esterlinas; el de un mecánico ó trabajador, fluctúa entre cinco y diez libras esterlinas. En Escocia son mucho menores los gastos de un entierro. El deseo de conseguir un entierro respetable para los parientes que mueren, es un sentimiento fuerte y muy general entre la población trabajadora; y le honra. Para este fin contribuirán y no lo harán para otra cosa. Las sociedades más grandes de los obreros son los clubs para entierros. Generalmente se conceden diez libras esterlinas para el entierro de un esposo, y cinco para el de una esposa. Tanto como quince, veinte, treinta y hasta cuarenta libras esterlinas, se suelen gastar en el entierro de un mecánico, en los casos en que el difunto haya pertenecido á varios clubs, en cuyos casos, acuerda entre éstos el empresario de pompas fúnebres la parte que á cada uno corresponde en el entierro. No es extraño asegurar la vida de un niño

en cuatro ó cinco de estos clubs para entierros; ¡y sabemos de un caso en que un hombre había asegurado cuotas en diecinueve diferentes clubs de entierros, en Manchester!

Cuando el obrero en cuya familia ha ocurrido una defunción no es individuo de un club para entierros es gobernado, sin embargo, por su ejemplo, y tiene que imponerse contribución seria para cumplir con las costumbres de la sociedad, y hacer á su mujer y á su hijo un entierro respetable. Cuando es el padre mismo quien ha muerto, el caso es mucho más duro aún. Acaso se gastan todos los ahorros hechos durante la vida para proveer de luto á su mujer y sus hijos cuando acontece su muerte. Semejante gasto, en tales momentos, es ruinoso y completamente injustificado.

¿El hecho de ponerse vestidos de determinado color constituye la verdadera aflicción? ¿No son el corazón y las afecciones los que hacen el duelo mejor que el traje que se lleva exteriormente? Bingham, hablando de los primeros cristianos, dice que «no condenaban la idea de ponerse ropa de luto por los muertos, ni tampoco la aprobaban, sino que lo dejaban al albedrío de cada individuo, como cosa de poca monta, aprobando más bien á aquellos que lo omitían por completo, ó en breve lo dejaban á un lado, como que obraban más de conformidad con el valor y la filosofía de un cristiano.»

Juan Wesley ordenó en su testamento que se les diera á seis hombres pobres la suma de veinte chelines á cada uno por llevar su cadáver al sepulcro. «Porque deseo muy particularmente—dijo,—que no haya ni carruajes, ni carroza fúnebre, ni escudo, ni pompa alguna, excepto las lágrimas de aquellos que me amaban, y que me acompañan al seno de Abrahán. Conjuro solemnemente á mis albaceas, en nombre de Dios, á que observen fielmente esto.»

Ha de ser muy difícil cambiar las costumbres del duelo en nuestros días. Podemos desear vivamente que así se haga, pero se ofrecerá la pregunta habitual: *¿Qué dirán las gentes? ¿Qué dirá la sociedad?* Involuntariamente retrocedemos, y nos acobardamos al igual de nuestros semejantes. No obstante, el sentido común expresado repetidamente, tendrá su influencia y en el transcurso del tiempo, no podrá dejar de modificar las modas de la sociedad. El último acto de la Reina Adelaida, por el cual mandaba que se le dispensara de la

mojiganga alquilada del dolor del empresario fúnebre, y el deseo igualmente característico de sir Roberto Peel en su lecho de muerte, de que ninguna ceremonia, ni pompa, se efectuaran en sus exequias, no han de dejar de tener su debido efecto sobre la sociedad á la moda; y por medio de ella, las clases medias, que están tan dispuestas á imitarla en todas las cosas, aprovecharán su ejemplo transcurriendo el tiempo. Creemos que hay también creciente disposición y tendencia por parte del pueblo en general para evitar la ostentación vana á que nos referimos, y sólo requiere la expresión frecuente y decidida de la opinión pública, para conseguir en gran parte una benéfica reforma en este sentido.

Ya se han fundado sociedades en los Estados Unidos, cuyos miembros se comprometen á no usar luto, y procurar que otros no lo usen. Quizá sea el único modo práctico, el de la asociación y el poder del número, para que esta reforma se lleve á cabo; porque de los individuos aislados, difícilmente se podría esperar que pudieran adelantar contra las preocupaciones hondamente arraigadas de la sociedad en general.

CAPÍTULO XIII

LOS GRANDES DEUDORES

¿Qué sería la vida sin aritmética, más que una escena de horrores? Vais á Bolonia, la ciudad de las deudas, habitada por personas que nunca han comprendido la aritmética.—SYDNEY SMITH

Cuando se debe y no se paga, es como si no se debiera.—ARSENIO HOUSSAYE.

¡Oh, de qué descendencia tan espantosa es padre la deuda! ¡Qué mentiras, qué bajezas, qué avances al respeto propio, qué cuidados, qué dobléz de conducta! ¡Cómo ha de grabar en su tiempo las arrugas en la fisonomía franca y abierta, como con un cincel! Dará de puñaladas á un corazón honrado.

DOUGLAS JERROLD.

La especie humana, según la mejor teoría que puedo formarme de ella, la constituyen dos razas distintas: *los hombres que piden prestado, y los hombres que prestan*. A estas dos diversidades originarias pueden reducirse todas esas impertinentes clasificaciones de tribus góticas y célticas, hombres blancos, hombres negros, hombres rojos, y demás por el estilo.—CARLOS LUMB.

En verdad que ignoramos las molestias á que nos exponemos al contraer deudas. Por cualquiera cosa se incurre en la deuda, y pende del cuélllo de un hombre como una piedra de molino, hasta que se alivia de ella. Le oprime como una pesadilla. Impide el bienestar de su familia. Destruye la felicidad de su hogar.

Aun aquellos que están en posesión de ingresos regulares, de rentas grandes, se sienten imposibilitados durante muchos años, por el influjo de la deuda.

Agobiado por esto, ¿qué puede hacer un hombre para ahorrar,—para economizar teniendo en cuenta el porvenir de su mujer y de sus hijos? Un hombre endeudado está imposibilitado de asegurar su vida, para asegurar su casa y sus mercancías, para poner dinero en el Banco, para comprar una casa ó una tierra. Todas sus ganancias tiene que emplearlas en pagar su deuda.

Hasta hombres con enormes fortunas, grandes lores con vastas propiedades territoriales, se sienten á veces oprimidos y angustiados por el peso de las deudas. Habiendo contraído, ellos ó sus antecesores, hábitos de despilfarro,—afición al juego, carreras de caballos, ó una manera de vivir fastuosa,—toman dinero prestado con hipoteca de sus propiedades, y queda la carga de la deuda. No, probablemente, en el caso de propiedades estrictamente vinculadas,—porque la aristocracia ha se manejado de modo que sus deudas sean borradas con su muerte, y de ese modo pueden satisfacer sus caprichos pródigos á costa del público pasando las propiedades relativamente libres al heredero vinculado. Pero son pocos los que están en igual posición que las clases privilegiadas. En el mayor número de casos se heredan las deudas con las propiedades y frecuentemente son mayores las deudas de lo que valen las propiedades. Sucede pues, que una gran parte de las tierras de Inglaterra son en este momento propiedad de hipotecas y de prestamistas de dinero.

Los hombres más grandes han contraído deudas. Hasta se ha sostenido que la grandeza y la deuda tienen cierto parentesco entre sí. Grandes hombres tienen deudas grandes; se les fía. Así ocurre con las grandes naciones; son respetables, y tienen crédito. Los hombres faltos de espíritu no tienen deudas, ni tampoco las tienen las naciones apocadas: nadie quiere fiarles. Los hombres lo mismo que las naciones con deudas son objeto de la atención general. Sus nombres están escritos en muchos libros, y muchas son las conjeturas que se forman sobre si pagarán ó no. El hombre que no tiene deudas se desliza á través de la sociedad sin ser en cierto modo notado; mientras que aquel que está en los libros de todos, tiene sobre sí fijadas las miradas de todos. Se averigua con interés el estado de su salud y si se va á países extranjeros, se espera ansiosamente su vuelta.

Comúnmente se pinta al acreedor como hombre duro y de

severo rostro; mientras que el deudor es un hombre franco y generoso, pronto á convidar y ayudar á cualquiera. Es objeto de la simpatía general. Cuando Goldsmith fué importunado por su ración de leche y arrestado por el alquiler de su habitación, ¿á quién se le ocurrió compadecer á la lechera ó al dueño de la casa? Es el individuo que está en deuda quien forma el rasgo prominente de la pieza, y toda nuestra simpatía le es concedida. «¿Qué seríais vos, preguntó Pantagruel á Panurgo, sin vuestras deudas? ¿Que Dios me libere de verme sin ellas! ¿Pensáis que haya algo de divino en prestar ó en dar crédito á otro? ¿No! ¿estar debiendo es la legítima virtud heroica!»

No obstante, cualquier cosa que se diga en elogio de las deudas, tiene sin disputa un lado de granjería. El hombre endeudado se ve precipitado, para poder vivir, á recurrir á muchos expedientes penosos. Es víctima de los cobradores y de los oficiales de justicia. Pocos pueden tratarlos con la tranquilidad con que Shéridan lo hacía, poniéndoles librea para servir á sus huéspedes. El deudor se sobresalta y palidece á cada golpe del llamador. Los amigos se tornan indiferentes, y sus parientes le huyen. Tiene vergüenza de irse fuera del país, y no tiene bienestar en su patria. Se vuelve áspero y querrelloso, rencoroso, disgustándose de la vida. Carece de pasaporte para el goce y respeto, le falta el dinero; sólo tiene deudas, y esto lo hace sospechoso, despreciado y rechazado. Vive en el lodazal del desaliento. Se siente degradado ante los ojos de los demás y á los suyos propios. Tiene que someterse á pedidos impertinentes, de que sólo puede librarse con falsas excusas. Ha cesado de ser su propio señor, y ha perdido el aspecto independiente del hombre. Se empeña por obtener benevolencia, y suplica que se le dé tiempo. Un abogado mafioso le coge, y de pronto se siente en las garras del ave de rapina. Recurre á un amigo ó á un pariente, pero todo lo que consigue es una disculpa vulgar, ó una fría negativa. Busca á un prestamista, lo que, si tiene éxito, es caer del puchero al fuego. Es fácil adivinar cuál será el fin: una vida de manejos y recursos indignos, que quizá termina en la cárcel ó en el asilo de los pobres.

¿Puede librarse un hombre de contraer deudas? ¿Existe alguna posibilidad de evitar la degradación moral que acompaña á esto? ¿No se podría prescindir por completo, y con-

servarse segura la independencia del hombre? No hay más que un camino para lograrlo: *viviendo dentro de los límites de los recursos* de que dispone cada uno. Desgraciadamente, ésta es una práctica demasiado poco efectuada. Contraemos deudas fiando en el porvenir para tener ocasión de pagarlas. No podemos resistir á la tentación de gastar dinero. Se quiere tener un ajuar espléndido y vivir en casa de alquiler elevado; otro quiere tener vinos exquisitos y palco en la Opera; un tercero tiene que dar comidas y reuniones musicales, todas cosas muy buenas en sí mismas, pero que no se deben disfrutar si no se pueden pagar. ¿No es una cosa ruin pretender dar banquetes, si las personas que en realidad los costean son el carnicero, el confitero y el vendedor de vinos, á quienes todavía debéis, y á quienes no podéis pagar?

Un hombre no tiene derecho á vivir sobre un pie de casa que no pueden sostener sus ingresos, ó hipotecar sus ganancias de la semana próxima ó el año venidero, para poder vivir lujosamente el día de hoy. Todo el sistema de deudas, por cuyo medio prevenimos y anticipamos lo futuro, es errado. Son casi tan censurables aquellos que fían y estimulan á sus parroquianos á hacer uso del crédito, como los que contraen deudas. Un hombre sabe cuál es su posición real y efectiva, si paga sus gastos conforme prosigue sus quehaceres. Puede mantenerse dentro del límite de sus recursos, y de esa manera arreglar sus gastos de modo que reserve un fondo de economías para los días de agobio y de necesidad. Siempre tiene un balance; y si no compra sino aquello que paga al contado, no puede dejar de figurar en el haber en las cuentas de su casa al terminar el año.

Mas, que empiece una vez la práctica de dejar crecer las cuentas una con el sastre, otra con la costurera y modista, otra con el carnicero, otra con el almacenero, etcétera, jamás sabrá como se encuentra. Le alucinarán para que contraiga deudas; le allanarán el camino y se lo harán agradable; las cosas fluyen á su casa, por las que parece que no paga. Pero todas son apuntadas contra él; y al concluir el año, cuando llegan las cuentas, está pronto á levantar los brazos con desesperación. Entonces se apercibe que el dulce de la miel no recompensa lo agudo de la picadura.

Otro tanto ocurre con las clases pobres. No hace muchos

años que el Parlamento votó una ley facilitando el establecimiento de las Sociedades de *Pequeños Préstamos*, con el propósito de ayudar á los pequeños mercaderes y personas pobres en general, para que pudieran hallar dinero en un apuro. La ley fué asida en el acto con las garras de la numerosa raza de los *Arrebitaño todo*, como un medio de llevar el dinero ajeno á su bolsillo. Daban facilidades á las clases obreras para que se endeudaran y para que hipotecaran su laboriosidad futura. Unos cuantos hombres, deseosos de hacer dinero, se constituían en Sociedad de Préstamos, y ofrecían sumas de dinero aparente, al interés de cinco por ciento, reembolsable en cuotas semanales. Los trabajadores se aprovecharon con vehemencia de la facultad de contraer deudas. Uno quería dinero para una *juerga*, otro quería dinero para un traje, un tercero para un reloj con ocho días de cuerda, y cosas por el estilo, y en vez de ahorrar el dinero de antemano, preferían conseguir el dinero de la Sociedad, teniendo que hallarse en dificultades y pobreza hasta que la deuda hubiese sido pagada. Semejante práctica es peor que vivir de manos á boca: es vivir de sus propias entrañas.

Fácil es explicarse cómo harían dinero los socios de la Sociedad de Préstamos. Suponed que adelantaran diez libras esterlinas por tres meses al cinco por ciento. Es reembolsable en cuotas semanales de diez chelines por semana, principian-do á hacerse los pagos desde la primera semana luego que el préstamo haya sido hecho. Pero aunque se pagan diez chelines semanales hasta que la deuda quede extinguida, el interés de cinco por ciento se carga sobre toda la suma hasta que está pagada la última cuota. ¡De modo que aunque el interés nominal es de cinco por ciento, sigue aumentando hasta que en la última semana alcanza la enorme tasa de ciento por ciento! Esto es lo que se llama *comerse el ternero en el vientre de la vaca*.

Los hombres de genio son asimismo fáciles en contraer deudas. El genio no tiene necesariamente conexión con la prudencia ó el refrenamiento propio, ni tampoco ejerce influencia alguna sobre las reglas comunes de la aritmética, que son rígidas é inflexibles. Los hombres de genio son en ocasiones superiores á lo que Bacon llama *la sabiduría de los negocios*. Sin embargo, Bacon mismo no siguió su propio consejo, sino que se vió arruinado por su imprevisión. Sufrió

estrecheces y dificultades cuando joven, y aun mayores estrecheces y dificultades siendo hombre maduro. Su vida fué espléndida; pero sus gastos excesivos lo envolvieron en deudas que le crearon un perpetuo anhelo de dinero. Cierta día, saliendo á su antesala, donde esperaban sus partidarios su aparición, dijo: «Sentaos, señores míos; vuestra elevación ha sido mi caída.» Para satisfacer sus necesidades, Bacon se dejó sobornar, y por eso fué acosado por sus enemigos, convicto, degradado y arruinado.

Aun los hombres que tienen un genio especial en asuntos financieros en grande escala, pueden arruinarse en la administración de sus propios negocios particulares. Pitt administró la Hacienda Nacional durante un período de dificultades sin ejemplo, y estaba, no obstante esto, siempre endeudado. El exbanquero lord Carrington, examinó una ó dos veces las cuentas de la casa de Pitt, á petición de éste, y vió que la cantidad de la carne del carnicero que figuraba en las cuentas era de un quintal por semana. La partida de salarios de sirvientes, gastos de mesa, manutención y cuentas de familia, excedían de 2.300 libras anuales. A la muerte de Pitt, votó la nación 40.000 libras para satisfacer las reclamaciones de sus acreedores; no obstante, sus rentas nunca habían sido menores de 6.000 libras anuales; y en una época, con la alcaldía de los *Cinque Ports*, era casi de 4.000 libras más al año. Macaulay dice con mucha verdad que «el carácter de Pitt habría estado á mayor altura, si al desinterés de Pericles y De Witt, hubiese reunido su elevada frugalidad.»

Mas, en este sentido, no está solo Pitt en modo alguno. Lord Melville fué tan pródigo en la administración de sus propios negocios, como lo fué del dinero del público. Fox era un deudor enorme, siendo su máxima económica que un hombre jamás se halla con necesidad de dinero si se halla dispuesto á pagar bastante por él. Fox llamaba á la pieza exterior en Almack, donde solía tomar prestado algunas veces á exorbitantes intereses de algunos judíos prestamistas, su *Cámara de Jerusalén*. La pasión por el juego constituía su principal vicio, y en temprana edad le envolvió en deudas de una enorme suma. Refiere Gibbon que en una ocasión estuvo Fox jugando juegos de azar durante veinticuatro horas consecutivas, perdiendo 10.000 libras esterlinas. Pero el juego en gran-

de era vicio de la alta sociedad de aquella época, y hacer trampas no era cosa desconocida. Aludiendo Selwyn á las pérdidas de Fox en el juego, le llamó *Carlos el Mártir*.

Shéridan fué el héroe de las deudas. Vivía de ellas. Aunque recibía grandes sumas de dinero de una manera ó de otra, nadie sabía en qué lo empleaba, porque á nadie pagaba. Parecía que se derretía en sus manos como la nieve por el verano. Gastó la fortuna de su mujer, de 1.600 libras en una excursión de seis semanas á Bath. La necesidad lo llevó á la literatura, y debido tal vez al aguijón de la pobreza poseemos *Los Rivales* y los dramas que le siguieron. Con su segunda mujer recibió una fortuna de 5.000 libras y con 15.000 libras que realizó con la venta de las acciones del Drury Lane, compró una propiedad en Surrey, de donde fué echado por las deudas. El resto de su vida fué una serie de expedientes, algunas veces brillantes, pero con más frecuencia degradantes, para conseguir dinero y escapar á los acreedores. Taylor, el del teatro de la Opera, acostumbraba á decir que si se quitaba el sombrero para saludar á Shéridan en la calle, le costaba cincuenta libras; mas que si se paraba á hablarle, le costaba unas cien.

Uno de los acreedores de Shéridan fué por su dinero á caballo. «Es una linda yegua,» dijo Shéridan, «¿Le parece á usted?»—«Sí, realmente. ¿Qué tal trota?» El acreedor, halagado, le dijo que lo vería, y acto seguido hizo andar á todo trote á la yegua, visto lo cual tomó Shéridan la oportunidad de trotar dando la vuelta en la primer esquina. Los cobradores solían ir en cantidad todas las mañanas, para cogerle antes que saliera de casa. Se les hacía entrar en las piezas próximas al zaguán. Una vez que Shéridan había almorzado, bajaba y preguntaba: «Están cerradas todas las puertas, Juan?» Y al recibir respuesta afirmativa, salía con toda tranquilidad por entre ellos.

Debía á todo el mundo: al vendedor de leche, al almacenista y al carnicero. Algunas veces solían estar aguardando la señora de Shéridan durante una hora ó más mientras los sirvientes recorrían la vecindad por café, manteca, huevos y bollos. Siendo Shéridan contador de la marina, llevó un carnicero un día una pierna de carnero á la cocina. El cocinero la cogió y la echó en la olla para cocerla, y se fué arriba por el dinero; pero como no regresaba quitó el carnicero tran-

quilamente la tapa de la olla, sacó la pierna de carnero, y salió llevándola en su delantal. (1) No obstante, mientras vivía Shéridan en estos apuros, se iba generalmente en dos carruajes de cuatro caballos cuando era invitado con su hijo á ir al campo: él iba en uno y su hijo Tomás en el otro.

El final de todo fué muy triste. Durante algunas semanas antes de su muerte se hallaba falto casi en absoluto de los medios de subsistencia. Sus nobles y reales amigos le habían abandonado por completo. Había en su casa orden de prisión por deudas y pasó sus últimos días bajo la vigilancia de oficiales de justicia, quienes se abstuvieron de llevarle á la cárcel, tan sólo porque se les aseguraba que el llevarle preso causaría su inmediata muerte. (2)

El cardenal de Retz vendió todo para pagar sus deudas, pero no recobró su libertad. Describió la angustia perpetua del deudor. Hasta prefirió la reclusión en el castillo de Vincennes, á estar expuesto á las molestias causadas por sus acreedores. La vida de Mirabeau fué de perpetuas deudas, porque era un espantoso pródigo. La única manera como su padre podía librarle de los lances apurados, era consiguiendo una *lettre de cachet*, (3) y haciéndole poner en la cárcel. Aunque Mirabeau manejó los poderes del Estado, estaba tan pobre cuando murió, ó había sido tan derrochador, que aún le debía al sastre el traje con que se casó.

Lamartine derrochó media docena de fortunas, y al fin de su vida *hacía circular el sombrero*, es decir, pedía prestado. Lamartine sostenía descaradamente que odiaba la aritmética, *esa negación de todo pensamiento noble*. En consecuencia fué compelido á valerse de expedientes indignos para vivir. Tan sólo el *Curso de Literatura* le daba 200.000 francos al año; sin embargo, el dinero corría por entre sus dedos como azogue. Dícese que sus deudas ascendieron á tres millones de francos; y á pesar de ello continuó viviendo sobre el mismo pie. Uno de sus admiradores entusiastas, que se había limitado en sus gastos para suscribirse y rescatar los bienes de Lamartine, penetró un día en la tienda de un vendedor de pescado para comprar un rodaballo. Era demasiado caro para sus recursos. Entró una persona de aspecto distinguido, se detuvo

(1) Haydon, *Autobiografía*, vol. II, pág. 104.

(2) *Memorias de la vida de sir S. Romilly*, vol. III, pág. 262.

(3) Orden de prisión.

un instante delante del rodaballo, y sin informarse del precio, ordenó que se le enviara el pescado á su casa. Era M. de Lamartine.

Webster, el estadista americano, tenía falta de dinero, lo cual nacía de su descuido y de su prodigalidad. Si hemos de dar crédito á Teodoro Parker, Webster, al igual de Bacon, se dejaba sobornar. «Contraía deudas y nos las pagaba, pedía prestado y no devolvía. En ocasiones perdióse entre sus manos dinero de particulares... Siendo senador de los Estados Unidos, estaba pensionado por los fabricantes de Boston. »Sus últimos discursos trascienden á cohecho.» Monroe y Jefferson estaban siempre faltos de dinero, y á menudo endeudados, aunque ambos eran hombres de honor.

La existencia que llevan en nuestros días los hombres públicos, es frecuentemente un incentivo para hacer gastos excesivos. Pueden ser hombres de fortunas modestas; pueden ser hasta pobres; pero no son muchos los que, viviendo entre la sociedad, tengan el valor moral de parecerlo. Para sostener su posición social, creen que es necesario vivir como otros. De ese modo son arrastrados por la vorágine deuda y con todas las dificultades, molestias, expedientes indignos, y actos deshonorosos que ocasionan las deudas.

Los hombres de ciencia se hallan en su mayor parte exentos de la necesidad de brillar en la sociedad; de ahí que sólo proporcionen un número reducido de ejemplos de deudores ilustres. Muchos de ellos han sido pobres, pero generalmente han vivido dentro del límite de sus recursos. La vida de Kepler fué, en efecto, una lucha con la pobreza y con las deudas, originada principalmente por la circunstancia de que su sueldo, como primer matemático del Emperador de Alemania, siempre estaba atrasado. Esto lo condujo á echar horóscopos, para ganar su subsistencia. «Paso mi tiempo—escribió una vez,—en mendigar á las puertas de las tesorerías reales.» Cuando murió dejó solamente veintidós coronas, el traje que llevaba, dos camisas, algunos libros y muchos manuscritos. Leibnitz dejó tras de sí una gran cantidad de deudas; pero esto puede haber sido causado por el hecho de que era no tan sólo filósofo, sino también político, y tuvo frecuentes ocasiones de visitar cortes extranjeras y figurar al igual de los ricos en la sociedad de los grandes.

Espinosa carecía de fortuna; pero siendo suficiente para

llenar sus necesidades lo que ganaba en pulimentar vidrios para los ópticos, no incurrió en deudas. Rehusó un profesorado y rechazó una pensión, prefiriendo vivir y morir independiente. Dalton tenía una indiferencia filosófica por el dinero. Cuando sus conciudadanos de Manchester le ofrecieron una vez proporcionarle un capital para que fuera independiente, y que de esa manera pudiera consagrar el resto de su vida á las investigaciones científicas, rehusó el ofrecimiento, diciendo que: «enseñar era para él una especie de recreo, y que si fuera más rico no gastaría tal vez más tiempo en sus investigaciones de lo que estaba acostumbrado á hacer.» Faraday fué otro ejemplo de modesta fortuna y noble independencia. Lagrange solía atribuir su dicha y su renombre á la pobreza de su padre, el astrónomo real de Turín. «Si yo hubiera sido rico—decía,—probablemente no habría sido matemático.»

El deudor más grande, relacionado con la ciencia, fué Juan Hunter, quien gastó todos sus recursos, los cuales fueron ganados por él mismo, en acumular la espléndida colección conocida ahora por Museo Hunteriano. Todo lo que podía reunir se invertía en la compra de nuevos objetos para preparación y disección, ó para el trabajo de carpinteros y albañiles en la edificación de su galería. Aunque su familia quedó en situación muy estrecha después de su muerte, pudieron pagarse todas sus deudas con la venta que de su colección se hizo á la nación en 15,000 libras, y al mismo tiempo dejó un monumento eterno de su fama.

Casi todos los grandes artistas han luchado á través de la pobreza para llegar á la celebridad, y algunos jamás salieron por completo de aquélla. Esto ha sido, sin embargo, debido sobre todo á su imprevisión. Juan Steem estaba siempre con apuros, originados principalmente por el hábito que adquirió de beberse su propia cerveza; porque al principio fué cervecero, y luego tabernero. Bebía y pintaba alternativamente, pasando al lienzo algunas veces la escenas de bebedores de que había sido testigo, aun hallándose él mismo en estado de embriaguez. Murió endeudado, después de lo cual subió el precio de sus pinturas, hasta que ahora valen en oro lo que pesan.

No obstante las pingües rentas de Vandyck, era tan espléndido y costoso su modo de vivir, que lo llenó de pesadas deudas. Para rehacer su fortuna, estudió alquimia por algún

tiempo, con la esperanza de descubrir la piedra filosofal. Pero hacia el fin de su vida pudo restablecer su posición, y dejó medios de vida á su viuda. Rembrandt, por otra parte, se sumió en deudas por su amor al arte. Era un coleccionista insaciable de dibujos, armaduras y objetos artísticos, y de ese modo llegó á verse en tales aprietos, que fué declarado en quiebra. Su propiedad permaneció durante trece años embargada hasta su muerte.

Los grandes artistas italianos han sido en su mayor parte hombres sobrios y moderados, y han vivido sin rebasar el límite de sus recursos. Dice Haydon en su autobiografía: «Rafael, Miguel Angel, Zeuxis, Apeles, Rubens, Reynolds, Tiziano, fueron ricos y felices. ¿Por qué? Porque á su genio reunían la prudencia práctica.» El mismo Haydon fué un ejemplo de la práctica opuesta. Su vida fué una prolongada lucha con las dificultades y las deudas. No bien estaba libre de un compromiso, cuando ya se veía envuelto en otro. Su *Elección frustrada* fué pintada en la prisión del tribunal superior de Londres, donde se hallaba por deudas. Hay un asiento singular en su diario: «Conseguí hoy prestado 10 libras de mi mantequillero Webb, antiguo discípulo mío, que me fué recomendado por sir Jorge Baumont hace veinticuatro años, pero quien, después de dibujar manos, abrió sabiamente un almacén de manteca, y ha podido enviar 10 libras á su antiguo maestro en su necesidad.» La autobiografía de Haydon está llena de sus litigios con abogados y oficiales de justicia. Los acreedores lo buscaban é importunaban á cada paso. «*La cabeza de Lázaro*—dice,—fué pintada inmediatamente después de un arresto; *Eucles* fué terminado en posesión ya de otro hombre; la hermosa cara de *Jenofonte*, en una tarde, después de una mañana empleada en mendigar misericordia de los abogados; y la cabeza de *Cassandra* fué terminada en indescriptible agonía, y su mano concluida después de estar en poder de un corredor, con motivo de un embargo que se hizo por los impuestos.» (1)

Cowper solía decir que jamás había conocido un poeta que no fuera pródigo, y se incluía él también. A pesar de su vida tranquila y retirada, constantemente se comió los frutos antes de cosecharlos. «Con el auxilio de una buena administración,

(1) Haydon, *Autobiografía*, vol. II, pág. 400.

—»escribió una vez—y una idea clara sobre los asuntos económicos, conseguí gastar en tres meses las entradas de un año.» Pero aunque sea grande el número de los poetas pródigos, no debe olvidarse que Shakespeare, que figura en primera línea, fué un hombre prudente. Economizaba sus recursos y dejó á su familia con comodidades. Sin embargo, en su mayor parte fueron sus contemporáneos hombres llenos de deudas. Frecuentemente estaba atormentado Ben Jonson, y siempre pobre, pidiendo prestado á veces hasta veinte chelines á Henslowe; aunque rara vez se privaba de pasar una noche alegre en la *Mermaid*. Con frecuencia estaba Massinger en tan reducidas circunstancias, que no podía pagar su gasto en la misma taberna.

Greene, Peele y Marlowe vivieron en la mayor disipación, y murieron en la indigencia. Marlowe fué muerto en una pendencia de borrachos. Cuando Greene estaba en su lecho de muerte, pereciendo de la enfermedad que habían producido sus excesos, era perseguido por la deuda de diez libras esterlinas que debía al zapatero que le había dado albergue. Entonces aconsejó á su amigo Peele que se enmendara, pero Peele, lo mismo que él, murió en la miseria y con deudas, siendo una de sus últimas cartas la que escribió á Burleigh pidiéndole un socorro: «Una larga enfermedad—decía,—me ha debilitado de tal manera, que hace de la cortedad casi »la impudencia.» Spenser murió abandonado y en la miseria. Ben Jonson dice de él que «murió por falta de pan en la »calle King, y rehusó veinte monedas que le fueron enviadas »por lord Essex, agregando, que sentía mucho no tener tiempo »para gastarlas.»

De poetas y escritores posteriores, Milton murió en la pobreza aunque sin deudas. Lovelace murió en un sótano. Butler, el autor de *Hudibras*, murió de hambre en Rose Alley, el mismo lugar en que Dryden fué apaleado por unos malhechores pagados. Outway fué perseguido por alguaciles hasta en su último refugio de Tower Hill. Lo último que hizo fué mendigar un chelín de un caballero, el cual le dió una guinea; y comprando un pan para apaciguar su hambre, se ahogó al primer bocado. Wycherley estuvo en prisión por deudas siete años. El derroche y la relajación de Fielding en sus primeros años le envolvieron en dificultades de que nunca pudo

librarse por completo, y su muerte fué amargada por la pobreza en que dejó á su mujer y á su hijo en un país extranjero.

Savage tenía una pensión de cincuenta libras esterlinas al año, que generalmente gastaba en unos cuantos días. Era entonces moda usar unas capas coloradas adornadas con galones de oro, y Johnson le halló un día, justamente después de haber recibido su pensión, vestido con una de esas capas, mientras que al mismo tiempo le salían los dedos de los pies por los agujeros de sus botines. Luego de haber llevado una existencia de abandono, de vicios y de relajación, murió en la cárcel, donde había estado seis meses por deudas. Al terminar su *Vida de Savage*, dice Johnson: «Esta relación no sería del todo inútil si aquellos que confiando en su capacidad superior, descuidan las máximas comunes de la vida, recurren por efecto de ella que nada suplirá la falta de prudencia, y que el abandono y la irregularidad continuados por mucho tiempo, inutilizarán el saber, ridiculizarán el entendimiento, y harán despreciable el genio.»

Sterne murió pobre, si no es que murió insolvente. A su muerte se abrió una subscripción para el sostén de su mujer y su hija. Churchill, preso por deudas, ocasionadas por su disipación y despilfarro, Chaucer lo caracterizó como *pródigo igualmente de dinero y de ingenio*. Chatterton, reducido á morirse de hambre y desesperación, se envenenó á los dieciocho años. Sir Ricardo Steele estaba rara vez sin deudas. Parecíase, por muchos conceptos, á Shéridan en la índole y en el carácter. Tenía ideas de especulación, y siempre estaba á punto de dar algún gran golpe de suerte, para hacer su fortuna. Era perseguido constantemente por acreedores y oficiales de justicia; sin embargo, no se privaba de regalos mientras podía conseguir fiado. Cuando recibió el nombramiento para el empleo de comisionado de la acuñación de monedas, con un sueldo regular, puso coche con dos y á veces cuatro caballos, y mantenía dos casas, una en Londres y otra en Hampton. Siendo inadecuados sus recursos á su manera de vivir, muy luego se hundió mucho más que antes en las deudas. Repetidas veces fué encarcelado por los abogados, y encerrado en la prisión preventiva. Los embargos cayeron sobre sus casas, su ajuar fué vendido; y, no obstante, no perdía su tranquilidad y buen genio, Steele, siempre amante del pla-

cer. Siempre tenía algo grande dispuesto para hacerle rico. Uno de sus más grandes proyectos fué el de llevar pescado vivo al mercado de Londres; y entonces—le decía á su esposa,— *tendrás más recursos á tu disposición que cualquiera dama de Inglaterra*. Pero la buena suerte no llegó nunca para sir Ricardo, y murió con los codos rotos en la pequeña propiedad de su esposa en el país de Gales.

Goldsmith fué otro de los deudores indiferentes á las caricias y á los reveses de la fortuna. Nadaba en las deudas. No bien salía de ellas, cuando ya volvía á sumergirse en otras más profundamente que antes. El primer dinero que ganó como preceptor (era todo el dinero que tenía) fué gastado en comprar un caballo. Sus parientes reunieron 50 libras y le enviaron al Temple para que estudiara leyes; pero no pasó de Dublin, donde gastó ó jugó todo el dinero. Luego se fué á Edimburgo á estudiar medicina, y se vió obligado á huir de allí habiendo salido fiador por un amigo. Empezó una gira por Europa sin ningún dinero en el bolsillo, sin nada más que su flauta, y mendigaba y tocaba, hasta que volvió á Inglaterra, tan pobre como cuando salió de ella. El mismo solía decir después que difícilmente había un reino en Europa donde no fuese deudor. (1)

Hasta cuando Goldsmith comenzó á ganar dinero con facilidad, estaba también endeudado. Gastaba con una mano lo que ganaba con la otra. Fué arrestado por deber los alquileres, amenazado por los abogados, pero jamás aprendió la ciencia de la economía. En el mismo mes en que se publicó su *Vicario de Wakefield*, no fué aceptada su letra de quince guineas girada sobre Newbery. Cuando tomaba parte en la comida de Boswell, en Old Bond Street, *el traje de ratina con forros de raso, y los calzones de seda color de rosa*, pertenecían á su sastre y no fueron pagados hasta que murió.

La prosperidad aumentaba sus apuros en lugar de disminuirlos; cuanto más dinero tenía, tanto más irreflexivos y despilfarrados eran sus gastos. No podía rehusar ningún goce, ningún placer, ya fuese para él ó para otros. Pedía prestada una guinea y se la daba á un mendigo. Era capaz de dar la ropa que llevaba puesta, y las colchas de su cama. No podía negar nada á nadie. Para hacer frente á sus gastos irrefle-

(1) Forster, *Vida de Goldsmith*, ed. 1863, p. 41.

xivos, consiguió dinero prometiendo escribir libros que nunca empezaba. Estaba descontando perpetuamente el día de mañana, é hipotecando una propiedad que ya estaba sobrecargada. Así murió, como había vivido desde que empezó, pobre, embargado y lleno de deudas. A su muerte debía más de dos mil libras. *¿Hubo jamás un poeta—dice Johnson,—á quien se le haya fiado tanto en otros tiempos?*

Goldsmith y otros han sido citados como ejemplos del trato duro que el mundo ha dado á los genios, y para demostrar la incapacidad social de los hombres de letras y de los artistas. Se ha sostenido que la sociedad debiera ser más benévola con sus hombres de genio, y que el Gobierno debiera hacer algo más por ellos de lo que hace. Pero nada de lo que pudieran hacer el Gobierno ó la sociedad por los hombres de genio, resultaría beneficioso para ellos, si es que no se prestan á hacer lo que hacen otros hombres menos inteligentes ó instruidos: manifestar respeto propio y practicar la economía común. Podemos condolernos del pobre Goldsmith, mas no podemos dejar de ver que siempre fué su propio enemigo. Sus ganancias fueron grandes, ascendiendo á unas 8,000 libras en catorce años, que representan una suma de dinero mucho mayor de lo que actualmente sería la misma cantidad. Por su *Historia del mundo y la Naturaleza animada* recibió 850 libras, y el libro era, cuando más, una compilación inteligente. Johnson ha dicho de él que «si sabía distinguir un caballo de una vaca, es á todo lo que alcanzaba su saber en zoología.» La representación de su *Hombre de buena índole* le produjo 500 libras. Y así con sus demás obras. Logró tanto éxito como el mismo Johnson, pero es que no tenía la sobriedad, el dominio sobre sí mismo y el respeto propio de Johnson.

No obstante, en sus momentos de cordura y reflexión, conocía Goldsmith el verdadero camino, aunque no tenía el valor de seguirlo. En una carta á su hermano Enrique, acerca de la carrera de su hijo, decía Goldsmith: «Enseñad á vuestro hijo, mi querido señor, el ahorro y la economía. Presentad ante sus ojos el ejemplo de su pobre é inseguro tío.» Había aprendido yo de los libros á ser generoso y despreciado antes que hubiese sido enseñado por la experiencia sobre la necesidad de ser prudente. Había contraído los hábitos de ideas de un filósofo, mientras me exponía yo mismo á los

»insidiosos accesos del sacrificio, y habiendo sido á menudo »caritativo hasta el exceso, aun en mis más limitadas cir- »cunstancias de fortuna, olvidé las reglas de la justicia, y me »colocaba en idéntica situación á la del mísero que me daba »las gracias por mi liberalidad.»

Apenas había llegado Byron á la virilidad cuando ya estaba lleno de deudas. Escribiendo á Mr. Beecher, cuando tenía veinte años, dice: «Dicho sea entre nosotros, me hallo »malditamente agobiado; mis deudas, incluyéndolo todo, se- »rán nueve ó diez mil libras antes que cumpla veintiún años.» Cuando llegó á ser mayor de edad, fueron celebradas las fiestas en Newstead con recursos proporcionados por prestamistas á un interés enorme, usurario. Sus dificultades no disminuyeron, sino que aumentaron con el tiempo. Dícese que la muerte de su madre fué ocasionada por un acceso de ira, producido por la lectura de las cuentas de un tapicero (1). Cuando se publicó el primer canto del *Childe Harold*, regaló Byron el derecho de edición á Mr. Dallas, declarando que nunca recibiría dinero por sus escritos, resolución que más tarde abandonó sabiamente. Pero sus ganancias con la literatura en esa época no podían haber aliviado la pesada carga de deudas bajo la cual vacilaba. Newstead fué vendido, y la carga seguía acumulándose. En seguida se casó, tal vez con la idea de que la fortuna de su mujer mejoraría su situación; pero el dinero de ella permaneció bajo llave, y el casamiento, en vez de libertarlo, sólo aumentó su miseria. Todos conocen el triste resultado de la unión, que fué agravado con los crecientes asaltos de acreedores y oficiales de justicia.

Byron casi fué arrastrado á vender el derecho de edición de sus libros, mas se lo impidieron sus editores, quienes le obligaron á recibir una suma de dinero para hacer frente á sus necesidades del momento. Durante el primer año de su matrimonio estuvo su casa nueve veces en poder de los alguaciles, su puerta se hallaba sitiada casi diariamente por los cobradores, y sólo pudo evitar la cárcel gracias á los privilegios de su categoría. Todo esto debe haber sido hiel y amargura para una naturaleza sensible como era la suya; mientras que la separación de su mujer, que sobrevino poco después, no pudo dejar de impulsarle casi al extremo de la lo-

(1) Moore, *Vida de Bryon*, ed. 1860, pág. 127.

cura. Aunque había rehusado recibir dinero por sus primeros poemas, mudó de propósito Byron, y hasta aprendió á hacer tratos bastante firmes con su editor. (1) Pero Moore no nos dice, en su biografía del poeta, si logró salvarse de la penosa baraúnda de deudas alguna vez, excepto por la muerte.

Existe una gran diferencia en la manera cómo los hombres llevan la carga de las deudas. Algunos no lo tienen por carga alguna. Otros las llevan muy ligeramente; mientras que otros miran á sus acreedores como á perseguidores, y á sí mismos como mártires. Pero donde el sentido moral es algo más agudo, donde los hombres usan los bienes de los otros, sin entregar el debido equivalente en dinero, donde usan ropas no pagadas, comen carne no pagada, beben vinos no pagados, y dan comidas á costa del carnicero, del almacenero, del mercader de vinos y del verdulero, deben sentir forzosamente que su conducta es no solamente baja, sino también falta de honradez, y entonces debe pesar muchísimo la carga.

Los deudores festivos se hallan en proporción considerable. Así Teófilo Cibber, acribillado por las deudas, suplicó que se le prestara una guinea, y la gastó en un plato de pajaritos. Así Foote, cuando su madre le escribió: «Querido Sam, me hallo en prisión por deudas; vén y ayuda á tu amante madre,» contestó: «Querida madre: yo estoy en el mismo caso, lo que impide que cumpla su deber hacia su amante madre, su afectuoso hijo.» Steele y Shéridan soportaban ambos la carga alegremente. Cuando tenían convidados, ponían la librea á los alguaciles que estaban de guardia, y hacían que sirviesen á la mesa, haciéndolos pasar por sirvientes. Nada perturbaba la serenidad de Steele; y cuando tuvo que salir de Londres por deudas, llevó su generosidad al campo, dando premios á los mozos y á las mozas reunidos en los juegos rurales y en los bailes campestres. Shéridan no daba la menor importancia á sus deudas, é hizo muchas y buenas bromas con ellas. Alguien le preguntó cómo era que no tenía pre-

(1) Me ofrecéis 1.500 guineas por el nuevo canto (el cuarto del *Childe Harold*): no las acepto. Pido dos mil quinientas guineas por él, que daréis ó no daréis, según os parezca... Si el señor Eustace iba á recibir dos mil por un poema sobre la Educación, si el señor Moore va á recibir tres mil por *Lalla*, si el señor Campbell ha de obtener tres mil por su prosa ó su poesía, no trato de desconcepcionar á estos caballeros ó á sus trabajos, pero pido el precio antes dicho por el mío.—Lord Byron al señor Murray, septiembre 4 de 1817.

fijada á su nombre la *O'*, y él respondió que estaba seguro de que ninguna familia tenía mejor derecho á ello, «porque en verdad, *debemos á todo el mundo.*» (1) Y disculpándose una vez un acreedor por lo ajado y manchado de una cuenta, que se hallaba muy sucia á causa de haber sido presentada tantas veces, le aconsejó Shéridan «como amigo que se la volviese á su casa y la escribiese *sobre pergamino.*»

No ocurrió lo mismo con el pobre Burns, quien casi enloqueció porque debía una cuenta de 7 libras y 4 chelines por un uniforme de voluntario, que no podía pagar. Mandó á casa de su amigo Thomson, el editor de sus canciones, pidiendo un préstamo de 5 libras, prometiendo pagarlas completamente con *canciones geniales.* (2) Su última composición fué una *canción de amor*, parte del pago del préstamo, que escribió pocos días antes de su muerte.

Sydney Smith sostuvo una lucha dura con la pobreza en los primeros años de su vida. Tenía un pequeño ingreso, una extensa parroquia y una numerosa familia. Dice su hija que sus deudas le produjeron muchas noches de insomnio, y que ella le había visto una tarde, cuando había llegado una cuenta tras otra (examinándolas con cuidado, y pagándolas gradualmente), que estaba rendido por el sentimiento de las deudas que pesaban sobre él, cubrirse el rostro con sus manos, y exclamar: «¡ Ah ! ¡ veo que he de terminar mis últimos años en una cárcel !» (3) Mas soportó valerosamente la carga, trabajando progresivamente con un corazón alegre, aumentando sus escasos recursos escribiendo artículos para la *Revista de Edimburgo*, hasta que por último llególe el ascenso, y cosechó la recompensa de su perseverancia, su laboriosidad y su independencia.

La vida de De Foe fué una larga batalla con las penali-

(1) La *O'* entre los Ingleses é Irlandeses constituye una partícula de nobleza, como el *de* de los franceses.—(N. del T.)

(2) «A pesar de toda mi cacareada independencia—decía,—la maldita necesidad me obliga á suplicarle me facilite 5 libras. Un cruel bribón de tendero, á quien debo una cuenta, y á quien se le ha metido en la cabeza que me estoy muriendo, ha comenzado un proceso, é infaliblemente me llevará á la cárcel. Por el amor de Dios, envíeme la cantidad, y á vuelta de correo. Perdóneme esta insistencia, pero los horrores de una cárcel casi me han hecho perder el juicio. No pido esto gratuitamente, porque apenas recobre la salud, me comprometo formalmente á darle por valor de cinco libras esterlinas de las más bonitas canciones que jamás haya visto.»—*Burns á Thomson*, 12 de julio de 1796. Burns murió el 21 del mismo mes.

(3) Lady Holland, *Memoria del Reverendo Sydney Smith*. vol. I, p. 106.

dades y las deudas. Se hallaba constantemente envuelto en querellas, en su mayor parte provocadas por él. Desde joven había sido un violento libelista; y no estaba quieto ni un momento. Sucesivamente fué soldado con el Duque de Monmouth, fabricante de tejas, proyectista, poeta, agente político, novelista, autor de ensayos y bosquejos é historiador. Estaba familiarizado con la picota, y pasó una gran parte de su vida en la cárcel. Cuando le echó en cara uno de sus adversarios que era venal, declaró él lastimosamente cómo había, *en la prosecución de la tranquilidad, metidose en infinitas querellas; cómo había sido llevado á los tribunales por deudas de otros individuos, y despojado por la opinión pública, de aquello que le habría dado los medios de pagar las sumas; cómo, con una familia numerosa, y sin más ayuda que su laboriosidad, habíase abierto camino, con actividad nunca desmentida á través de un mar de deudas y de desdichas, y en las cárceles, en los escondites, y en toda clase de extremos, se había sostenido sin ayuda de amigos ni de parientes.* En verdad que nunca ha habido una vida semejante, tan llena de luchas y dificultades como la del incansable De Foe. A pesar de eso, todos sus trabajos literarios, y fueron muchos, no bastaron para librarlo de las deudas, pues créese que murió insolvente. (1)

Southey era casi tan laborioso como De Foe, aunque la suya fué la vida de gabinete del estudiante, y no la vida agresiva del polemista. Aunque conocía las deudas, jamás llegaron éstas á ser dueñas de él, y desde el comienzo de su carrera, resolvió no contraer una deuda que no pudiese pagar. No solamente pudo hacer esto, sino que pudo ayudar liberalmente á sus amigos manteniendo por algún tiempo las familias de sus cuñados, Coleridge y Lovell, sencillamente con no permitirse goces que se hallaran fuera de los límites de sus recursos, aunque éstos solían ser á veces muy cortos. La carga que llevaba hubiera agobiado á cualquier hombre menos valeroso y resuelto; pero trabajó, estudió, escribió, y ganó bastante dinero para cubrir sus necesidades, como también para las necesidades de aquellos que habían llegado á depender de él. Soportó su noble proceder sin murmurar, sin pronunciar una queja. No solamente ayudó á sus parientes

(1) Jorge Chalmers, *Vida de De Foe*, p. 92.

necesitados, sino también á antiguos condiscípulos. Se hizo cargo y la llevó á su casa, de la mujer y familia de Coleridge. en el tiempo en que Coleridge se había entregado á beber opio. Para hacer frente á tan numerosas obligaciones, no hizo Southey más que imponerse trabajos extraordinarios. Siempre estaba pronto con buenos consejos para los jóvenes que acudían á él en busca de apoyo. Así fué cómo estimuló á Kirke, White, Herbert, Knowles y Dusautoy, que todos murieron jóvenes y cuando prometían. No solamente les ayudó con consejo y estímulo, sino con dinero; y su oportuna ayuda salvó de la absoluta miseria á la hermana de Chatterton. Y así continuó trabajando con noble abnegación hasta el fin, hallando felicidad y alegría en la prosecución de las letras, *no tan instruido como pobre, no tan pobre como altivo, no tan altivo como feliz*. Estas eran sus propias palabras.

La historia más conmovedora de la vida de sir Walter Scott, es el modo cómo se condujo después de la quiebra de la casa editora de Constable y C.^a, en la que se vió sumamente comprometido. Había edificado á Abbotsford, había sido hecho lord, era *jerife* de su condado, y se le suponía hombre rico; cuando de pronto quebró la casa Constable, y se encontró que quedaba debiendo á la sociedad más de cien mil libras esterlinas. «Es muy duro—dijo cuando supo la siniestra noticia,—perder así el fruto de todo el trabajo de una vida entera, y quedar pobre al fin. Però si Dios me concede salud y fuerzas por algunos años más, no tengo duda que lo rescataré todo.» Todos le creyeron arruinado, y él mismo casi suponía estarlo. Però su valor no cejó. Cuando sus acredores le propusieron un arreglo, le prohibió su sentimiento de honor prestar oídos á ello. «No, señores—contestó,—el tiempo y yo triunfaremos.» Aunque las deudas habían sido contraídas por otros, él se había constituido legalmente responsable de ellas, y, fuerte en sus principios de integridad, decidió, si podía hacerlo, pagarles hasta el último centavo. Y se puso á hacerlo; però le costó la vida.

Se deshizo de su casa de la ciudad y del ajuar, cedió sus efectos personales para que fuesen embargados en favor de sus acredores, y se comprometió á amortizar cierta suma anual de sus deudas pasivas. Esto lo hizo emprendiendo nuevas obras literarias, algunas de ellas de gran tamaño, cuya ejecución poco agregaron á su reputación, aunque le pusie-

ron en el caso de amortizar gran parte de su deuda. Una de sus primeras obras fué su *Vida de Napoleón Bonaparte*, en nueve volúmenes, que escribió en unos trece meses, en medio del sufrimiento, del pesar y de la ruina, recibiendo por ella unas catorce mil libras esterlinas. Aun cuando fué atacado de parálisis, continuó escribiendo tanto, que en cuatro años había amortizado unas dos terceras partes de la deuda de que era responsable, hecho que acaso no tiene igual en la historia de las letras.

Los sacrificios y esfuerzos que hizo durante los pocos últimos años de su vida, aun estando paralítico, tanto que apenas podía sostener su pluma, hacen de Scott un verdadero héroe. Se mantuvo hasta el fin con espíritu indomable. Cuando su médico le reconvenía amistosamente por su excesivo trabajo intelectual, le contestaba: «Si tuviese que estar ocioso, enloquecería; comparada con esto, la muerte no es un peligro que deba rehuirse.» Poco tiempo antes de su último ataque fatal, mientras estaba sentado medio dormitando en su silla frente de la casa en Abbotsford, se despertó de repente, hizo á un lado las mantas que le envolvían, y exclamó: «Esto es una triste ociosidad. Llevadme á mi estudio y alcánzadme las llaves de mi escritorio.» Le llevaron á su gabinete y pusieron delante de él plumas y papel. Mas no pudo sostener la pluma, no pudo escribir; y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Su espíritu no estaba vencido, pero sus fuerzas físicas estaban exhaustas y destrozadas; y cuando murió al fin, se durmió como un niño.

Scott experimentaba, como toda naturaleza sensitiva, que la pobreza es una carga más fácil de soportar que las deudas. No hay nada deshonesto en la pobreza. Puede hasta servir como de saludable estímulo á los grandes espíritus. «Bajo grandes montañas de oro y tronos—dijo Juan Pablo,—están enterrados muchos espíritus gigantes.» Richter llegaba hasta sostener que la pobreza debía ser considerada siempre como bienvenida, si no llegaba demasiado tarde en la vida. E indudablemente fué tanto más pesada la carga de Scott, cuanto que llegó á él en sus últimos años.

Shakspeare fué al principio pobre: «¡Es de preguntarse—dice Carlyle,—que si no hubiera sido por su actividad en Stratford-en-Avon, la carencia, el malestar y los autos de prisión, quizá no hubiera hecho otra cosa Shakspeare que ma-

«tando terneros ó cardando lana!» A los escasos recursos de Milton y de Dryden debemos quizás la mejor parte de sus obras.

Johnson era un hombre muy pobre, pero muy valeroso. Nunca supo lo que era riqueza. Su espíritu fué siempre más grande que su fortuna; y es el espíritu lo que hace rico ó pobre al hombre, feliz ó desdichado. El exterior tosco y rudo de Johnson cubría una naturaleza viril y noble. Había conocido desde joven la pobreza y las deudas, y deseó verse libre de ambas. Estando en el colegio, saltanle los dedos de sus pies por los botines, mas era demasiado pobre para comprar unos nuevos. Su cabeza estaba llena de saber, pero sus bolsillos estaban vacíos. Cómo luchó contra la escasez y las dificultades durante sus primeros años en Londres, puede hallarlo el lector en su *Vida*. Tenía cama y comida por cuatro peniques y medio al día, y cuando estaba demasiado pobre para pagar una cama, vagaba con Savage toda la noche por las calles. (1) Combatió virilmente, sin lloriquear por su destino, sino tratando de sacar el mejor partido de él.

Estos prematuros pesares y luchas de Johnson dejaron sus cicatrices sobre su naturaleza, pero también aumentaron y enriquecieron su experiencia, lo mismo que ensanchaban su campo de simpatía humana. Hasta cuando se hallaba en sus mayores disgustos tenía cabida en su corazón para otros cuyas necesidades eran mayores que las suyas; y nunca negaba su ayuda á aquellos que la necesitaban, ó que eran más pobres que él.

Por su propia y triste experiencia, nadie podía hablar con mayor autoridad que Johnson sobre el asunto de las deudas. «No os habituéis—escribió á Boswell,—á considerar las deudas tan sólo como una inmoralidad; encontraréis que son una calamidad. Que sea vuestro primer cuidado no deber á otro hombre. Sea lo que fuere lo que tengáis, gastad menos. La frugalidad no es solamente la base de la tranquilidad, sino de la beneficencia.» Al abogado Simpson le escribió:

(1) «Decía que un hombre podía vivir en una bohardilla á dieciocho peniques por semana: pocas personas averiguaban dónde vivía, y si lo hacían, era fácil decir: «Señor, se me encuentra en tal parte.» Gastando tres peniques en un café, podía estar durante algunas horas al día en muy buena compañía; podía comer por seis peniques, almorzar pan y leche por un penique, y pasarse sin cenar. En los días en que se vestía de limpio salía y hacía sus visitas.» Boswell, *Vida de Johnson*.

«Las deudas pequeñas son como la munición pequeña; zumba por todos lados, y es difícil escapar sin salir herido: las grandes deudas son como cañones, de mucho ruido, mas poco peligro. Por eso debéis ponerlos en estado de pagar las pequeñas deudas, para que podáis tener tiempo con seguridad para poder luchar con el resto.» «Señor—dijo al paciente Boswell,—adquirid tanta tranquilidad de espíritu como podáis, conservaos dentro del límite de vuestros ingresos, y no conoceréis el mal.»

Los hombres que viven de sus conocimientos, sus talentos, ó sus genios, han adquirido de un modo ó de otro el carácter de ser imprevisores. Escribiendo Carlos Nodier acerca de un talento ilustre, dijo de él: «En la vida de la inteligencia y del arte era un ángel; en la vida práctica y común de todos los días, era un niño.» Lo mismo podría decirse de muchos grandes escritores y artistas. Los más grandes de ellos han estado tan consagrados, con todas sus facultades, á su quehacer especial, que no se han preocupado de pensar cómo los esfuerzos de su genio podrían convertirse en libras, chelines y peniques. Si hubieran antepuesto la consideración del dinero, el mundo no habría heredado tal vez los productos de su ingenio. Milton no habría trabajado durante tantos años en su *Paraiso Perdido*, meramente por las cinco libras esterlinas en que vendió la primera edición al editor. Ni Schiller hubiera seguido trabajando durante veinte años hasta la cumbre del pináculo del pensamiento, meramente por los escasos medios de vivir que ganaba con su trabajo.

No obstante, los hombres de genio no debieran mirar con indiferencia las reglas comunes de la aritmética. Si gastan más de lo que ganan, contraerán deudas. Ni los libraré de ellas si se lamentan de los rigores de la sociedad. Deben sostenerse ó caer sobre sus méritos como hombres, y si no son precavidos, sufrirán las mismas consecuencias que los demás. Thackeray, al describir el carácter del capitán Shandon, en su *Pendennis*, habló penosamente para la profesión literaria; sin embargo, no había dicho más que la verdad. *Si un abogado—dijo,—ó un soldado, ó un clérigo, gasta más de lo que tiene, y no paga sus cuentas, debe ir á la cárcel, y un autor debe ir igualmente.*

Los hombres de letras no son abandonados porque son hombres de letras. Pero no tienen derecho á esperar que la

sociedad pase por alto sus faltas sociales por el mero hecho de ser hombres de letras. Es preciso, para bien de la sociedad, lo mismo que para su propio bien, que los literatos y los artistas se cuiden de «proveer para los malos tiempos, como cualquiera otra persona.» «La imaginación y el arte—dice madame de Stael,—necesitan cuidar su propio bienestar y felicidad en este mundo. La sociedad debiera ayudarles generosamente; todos los hombres buenos debieran ayudarles; pero mejor que todo sería que ellos mismos se ayudasen.»

CAPITUCLO XIV

CARIDAD Y RIQUEZAS

¿Quién, quién, quién está aquí? Yo, Roberto de Doncaster. Di y gasté cuanto he poseído; dejé lo que perdí.

Epitafio, A. D. 1579.

Si eres rico, eres pobre; porque, como asno que se dobla bajo el peso de las barras de oro que lleva, cargas tus pesadas riquezas sólo una jornada y la muerte te descarga.—SHAKSPEARE.

Bueno es ser caritativo, mas, ¿con quién? Eso es lo que interesa saber.

LA FONTAINE.

Hay muchos ociosos para quienes es más grato un penique mendigado que un chelín ganado.

DOUGLAS JERROLD.

Robó un cerdo, y en el nombre de Dios entregó las patas á los pobres.

Del español.

El hombre que quiera ser generoso, deberá empezar por ser económico.

El ahorro no es solamente útil para sí mismo, sino que extiende sus beneficios á otros. Funda hospitales, dota establecimientos de caridad, establece colegios, y difunde los beneficios de la educación. La benevolencia nace de las mejores cualidades del espíritu y del corazón. Su espíritu divino eleva á los bienhechores de la sociedad—los Howard, los Clarkson, y los Javier—á los más altos pedestales del genio moral y del respeto nacional.

El mismo espíritu llena nuestra común humanidad. El

hombre más pobre, el jornalero, el individuo más humilde, participa de la gracia y del favor de hacer el bien, un favor que proporciona igual dicha á quien da que á quien recibe.

*Man is dear to man; the poorest poor
Long for some moments, in a weary life,
When they can know and feel that they have been
Them selves the fathers and the dralers-out,
Of some small blessings; have been kind to such
As needed kindness, for this sing'e cause,
That we have all of us one human heart (1).*

El deber de socorrer á los necesitados habla con lengua de clarín, pero sobre todo á aquellos que profesan el amor á Dios y la buena voluntad para los hombres. Es un deber que corresponde á los hombres como individuos y como miembros del cuerpo social. Como individuos, porque se nos prescribe que auxiliemos á la viuda y al huérfano en su aflicción, y como miembros del cuerpo social, porque la sociedad pide á cada individuo que preste su ayuda á la causa del progreso y del bienestar social.

No es preciso que los hombres sean ricos para ayudarse mutuamente. Juan Pounds no era rico; sin embargo, por influencia suya se establecieron las Escuelas de los Pobres. Era frugal, y ahorraba de sus ganancias lo suficiente para comprar alimentos para sus discípulos. Los atraía con su bondad, algunas veces con *una patata caliente*, les enseñaba, y los mandaba al mundo, fortalecidos con su buen ejemplo, para trabajar en él y llenar su deber para con la sociedad. Tampoco era hombre rico Roberto Raikes, el fundador de las escuelas dominicales y de otras varias; ni lo era el filántropo de las cárceles, Tomás Wright. Ni lo fueron San Vicente de Paul y el padre Mathew, promotores de la educación y de la templanza. Ni lo han sido los grandes hombres de la ciencia, Newton, Watt y Faraday; ni los grandes misioneros, Javier, Martyn, Carey y Livingstone.

En la vida, del doctor Donne, por Walton, se refiere un bello caso de dulzura y generosidad. Cuando el primero, que

(1) El hombre es amado por el hombre: el más pobre de los pobres ansia por algunos instantes, en una existencia fatigosa, poder saber y sentir que él mismo ha sido padre y dispensador de algunos pequeños favores; que ha sido benéfico para con aquellos que necesitaban bondad, por esta sencilla razón: que todos tenemos un corazón humano.

había estado por mucho tiempo con escasísimos recursos, tomó posesión del deanato de San Pablo, y con ello percibía un ingreso más que suficiente para todas sus necesidades, sintió que esos medios le habían sido confiados para fines buenos, y para emplearlos en la ayuda humana y para la gloria de Aquél que se los enviaba. Al pie de una cuenta particular, *de la cual únicamente fueron testigos Dios y sus ángeles con él*, computó primero el doctor Donne su entrada, en seguida lo que entregaba á los pobres y otros usos píos, y por último, lo que quedaba para él y los suyos; y habiendo hecho esto, bendijo entonces con una oración de agradecimiento lo que quedaba cada año para los pobres.

El doctor Donne hizo la mayor parte del bien en secreto, no dejando que su mano derecha se enterara de lo que hacía la izquierda. Libró á muchos pobres de la cárcel; y empleaba un sirviente de confianza ó un amigo discreto para distribuir su liberalidad donde más falta hacía. Un amigo á quien había conocido en días de abundancia, había descendido hasta quedar reducido á la pobreza gracias á su corazón demasiado generoso y á sus propios descuidos, y Donne le mandó entonces cien libras esterlinas. Pero el caballero que había venido á menos las devolvió dando las gracias, y diciendo que no las necesitaba; «porque—añade Walton al referir el hecho,—así como hay espíritus tan generosos que trabajan por ocultar y soportar una triste indigencia, antes que exponerse á los sonrojos que acompañan el confesarla, así hay otros á quienes la Naturaleza y la Providencia han dado almas tan tiernas y compasivas que se conduelen y procuran remediar las angustias de la humanidad;» lo que he mencionado á causa de la respuesta del doctor Donne, cuya contestación fué: «Yo sé que no necesitáis lo que ha de sostener la Naturaleza, porque hace falta muy poco para ello; pero mi deseo es que vos, que en los días de vuestra abundancia habéis alegrado y elevado los corazones de tantos de vuestros abatidos amigos, querráis recibir ahora esto de mí, y usarlo para fortaleceros y alegrar el vuestro;» y en esos términos fueron aceptadas las cien libras.

Lo cierto es que exageramos muchísimo el poder de las riquezas. Se levantan inmensas subscripciones con el propósito de reformar á los hombres de su conducta pecaminosa, y volverlos á traer al bien. Y con todo, las subscripciones no le

conseguirán. El carácter es quien podrá hacer la obra; el dinero no lo conseguirá jamás. Las grandes transformaciones en la sociedad jamás podrán efectuarse por las riquezas. Desviar á los hombres de la intemperancia, la imprevisión y la irreligión, é inducirlos á que busquen su felicidad en la prosecución de propósitos convenientes y nobles, exige un designio formal, honrada abnegación y severa labor. El dinero podrá ayudar en muchos conceptos, pero el dinero por sí mismo nada podrá hacer. El apóstol Pablo implantó el conocimiento de la religión cristiana en la mitad del Imperio romano; no obstante, se mantenía haciendo tiendas, y no por medio de suscripciones. Los hombres de corazón anheloso, serio y honrado, son más necesarios que los hombres ricos y dispuestos á dar dinero por caridad.

No hay nada tan apreciado como el poder del dinero. Todos los individuos que están buscando asientos de primera fila en la *sociedad*, lo consideran como la verdadera cosa precisa. Podrán ser liberales de bolsillo, pero también son orgullosos de bolsillo. Las hipócritas declaraciones públicas de algunas personas, con el fin de captarse la buena opinión de los demás, hechas en las barbas de su vida y conducta diaria, no puede menos de repeler. «¡Oh, Geordie, vibrante y armonioso Geordie—dijo el Rey Jacobo,—en la novela, era grandioso oír al niño Carlos deponiendo el delito de disimulación, y á Steenie conferenciando sobre la des-honestidad de la incontinencia!»

Hay gentes que tienen una adoración idolátrica por el dinero. Los israelitas tuvieron su Becerro de oro; los griegos su Júpiter de oro. El viejo Bounderby estimaba solamente al hombre que tenía *cien mil libras esterlinas*. Otros hacen lo mismo. La naturaleza humana más baja ama el dinero, posesiones, valores. *¿Cuánto tiene? ¿Qué rentas tiene?* son preguntas muy comunes. Si decís: *¡He ahí un hombre completamente bueno, benévolo, virtuoso!* nadie hará cuenta de él. Mas si decís: *He ahí un hombre cuya fortuna asciende á un millón*, le mirarán hasta perderle de vista. Un montón de personas solían reunirse en Hyde Park Corner para ver pasar á un hombre rico. *¡Ahí viene el viejo Crockie!* y la multitud se apartaba para darle paso, en medio de cuchi-

cheos de admiración. Era el viejo Crockford, que realizó una gran fortuna teniendo una casa de juego.

«¡ El solo sonido de los millones—dice la señora Gore, (1) —regala los oídos de un inglés! Lo ama tanto en verdad, que »llega hasta reconciliarle con la Deuda Nacional, y cuando »se le aplica á la propiedad particular, asegura deferencia »para lo bajo del espíritu, del nacimiento, los hábitos y las »ocupaciones... La ambición y el amor al dinero, si propen »den á ennoblecer un país, reducen á insignificancia las par »tículas humanas de que está compuesta la nación. En su »afán de perseguir las riquezas están los ingleses perdiendo »de vista gradualmente los rasgos característicos más eleva »dos... Nuestra solicitud por las acciones de ferrocarriles y »toda otra especulación frenética de actualidad, nos da sufi »ciente prueba de que el anheloso esfuerzo detrás del capital »invalida toda otra aspiración mejor, ya sea para este mun »do ó para el otro.»

La afición al oro amenaza destruirlo todo. El deseo excesivo del dinero ha llegado á ser una costumbre establecida del país. Muchos están tan absorbidos en ello, que toda otra clase de bienestar ó se pierde de vista, ó es por completo menospreciada. ¡ Y los amantes del dinero esperan recobrar después su tono moral haciendo caridades! Las montañas de oro pesan tristemente sobre el corazón y el alma. El hombre que es capaz de resistir al peso de las riquezas, y ser aún diligente, laborioso y fuerte de corazón y de espíritu, debe estar hecho de material consistente. Porque las personas ricas, casi están todas sin excepción dispuestas á ser ociosas, amigas del lujo y de satisfacer sus caprichos y placeres.

«Si el dinero—ha dicho el reverendo Griffiths, rector de »Merthyr,—no hiciera que los hombres olviden á los hombres, »no sucederían la mitad de los males que ocurren en este »mundo. Si los patrones se aproximasen más á los emplea »dos, y á éstos les fuera permitido aproximarse más á los »patrones, no estaríamos pasando por esta furiosa confusión. »Que hagan algo para inducir á los obreros á que abandonen »las tabernas y que economicen más de sus enormes ganancias »para construir centros de diversión y recreo para el pueblo; »que provean de mejores casas para habitar en ellas, mayores

(1) Introducción á los *Hombres de capital*.

»comodidades para la decencia, mejores calles; y si todas estas cosas se hacen, no tendremos ni clausuras de puertas ni huelgas. Oímos hablar pomposamente de los millones y millones que han sido sacados de esta nuestra vieja tierra de Gales, pero nada oímos y vemos, en verdad, respecto á los edificios públicos, los parques del pueblo, las bibliotecas públicas, instituciones públicas y otros agentes civilizadores. »Hace quince meses, cuando estábamos en la más alta marea de la prosperidad, hablé de todo esto, y no se hizo caso de ello. ¿Por qué se había de hacer caso de un párroco que predica ó de un sacerdote cristiano de cualquiera clase, cuando los soberanos abundan como los copos de nieve en el invierno, ó pueden ser recogidos como zarzamoras en el verano?» (1)

Los hombres siguen trabajando con afán, ansiosos por ser más ricos; luchando desesperadamente, como si fuesen contra la pobreza, al mismo tiempo que están rodeados por la abundancia. Raen y raen, agregan un chelín á otro chelín, y á veces cometen acciones punibles para conseguir un poco más de ganancia, aunque hayan acumulado muchísimo más de lo que pueden disfrutar. Y con todo, siguen adelante, molestándose constantemente en el esfuerzo de lograr un aumento adicional de superfluidad. Quizá esos hombres no han disfrutado de las ventajas de la educación en edad temprana. No tienen placeres literarios á los cuales pudieran recurrir; no les agradan los libros, algunas veces apenas saben escribir sus propios nombres. No tienen nada más en qué pensar que en el dinero y en aquello que puede producir dinero. No tienen fe sino en las riquezas. Mantienen á sus hijos en la privación y los educan servilmente.

Por último, cae en manos de los hijos una acumulación de dinero. Anteriormente han sido coartados en sus gastos; ahora se hacen pródigos. No han sido educados en mejores gustos. Gastan sin ton ni son. No quieren trabajar en los negocios, como sus padres. Quieren ser *caballeros* y gastar su dinero como *caballeros*. Muchos son los casos en que las familias han logrado hacer fortuna en la primera generación, comprometidas en gastos ruinosos en la segunda, y que han desaparecido en la tercera, quedando nuevamente reducidas á la miseria. De ahí el proverbio del condado de Lanca: *Dos*

(1) Sermón pronunciado en Merthyr durante la huelga de Gales del Sud.

veces zuecos, una vez botas. El primero usaba zuecos; y acumuló una barbaridad de dinero; su hijo enriquecido, lo gastó, y la tercera generación volvió á andar con zuecos. Un candidato para los honores parlamentarios, al hablar desde la plataforma, fué preguntado si tenía bastante aplomo. ¡Bastante plomo! repuso él; ¡pues vaya si tengo cantidad de plomo! ¡huelo á plomo!

Las mismas transformaciones sociales se conocen en Escocia; el proverbio de allí es: *The grandshire digs, the father digs, the son thigs!* ó lo que es lo mismo: el abuelo trabajó recio y ganó una fortuna, el padre edificó una magnífica casa, y el hijo, un hijo pródigo del *Linne*, cuando se hubieron gastado las tierras y los bienes, se entregó al robo. Los comerciantes suelen ser príncipes hoy y mendigos mañana; y en tanto el genio por la especulación sea ejercitado por una familia comercial, puede muy bien el talento que les dió bienes raíces, hacérselo perder por completo.

Para ser feliz en la edad avanzada, en el tiempo en que los hombres debieran dejar por completo el trabajo fatigoso, la ansiedad y la molestia de hacer dinero, deben haber conservado sus espíritus en una actividad sana durante la juventud y la edad viril. Tienen que familiarizarse con el saber, y tomar interés en todo lo que ha sido hecho, y se está haciendo, para que el mundo sea más sabio y mejor de siglo en siglo. En la existencia de un hombre hay bastante tiempo desocupado para interesarse en la biografía y en la historia. También podrían adquirir bastantes conocimientos en las ciencias, ó en alguna ocupación noble distinta de aquella en que se hace dinero. La mera diversión no sirve. Ningún hombre puede llegar á ser feliz sólo con pura diversión. El hombre solamente dedicado al placer es una criatura mísera, particularmente en la edad madura. El mero trabajo afanoso de los negocios es algo mejor. Mientras que el estudio de la literatura, la filosofía y la ciencia engendran placer tranquilo, hasta el fin de la vida. Si el anciano rico no tiene más goce que el hacer dinero, será miserable su ancianidad. Seguirá moliendo y moliendo en la misma rodada, haciéndose tal vez cada vez más rico. ¿Qué importa? No puede comerse su oro. No lo puede gastar. Su dinero, en vez de serle benéfico, se convierte en una maldición. Es esclavo de la avaricia,

el más vil de los pecados. Se habla de él como de un ser digno de desprecio. Se degrada, hasta en su propia estimación.

¡Qué miserable fin fué el de aquel hombre rico, que cuando se estaba muriendo no encontraba alivio sino en hundir sus manos en el montón de monedas nuevas, que le habían llevado del Banco! Al apagarse el mundo para él, seguía agarrándolas, tomándolas y acariciándolas una á una, y después feneció, habiendo sido su último esfuerzo tocar el oro con sus dedos! El avaro Elwes, murió gritando: «¡Quiero conservar mi dinero! ¡nadie debe privarme de mi propiedad!» ¡Espantoso y denigrante espectáculo!

Los hombres ricos son más castigados por sus excesos de economía que por falta de ella. Se hacen míseros, creen que cada día se empobrecen más, y sufren la muerte de los mendigos. Hemos conocido diversos casos. Uno de los comerciantes más ricos de Londres, después de vivir por algún tiempo en la escasez, se fué al campo, á la parroquia en que había nacido, y solicitó de los directores el socorro para los pobres. Aunque poseía millones, estaba aterrorizado por el temor de volverse pobre. Le fué concedido el socorro, y murió indudablemente como un pordiosero. Uno de los comerciantes más ricos del Norte, murió recibiendo el socorro de los pobres. Por supuesto, todo lo que las autoridades parroquiales habían repartido á estos pobres hombres ricos, fué reintegrado por completo por sus albaceas.

¿Y qué dejaron tras de sí estas personas ricas? Tan sólo la reputación de que habían muerto ricos. Pero las riquezas no constituyen ningún derecho á la distinción. Únicamente las personas vulgares atribuyen á las riquezas un valor exagerado. El dinero es una droga en el mercado. Algunos de los hombres más ricos que existen, en realidad son nadie. Muchos de ellos hasta son relativamente ignorantes. No tienen importancia alguna, moral ó social. Hace poco que fué publicada una lista de doscientos veinticuatro millonarios ingleses. Algunos eran conocidos como miserables avaros; otros eran excesivamente *diestros* para las especulaciones; varios eran grandes dueños de arsenales, mineros de carbón y fabricantes; los había casi desconocidos fuera de su círculo local; éstos eran unos infelices; poquísimos figuraban como hombres distinguidos. Todo lo que uno podría decir de ellos es que habían muerto ricos.

«Todos los hombres ricos y codiciosos de la tierra—dijo Jeremías Taylor,—verán, y todo el mundo verá con ellos, que como una triste recompensa á todos sus afanes, todo lo que recogerán será que, á su muerte, puedan decir sus semejantes, *murió rico*; y con todo, su fortuna no les ha de servir de provecho en su tumba, sino que acrecentará enormemente los tristes informes el día del juicio final.»

«Una de las causas principales—ha dicho la señora Gore,—que hace que el empeño que se tiene por la riqueza sea una lucha más amarga y también más perdonable en Inglaterra que en el continente, es la distribución desigual y caprichosa de la propiedad de la familia... Caballeros del campo, y hombres de profesión—todavía más, hombres sin pretensiones de ser caballeros,—están con dificultad menos poseídos de la manía de crear primogénito para exclusión y degradación de sus hijos menores; y por los individuos defraudados así por las personas más allegadas y queridas, es seguida la idolatría del dios del oro sin el menor cuidado por el respeto propio ó á los derechos de sus semejantes. Ofendidos ellos, ofenden á su vez. Sus días están consagrados á una campaña para recobrar sus derechos de nacimiento. Casamientos interesados, tratos indignos y bajos negocios políticos, pueden ser originados por el vil sistema de cosas que convierte al hijo mayor en un Dives, y hace un Lázaro de su hermano.»

Mas los demócratas tienen un amor tan grande por las riquezas como los aristócratas; y muchos republicanos austeros están ansiosos de ser millonarios. Las formas de gobierno no influyen en el anhelo por la riqueza. Catón fué el mayor usurero. Uno de los medios de que se valía para hacer dinero, era comprar á poco precio esclavos jóvenes mal alimentados; después, engordándolos y educándolos para el trabajo, los volvía á vender á un precio elevado. Bruto, durante su estancia en la isla de Chipre, prestaba su dinero á cuarenta y ocho por ciento de interés, (1) y á nadie se le ocurría pensar mal de él por su usura. Washington, el héroe de la libertad americana, legó sus esclavos á su mujer. No se le ocurrió concederles la libertad. Negocios sucios municipales no son desconocidos en Nueva York; y se dice que sus ciudadanos influ-

(1) *Cartas de Cicerón.*

yentes están sumergidos hasta el cuello en la corrupción política. Dice Mr. Mill, que las personas de los Estados del Nordeste se han librado al parecer de todas las injusticias y desigualdades sociales; que la proporción de la población, el capital y la tierra, es tal que asegura abundancia para todo hombre robusto; que disfrutan de los seis puntos del mapa, y que jamás necesitan quejarse de pobreza. Sin embargo, «todo lo que han conseguido estas ventajas para ellos, es que la vida de todo nuestro sexo se halla consagrada á la caza de pesos; y la del otro á procrear cazadores de pesos.» «Esto—» agrega Mr. Mill,— no es una clase de perfeccionamiento social á la que los filántropos futuros anhelarán contribuir.» (1)

Saladino el Grande conquistó la Siria, la Arabia, la Persia y la Mesopotamia. Era el guerrero y conquistador más grande de su tiempo. Su poder y sus riquezas fueron inmensos. Sin embargo, se hallaba convencido de la completa inutilidad de las riquezas. Ordenó en su testamento que fueran distribuidas fuertes sumas entre los musulmanes, judíos y cristianos, para que los sacerdotes de las tres religiones imploraran para él la misericordia de Dios. Mandó que la camisa ó túnica que llevaba en el momento de su muerte, fuese llevada al extremo de una lanza por todo el campamento y á la cabeza de su ejército, y que el soldado que la conducía se detuviera por intervalos y exclamara: «¡Contemplad lo que queda del Emperador Saladino! ¡De todos los estados que conquistó, de todas las provincias que dominó, de los inmensos tesoros que acumuló, de las inmensas riquezas que poseía, no conservó al morir sino esta mortaja!»

Don José de Salamanca, el gran contratista de ferrocarriles de España, fué en los primeros años de su vida, estudiante de la Universidad de Granada. Allí vistió, según sus mismas palabras, la casaca más vieja y más usada. Era estudiante distinguido; y después de salir del colegio ingresó en el periodismo español. De allí pasó al gabinete de la Reina Cristina, de quien fué ministro de Hacienda. En esta situación puso de manifiesto sus aptitudes de economista, y le indujo á entrar en especulaciones comerciales. Construyó ferrocarriles en España y en Italia, y tomó la mayor parte de las

(1) *Principios de Economía Política*, libro IV, cap. VI.

acciones de varias compañías de buques de vapor. Pero interin se ocupaba del comercio no olvidó por eso la literatura. Una vez por semana tenía mesa abierta, á la que eran invitados los primeros hombres de la literatura y de la prensa. Estos le devolvieron su hospitalidad invitándole á una comida de las más modestas. Adornaban el comedor los bustos de Shakspeare, Cervantes, Dante, Schiller y otros hombres de letras.

Al dar las gracias al brindis que le fué dirigido, se refirió Salamanca á su experiencia universitaria, y á sus tareas periodísticas. «Entonces—dijo,—se apoderó de mi alma el amor por el oro, y fué en Madrid en donde hallé el objeto de mi adoración; pero, ¡ay! no fué sin perder mis ilusiones juveniles. Creedme, señores, el hombre que puede satisfacer todos sus deseos, ya no tiene goces. Conservad el camino que habéis emprendido; os lo aconsejo. La fama de Rothschild concluirá el día de su muerte. La inmortalidad puede ser ganada, pero no comprada. Aquí están ante nosotros las efigies de hombres que han cultivado con gloria las artes liberales; sus bustos los he encontrado en todas partes de Europa; pero en ninguna he hallado una estatua levantada en honor de un hombre que haya consagrado su vida á hacer dinero.»

Las riquezas y la felicidad no se relacionan necesariamente entre sí. En algunos casos podría decirse que la felicidad está en proporción inversa de las riquezas. La parte más feliz de la vida del mayor número de hombres es cuando están combatiendo con la pobreza, y elevándose gradualmente. Entonces es cuando se niegan goces á sí mismos en favor de otros, cuando economizan de sus ganancias para asegurar una independencia futura, cuando cultivan sus inteligencias en tanto trabajan por su pan de cada día, cuando se esfuerzan por hacerse más sabios y mejores, más felices en sus hogares domésticos y más útiles á la sociedad en general. Guillermo Chambers, el editor de Edimburgo, dice al referirse á los trabajos de sus primeros años: «Miro hacia aquellos tiempos con placer, y casi siento no tener que volver á hacer la misma experiencia; porque hallaba más placer cuando no tenía ni seis peniques en mi bolsillo, estudiando en una bohardilla en Edimburgo, de lo que ahora encuentro, sentado

»en medio de todas las elegancias y comodidades de un salón.»

Hay compensaciones en todas las condiciones de la vida. La diferencia en la suerte del rico y del pobre no es tan grande como se cree generalmente. El hombre rico tiene que pagar á veces un precio grande por sus privilegios. Está preocupado por sus propiedades. Puede ser la víctima de robos. Está expuesto á ser estafado á cada paso. Es el blanco sobre el cual apuntan muchos hombres. Se ve rodeado de una multitud de clientes, hasta que su bolsillo sangra por todos sus poros. Como dicen en el condado de York cuando se enriquecen las personas, el dinero se disipa muy pronto. O si está ocupado en especulaciones, puede volar en cualquier momento la fortuna del hombre rico. Puede volver á principiarse, y gastar entonces su corazón en especular sobre *las probabilidades de plaza*. *Insomnio* es la enfermedad del hombre rico. La idea de sus ganancias y pérdidas le quita el sueño. Está despierto de día y despierto de noche. *Las riquezas en la mente* están llenas de agitación y de agonía.

El hombre rico come con exceso ó bebe demasiado; y padece de la gota. Imaginaos á un hombre con un tornillo acomodado á su dedo grande del pie. Dejar que el tornillo penetre á la coyuntura, y que allí se le atornille con fuerza. Está en una agonía. Luego, y súbitamente, apretad más fuerte el tornillo: ¡adentro, adentro! ¡Eso es la gota! La gota de la que Sydenham ha dicho que, «á la inversa de otras enfermedades, mata á más hombres ricos que á pobres, á más sabios que ingenuos. Grandes reyes, emperadores, almirantes y filósofos, han muerto de la gota.» En esto muestra la Naturaleza su imparcialidad, puesto que á aquellos á quienes favorece de una manera, les causa dolor de otra. «O el rico se llega á hastiar de la comida, y pierde el apetito; mientras que el pobre lo soborea y lo digiere todo.» Un mendigo pidió limosna á un rico «porque tenía hambre» «¿Hambre?—exclamó el millonario:—¡cómo os envidio!» La receta de Abernethy al hombre rico fué: «¡Vivid con un chelín al día, y ganado!» Cuando el Duque de York le consultó sobre su salud, le respondió Abernethy: «Cortad las provisiones, y el enemigo abandonará pronto la ciudadela.» El trabajador que siente poco y piensa menos, tiene la digestión de un avestruz; en tanto que al ocioso no le es dado olvidar que tiene un es-

tómago, y está obligado á vigilar todo bocado que come. La laboriosidad y la indigestión son dos cosas que rara vez se encuentran unidas.

Muchas personas envidian lo que poseen los ricos, mas no quieren pasar por los riesgos, las fatigas ó los peligros necesarios para adquirirlo. Cuéntase del Duque de Danzig que un antiguo camarada, á quien no habfa visto en muchos años, fué á visitarle en su palacio en París, y parecia estar sorprendido del lujo de sus habitaciones, la riqueza de su ajuar, y la magnificencia de sus jardines. El Duque, creyendo ver en la fisonomía de su antiguo camarada un sentimiento de celos, le dijo sin rodeos: «Podéis obtener todo esto que veis, con una »condición.—¿Cuál es?—preguntó su amigo.—«Que os pongáis á veinte pasos de distancia, y me dejéis disparar con un »fusil cien tiros contra vos.»—«A ese precio no acepto vuestro »ofrecimiento, de seguro.»—«Bien—replicó el Mariscal;—para ganar todo cuanto veis ante vos, he hecho frente á más »de mil tiros de fusil, disparados á una distancia que no pasaba de diez pasos.»

El Duque de Marlborough hizo frente con frecuencia á la muerte. Se enriqueció, y dejó un millón y medio á sus descendientes para que lo derrocharan. El Duque era hombre avaro. Dícese que reprendió á su sirviente por encender cuatro velas en su tienda de campaña, cuando el Príncipe Eugenio fué á verle con objeto de tener una conferencia antes de la batalla de Blenheim. Swift dijo del Duque: «Apuesto, á que en »todas sus campañas no se ha sabido que haya perdido su equipaje.» Mas esto sólo probaba su habilidad de general. Cuando estaba enfermo y débil en Bath, se dice que se iba á pie desde las piezas hasta su alojamiento para ahorrar seis peniques. Y no obstante, esto podría ser disculpado, porque quizás fuera á pie para hacer ejercicio. Se sabe positivamente que dió mil libras esterlinas á un soldado joven y de mérito que deseaba comprar el grado de oficial. Cuando se le recordó á Bolingbroke una de las debilidades de Marlborough, respondió: *Era un hombre tan grande, que olvidé que había tenido ese defecto.*

El ser pobre no constituye una deshonra. El elogio de la pobreza honrada ha sido hecho á menudo. Cuando un hombre no se quiere doblegar para obrar mal, cuando no se quiere vender por dinero, cuando rehusa cometer un acto deshono-

so, entonces es honrosísima su pobreza. Pero no es pobre el hombre que puede sostenerse, y economizar algo. Aquel que paga al contado todo lo que compra, no es pobre, sino que está bien. Se encuentra en una condición más afortunada que el caballero ocioso que contrae deudas, y que es vestido, calzado y alimentado á costa de su sastre, zapatero y carnicero. Dice Montesquieu, que un hombre no es pobre porque no posea nada, sino que es pobre cuando no quiere ó no puede trabajar. El hombre que puede y que quiere trabajar, se halla en mejores condiciones que el hombre que posee mil coronas sin la necesidad de trabajar.

Nada aguza tanto el ingenio de un hombre como la pobreza. Por eso muchos de los hombres más grande han sido pobres en su origen. La pobreza purifica y protege con frecuencia la moral de un hombre. Para personas de ánimo son generalmente las tareas difíciles las más gratas. Si podemos confiar en el testimonio de la historia, son los hombres valientes, sinceros, y magnánimos no en proporción á su riqueza, sino en proporción con la pequeñez de sus recursos. Y los mejores son á menudo los más pobres, suponiendo siempre que tienen lo bastante para hacer frente á sus necesidades temporales. Un teólogo ha dicho que Dios ha creado la pobreza, pero que no ha creado la indigencia. Y ciertamente que hay una gran diferencia entre las dos cosas. En tanto que la pobreza honrada es honrosa, la indigencia es humillante, porque la última es en su mayor parte el resultado de mal manejo, y con frecuencia de la holgazanería y de la embriaguez. La pobreza no es ignominia para aquel que puede vencerla; pero el que deja que se caliente en su mano el bastón de mendigo, jamás hará nada bueno, mas sí muchísimo malo.

Los pobres son en ocasiones las personas más felices, mucho más que los ricos; pero aunque pueden ser envidiados, nadie querrá tomar voluntariamente su puesto. Moore ha referido la historia del déspota oriental, hartado y satisfecho hasta el exceso, que envió un mensajero para que viajara por el mundo, en busca del hombre más feliz. Cuando le hallase debía el mensajero apoderarse de él inmediatamente, quitarle del cuerpo la camisa, y llevársela al califa. El mensajero encontró al hombre más feliz en un irlandés, dichoso, bailando y haciendo molinetes con su bastón. ; Mas cuando el em-

bajador le hubo cogido y quiso desnudarle, encontró que el irlandés no tenía camisa!

La parte de Agur es indiscutiblemente la mejor: «Alejad de mí la vanidad y la mentira; no me deis ni indigencia ni riquezas; mantenedme con alimentos que me sean convenientes.» La desigual distribución de la índole para ser feliz, es de mucha mayor importancia que la desigual distribución de la riqueza. La predisposición á estar contento y satisfecho—dijo David Hume,—es cuando menos igual á una renta de mil libras esterlinas al año. Montaigne ha observado que la fortuna otorga muy poco. El bien ó el mal humano no depende de ella. No es más que la semilla del bien, que el alma, infinitamente más fuerte que la riqueza, la cambia y la aplica como quiere, y de esa manera es la única causa de una disposición feliz ó desgraciada.

Inglaterra es famosa por sus caridades. Declara Guizot que nada hay en este país que tanto llene de asombro el espíritu del extranjero, sobre nuestros recursos, y de admiración de nuestro uso de ellos, como los monumentos de donación libre erigidos por todas partes para el alivio de multiformes sufrimientos. El filántropo del país, que ve un poco más adentro que el extranjero, puede estar dispuesto á considerar con otro aspecto los efectos de regalar dinero. Que la caridad produzca un bien puro, es muy discutible. La caridad, lo mismo que los hombres, es algunas veces ciega, y frecuentemente descaminada. A no ser que el dinero sea discretamente distribuido, hará muchas veces más daño que beneficio. Si la caridad pudiera ayudar ó elevar á los pobres, sería ahora Londres la ciudad más feliz del mundo: porque se gastan en caridad unos tres millones en dinero, y uno en cada tres de la población de Londres son auxiliados por las instituciones de caridad.

Es sumamente fácil reunir dinero para la caridad. Las listas de subscripción testifican constantemente el hecho. A un hombre rico le pide dinero alguna persona influyente. Es muy fácil darlo. Ahorra tiempo para darse. Es tenido por un deber religioso el darlo. Sin embargo, dar dinero sin reflexión, darlo sin consideración á cómo va á ser usado, en vez de ser para el bien de nuestros semejantes, puede ser que resulte en ocasiones ser el mayor perjuicio que pudiéramos hacerles. La verdadera beneficencia no consiste en dar dinero.

Ni pueden causar otro efecto las donaciones caritativas hechas indistintamente á los pobres que minar los cimientos del respeto propio, y demoler los mismos baluartes de la virtud. Existen muchas formas de beneficencia que justamente engendran los males mismos que se proponen curar, y estimulan á las clases más pobres al hábito de dependencia de la caridad de los demás, en descuido de aquellos medios más sanos del bienestar social que están á su alcance.

Cualquiera puede imaginarse que tres millones de libras esterlinas al año serían suficientes para remediar toda la miseria verdadera que existe en Londres. No obstante, sigue aumentando la miseria, á pesar de todo el dinero que se gasta en ello. El dinero que se gasta en caridad ¿no creará la miseria que alivia, además de crear otras miserias que deja de remediar? Las personas sin educación y holgazanas no se esfuerzan por conseguir un medio para vivir, cuando tienen la esperanza de obtener su manutención sin esfuerzo de su parte. ¿Quién va á ser frugal y previsor, cuando la caridad ofrece todo lo que puede proporcionar la sobriedad y la provisión? ¿No tiende á minar los verdaderos cimientos de la energía y la confianza propia el regalo de las ventajas, comodidades y recompensa de la laboriosidad? ¿No es muy á propósito la circunstancia de que la indigencia es la única calificación requerida de parte de quien invoca la caridad para impulsar á las personas hacia el goce propio, la disipación, y aquellos modos de existir que los mantienen indigentes?

Los hombres que no quieren luchar y esforzarse son los primeros en ser socorridos. La peor clase de personas recibe comodidades; en tanto que el hombre trabajador y que se mantiene á sí mismo, que desdeña recurrir á la caridad, está obligado á pagar contribuciones para sostener á los ociosos. La caridad extiende su mano á la parte más corrompida de la sociedad; pocas veces busca, ó ayuda, á los que luchan y á los honrados. Como dice Carlyle: «¡Oh, mis sorprendentes y benévolos amigos! que nunca pensáis en tener que hacer algo con el material mientras continúa sano; que lo violentáis y estiráis con nuevas contribuciones hasta que tiene que ceder y declararse corrompido; y entonces os lanzáis vehementes sobre él, y decís: ¡Ahora vamos á tratar de hacer algo bueno con esto!»

La caridad que se limita solamente á dar, es una satisfacción estéril, á veces un vicio vano. El mero dar dinero nunca llenará la obra de la filantropía. Como lo ha dicho un escritor moderno: «Los crímenes de los virtuosos, las blasfemias de los piadosos y las locuras de los sabios, apenas llenarían un volumen más grande que las crueldades de los humanos. Una gran parte de la ocupación de los sabios de este mundo ha sido neutralizar los esfuerzos de los buenos.

«Las caridades públicas—dijo el difunto lord Litton,—no son con mucha frecuencia sino un dividendo á la indolencia y al vicio público. ¡Qué lección sombría de la falacia de la sabiduría humana arroja dentro del corazón este conocimiento! ¡Qué derroche de los materiales de benévolas simpatías! ¡Qué perversión pueden causar los errores individuales, hasta en las virtudes de una nación! ¡La caridad es un sentimiento grato al orgullo del corazón humano, es una emoción aristocrática! Mahoma dió una prueba de profundo conocimiento de sus semejantes al permitir el vicio más difícil de dominar, la licencia sexual, y estimuló la virtud más fácil de practicar, la caridad.» (1)

Existen sacerdotes en Londres que dicen que la caridad obra en contra del crecimiento de la religión entre el pueblo. Dice el reverendo Stone: «Es una visita importuna para los pobres quien lleva la Biblia en una mano, si no lleva un pan, una manta ó un chelín en la otra. Y no es de extrañar. Con el actual sistema de auxilios caritativos han sido fomentados en este espíritu carnal; han sido justificados en esas egoístas pretensiones. En lugar de haberseles dejado que aprendiesen la lección grande y saludable de la previsión, de que hay una trabazón forzosa entre su conducta y su condición, se les ha enseñado con este método artificial, que la indigencia es *por sí misma* lo suficiente para constituir un derecho al socorro. De esa manera han sido estimulados en la imprevisión, la inmoralidad, el dolo y la hipocresía.»

Los filántropos más verdaderos son aquellos que se esfuerzan por evitar la miseria, la servidumbre y la degradación; y especialmente aquellos que facilitan activamente á los pobres á ayudarse á sí mismos. Esta es la gran ventaja de la *Sociedad de Mujeres de la Misión Parroquial*. (2) Mantie-

(1) Lord Lytton, *Inglaterra y los ingleses*, pág. 124.

(2) Véase *Este y Oeste*, editado por la condesa de Spencer.

nense en estrecha comunicación con el pueblo en las diferentes parroquias de Londres, y se esfuerzan por ayudarles de muchas maneras. Mas evitan dar limosna á roso y veloso. Sus propósitos son «ayudar á los pobres para que se ayuden á sí mismos, y elevarlos haciéndoles sentir que *pueden* ayudarse á sí mismos.» Hay lugar abundante para la filantropía en todas las clases; y es consolador hallar señoras de alta distinción que toman parte en esta noble labor.

Existen numerosas sociedades establecidas en estos últimos años, que proporcionan ejemplos gratos de formas de caridad más elevadas y más razonables, como asimismo más cristianas. Las sociedades para mejorar las viviendas de las clases industriales,—para edificar baños y lavaderos, para establecer casas para obreros, marineros y sirvientes,—para cultivar los hábitos de previsión y economía en las clases laboriosas,—y para propagar las ventajas del saber entre el pueblo, son agentes importantes de esta clase. Esto, en vez de minar los cimientos de la confianza propia, es la manera mejor y más positiva de auxiliar al pueblo á ayudarse á sí mismo, y merece toda aprobación y estímulo. Propenden á elevar la condición de la masa; son personificaciones de la filantropía en su más elevada forma, y son muy á propósito para dar buen fruto en todo tiempo.

Los hombres ricos, con la idea de la muerte ante sí están con frecuencia muy preocupados sobre sus asuntos de dinero. Si son solteros y no tienen herederos, encuentran mucha dificultad en saber lo que han de hacer con el montón de oro que han acumulado durante su vida. Tienen que hacer testamento, y dejárselo á alguien. En los tiempos pasados dejaban dinero las personas ricas para decir misas por sus almas. Tal vez habrá muchos que aún lo hagan. Algunos fundaban hospicios; otros hospitales. Se dejaba dinero para distribuir limosnas entre las personas pobres, ó á personas del mismo nombre y ocupación que el difunto.

«Estas donaciones—ha dicho la esposa de un sacerdote de los alrededores de Londres,—están causando muchísimo daño: están llevando rápidamente mendigos á la parroquia.» Hace poco que el pueblo de Bedford fué viciado y desmoralizado por las donaciones y beneficios que algunos hombres habían legado á las clases pobres. Dad dinero á un hombre sin que tenga que trabajar por él, y muy luego lo recla-

mará como un derecho. Prácticamente le prohíbe que ejercite la previsión, ó que provea contra las vicisitudes del tráfico ó los accidentes de la vida. No tan sólo derriba los baluartes de la independenciam, sino hasta las avanzadas de la virtud.

Grandes cantidades de dinero son dejadas por hombres ricos para fundar *caridades*. Desean hacer bien, pero en muchos casos causan mucho daño moral. Sus *caridades* lo son todo, menos caritativas. Destruyen el respeto propio de las clases obreras, y también de clases más elevadas. «Podemos conseguir esta caridad por nada. Podemos conseguir asistencia médica por nada. Podemos hacer que eduquen á nuestros hijos gratuitamente. ¿Por qué hemos de trabajar? ¿Por qué hemos de ahorrar?» Tal es la idea que inculca la titulada caridad. La *institución de caridad* se convierte en un asilo señorial, y se enseña latamente que podemos pasarlo mejor mendigando que trabajando.

La donación testamentaria de Esteban Girard, el opulento comerciante americano, fué de un carácter muy diferente. Girard era natural de Burdeos. Huérfano en edad muy temprana, fué puesto á bordo de un buque en calidad de grumete. Hizo su primer viaje á la América del Norte cuando contaba diez ó doce años de edad. Tenía escasa educación, y únicamente un limitado conocimiento de la lectura y la escritura. Trabajaba mucho. Mejoró gradualmente en recursos de manera que pudo abrir un almacén. Viviendo en la calle Water, en Nueva York, se enamoró de Polly Lum, hija de un calafate. El padre prohibió el casamiento. Mas Girard perseveró, y al fin se casó con Polly Lum. Resultó el matrimonio más desgraciado. Su mujer no tenía simpatías por él, y él se hizo mal humorado, regañón, áspero de genio. Volvió al mar; y á los cuarenta años de edad mandaba una corbeta de su propiedad, y se dedicaba al tráfico de las costas entre Nueva York, Filadelfia y Nueva Orleans.

Luego se estableció en Filadelfia, y se hizo comerciante. Dedicóse con toda su alma á los negocios, porque había resuelto ser rico. Practicaba la más rigurosa economía. Hacía cualquier trabajo con el cual se pudiera ganar algún dinero. Cerró su corazón á los placeres de la vida. El apetito de la riqueza parecía haberse apoderado de toda su alma. Su existencia fué de una incesante labor. Recordad que Girard era infeliz en su hogar. Su índole hubiera podido ser

Julcificada, si hubiese sido favorecido con una mujer feliz. Pasó diez míseros años con ella; y entonces perdió ella la razón. Estuvo como veinte años en el hospicio de Pensilvania, y allí murió.

No obstante, en Girard había algo más que dureza y aspereza. Había una profunda subcorriente de humanidad. Cuando estalló la fiebre amarilla en Filadelfia, en 1793, se manifestó la buena índole de su naturaleza. Las personas morían á millares. No podían encontrarse enfermeros para cuidar á los pacientes en el hospital. Era considerado como muerte segura el atender á los enfermos.

*Wealth had no power to bribe nor beauty to charm the oppressor;
But all perished alike beneath the scourge of his anger;
Only, alas! the poor, who had neither friends nor attendants;
Crept away to die in the almshouse, home of the homeless.* (1)

En aquellos instantes, cuando muchos perecían de la fiebre fué cuando Girard abandonó su negocio, y ofreció sus servicios como superintendente del hospital público. Tuvo á Pedro Helm por compañero. Las aptitudes de Girard para los negocios se manifestaron en seguida. Sus facultades para organizar eran inmensas, y muy luego se vieron los resultados de su trabajo. Principió á reinar el orden donde todo había sido antes confusión. El desaseo fué derrotado por la limpieza. Donde había existido el despilfarro se hallaba ahora la economía. Donde había habido abandono, reinaba el cuidado más incesante. Girard hacía que fuese atendido debidamente todo caso. Cuidaba por sí mismo á los enfermos atacados por la asquerosa enfermedad, servía á los moribundos, y ejecutaba los últimos servicios de bondad para los muertos. Al fin fué sofocada la plaga; y Girard y Helm volvieron á sus ocupaciones habituales.

Los inspectores de pobres de Filadelfia pusieron la siguiente minuta en sus libros: «Esteban Girard y Pedro Helm, individuos de la comisión, deplorando el estado calamitoso á que probablemente serían reducidos los enfermos por fal-

(1) «La riqueza no tenía poder para sobornar, ni la belleza para encantar al opresor; pues todos perecían de igual modo bajo el azote de su ira ¡Ay! tan sólo el pobre, que no tenía ni amigos ni quien le cuidara, perdíase para morir en el hospital, el hogar de los desvalidos.»

»ta de personas á propósito para dirigir el hospital, ofrecie-
 »ron espontáneamente sus servicios para esa benévola ocu-
 »pación, y causaron una sorpresa y satisfacción que es más
 »fácil concebir que expresar.»

Los resultados de la laboriosidad y economía de Esteban Girard se pueden ver en Filadelfia, en las hermosas casas para habitaciones, hilera tras hilera, pero sobre todo en el magnífico edificio de mármol del *Colegio Girard*. Dejó la mayor parte de su fortuna para objetos públicos, principalmente para levantar y mantener una biblioteca pública y un gran asilo de huérfanos. Fué quizá recordando su propia condición abandonada, cuando se encontraba arrojado como huérfano entre desconocidos y extraños, cómo ideó su espléndida caridad para los niños pobres, desamparados y sin padres. Una de las habitaciones del colegio está amueblada de un modo extraño. «Girard había dispuesto que una habitación conveniente se separaría para conservar en ella sus libros y papeles; mas por exceso de celo piadoso, ó temor del pariente más inmediato, fueron trasladados á esta habitación todos los efectos de este hombre de sencillos gustos caseros. Allí están sus baúles y armarios para libros, su birlocho y sus polainas, sus cuadros y su vajilla; y en un armario para libros, colgados con gracia y abandono, están sus tirantes, viejos tirantes tejidos, contando su historia de sencillez y cuidado.» (1)

Uno de los hospitales más hermosos de Londres es el fundado por Tomás Guy el librero. Dícese que fué un avaro. De cualquier modo, ha debido ser un hombre económico y ahorrador. Ninguna fundación como la de Guy puede realizarse sin el ahorro. Los hombres que llevan á cabo tales cosas tienen que privarse ellos mismos en beneficio de los demás. Parece que Tomás Guy ha tenido desde joven proyectos de beneficencia. Primero edificó y dotó hospicios en Tamworth, para catorce hombres y mujeres pobres, con pensión para cada ocupante; y con una previsión propia de su profesión, les proveyó de una biblioteca. Había sido educado en Tamworth donde evidentemente había visto personas hambrientas y sin hogar, sufriendo la limpieza de dientes y el furor del inwier-

(1) *Gentleman's Magazine*, abril 1875, Jorge Dawson, sobre *El Niágara y otros parajes*.

no; y los hospicios pusieronle á contribución para su socorro. Por aquel tiempo era librero en Londres. Guy prosperó, no tanto con la venta de los libros, como con la compra y venta de acciones del mar del Sud. Cuando reventó el globo de jabón, no tenía una sola acción; mas había realizado una ganancia de varios cientos de miles de libras esterlinas. Esta suma la empleó principalmente en construir y dotar el hospital que lleva su nombre. El edificio fué cubierto antes de su muerte ocurrida en 1724.

Los filántropos escoceses dejan en su mayor parte sus ahorros con el fin de fundar hospicios para educación. Ahí estuvo primero el hospicio Heriot, fundado en Edimburgo por Jorge Heriot, el joyero de Jacobo I, para mantener y educar á ciento ochenta niños. Pero habiendo aumentado en valor la propiedad del hospicio, estando edificada la Ciudad Nueva de Edimburgo sobre terrenos de Jorge Heriot, han sido muy extendidas las operaciones de la caridad; educándose ahora cuatro mil niños y niñas libre de pago, en diversas partes de la ciudad. Ahí están también el hospicio de Jorge Watson, el hospicio de Juan Watson, el hospicio de Huérfanos, dos hospicios de Niños, el hospicio de Cauven, el hospicio Donaldson, el hospicio Stewart y el magnífico colegio Fettes (recientemente abierto) fundados todos por bienhechores escoceses, para la educación común de niños y niñas, y también para su educación superior. Edimburgo puede ser llamada la ciudad de las *donaciones escolares*. Está asimismo el colegio Madras, en San Andrés, fundado por el difunto Andrés Bell, doctor en teología; el instituto de un Peso, fundado por Juan Macrat; y el legado de Dick, para elevar el carácter y la posición de las escuelas y maestros de escuelas parroquiales, en los condados de Aberdeen, Banff y Moray. Las consecuencias de este último legado han sido las más saludables. Ha elevado el carácter de la educación dada en las escuelas públicas, y los resultados han sido notados en Cambridge, donde los hombres de los condados del Norte han sacado las clasificaciones más altas en todos los ramos del saber.

Recientemente han seguido esta misma dirección los filántropos ingleses. El colegio de Owen en Manchester: la Biblioteca y Museo de Brown en Liverpool, el Beneficio de Whitworth, por el cual han sido fundadas treinta becas del

valor anual de 100 libras cada una, para el adelanto de la instrucción técnica, y el Colegio Científico de Birmingham, fundado por sir Jonás Mason, con objeto de educar á la generación actual «en concimientos científicos, sólidos, extensos, y prácticos», forman una serie de excelentes instituciones que, así lo esperamos, serán seguidas de muchos otros beneficios semejantes. Un hombre no necesita estarse convirtiendo en polvo con el verde pasto sobre su tumba, antes que sus recursos sean aplicados á nobles fines. Puede hacer sus beneficios mientras vive, y ayudar al principio para realizar sus intenciones generosas.

Entre los grandes bienhechores de Londres, no puede ser olvidado el nombre del banquero americano Mr. Peabody. Llenaría un volumen el referir sus méritos, aunque tenemos que hacerlo en un párrafo. Fué uno de los primeros en ver, ó en todo caso haber hecho enmiendas en ello, la condición de no tener casa las clases obreras de Londres. En la formación de ferrocarriles subterráneos, en la apertura y ensanche de las calles nuevas, en la construcción de nuevos edificios públicos,—eran destruídas las viviendas de los pobres, y sus habitantes arrojados en masa, nadie sabe dónde. Tal vez se amontonaron más y engendraban enfermedades en muchas formas. Se formaron sociedades y compañías para remediar el mal hasta cierto punto. Sir Sidney Waterlow fué uno de los primeros que mostró el camino, y fué seguido por otros. Pero sólo cuando Mr. Peabody hubo dejado su espléndido beneficio á los pobres de Londres, pudieron darse algunos pasos para mitigar el mal en escala grande y comprensible. Sus albaceas han levantado ya hileras de viviendas de operarios en muchas partes de la metrópoli que, de tiempo en tiempo, se extenderán á otras partes de la ciudad. Las viviendas de Peabody dan una muestra de lo que debieran ser los alojamientos de los obreros. Son hogares limpios, ventilados y cómodos. Han hecho disminuir la embriaguez y adelantar la moralidad. Mr. Peabody se proponía que su generosidad «mejorase directamente la condición y aumentase las comodidades de los pobres,» y esperaba que los resultados serían «apreciados, no sólo por las presentes; sino por las generaciones venideras del pueblo de Londres.» A juzgar por todo lo que han hecho los albaceas, es evidente que están ejecutando fiel y noblemente sus intenciones.

Todos estos bienhechores de los pobres han sido en su origen de recursos limitados. Algunos vivieron algún tiempo en la pobreza. Sir José Whitworth fué oficial ingeniero con Mr. Lement, en Southwark, el inventor de la máquina de acepillar. Sir Jonás Mason fué sucesivamente frutero, oficial panadero, zapatero, tejedor de alfombras, joyero, constructor de anillos de acero partido (en esto hizo sus primeras mil libras esterlinas), fabricante de plumas de acero, fundidor de bronce, y trabajador de electroplastías, en cuya última ocupación hizo su fortuna. Mr. Peabody hizo su camino gradualmente, desde escribiente en América hasta banquero en Londres. Los beneficios que han prodigado fueron resultado de la abnegación, la laboriosidad, la frugalidad y el ahorro.

La beneficencia da flores que no siempre maduran y llegan á ser fruta. Es muy fácil proyectar una empresa de beneficencia, pero mucho más difícil llevarla á cabo. El autor fué inducido en cierta ocasión á tomar parte en un asilo de marineros que se proyectaba ; pero fué echada agua fría sobre el proyecto, y fracasó. Los operarios que han hecho los ferrocarriles y arsenales de Inglaterra, constituyen una colectividad de seres muy trabajadores, pero muy despilfarrados. Son individuos de excelente corazón, pero á veces borrachos. Al ejercitar sus trabajos corren con frecuencia grandes peligros. A veces se exponen tan seriamente por las heridas y fracturas que sufren, que suelen quedar inválidos para toda su vida. Por ejemplo, al llevar á cabo las obras de Manchester, Sheffield y el ferrocarril del condado de Lincoln, hubo veintidós casos de fracturas complicadas, setenta y cuatro fracturas sencillas, aparte de quemaduras de brazos, contusiones fuertes, laceraciones y dislocaciones. Un hombre perdió los ojos con un tizón, y otro tuvo un brazo quebrado por lo mismo. Muchos perdieron sus dedos, pies, piernas y brazos, lo que los inutilizaba para trabajos ulteriores. Conociendo los peligros á que estaban expuestos los trabajadores de los ferrocarriles, se le ocurrió á un contratista eminente, hoy difunto, adoptar un proyecto para ayudarlos y fortalecerlos en sus años de decadencia. El asunto fué puesto en conocimiento del autor por su amigo el ya difunto Mr. Eborall, en las siguientes palabras: «Acabo de visitar á un contratista en »grande, hombre muy rico ; y solicita vuestra ayuda para el »establecimiento de un *hospicio* para trabajadores de ferro-

«carriles, canales y arsenales, etc. Usted sabe que gran número de los contratistas é ingenieros, que han estado ocupados en las construcciones de ferrocarriles, son hombres que han acumulado fortunas inmensas: los ahorros de algunos de ellos ascienden á millones. Bien, mi amigo el contratista encontró no hace mucho á un hombre viejo, mísero y gastado, que estaba en una zanja del camino real. «¡Qué! le dijo, ¿sois vos?» llamando por su nombre al sujeto de la zanja. «Por cierto, que soy yo,» contestó el hombre. «¿Qué estáis haciendo ahí?—He venido aquí para morir. Ya no puedo trabajar.—¿Por qué no vais al asilo? allí podréis satisfacer vuestras necesidades.—¿No! ¡nada de asilo para mí! Si he de morir, quiero morir al aire libre.» El contratista había reconocido en el individuo á uno de sus antiguos operarios. Durante muchos años había trabajado para él y para otros contratistas; y mientras ellos habían estado haciendo sus fortunas, el obrero que había trabajado para ellos había descendido tanto que se le encontraba muriendo en una zanja. El contratista estaba afectadísimo. Pensó en los muchos otros obreros que estarían necesitando igual ayuda. Poco después, cayó enfermo, y durante su enfermedad, pensando en lo que podía hacer por los obreros, se le ocurrió la idea de fundar un *hospicio* para los operarios de ferrocarriles, dársenas, canales y arsenales; y me ha pedido que solicite de usted que le ayude á llevar á cabo la institución.»

Parecióle al autor un proyecto admirable, y consintió en hacer todo lo que pudiera para ello. Pero cuando fueron solicitadas las personas que más probablemente contribuirían para una institución de tal índole, echaron tal cantidad de agua fría sobre ello, (1) que era evidente, que en vista de su oposición, no podía establecerse el *hospicio* para los obreros de ferrocarriles, etc. Por supuesto, las disculpas fueron abundantes. «Los obreros de ferrocarriles eran los trabajadores más despilfarrados. Tiraban todo lo que ganaban. Gastaban su dinero en cerveza, whisky, mujeres, mercachifles y *champagne*. Si morían en las zanjas era sólo por su culpa. Po-

(1) Con una excepción admirable: un hombre de gran corazón, que aun vive, ofreció una fuertísima suma de subscripción en favor del establecimiento del *Hospicio para obreros de ferrocarriles*, etc.

»dían haberse establecido cómodamente, si hubieran querido
»hacerlo. ¿Por qué habían de proveerles en su vejez, más que
»para otra clase de obreros? Allí estaba el hospicio; que fue-
»ran allá,» etcétera. Es fácil hallar un palo para pegarle
á un perro enfermo. Por lo que hace al autor del proyecto
primitivo, recobró su salud, olvidó subscribirse para el *hospicio de los obreros*, y el proyecto vino á tierra.

*The devil was sick, the devil a saint would be:
The devil grew well, the devil a saint was he. (1)*

(1) El diablo enfermó, el diablo arrepentido quiso ser santo, el diablo sanó, y para los pavos no había de ser santo.

CAPÍTULO XV

HABITACIONES SANAS

La mejor garantía para la civilización es el alojamiento.—B. DISRAELI.

El aseo constituye la elegancia del pobre.—*Proverbio inglés.*

Sanitas sanitatum, et omnia sanitas.
JULIO MENOCHIUS.

La virtud nunca habitó largo tiempo con el desaseo y la obscenidad.

CONDE RUMFORD.

El hombre tiene más servidores de lo que se figura; en toda senda huella aquello que le favorece cuando la enfermedad le pone pálido y descolorido.

JORGE HÉBERT.

Asegúrase que la salud es riqueza. A la verdad, toda riqueza carece de valor si no hay salud. Todo hombre que vive del trabajo, ya sea físico ó intelectual, considera la salud como uno de los bienes más provechosos. Sin ella no se podría disfrutar de la vida. El sistema humano ha sido formado de modo que hace del goce uno de los fines principales de la vida física. Todo el arreglo, la estructura y las funciones del sistema humano están adaptadas admirablemente para ese objeto.

El ejercicio de todo sentido es grato, el ejercicio de la vista, del oído, del gusto, del tacto y del esfuerzo muscular. ¿Qué puede ser más grato, verbigracia, que la sensación de una salud perfecta? ¿de esa salud, que es la suma total de las funciones de la vida, debidamente llenadas? La fruición—dice el doctor Southwood Smith,—es, no tan sólo el fin de la vida, sino también la única condición de la vida compatible con un término prolongado de la existencia. Cuanto más dichoso es un ser humano, tanto más vive; cuanto más sufre, tanto más pronto muere. Agregar á la fruición, es alargar la vida: causar pena, es abreviar su duración.

La felicidad es la regla de la existencia sana; el dolor y la aflicción son sus condiciones excepcionales. Ni tampoco es el dolor un mal en todo; es más bien una advertencia saludable. Avísanos de que hemos infringido alguna regla, violado alguna ley, desobedecido alguna obligación física. Es una advertencia para que enmendemos nuestra manera de vivir. Dice virtualmente: «Volved á la Naturaleza, observad sus leyes, y devolveos á la felicidad.» De ese modo, aunque pueda parece una paradoja, es el dolor una de las condiciones del bienestar físico del hombre; como la muerte, según el doctor Tomás Brown, es una de las condiciones de la fruición de la vida.

Para gozar de la felicidad física, tienen por consiguiente que observarse las leyes naturales. Para descubrir y observar estas leyes, ha sido dotado el hombre con el don de la razón. Si deja de ejercitar este don, si deja de cumplir con las leyes de su existencia, entonces recogerá como consecuencia natural el dolor y la enfermedad.

El hombre viola las leyes de la Naturaleza en su propia persona, y sufre las consecuencias de ello. Si es ocioso y come con exceso, es castigado con la gota, la indigestión ó la apoplejía. Bebe demasiado: se pone abotagado, tembloroso y débil; decae su apetito, disminuye su fuerza, su constitución declina; y sucumbe víctima de las numerosas enfermedades que persiguen los pasos de los borrachos.

De igual manera sufre la sociedad. Deja los distritos sin desagüe, y las calles sin limpieza. Se les permite á masas de la población que vivan aglomeradas en antros malsanos, medio envenenadas por el aire mefítico de la vecindad. Estalla entonces una fiebre, ó el cólera, ó la peste. La enfermedad se extiende de los miserables albergues de los pobres hasta los hogares cómodos de los ricos, llevando delante de sí la muerte y la destrucción. La calamidad y el sufrimiento en que se incurre en esos casos, es puramente voluntario, porque está al alcance de todos el conocimiento necesario para alejarlos.

Dondequiera que vivan juntos un número de personas, se envenena la atmósfera, á no ser que se tomen medidas para su cambio y renovación constante. Si no hubiera suficiente ventilación, se carga el aire de ácido carbónico, producido por la respiración. Sea lo que fuere lo que despidá el

cuerpo, se convierte en veneno para el cuerpo si es introducido nuevamente por los pulmones. De ahí la inmensa importancia del aire puro. Una deficiencia de alimento es muchísimo menos perjudicial que una deficiencia de aire puro. Toda persona que tenga más de catorce años de edad necesita próximamente seiscientos pies cúbicos de espacio cerrado para aspirar durante las veinticuatro horas (1). Si duerme en una pieza de menores dimensiones, sufrirá más ó menos, y llegará gradualmente á un estado de sofocación.

Encerrad un ratón en un recipiente de vidrio, y morirá gradualmente por volver á aspirar su propio aliento. Encerrad á un hombre en un espacio limitado, y morirá de igual manera. Los soldados ingleses perecieron en la Cueva Negra de Calcutta, porque carecían de aire puro. Por eso mueren la mitad de los niños que nacen en algunas ciudades fabriles antes de tener cinco años, sobre todo porque carecen de aire puro. Humboldt cuenta que un marinero se estaba muriendo de fiebre en la estrecha bodega de un buque. Sus camaradas lo sacaron de su camarote para que muriese al aire libre. En vez de morir, vivió, y acabó por sanar. Debió su cura al aire puro.

Entre los adultos, la fiebre es generalmente resultado de respirar un aire impuro. El impuesto municipal más pesado, —dice el doctor Southwood Smith,—es la *contribución de fiebre*. Se calcula que en Liverpool son atacadas al año por la fiebre unas siete mil personas, de las que mueren sobre quinientas. La fiebre ataca generalmente á las personas que tienen de veinte á treinta años, ó á aquellos que comúnmente tienen pequeñas familias que dependen de ellos para su sostén. Por eso resulta que las muertes causadas por la fiebre, que originan viudez y orfandad imponen una pesadísima contri-

(1) Donde se dan seiscientos pies cúbicos de espacio, requiere ser cambiado el aire, por ventilación, cinco veces por hora, para mantenerlo puro. La mejor cantidad de espacio que debe darse á un adulto sano, es como de ochocientos pies cúbicos. El aire respirado se torna impuro con tanta rapidez, que tiene que mantenerse una provisión constante de aire nuevo para hacer que sea respirable el aire del espacio cerrado. He aquí algunas de las cantidades de espacio por cabeza que se usan en la practica:

Viviendas de artesanos	200	pies cúbicos.
Casas de alojamiento en la metrópoli	240	» »
Dormitorios de pensión, de la Ley de Pobres	300	» »
Reglamentos de cuarteles	60	» »
Los mejores hospitales	1.500 á 2.000	» »

bución sobre los habitantes de todas las grandes ciudades fabriles. Luego de haber considerado cuidadosamente la cuestión el doctor Playfair, es de opinión que la total pérdida pecuniaria que corresponde al condado de Lanca por enfermedades y muertes que *podían ser evitadas*, se eleva á cinco millones de libras esterlinas al año. Pero esto no es sino la pérdida física y pecuniaria. La pérdida moral es muchísimo mayor.

¿Dónde están ahora los *felices y modestos zagales* y las *dulces pastoras* de los antiguos poetas ingleses? Actualmente no se les halla en ninguna parte. Los Estrefon y Filis son una pareja humildísima, que viven en una cabaña de suelo enladrillado, y mantienen una familia con doce y hasta quince chelines semanales. Y tan lejos de gastar su tiempo Estrefon sentado, al lado del arroyuelo juguetero, y cantando rondallas al son de su churumbela, ¡pobre chico!, apenas se puede poner á fumar una pipa, siendo tan largas las horas de su trabajo y tan cortos sus salarios. Por lo que hace á Dafne, es un patán, y no sabe leer ni escribir; ni su Cloe vale mucho más.

Fineas Fletcher cantó así el *Hogar del Pastor*:

*Thrice, oh thrice happy shepherd's life and state!
When courts are happiness, unhappy pawn!
His cottage low, and safely humble gate,
Shuts out proud Fortune, with her scorns and fawns:
No feared treason break his quiet sleep:
Singing all day, his flocks he learns to keep:
Himself as innocent as are his simple sheep.*

*His certain life, that never can deceive him,
Is full of thousand sweets and rich content:
The smooth-leaved beeches in the field receive him
With coolest shades, till noontide's rage is spent:
His life is neither tost in boisterous seas
Of troublous world, nor lost in slothful ease;
Pleased and full blest he lives, when he his God can please (1).*

(1) ¡Feliz! ¡oh! tres veces feliz es la existencia y la condición del pastor. ¡Cuando las cortes son afortunadas, desgracias de los cortesanos! Su pequeña cabaña, y modesta puerta segura, mantiene alejada á la orgullosa Fortuna, con sus desdenes, y aduaciones bajas y serviles: ninguna traición temida interrumpe su tranquilo sueño: cantando durante el día, aprende á cuidar sus majadas: tan inocente él mismo como lo son sus mansas ovejas.

Su tranquila vida, que jamás puede engañarle, llena está de alegrías dulces y abundantes: las hayas de hojas lisas en alegre campiña le reciben con la más fresca sombra, hasta que ha pasado el calor del mediodía: su vida no está agitada en los mares tormentosos del turbulento mundo, ni perdida en perezosa holganza; vive contento y lleno de dicha, cuando puede agregar á su Dios.

¿Adónde, oh, adónde, se ha ido este gentil pastor? ¿Se lo han tragado las máquinas telares? ¡Ay! como lo notó la señora Harris: *no existe semejante persona*. ¿Existió alguna vez? Mucho sospechamos que nunca existió fuera de la imaginación de los poetas.

Antes de la época de los ferrocarriles y de los reformadores sanitarios, era un hermoso mito la vida pastoril de los Arcadios. Los hombres del Libro Azul lo han arrojado con desdén para siempre. Los campesinos cuentan con muy pocos requisitos para el aseo ó la decencia. Dos habitaciones para dormir y vivir en ellas, es todo lo que puede proporcionarse la familia más grande. En ocasiones sólo tienen una. La habitación de día contiene, á más de la familia, los útiles de cocina, el aparato para lavar, herramientas de agricultura y ropa sucia. En el dormitorio se hallan mezclados indistintamente los padres y sus hijos, muchachos y muchachas, y á menudo duerme un huésped en la misma y única habitación, que generalmente no tiene ventana, recibiendo la luz por aberturas hechas en medio del techo de paja, y que expone á la familia á cualquier vicisitud del tiempo. No teniendo el marido comodidad en su casa, la busca en el despacho de cerveza. Las criaturas crecen sin decencia ó sin sujeción propia. Tocante á las mujeres é hijas medio establecidas, es muy miserable su suerte.

No acontece con frecuencia que se hagan materia de discusión en los periódicos los asuntos de las aldeas, porque el poder de la prensa no ha alcanzado aún los remotos lugares del campo. Pero oímos algunas veces que han sido derribadas y arrasadas aldeas enteras, para evitar que *se hagan nidos de prole de mendigos*. Un miembro del Parlamento no temió confesar ante una comisión parlamentaria, que «había echado abajo de veintiséis á treinta cabañas, que, si se las hubiera dejado en pie, habrían sido ocupadas por parejas recién casadas.» ¿Y qué se hacen los desposeídos? Se amontonan en las cabañas que quedan en pie, si sus dueños lo permiten; ó llenan los hospicios; ó, más generalmente, se aglomeran en las ciudades, donde hay cuando menos alguna esperanza de ocupación para sí y para sus hijos.

Nuestras ciudades fabriles no son todo lo que debieran ser: no son bastante limpias, sanas ni bien ordenadas. Pero los labradores consideran hasta la miseria de las ciudades

como preferible á la miseria aún más horrible de los distritos rurales; y año tras año se aglomeran en los centros de la industria fabril en busca de hogar y de trabajo. Esto llenaría volúmenes acerca del estado actual de nuestra *ponderada gente del campo, orgullo de su país*.

La condición intelectual de los campesinos parece que marcha á la par de su estado físico. Los de los condados orientales están tan poco civilizados como los indigentes del este de Londres. Un informe del directorio diocesano del condado de Hereford dice que «aun hay en nuestras parroquias una gran cantidad de supersticiones de los siglos pasados.» No es rara la observancia de los días y estaciones felices y nefastos; las fases de luna son miradas con mucho respeto: en una, pueden tomarse medicinas, en otra es bueno matar un cerdo; sobre las puertas de muchas casas se pueden ver varillas puestas en forma de cruz, y se tiene mucho cuidado que no cambien de posición; y la herradura de caballo conserva su lugar antiguo encima de muchas puertas de caballerizas. Se cree devotamente en los encantos; un anillo hecho de un chelín y presentado en la comunión es un remedio indudable para las convulsiones: el pelo arrancado de la cruz del lomo de un asno y tejido en forma de cadena, para ser puesto en el cuello de una criatura, es poderoso para el mismo objeto, y la mano de un cadáver aplicada sobre la nuca créese que disuelve un lobanillo. *El mal de ojo*, por tanto tiempo temido en los países incultos, tiene sus terrores entre nosotros; y si una persona de mala vida muere de repente, hay generalmente algunos que oyen sus *señas*, ó ven su sombra. Existe, además, la costumbre de comunicar las muertes á las colmenas de abejas, en la creencia de que abandonarán infaliblemente á sus dueños si no se les hace saber la noticia.

Sydney Smith ha dicho, con más verdad que elegancia, que en la infancia de todas las naciones, los hombres hacían la vida de cerdos, aun los más civilizados; y si en los tiempos pasados hubieran existido *reporters* sanitarios como existen hoy, habríamos recibido indudablemente una relación de la positiva existencia y comodidades domésticas de los antiguos *zagales y pastoras* ingleses, muy distinta de la dada por Fíneas Fletcher. Hasta los mecánicos de hoy día están más cómodamente alojados que los hidalgos con grandes propiedades territoriales de los períodos sajón y normando; y si se

podiera saber la verdad, se vería que, malo como es ahora el estado de nuestros campesinos, no fué nunca mejor la condición de sus antecesores.

El primer método para elevar á un hombre sobre la vida de un animal es proporcionarle un hogar sano. El hogar es, en definitiva, la mejor escuela para el mundo. Allí crecen para hombres y mujeres las criaturas; allí absorben su moralidad mejor ó peor, y allí son educadas su moral y su inteligencia bien ó mal. Los hombres sólo pueden ser humanizados y civilizados real y positivamente por medio de la institución del hogar. Hay pureza doméstica y vida moral en el hogar bueno, y corrupción individual y muerte moral en el malo.

El maestro de escuela tiene en realidad muy poco que hacer con la formación del carácter de los niños. Este se forma en el hogar, por el padre y la madre, por los hermanos, hermanas y compañeros. Poco importa lo completa que pueda ser la educación dada en las escuelas. Podrá abarcar todo el campo del saber: pero si el discípulo está en la necesidad de volver diariamente á un hogar indecente, entregado á los vicios y miserable, resultará relativamente de escaso provecho todo ese saber. El carácter y la disposición son resultado de la educación del hogar; y si éstos, por las malas condiciones físicas y morales, son deteriorados y destruidos, probablemente será la cultura intelectual adquirida en la escuela más bien un instrumento para el mal que para el bien.

El hogar no debiera ser considerado solamente como un lugar para comer y dormir, sino como un lugar donde puede preservarse el respeto propio, asegurarse la comodidad, y gozar de los placeres domésticos. Tres cuartas partes de los vicios despreciables que degradan á la sociedad, y se agravan en crímenes que la deshonoran, retrocederían ante la influencia del respeto propio. Para que el hogar sea un lugar de felicidad, que ejerza influencias benéficas sobre la familia toda y especialmente sobre los niños que allí crecen, debe hallarse penetrado por el espíritu del bienestar, del aseo, del afecto y de la inteligencia. Y para poder asegurarse de esto, es indispensable la presencia de una mujer ordenada, laboriosa y educada. Depende tanto de la mujer, que casi podríamos asegurar que la felicidad ó desdicha del hogar es obra de la mujer. Ningún pueblo puede progresar más que por el mejoramiento de los hogares de la nación; y éstos únicamente pue-

den ser mejorados sirviendo de instrumento para ello las mujeres. Ellas deben *saber* cómo hacer gratos los hogares domésticos; y antes que puedan saberlo, han de aprenderlo forzosamente.

Las mujeres, pues, deben tener la suficiente educación para hacerla adecuada á sus deberes en la vida real. Su educación debiera ser llevada en todo, teniendo en cuenta su posición futura como esposas, madres y administradoras de su casa. Perc en todas las clases, aun en las más elevadas, es rara vez guiada la educación de las niñas con este fin. Entre los trabajadores, se envía á trabajar á las muchachas; en las clases más elevadas, son enviadas á estudiar algunos cuantos adornos superficiales; y á los hombres se les deja que escojan entre ellas, á menudo con poco criterio, las futuras esposas y madres de Inglaterra.

Los hombres mismos dan muy poca ó ninguna importancia á la inteligencia ó habilidad industrial de las mujeres; y sólo descubren su valor cuando hallan estúpidos y tristes sus hogares. Los hombres quedan vencidos por la mirada de unos ojos brillantes, por un par de mejillas sonrosadas ó por una bella figura; y cuando *se enamoran*, según la frase vulgar, jamás reflexionan si *el ser amado* puede remendar una camisa ó hacer un *pudding*. Sin embargo, el más sentimental de los esposos tiene que descender de su *arrobamiento* tan pronto como el nudo esté echado; y entonces se percibe más que de prisa, que las hábiles manos de una mujer valen mucho más que sus miradas brillantes; y si están ausentes los requisitos de la camisa y del *pudding*, entonces ¡ay! del desgraciado hombre, y ¡ay también de la desdichada mujer! Si falta en el hogar el verdadero elemento de la comodidad física, muy pronto se hace detestable; la esposa, á despecho de todo su buen aspecto, es abandonada; y la taberna separa á aquellos á quienes ha unido la ley y la iglesia.

Los hombres adolecen de una supina ignorancia en lo que se relaciona con el hogar. Si pensaran por un instante sobre su importancia, no estarían tan dispuestos á precipitarse en prematuros compromisos. Los hombres ignorantes escogen asimismo mujeres ignorantes para esposas, y esto introduce en la sociedad familias de niños, á quienes son por completo incompetentes para educar como seres racionales ó domésticos.

El hogar no es hogar, sino un mero alojamiento, y á menudo muy poco *confortable ó cómodo*.

No aludimos solamente á los trabajadores más pobres, sino á los operarios mejor pagados en las grandes ciudades fabriles. Hombres que ganan dos ó tres libras esterlinas por semana, ó más que el promedio de los sueldos de los curas y escribientes de comercio, aunque gastan sumas considerables en cerveza, regatean frecuentemente una pequeña parte de sus ingresos, como lo es media libra esterlina semanal para tener alojamiento decente para sus hijos. ¿Cuál es la consecuencia? Se degradan á sí mismos y á sus familias. Se aglomeran en inmundos barrios, en viviendas que no tienen elemento alguno de salubridad ó de decencia, donde hasta el reducido alquiler que pagan es excesivo por las comodidades que reciben. Los resultados son inevitables, la pérdida del respeto propio, degradación de la inteligencia, quebranto de la salud física y muerte prematura. Aun el filósofo de más elevados pensamientos, colocado en una situación semejante, gravitaría gradualmente hacia la bestialidad.

Pero la cantidad ahorrada de esa manera, ó mejor dicho, no gastada en alquiler de casa, no es una economía, es un despilfarro tonto. La enfermedad causada por las malas viviendas origina frecuentes interrupciones del trabajo y desangra sobre el Banco de Ahorros ó la sociedad de caridad, y un descenso final y rápido hácia la contribución para mantener á los pobres. Aunque la pérdida es grande para las clases medias y elevadas, no puede compararse ni por un momento con la que cae sobre las mismas clases trabajadoras, por su descuido en buscar viviendas sanas y cómodas para sus familias. Tal vez no es mucho decir, el sostener que la mitad del dinero que se gasta por las sociedades de beneficencia en las grandes ciudades, puede anotarse como pérdidas pecuniarias causadas por casas malas é insalubres.

Pero aún hay otro resultado peor. El abatimiento de la salud física producido por ello, es una de las causas principales de la embriaguez. Mr. Chadewick reconvenía una vez á un obrero evidentemente discreto sobre el gasto de la mitad de sus entradas en whisky. Su contestación fué: *Señor, venid, vivid aquí, y también beberéis whisky*. Dice Mr. Leigh: «No quisiera que se entendiese que los hábitos de la embriaguez son debidos en absoluto á una mala condición higiénica; pero

ninguna persona puede tener la experiencia que yo he tenido sin llegar á convencerse de que los hogares *insalubres* y *desgraciados*, la pérdida de energía *vital* y por consecuencia *industrial*, y una conciencia de falta de habilidad para dominar las circunstancias externas, inducen á muchos á huir de la depresión mísera por medio de la excitación temporal de drogas nocivas y bebidas embriagantes. Son como los marinos que luchan por un momento contra los males que les rodean, pero que al fin, no viendo esperanza alguna, se atontan con la bebida y perecen.»

En disculpa de esto puede alegarse, que la gente trabajadora tiene que ocupar necesariamente las habitaciones que se puede conseguir, y pagar los alquileres que se piden por ellas, por malas é insalubres que sean. Mas existe algo que se llama provisión y demanda, y las viviendas que ahora se proveen son realmente las que están más solicitadas á causa de lo bajo de sus alquileres. Si las clases obreras huyeran de los distritos insalubres y viviendas de bajo precio, y sólo alquilasen aquellas habitaciones que tuvieran las condiciones requeridas para un hogar sano y aseado, se verían obligados los dueños de propiedades á mejorar el estado de sus casas, y á proveerlas de todas las condiciones de comodidad y conveniencia. El verdadero remedio debe estar en las mismas clases trabajadoras. Que se resuelvan á elevar su precio de alquiler, y en gran parte quedará realizada la reforma.

Ya hemos demostrado cómo los patrones han hecho muchísimo por las conveniencias mejores de sus obreros; cómo los bienhechores de los pobres, tales como Peabody y lady Burdett Coutts, han adelantado la edificación de viviendas sanas. El resultado, no obstante, debe depender de la acción individual de las mismas clases trabajadoras. Cuando pueden elegir entre una habitación situada en una localidad sana, y otra situada en una localidad insalubre, debieran escoger la primera. Pero con mucha frecuencia no lo hacen. Hay quizá una diferencia de seis peniques por semana en el alquiler, y, conociendo las ventajas de la salud, toman la vivienda mala porque es la más barata. Mas el dinero que tienen que pagar las personas enfermas, por remedios, cuentas de médicos y pérdida de salarios, excede en mucho á la cantidad economizada por el alquiler más barato, sin decir cosa alguna de

la pérdida de comodidad, la falta de limpieza, y el abatimiento de ánimo, que es inevitable donde se respira aire corrompido.

Construir un edificio saludable cuesta poco más que construir uno malsano. Lo que hace falta por parte del constructor, es un buen conocimiento de las condiciones higiénicas, y una buena voluntad para proveer á las conveniencias debidas. El espacio de terreno ocupado por ambas casas es el mismo; la cantidad de ladrillos y argamasa no necesita ser mayor; y el aire puro tiene el mismo precio que el aire corrompido. La luz nada cuesta.

Un hogar sano, dirigido por una mujer económica y asea-da, puede ser residencia del bienestar, de la virtud y de la felicidad. Puede ser la escena de toda noble relación en la vida de familia. Puede hacérsele querido á un hombre por muchos recuerdos felices, por las voces cariñosas de su mujer, de sus hijos y de sus vecinos. Un hogar semejante no será considerado como un nuevo nido de instinto común, sino como un sitio de educación para los jóvenes, un santuario para el corazón, un refugio para las borrascas, un grato lugar de reposo después del trabajo, un consuelo en el pesar, una satisfacción en el éxito, y un goce siempre y en todos tiempos.

Se ha trabajado para divulgar las doctrinas de la ciencia higiénica. No hay misterio alguno en ella, de otro modo tendríamos que haber tenido profesores para enseñarla en los colegios (como los tenemos ahora) y los graduados practicándola entre el pueblo. Solamente en estos últimos años ha recibido el reconocimiento general; y debemos, no á la facultad de medicina, sino á un abogado, el que haya sido incorporado en muchas actas importantes del Parlamento.

Edwin Chadwick no ha recibido aún ni siquiera justicia de sus contemporáneos. Aunque ha sido uno de los trabajadores más infatigables y de éxito de este siglo, y ha influido grandemente en la legislación de su tiempo, es quizá menos conocido que muchos oradores parlamentarios de cuarto orden.

Mr. Chadwick pertenece á una familia del condado de Lancashire, y nació cerca de Manchester. Recibió educación principalmente en Londres. Habiendo elegido la abogacía como profesión, se inscribió como estudiante del *Inner Temple* en su vigésimo sexto año. Allí *seguía su camino* hasta los estrados de los tribunales, sosteniéndose como noticiero y escribiendo para

la prensa diaria. No era hombre de un valor extraordinario, mas era sagaz y perseverante. Estaba dispuesto siempre á aceptar cualquiera cantidad de trabajo en la prosecución de un objeto, por difícil que pudiera aparecer á primera vista el alcanzarlo.

Al principio de su carrera, se apoderó de Mr. Chadwick una idea. Es una gran cosa estar completamente poseído por una idea, en el caso que su mira y su fin sean benéficos. Da un colorido y un giro á toda la existencia de un hombre. La idea no era nueva, pero habiéndose hecho cargo de ella un hombre serio, enérgico y trabajador afanoso, había alguna esperanza para la realización práctica de su idea en la existencia actual de la humanidad. No era ni más ni menos que la idea sanitaria, el germen del movimiento sanitario é higiénico.

Debemos ahora contar sucintamente cómo hizo el camino para su realización práctica. Sucedió que Mr. Morgan, escribano de Gobierno, había expuesto ante una comisión del Parlamento, que aunque habían mejorado las circunstancias de las clases medias, no habían aumentado sus orientaciones en la vida. Siendo esto diametralmente opuesto á la idea del estudiante, se esforzó en demostrar la falacia de la opinión del actuario. Se leyeron y escudriñaron muchos documentos estadísticos. Libros Azules, estadísticas de la probabilidad de la vida y estadísticas de la población. Se trazó su camino á través de esa pila confusa, y sacó una acumulación de hechos de donde menos se pensaba, con objeto de ilustrar su idea y dilucidar su pensamiento principal.

El resultado fué publicado en la *Revista de Westminster* de abril de 1828. Mr. Chadwick demostró, con gran cantidad de hechos y argumentos, que las circunstancias que rodean á los seres humanos *tienen* que ejercer una influencia sobre su salud; que la salud *tiene* que mejorar si mejoran estas circunstancias; que una gran parte de las enfermedades y condiciones desfavorables á la vida humana dependen del dominio del hombre, y son susceptibles de ser reparadas; que la práctica de la vacunación, la disminución de beber en las clases medias y superiores, el aumento del aseo y de la limpieza, los progresos en las ciencias médicas, y la mejor construcción de calles y casas, *deben*, conforme á la experiencia médica y popular, haber contribuido, *a priori*, á alargar la vida;

y esto lo probaba con una cita de hechos sacados de numerosas fuentes auténticas. En resumen, Mr. Morgan estaba equivocado. Las *expectativas de la vida*, como se ha admitido ahora universalmente, han mejorado y están mejorando rápidamente entre las clases mejores; pero esto no había sido perfectamente demostrado hasta que Mr. Chadwick emprendió la discusión del asunto.

Otro artículo publicado por Mr. Chadwick en la *Revista de Londres*, en 1829, sobre la *Policía preventiva*, fué leído por Jeremías Bentham, que contaba entonces ochenta y dos años, y quien lo admiró tanto, que hizo que le escribiera solicitando una entrevista. El resultado fué la formación de una amistad que duró sin interrupción hasta la muerte del filósofo en 1832. Bentham anhelaba ocupar todo el tiempo de su joven amigo para que le ayudase en la preparación de su *Código administrativo*, y le ofreció colocarlo en condiciones pecuniarías independientes si se quería consagrar exclusivamente al adelanto de sus ideas. No obstante, su oferta fué rechazada.

Mr. Chadwick concluyó sus estudios, y fué llamado al foro en noviembre de 1830. Se estaba preparando para entrar en la práctica del derecho común, contribuyendo de vez en cuando con artículos para la *Westminster*, cuando en 1832 fué nombrado comisionado, en unión del doctor Southwood Smith y Mr. Tooke, para escribir un informe sobre la cuestión de *Trabajo de Factoría*, que en aquella época estaban presentando con insistencia ante la opinión pública lord Ashley y Mr. Sadler. La idea sanitaria halló nuevamente oportunidad para ser expresada en el informe de la Comisión, que se refería á «desagües defectuosos, ventilación, provisión de agua, y demás cosas por el estilo, como causas de enfermedad, obrando juntamente con el exceso de trabajo, para deprimir la salud y abreviar la vida de la población de las factorías.»

En el mismo año (1832) nombróse una importante comisión de investigación por el Gobierno de lord Grey, con referencia á los efectos producidos por las Leyes de Pobres en Inglaterra y el país de Gales. Mr. Chadwick fué nombrado comisionado auxiliar, con el objeto de que adquiriese pruebas sobre el asunto; y le fueron señalados los distritos de Londres y del condado de Berk. Su informe, publicado al año siguiente, era un modelo de lo que debiera ser un informe. Estaba lleno de datos admirablemente clasificados y arreglados, y de

talento, á causa de los hechos sacados á luz y del cuidado tomado para conservar las mismas palabras de los testigos cuando eran interrogados; el informe puede ser leído con interés hasta por el enemigo más inveterado de los Libros Azules.

Mr. Chadwick se manifestó tan versado y entendido en la materia, sus indicaciones estaban tan llenas de valor práctico, que poco después de la publicación del informe, fué ascendido de comisionado auxiliar al cargo de comisionado principal: y participó ampliamente con Mr. Senior, en los trabajos y honores del informe de los comisionados sometidos á la Cámara de los Comunes en 1834, y también en la célebre acta de reforma á la Ley de Pobres que fué votada el mismo año, y las recomendaciones de los comisionados quedaron en esencia adoptadas y legalizadas.

Puede arriesgarse uno á decir ahora, sin temor de ser contradicho, que esa ley fué una de las de más valor entre todas las puestas en el libro de estatutos en los tiempos modernos. Y, no obstante, ninguna ley fué más impopular que ésta, aun muchos años después de haber sido votada. Pero Mr. Chadwick no cesó ni un instante de tener fe en la verdad de los principios en que estaba fundada, y era infatigable para defenderla y establecerla. Se ha dicho con justicia, que *el ser popular es cosa fácil; pero hacer justicia impopular, requiere á un hombre*. Y Edwin Chadwick es el hombre á quien jamás faltó el valor para hacer lo justo, aunque se probase que era impopular.

Mientras investigaba entre los voluminosos testimonios sobre las Leyes de Pobres, no perdió nunca de vista Mr. Chadwick su idea sanitaria. Todos sus informes estaban empapados de ella. Una cuarta parte del pauperismo que existía entonces fué indicado por él como procedente de causas que provenían de enfermedad. Sus investigaciones minuciosas en la condición de la población trabajadora y de las clases más pobres en general, le dieron un conocimiento absoluto de los males físicos que agobiaban á la comunidad, originados por las fiebres, la consunción, y el cólera; y la idea sanitaria se afirmó aún más en su espíritu.

Cierto día, en 1838, estaba ocupado en su puesto oficial de Secretario de la Comisión de la Ley de Pobres, cuando entró precipitadamente un empleado de la Unión Whitechapel en la oficina de la Comisión de la Ley de Pobres, y con rostro

azorado informó al Secretario que había estallado una fiebre terrible alrededor de una laguna de agua estancada en Whitechapel; que las personas morían por decenas; y que la extrema malignidad de los casos daba fundamento para sospechar que la enfermedad se parecía al cólera asiático. Al oír esto, nombró la Comisión, á solicitud de Mr. Chadwick, á los doctores Arnott, Kay y Southwood Smith para investigar las causas de esta alarmante mortalidad, y que informaran en general acerca del estado higiénico de Londres. Esta investigación maduró al fin en la Investigación Sanitaria.

En el interin había estado ocupado Mr. Chadwick, como miembro de la Comisión, en investigar acerca de los mejores medios de establecer una eficaz fuerza de alguaciles en Inglaterra y el país de Gales. Al testimonio fué dado cuerpo en un informe, tan interesante como una novela de Dickens, que suministraba un curioso conocimiento de los modos de vivir, las costumbres y hábitos de las clases más bajas de la población. Cuando fué despachada esta cuestión, procedió Mr. Chadwick á consagrarse casi por completo á la gran tarea de su vida, el Movimiento Sanitario.

El obispo de Londres, en 1839, propuso en la Cámara de los Lores que la investigación que había sido hecha á solicitud de Mr. Chadwick por los doctores Southwood Smith, Arnott y Kay, sobre el estado sanitario de la metrópoli, se extendiera á toda la población de las ciudades rurales y manufactureras de Inglaterra y Gales. Algunos residentes en Edimburgo pidieron también que Escocia fuese incluida; y de conformidad dirigió una carta lord Juan Russell, en agosto de 1839, al Directorio de la Ley de Pobres, autorizándolo por real mandato para que extendiese sobre toda la Gran Bretaña la investigación sobre las enfermedades que pueden prevenirse, que ya había principiado en la Metrópoli. La colosal tarea de establecer y dirigir la investigación general, de separar los testimonios, clasificarlos y condensarlos para su publicación, le correspondió á Mr. Chadwick.

El primer informe sobre la Higiene de las Ciudades, estuvo listo para su publicación en 1842. *Debió* haber aparecido como el Informe Oficial del Directorio de la Ley de Pobres; mas como los comisionados (algunos de los cuales no estaban de acuerdo con Mr. Chadwick respecto de la Nueva Ley de Pobres) rehusaron asumir la responsabilidad de un documen-

to que encerraba cosas que podían lastimar á muchas influentes corporaciones públicas, tomó Mr. Chadwick sobre sí mismo la responsabilidad, y fué publicado como informe *suyo* lo que era en realidad, y habían aceptado como tal, de los comisionados.

La cantidad de trabajo árido y pesado que tuvo Mr. Chadwick en la preparación de éste y otros informes, con dificultad puede ser estimada sino por aquellos que saben algo del trabajo que encierra el extractar cantidades de testimonios, escritos é impresos, enviados de todas partes del Imperio, únicamente en aquello que más se relaciona con la cuestión, ó que se considera digno de ser publicado. Las montañas de papel que ha escudriñado así Mr. Chadwick durante su vida han debido ser enormes; y ¡si ahora se le pudieran presentar amontonadas, espantarían hasta á su corazón intrépido!

Inmensa fué la sensación producida en todo el país por la publicación del Informe Sanitario de Mr. Chadwick. Semejante revelación de los horrores que se hallaban ocultos debajo de la bella superficie de nuestra moderna civilización, jamás había sido publicada antes. Pero Mr. Chadwick no tenía sólo el propósito de causar mera sensación. Tenía un objetivo que proseguía con persistencia. El informe no era nada, ínterin no fueran llevadas rápidamente á debido efecto sus recomendaciones. Se formó un partido sanitario; y los ministros de entonces, ayudados por individuos de ambos partidos políticos, se hicieron sus influyentes jefes.

Fué nombrada en 1844 una Comisión Sanitaria, para estudiar todo el asunto en su aspecto práctico. La Comisión publicó dos informes, teniendo en vista la legislación; pero intervino la lucha del Comercio libre, y poco se hizo durante algunos años. Entretanto, estaba ocupado nuestro reformador sanitario como comisionado para investigar las condiciones de la metrópoli. La Comisión publicó tres informes, en los que se discutían detalladamente el desagüe defectuoso, la expulsión de las inmundicias por las alcantarillas, y la provisión de agua para Londres, y éstos acaban de ser seguidos de importantes resoluciones legislativas.

Al fin tuvo su triunfo la idea sanitaria en el Acta de Higiene Pública, que creaba en 1848 una Comisión General de Higiene (de la que era individuo Mr. Chadwick), para dirigir su administración. Desde entonces han sido promulgadas mu-

chas medidas suplementarias, con el objeto de poner en práctica los principios sanitarios adoptados por la Comisión. Siguieron publicándose informes de tiempo en tiempo, llenos de valiosos datos, por ejemplo, referentes á la aplicación del agua de las cloacas para ser aprovechada por la agricultura; sobre el cólera epidémico; sobre las cuarentenas; sobre desagües; sobre casas públicas de vecindad, y cosas por el estilo. En pocas palabras: el movimiento sanitario llegó á ser un *gran hecho*, y de esto somos deudores especialmente á Edwin Chadwick, el misionero de la idea Sanitaria. Es cierto que fué despedido finalmente de su posición de influencia en la Comisión de Higiene, en parte por *espleen*, pero principalmente por su índole poco acomodaticia sobre todo para con las pequeñas autoridades locales é intereses individuales contrarios al bien público. Pero para todos los hombres de entendimiento é imparciales, está su carácter tan elevado como siempre. Sea lo que fuere, sus *obras* permanecen.

No conocemos un caso más extraordinario que el que ofrece la carrera de este caballero, del muchísimo bien que un hombre puede realizar si está poseído fuertemente por una idea benéfica, en el supuesto de que tenga solamente fuerza de propósito y perseverancia para seguirla. Aunque Mr. Chadwick no ha sido un legislador efectivo, ha sido, sin embargo, el promotor de más medidas sabias que cualquier legislador de nuestra época. Creó una opinión pública en favor de una reforma sanitaria. También ha impresionado los espíritus de benévolos individuos con la necesidad de proveer alojamientos mejorados para el pueblo, y de esa manera ha sido el medio indirecto de establecer los Alojamientos Peabody, los Alojamientos de la Baronesa Coutts, y de las diversas Sociedades para levantar alojamientos mejorados para las clases industriales.

De ese modo ha demostrado Edwin Chadwick que es uno de los bienhechores públicos más útiles y prácticos. Merece ser colocado al lado de Clarkson ó de Howard. Sus trabajos han sido de igual modo saludables; algunos dirán que lo han sido aún mucho más en sus resultados.

La ciencia de la higiene puede resumirse en esta palabra: Aseo. El aire puro y el agua pura son sus principios esenciales. Donde haya impureza, debe lavarse y librarse de ella. Por eso es la ciencia de la higiene una de las ramas más sen-

cillas é inteligibles del saber humano. Tal vez por esto es que, como la mayor parte de las cosas, ha continuado mereciendo tan poca atención. Muchos creen todavía que no se requiere ciencia alguna para ventilar una pieza, para limpiar un desagadero, y conservar la casa y la persona aseadas.

La ciencia de la higiene podrá ser juzgada como un asunto desagradable. Trata de la suciedad y de su expulsión, de la piel, de la casa, de la calle, de la ciudad. Está comprendida en las palabras: do quiera que haya suciedad, libraos de ella acto seguido; y con la limpieza, que haya una copiosa provisión de agua pura y de aire puro para los fines de la salud humana.

Por ejemplo, tomad una calle insalubre, ó manzanas de casas, en una ciudad grande. Allí hallaréis fiebre tifoidea constantemente. Limpiad y desagad de inmundicias la calle; proveedla de aire puro y de agua pura, y en seguida queda desterrada la fiebre. ¿No es esto un resultado mucho más satisfactorio que la aplicación de medicinas? Cincuenta mil personas—dice Mr. Lee,—mueren anualmente víctimas de la fiebre tifoidea en la Gran Bretaña, originada por causas que se pueden prevenir. ¿El resultado es el mismo que si estas cincuenta mil personas fueran sacadas anualmente de sus miserables viviendas, y sentenciadas á muerte! Nos conmovemos con la nueva de un asesinato, por la pérdida de una sola vida por causas físicas. Y, no obstante, oímos casi sin estremecernos, las relaciones reiteradas de la pérdida de decenas de miles de vidas anualmente, debida á causas físicas que obran diariamente. ¿La matanza anual por causas que provienen de fiebre tifoidea es doble de la cantidad que perdieron los ejércitos aliados en la batalla de Waterloo! Por descuidar las conocidas condiciones de la higiene de la vida, pierde la gran masa del pueblo casi la mitad del período natural de sus vidas. «El tifus—ha dicho un empleado médico,—es una maldición que el hombre se impone por el descuido en que tiene las reglas higiénicas.»

Mr. Chadwick afirmó que en los sótanos de Liverpool, Manchester y Leeds, había visto entre los obreros más vicio, miseria y degradación que aquellas que despertaron las simpatías del mundo entero cuando las refirió Howard. El irlandés pobre se hunde en los insalubres entapiados, callejuelas y pasajes de las grandes ciudades; y tan frecuentes son entre

ellos los ataques de tifus, que en algunas partes del país es conocida la enfermedad por *fiebre irlandesa*. No es solamente la pérdida de vidas lo más espantoso; existe también la muerte moral que es más aterradora en esas localidades malsanas. El vicio y el crimen se asocian con el vivir desaseado. En estos lugares la desmoralización es el estado normal. Hay una ausencia de aseo, de decencia, de decoro; el lenguaje que se usa es contagioso, y las escenas de libertinaje tienen lugar á cada momento; todo tiende á nutrir la ociosidad, la embriaguez y el abandono al vicio. ¡Pensad en semejante atmósfera moral para las mujeres y los niños!

La conexión es estrecha é íntima entre la salud física y la salud moral, entre el bienestar doméstico y la felicidad pública. La influencia destructora de un alojamiento insalubre propaga un tifus moral peor que la misma peste. Donde el cuerpo está debilitado por la influencia depresiva del aire viciado y la suciedad del cuerpo, adquiere el espíritu, casi por necesidad, el mismo tono bajo é insano. El respeto propio se pierde; un sentimiento estúpido, inerte, lánguido, se posesiona del sistema; el carácter se hace depravado y frecuentemente anhelo por aprovechar aunque no sea más que un goce momentáneo de sentir correr la sangre por las venas, vuela la miserable víctima hacia el demonio de las bebidas fuertes para hallar alivio; de ahí la miseria, la infamia, la vergüenza, el crimen y la ruindad.

Este abandono de las condiciones de la salud diaria es una cosa espantosamente costosa. Cuesta al rico muchísimo dinero en la forma de contribuciones de pobres, para el sostenimiento de viudas que han perdido al marido, é hijos que han perdido al padre, á causa del tifus. Les cuesta también mucho en enfermedades; porque la fiebre tifoidea se extiende en ocasiones desde las habitaciones de los pobres á los hogares de los ricos, y se lleva al padre, á la madre ó á los hijos. Cuesta muchísimo en subscripciones para sostener boticas, enfermerías, casas de convalecencia y asilos para los desamparados. Aún más les cuesta á los pobres; les cuesta la salud, que es su único capital. En esto está colocado todo lo suyo: si lo pierden, se suspenden los pagos, y se declaran en quiebra. ¡Cuán espantoso es el descuido, ya sea de parte de la sociedad ó de los individuos, que roba al hombre pobre su salud y hace de su vida una muerte diaria!

¿Por qué, pues, no es adoptada y obligatoria para todos la ciencia de la higiene? Tememos que sea debido á la indiferencia y á la holgazanería. Las autoridades locales, las municipalidades y las comisiones de vigilancia, son frecuentemente otras tantas señoras Maclarty. Como esa anciana sucia, no pueden lavarse las caras. Alejar los materiales de la enfermedad requiere laboriosidad, atención constante, y lo que es mucho más grave, contribuciones aumentadas. Los detestables intereses sostienen su terreno, y desafían á los ataques que se les dirigen. Las cosas bastaban, dicen ellos, en *los buenos tiempos antiguos*; ¿por qué no ha de ocurrir hoy lo mismo? Cuando estalla el tifus ó el cólera, dicen que *nadie* tiene la culpa.

¡Ese terrible *nadie!* ¡de cuánto tiene que responder! Más daño causa ese *nadie* que todo el resto del mundo. *Nadie* adultera nuestros alimentos. *Nadie* nos envenena con malas bebidas. *Nadie* nos provee de agua corrompida. *Nadie* difunde la fiebre en las obscuras callejuelas y parajes no barridos. *Nadie* deja sin desaguar á las ciudades. *Nadie* llena las cárceles, las penitenciarías y los presidios. *Nadie* hace los cazadores furtivos, los ladrones y los borrachos.

Nadie tiene asimismo una teoría, una espantosa teoría. Está condensada en dos palabras — *Laissez faire, Dejad hacer*. Cuando las personas son envenenadas por el yeso de París mezclado con harina, *Dejad hacer*, es el remedio. Cuando se usa *Cocculus indicus* en lugar de lúpulo, y los hombres mueren prematuramente, es fácil decir: *Nadie lo hizo*. Que averigüen aquellos que puedan cuándo son estafados. *Caveat emptor*. Cuando las personas viven en inmundas habitaciones, *dejadlas hacer*. Que la ruindad realice su obra: no intervenzáis con la muerte.

No me va ni me viene—dijo un hombre rico que oyó que una pobre mujer y su criatura enferma eran expulsados de un pueblo por mendigar. Las autoridades del hospicio rehusaron saber nada de ella, y la despidieron. Pero la infeliz mujer fué y se sentó con su criatura á la puerta del hombre rico: allí murió la criatura; el contagio del tifus fué llevado por el aire al dorado salón y el opulento dormitorio, y el hijito del hombre rico fué víctima de la enfermedad.

Pero *nadie* tiene ahora muchísimo menos poder que antes en la sociedad: y esperamos que finalmente seguirá las huellas

de *Old Bogie* (1) y desaparecerá en absoluto. Do quiera que haya sufrimiento y abatimiento social, podemos estar seguros de que alguien tiene la culpa. La responsabilidad está en alguna parte, y si dejamos que quede, permanecerá con nosotros. Tal vez no podemos hacer frente al mal, como individuos, mano á mano; pero nos corresponde unirnos, y hacer que obre sobre el mal el poder moral unido de la sociedad en forma de ley. Una ley sólo es la expresión de una voluntad unida, y hace por la sociedad aquello que la sociedad no puede hacer por sí misma tan bien ó con tanta eficacia en su acción individual y aislada. Las leyes pueden hacer demasiado; pueden ingerirse en cosas que debieran *dejarse en paz*; pero el abuso de una cosa no es argumento idóneo contra su uso, en los casos en que su empleo es requerido con urgencia.

El simple mejoramiento de las ciudades, sin embargo, por lo que respecta á desagües, servicio de cloacas y alcantarillas, empedrado, provisión de agua, y la abolición de habitaciones-sótanos, realizarán relativamente poco, á menos que podamos conseguir llevar más adelante las mejoras, hacia los hogares mismos de las personas. Un sistema bien calculado de medidas higiénicas podrá asegurar el aseo exterior, podrá hacer de modo que el suelo sobre el que se hallan construidas las calles y las casas no tenga humedad, y que todo residuo animal y vegetal sea recogido prontamente, de modo que el aire que circule por las calles, y que flota de allí á las casas y llega á los que habitan en ellas, no esté cargado con miasmas deletéreos, origen de enfermedades, padecimientos, y finalmente de la muerte. Puede prohibirse que se viva en los sótanos, y dictarse, vigorizándolos, ciertos reglamentos para la futura construcción. Pero aquí cesa la autoridad municipal ó parroquial: no puede ir más allá; no puede penetrar en el hogar, ni tampoco es preciso que lo haga.

Se necesitan, pues, los esfuerzos individuales de las comunidades mismas; y cualquier disposición legislativa que dispense de ellos sería un mal, probablemente. El Gobierno no construye las casas en que vive el pueblo. Estas son proporcionadas por los patrones ó los capitalistas, grandes y chicos. Es preciso, pues, alentar estos intereses en la causa de las mejoras higiénicas, para asegurarse del éxito.

(1) Así se llama un supuesto duende con que antiguamente solían asustar las nodrizas á los niños: es el *Coco* de los españoles.—N. del T.

Los capitalistas individualmente han hecho ya mucho para proveer de viviendas sanas á los obreros, y han sacado partido favorable obrando así, para la mayor salud de ellos, lo mismo que para su adelanto moral en todos sentidos. Los capitalistas que están penetrados de un espíritu benévolo y filantrópico pueden de ese modo difundir por todas partes el bien. Y si unos cuantos constructores de espíritu emprendedor, en cada ciudad, tomaran esta cuestión á su cargo prácticamente, y procurasen para los obreros una clase de casas cómodas y convenientes, provistas de ventilación, limpieza y separación de los sexos, tales como lo exigen la salud y la comodidad, harían realmente un beneficio grande á la sociedad en general, y al mismo tiempo, lo creemos, se lo harían á sí mismos, que no sería fácil estimar en demasía.

Pero también hace falta la cooperación activa de los que habitan en los hogares de los pobres. Ellos también deben unirse cordialmente al movimiento sanitario; de otro modo, poco bueno se podrá llevar á cabo. Podréis proveer una cantidad suficiente de agua; sin embargo, si la mujer de la casa no la quiere usar como debe usarse, si es holgazana y desaseada, continuará siendo la casa inmunda y desagradable. Podréis proveer para la ventilación; sin embargo, si no se sacan las materias ofensivas, y se dejan cerradas las puertas y ventanas, quedará excluido el aire puro de afuera, y la casa seguirá oliendo á moho é insalubridad. ¡En cualquier caso, debe haber una mujer aseada para dirigir las cosas de la casa; y esta mujer no puede ser hecha por un Acta del Parlamento! Los comisionados sanitarios no pueden convertir á la mujer con una *Notificación*, la que es de mal genio y desaliñada, en lista y aseada, casera y económica, ni al borracho bullanguero, en un esposo laborioso y amante de su hogar. Tiene que haber, pues, esfuerzo individual de parte de la mujer en todo hogar doméstico de un obrero. Según lo observa recientemente un escritor sobre la *Reforma del Hogar*:

«Debemos comenzar insistiendo en que, por mucho que con justicia se atribuya á las viviendas los males físicos y morales de las clases trabajadoras, muy á menudo más se debe atribuir á ellos mismos. Porque es indudable, que el inquilino depende menos de la casa, que la casa del inquilino; como el espíritu tiene más poder sobre la materia, que la materia sobre el espíritu. Aunque sea una vivienda po-

»bre é incómoda, con todo, una familia con hábitos decentes y aseados, se esforzará en sacar el mejor partido de ella, y tendrá cuidado que no haya nada ofensivo sobre que tengan poder para alejarlo. En tanto que una casa modelo, arreglada con toda la comodidad y conveniencia que puede proporcionar la ciencia moderna, se convertirá muy pronto en una ignominia y una porquería, si está ocupada por personas de hábitos desarreglados y desaseados. Una pareja arreglada, laboriosa y aseada dará un aspecto de decencia y de respetabilidad al alojamiento más pobre; mientras que el pródigo, el borracho, ó el tahir convertirán un palacio en una escena de desconsuelo y de aburrimiento. Puesto que tanto depende del carácter y conducta de las personas mismas, es justo que sientan su responsabilidad en el asunto, y que conozcan y atiendan los varios puntos que se relacionan con el mejoramiento de sus propios hogares domésticos.»

Entretanto esta virtud importante debiera ser tenida constantemente en cuenta, debieran hacerse al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para proporcionar mayor abundancia de alojamientos, cómodos, decentes y agradables, para las clases obreras; porque es de sentir que en muchos distritos están como obligados por las necesidades de su condición á aglomerarse en localidades, y habitar moradas donde se hace casi imposible la decencia, donde la vida se convierte en un lento morir, y donde las influencias que obran sobre todas las energías humanas, físicas y morales, son de un carácter pernicioso.

Los hogares domésticos son fábricas de hombres, y conforme sean los hogares, así serán los hombres. El espíritu será degradado por las influencias físicas que le rodeen, la decencia será destruida por el contacto incesante de la impureza y del contagio, y la grosería de las maneras, hábitos y gustos, se hará inevitable. No podéis criar una naturaleza bondadosa, sensitiva contra el mal, cuidadosa de lo que es propio, y afanosa por el progreso moral é intelectual, en medio de la obscuridad, la humedad, el desorden y el desconsuelo que desgraciadamente caracterizan á una parte tan grande de las habitaciones de los pobres en nuestras grandes ciudades, y hasta que, por uno ú otro medio, podamos mejorar sus conveniencias domésticas, tiene que ser juzgada como inevitable su baja condición moral y social.

Nos hace falta, no sólo una clase mejor de habitaciones, sino que precisamos que el pueblo sea educado de modo que las sepa apreciar. Un propietario irlandés de tierras sacó á sus arrendatarios de sus cabañas de barro, y los mudó á viviendas cómodas que había mandado construir para ellos. Cuando regresó á su propiedad sufrió una gran decepción. Las casas estaban tan sucias y tan incómodas como antes. El cerdo asomaba por debajo de la cama, y las gallinas picoteaban sobre ella. El suelo de baldosas se hallaba tan sucio como lo había estado antes el de barro. Los vidrios de las ventanas estaban rotos, y el jardín lleno de malas hierbas. El propietario escribió con desesperación á un amigo. El amigo contestó: «Habéis comenzado por el extremo opuesto. Debíais haberles enseñado el valor del aseo, de la economía y de la comodidad.» Para empezar por el principio, pues, debemos enseñar al pueblo la necesidad de la limpieza, su virtud y su salubridad; á cuyo fin es preciso que sean inteligentes, capaces de entender las ideas transmitidas por palabras, aptos para discernir, aptos para leer, aptos para meditar. En pocas palabras, el pueblo, como los niños, tiene que ir primero á la escuela, y ser enseñado allí debidamente; mientras que nosotros hemos permitido que crezca el mayor número de los obreros sin enseñanza alguna, sin que casi la mitad de ellos sepan leer ni escribir, y á pesar de eso, ¡esperamos que manifiesten las virtudes, la prudencia, el criterio y la previsión de seres bien educados!

Es en extremo importante enseñar al pueblo hábitos de aseo. Esto se puede hacer, sin enseñarles á leer ni á escribir. La limpieza, además de ser una de las condiciones más importantes para la salud, crea una atmósfera de respeto propio, é influye en la condición moral de toda la familia. Es el mejor impulsor del espíritu de ahorro. Es á la economía de la familia, lo que la higiene al cuerpo humano. Debería presidir en todo detalle del servicio doméstico. Indica la comodidad y el bienestar. Es uno de los atributos que más distinguen á la civilización, y señala el progreso de las naciones.

El doctor Palley acostumbraba llamar la atención en particular de los viajeros en países extranjeros, hacia la condición del pueblo por lo que respecta al aseo, y las medidas locales para prevenir el contagio. Opinaba que con ello se podía

adquirir un conocimiento mayor de los hábitos de decencia, respeto propio é industria, y en su condición moral y social generalmente, más aún que de los datos de cualquiera otra descripción. Las personas son aseadas en proporción á su decencia, laboriosidad y al respeto propio que se tienen. Los pueblos desaseados no son civilizados. Las clases desaseadas de las grandes ciudades, son invariablemente las *clases peligrosas* de esas mismas ciudades. Y si nos proponemos civilizar á las clases que todavía necesitan ser civilizadas, tenemos que desterrar las suciedad de entre ellas.

No obstante, el desaseo no forma parte de nuestra naturaleza. Es un parásito que se alimenta de la vida humana y la destruye. Es asqueroso, repugnante. No puede haber belleza donde él exista. La mujer más bella nos repugna si es desaseada; las criaturas molestas, impacientes y de mal genio y los hombres degradados y abandonados. Hay poca modestia donde está la suciedad, porque la suciedad es la indecencia. Poca pureza de espíritu puede existir donde la persona es impura; porque el cuerpo es el templo del alma, y debe ser limpiado y purificado para ser digno del relicario que tiene dentro. La suciedad está relacionada en cierto modo con los goces egoístas y la embriaguez. Los investigadores sanitarios han llegado á comprobar que las clases sucias son las clases que más se embriagan, y que son propensas á buscar en la estupidez de la cerveza, de la ginebra y del opio, un refugio contra la miserable depresión originada por las inmundas condiciones en que viven.

Casi no necesitamos mencionar la belleza así moral como física del aseo: el aseo manifiesta el respeto propio, y es la raíz de muchas hermosas virtudes, y especialmente de la pureza, delicadeza y decencia. Hasta podríamos ir más lejos, y afirmar que la pureza del pensamiento y del sentimiento resulta de la pureza habitual del cuerpo. Porque el espíritu y el corazón de los hombres, en una gran parte, se hallan influidos por las condiciones y circunstancias externas; y el hábito y la costumbre, por lo que hace á cosas exteriores, se graban hondamente sobre todo el carácter, lo mismo en los sentimientos morales que en las facultades de la inteligencia.

Moisés fué el reformador sanitario más práctico. Entre las naciones orientales, generalmente, forma el aseo parte de su religión. Lo estiman no tan sólo como algo próximo á la di

vinidad, sino como una parte de la divinidad misma. Unen la idea de santidad interior con la purificación externa. Sienten que sería un insulto al Creador que adoran si fueran ante SU presencia cubiertos de impureza. De ahí que los mahometanos consagren tanto cuidado á la construcción de baños como á la de las mezquitas, y al lado del lugar dedicado á la oración, se encuentra, generalmente, el sitio para asearse, de manera que los fieles puedan tener á mano los medios de purificación previa á su acto de devoción.

«¡ Sólo el lavado es ya por sí solo un culto!—ha dicho un gran escritor;—quizá es una de las cosas más morales que están en la facultad del hombre, en la vida común. Desnúdate, métete en el baño, aunque sea en el límpido remanso de un arroyo, y lávate allí y queda limpio; saldrás de allí más puro y mejor. ¡ Esta convicción perfecta de pureza externa, de que á tu epidermis no hay ahora adherida ninguna mancha de imperfección, cómo brilla sobre ti, hasta en lo más profundo de tu alma, con simbólicas influencias! En ti ha aumentado la predisposición hacia todas las cosas buenas, cualquiera que ellas sean. Los sabios orientales más antiguos, con goce y santa alegría, comprendieron que así era y que constituía á la par un don y la voluntad del Creador.»

El bienestar común de los hombres, de las mujeres y los niños depende del cuidado de cosas que á primera vista pueden parecer relativamente triviales. Y á menos que estas cosas triviales sean atendidas, es absolutamente imposible la comodidad en la persona, el espíritu, y el sentimiento. La satisfacción física de un niño, por ejemplo, depende del cuidado de su alimentación, de su vestido y de su lavado. Estas son las más comunes de las cosas comunes, y son, no obstante, de la importancia más esencial. Si el niño no es alimentado y vestido como conviene y con limpieza, crecerá débil y mal acondicionado. Y conforme sea el niño, así será el hombre.

Las personas mayores no pueden estar cómodas sin atender metódicamente estas cosas comunes. Cada uno necesita, y debiera tener, comodidad en su hogar doméstico; y la comodidad es el producto unido del aseo, la economía, la regularidad, la laboriosidad, en pocas palabras, un cumplimiento continuado de los deberes, cada uno en sí aparentemente tri-

vial. El cocer una patata, hacer un pan, remendar una camisa, zurcir un par de medias, hacer una cama, barrer un piso, lavar y vestir á un niño, son todas cosas de poca importancia; pero una mujer debe saber cómo se hacen, antes que le pueda ser confiado el manejo de una casa, por pobre que sea.

«¿Por qué—preguntó lord Ashburton en una conferencia á los estudiantes de las escuelas de educación de Wolvesey, —¿por qué fué la madre de una familia más económica y mejor que otra? ¿Por qué pudo vivir una en la abundancia y en tanto que perecía la otra? ¿Por qué, en alojamientos iguales, eran sanos los hijos de un pobre, y débiles y enfermizos los de otro? ¿Por qué podía hacer este operario una tarea con facilidad, que hubiera muerto á su compañero? No fué la suerte ó el azar lo que decidió esas diferencias; fué la paciente observancia de la Naturaleza, que sugirió á algunos espíritus privilegiados las reglas para su guía, que habían escapado á la inadvertencia é imprevisión de otros.»

Con todo, no es tanto la paciente observancia de la Naturaleza, como la buena educación en el hogar doméstico y en la escuela, lo que pone en estado á ciertas mujeres de poder realizar mucho más que otras, en el desarrollo de los seres y en la aplicación de sus energías. Y para hacerlo eficazmente, requieren las mujeres lo mismo que los hombres, ser instruidos sobre la naturaleza de las cosas que tienen que ejecutar.

Escoged una rama de las ciencias como ejemplo, la fisiológica. Sostenemos que en esta ciencia debe recibir toda mujer alguna instrucción. Y ¿por qué? Porque si las leyes de la fisiología fueran comprendidas por las mujeres, llegarían los niños á ser hombres y mujeres, mejores, más sanos, más dichosos, y probablemente más sabios. Los niños están sujetos á ciertas leyes fisiológicas, cuya observancia es necesaria para su salud y comodidad. ¿No es razonable, pues, afirmar que las mujeres debieran saber algo de estas leyes, y de su modo de obrar? Si las ignoran, se hallarán expuestas á cometer toda clase de torpezas, causantes de sufrimiento, enfermedad y muerte. ¿A qué debemos atribuir la espantosa mortalidad de niños en la mayor parte de nuestras grandes ciudades, donde mueren la mitad de todos los que nacen antes de haber llegado al quinto año? Si las mujeres, lo mismo que los hombres, su-

piesen algo sobre las leyes de un modo de vivir sano ; sobre la naturaleza de la atmósfera, cuya acción libre sobre la sangre es tan necesaria á la salud, así como de las leyes de la ventilación, limpieza y nutrición, no podemos menos de creer que la condición moral y física de los seres humanos puestos á su cuidado, mejoraría y progresaría en gran manera.

Si se diera algo parecido al debido cuidado sobre las cosas comunes, no habría semejante cantidad de malestar, enfermedad y mortalidad entre los niños. Pero nosotros acostumbramos á las personas á que obren como si no existieran tales prevenciones como leyes naturales. Si las violamos, no nos libramos de las consecuencias porque hayamos sido ignorantes de su modo de obrar. Se nos ha dotado de inteligencia para que *pudiéramos* conocerlas, y si la sociedad conserva ciegos é ignorantes á sus individuos, se cosechan irremediabilmente las malas consecuencias. Por eso sucumben decenas de miles de seres por falta de conocimiento hasta de las condiciones más rudimentarias y más necesarias del modo de vivir apropiado.

Las mujeres, asimismo, necesitan que se les enseñe el arte importante de la economía doméstica. Si ellas no ganan los ingresos de la familia, tienen á lo menos que gastar el dinero ganado, y su instrucción debiera propender á saber gastar ese dinero sabiamente. Para este fin, es absolutamente necesario algún conocimiento de aritmética. Habrá quien diga : *¿Qué uso puede tener la aritmética para una mujer?* Pero, cuando se casan los hombres, lo llegan á saber muy pronto. Si la mujer que tiene que administrar una casa de familia ignora la adición y la multiplicación, y si deja de llevar un apunte de sus ingresos y sus gastos, antes de mucho tiempo se hallará en serias dificultades. Hallará que no podrá hacer que se avengan los gastos con los ingresos, y en seguida contraerá deudas. Si gasta demasiado en vestidos, tendrá muy poco para la manutención y la educación. Hará prodigalidades en una cosa ó en otra, y de ese modo pondrá en grandes apuros á la familia. También podrá poner á su esposo en dificultades á causa de las deudas que haya contraído, y dará un principio á sus desventuras, y probablemente á su ruina.

Mucho se podría decir en favor del manejo de una casa de familia, y especialmente en favor del arte de cocinar mejorado. Alimentos mal condimentados originan el malestar en,

muchas familias. Mala condimentación es desperdicio, desperdicio de dinero y pérdida de comodidad. A aquellos á quienes Dios ha unido en matrimonio, con frecuencia los han separado carnes mal guisadas y patatas mal cocidas. Entre las «cosas comunes» que debieran enseñar los profesores á la nueva generación, no debiera, ciertamente, ser pasado esto por alto. Es la parte más vulgar y con todo lo más descuidada en la educación femenina.

La mayor parte del trabajo humano está ocupada en la producción directa de los materiales para la alimentación. Las clases agricultoras y las labradoras se consagran al plantío, al cuidado y á la cosecha de la cebada y otros cereales, y el ganadero á la producción de ganado mayor y menor para el alimento de la población en general. Todos estos artículos, maíz, carne de vaca, de carnero y demás, son entregados á la mitad femenina de la especie humana para ser convertidos en alimentos, para su manutención, la de sus maridos y de sus familias. ¿Cómo usan su facultad? ¿Pueden cocinar? ¿Han sido enseñadas á cocinar? ¿No es una verdad que en este país es el arte de cocinar una de las artes que se han perdido ó que no han sido descubiertas?

Miles de artesanos y trabajadores están privados de la mitad de la nutrición efectiva de sus alimentos, y continúan medio hambrientos, porque sus mujeres ignoran en absoluto el arte de cocinar. Aun están en el mayor atraso sobre el modo de economizar los alimentos, y sobre la manera de hacerlos sabrosos y digeribles.

Aun las clases medias están mal servidas en este concepto. «Si pudiéramos ver—dice un escritor público,—con la ayuda de un Asmodeo, lo que sucede á la hora de comer en la parte menos acomodada de la clase media, ¿qué espectáculo de malestar, desperdicio, malhumor y consiguiente mala conducta no sería aquello? El marido disputa con la mujer porque nada hay que pueda comerse y generalmente equilibra con bebidas las deficiencias de los artículos alimenticios. De ese modo existe, no solamente el desperdicio directo de alimento y detrimento de la salud, sino también el consiguiente desperdicio del uso de bebidas espirituosas, con sus daños para los hábitos y la salud.»

Por otra parte, las personas que comen bien, beben moderadamente, pues la satisfacción del apetito suprime la ne-

cesidad de recurrir á los estimulantes. El buen humor, también y la buena salud, siguen á una buena comida; y por una buena comida entendemos cualquier cosa, por sencilla que sea, bien condimentada á su manera. Un hombre rico podrá vivir costosamente y muy mal; y un hombre pobre podrá vivir frugalmente y muy bien, si tiene la buena fortuna de tener una buena cocinera en su esposa ó en su sirvienta.

La unidad más inútil en una familia es una mujer mala administradora, ó una mujer indolente, de cualquier clase que sea. El bello sexo suele ser muy perspicaz en ocasiones er lo que le concierne. Tienen apretadas las riendas en lo que respecta á sus modistas y costureras. Distinguen hasta el ancho de un hilo, cuando el fleco es muy angosto ó una alforza muy cogida. Mas si su saber sólo se extiende á sus trajes, no son idóneas para ayudar, sino cargas. Si nada saben de su cocina, y están á merced de la cocinera, muy pronto se hará su mesa insoportable. Mala sopa, el pescado pasado y deshecho, la carne quemada por fuera y cruda por dentro. El esposo huirá muy pronto del festín *Barmecide* y se refugiará en un club, donde no solamente hallará comida que pueda digerir, sino al mismo tiempo huirá de la discordia doméstica que generalmente acompaña á los alimentos mal condimentados en casa.

Ha dicho Mr. Smee que «las enfermedades de los órganos digestivos exceden con mucho en Inglaterra al número relativo que hay en otros países.» El motivo consiste en que en ningún otro país comen los hombres tanto alimento mal condimentado. El menos observador de los viajeros debe haber quedado sorprendido de la rapidez con que hace su aparición en las fondas extranjeras una comida de ocho ó diez platos de varias clases; particularmente se recuerda la perpetua chuleta de carnero y patatas machacadas de los caminos ingleses. El autor se acuerda de haber llegado una vez á una hostería en el camino real de un remoto lugar en el Delfinado, inmediato al pie del *Pic du Midi*. Al ver el piso de arcilla y lo usado del ajuar, dijo á su amigo: «Es seguro que aquí no conseguiremos comida.» «Esperad hasta que lo veáis.» — le respondió éste. Como á la media hora estaba cubierta con un mantel limpio la mesa (aunque apuntalada); é hicieron su aparición platos sucesivos de sopa, aves, rosbif, patatas fri-

tas, judías, con pan y manteca frescos. En las fondas principales de la mayor parte de los pueblos de provincia de Inglaterra, no habría sido posible lograr una comida semejante.

Grande sería el provecho general si el arte de cocinar fuera más conocido y peculiar de la educación femenina. Para los pobres sería incalculable el provecho. Entre los premios que los filántropos de ambos sexos se complacen en regalar en el campo, gustaríamos ver que algunos fueran ofrecidos á la patata mejor cocida, á la mejor chuleta de carnero asada en las parrillas, y al mejor cocido, sopa ó caldo. Al escribir sobre una patata bien cocida, sabemos perfectamente que hemos de incurrir en el desdén de muchos por dar importancia á una cosa que suponen ser tan común. Pero lo cierto es que su desdén emana, como á veces sucede con el desdén, de ignorancia, no habiendo una entre cien personas que jamás haya visto y probado esa gran curiosidad, una patata bien cocida. (1)

En resumen: carecemos de sentido común en el arte de cocinar, como en la mayor parte de las cosas. Los alimentos deben usarse, pero no malgastarse. Mucho de ello es ahora desperdiciado en absoluto, desperdiciado por falta de un poco de arte en guisarlo. El alimento no es desperdiciado solamente por mala cocina, sino que mucho de él es arrojado, que las mujeres francesas harían de él algo sabroso y digerible. La salud, el ánimo y los goces de la familia, están todos enlazados con la cuestión del arte de cocinar. Sobre todo, es el que sostiene el *ahorro*. Saca todo el partido posible de los dones de Dios. Nada desperdicia, sino que lo aprovecha todo. Toda mujer inglesa, ya sea gentil ó sencilla, debiera saber bien al arte que proporciona tanto bienestar, salud y riqueza á los individuos de su familia.

«Me parece—dijo la señora Margarita Grey,—que con un aumento de riqueza distribuido sin equidad y una aglomeración de población, ha surgido entre nosotros una cultura espuria, que sujeta la energía, y circunscribe la utilidad de la mujer en la clase superior de la sociedad. Una dama, para ser tal, debe ser una dama y nada más... Abandonados por las damas la quesería, la confitería, la despensa, el cuarto de destilar, el corral de las aves y la huerta (podía haber

(1) *Examiner*.

añadido el torno de hilar), difícilmente han encontrado hasta ahora para ellas una esfera igualmente útil é importante en las ocupaciones del comercio y del arte, á que poder aplicar sus ocios, harto frecuentes.»

¿Cuándo, ni en qué época, ha presentado la sociedad por una parte tan gran número de individuos respetablemente educados, embargados por falta de una ocupación conveniente, y por la otra, una multitud tan importante de pobres no educados, y abandonados, que no pueden, sin ayuda, elevarse desde su miseria y degradación? ¿Qué obstáculo para la utilidad y toda eminencia de carácter, es el ser demasiado rico, ó tener parientes demasiado elevados para poder trabajar en alguna cosa!» (1)

Muchas damas inteligentes y de elevados pensamientos que se han sentido disgustadas de la ociosidad á que las condena la *sociedad*, han emprendido en estos últimos años la tarea de visitar á los pobres y cuidarlos en sus enfermedades; noble tarea ciertamente. Pero hay otra escuela para ser útil que les está abierta. Que aprendan el arte común de cocinar, y que difundan su conocimiento entre el pueblo. De ese modo realizarían una inmensa cantidad de bien; y se atraerían bienhechoras bendiciones de muchos maridos semihambrientos. Las mujeres de las clases más pobres necesitan mucha ayuda de aquellos que se hallan mejor educados, ó han sido colocados en mejores circunstancias que ellos. La mayor parte de ellas se casan jóvenes, y de pronto entran en una vida para la cual no han recibido la más rudimentaria preparación. Nada conocen del arte de cocinar, de coser ó de remendar ropas, ó de la manera económica de gastar el dinero de su esposo. De ahí los hábitos desaliñados y desaseados, los hogares domésticos antipáticos, de los cuales tiene gusto á menudo el marido de huir para refugiarse en la taberna más próxima. La siguiente historia, referida por José Corbett, obrero de Birmingham, ante una Comisión del Parlamento, es aplicable á muchos obreros de los distritos fabriles:

«Mi madre—dijo,—trabajó desde muy tierna edad en una fábrica. Era inteligente y laboriosa, y, además, tenía la fama de ser virtuosa. Era considerada como un excelente partido para un operario. Se casó joven. Fué madre de on-

(1) *Memoria de Juan Grey, de Dalston, p. 290.*

»ce hijos: yo soy el mayor. Cumplió según todo lo mejor que
»pudo sus deberes de esposa y de madre. Pero era lamen-
»tablemente deficiente en conocimientos domésticos. En la
»más importante de todas las instrucciones humanas, ¿cómo
»hacer que su hogar tuviera el mayor encanto para su esposo
»y sus hijos si no había recibido una sola lección? Tenía hi-
»jos á menudo. Conforme se restablecía de su parto, se iba al
»trabajo, siéndole llevada la criatura en momentos dados para
»alimentarla. Conforme aumentaba la familia, iba desapare-
»ciendo todo lo que se parecía á bienestar. La facultad de ha-
»cer alegre y cómodo el hogar doméstico no le fué nunca con-
»cedida. Desconocía el valor de hacer penetrar el espíritu de
»mi padre con un amor por los asuntos domésticos. Bajo el
»techo de mi padre no vi ni un momento la felicidad. Todo
»este triste estado de cosas lo atribuyo claramente á la au-
»sencia completa de toda enseñanza é instrucción de mi ma-
»dre. El se hizo intemperante, y su intemperancia le llenó
»de necesidades. Hizo ella muchos esfuerzos para no tener
»que hacer el trabajo de fábrica, mas sus necesidades pecu-
»niarias la obligaban á volver á él. La familia era crecida, y á
»cada momento hacia falta en la casa. Yo la he visto, des-
»pués del trabajo duro de todo el día, estar levantada casi
»toda la noche lavando y remendando la ropa; y esto durante
»varias noches seguidas. Mi padre no podía encontrar allí
»bienestar. Estas obligaciones domésticas, que en una casa
»bien arreglada (aun en la de un obrero, donde exista pru-
»dencia y buena administración) serían hechas de modo que
»no molestaran al marido, eran para mi padre una especie de
»enfado, y buscaba bienestar en un despacho de cerveza, á cau-
»sa de una idea ignorante y errada. La ignorancia de mi ma-
»dre respecto á las obligaciones del manejo de una casa, la irri-
»tabilidad é intemperancia consiguiente de mi padre, la horro-
»rosa pobreza, el constante que-rellar, el pernicioso ejemplo
»para mis hermanos y hermanas, el mal efecto sobre la con-
»ducta futura de mis hermanos, siendo obligados todos nos-
»otros á trabajar desde tan niños que nuestras débiles ga-
»nancias de una semana no pasaban de un chelín, el frío y
»el hambre, y los innumerables padecimientos de mi niñez, se
»aglomeran á mi espíritu y me agobian. Mantienen vivos
»una profunda ansiedad por la emancipación de miles de fa-
»milias en esta gran ciudad (Birmingham) y sus alrededores.

»que están en un estado igual de horrible miseria. Mi propia
»experiencia me dice que la instrucción de las mujeres en las
»faenas de una casa, al enseñarles á producir el contento
»y bienestar en el hogar, evitaría una gran cantidad de mi-
»seria y quizá de crimen. Habría menos maridos borrachos é
»hijos desobedientes. Como obrero, en el círculo de mi obser-
»vación, digo que está vergonzosamente descuidada la educa-
»ción de la mujer. Doy á esto más importancia que á cual-
»quier otra cosa, porque las mujeres implantan las primeras
»impresiones en el espíritu joven y susceptible, modelando
»el niño de que se forma el hombre futuro.»

CAPITULO XVI

EL ARTE DE VIVIR

No creáis á ningún hombre gentil en ningún tiempo, á causa de su linaje. Aunque no haya nacido en alta alcurnia, es gentil si se conduce como lo hace un caballero.—CHAUCER.

Cada uno es hijo de sus obras.

CERVANTES.

Sirve á una noble disposición, aunque sea pobre; llegará día en que te recompensará.—JORGE HÉRBERT.

Aunque los hombres son acusados de que no conocen sus propias debilidades, existen quizá muy pocos que conozcan su propia fuerza. Ocurre lo mismo con los hombres que con la tierra, en la que alguna vez existe un filón de oro, del cual no tiene conocimiento el propietario.—SWIFT.

Que no destruya el contento de mi espíritu aquello que no pueda alcanzar.

CIBBER.

El arte de vivir merece un puesto entre las bellas artes.

Con el mismo derecho que la literatura, puede ser colocada entre las humanidades. Es el arte de hacer lo más ventajoso á los medios de vivir, de sacar el mayor provecho de todo. Es el arte de sacar de la vida su mayor fruición, y por medio de ello, lograr sus más altos resultados.

Para vivir feliz se requiere el ejercicio de no poca proporción de arte. Lo mismo que la poesía y la pintura, procede principalmente de la Naturaleza, pero todos pueden cultivar y desarrollar el arte de vivir. Puede ser enseñado por los padres y los preceptores, y perfeccionado por la propia cultura. No puede existir sin la inteligencia.

La felicidad no es, como una joya grande y bella, tan poco

común y rara, que se la busca inútilmente, y sin esperanza en todo esfuerzo para lograrla; sino que consiste en una serie de alhajas pequeñas y más comunes, agrupadas y montadas juntas, formando un conjunto agradable y gracioso. La felicidad estriba en el goce de pequeños placeres, esparcidos en el sendero común de la vida, los que solemos no ver en la afanosa busca de algún goce grande y estimulador. Hállase placer en el cumplimiento de los deberes comunes, llenados fiel y honrosamente.

El arte de vivir tiene muchos ejemplos en la vida actual. Tomad dos hombres de iguales recursos, uno de los cuales conozca el arte de vivir y el otro no. El uno posee la mirada que ve y el espíritu inteligente. La Naturaleza es siempre nueva para él, y está llena de belleza. Puede vivir en el presente, repasar el pasado, ó anticipar la gloria de lo futuro. La vida guarda para él un sentido profundo y requiere el cumplimiento de deberes que son satisfactorios para su conciencia, y por lo tanto, gratos. Progresa moral é intelectualmente, obra sobre su época, ayuda á elevar las clases oprimidas, y demuestra actividad para toda buena obra. Nunca está cansada su mano, nunca está su espíritu fatigado. Pasa alegremente á través de la vida, ayudando á otros á que la disfruten. La inteligencia, siempre dilatándose, le proporciona diariamente nuevos conocimientos de los hombres y de las cosas. Entrega su vida llena de honra y de bendiciones, y su mayor monumento son los hechos buenos que ha ejecutado, y el ejemplo provechoso que ha dado á sus semejantes.

El otro encuentra relativamente poco placer en la vida. Apenas ha llegado á la virilidad, cuando ya ha agotado sus goces. El dinero ha hecho por él todo lo que podía. Siente, con todo, que la vida es vacía y triste. Los viajes no le hacen bien alguno; porque para él no tiene sentido la historia. Sólo tiene vida para las imposiciones de los hosteleros y mayoresales, y los desagradados de viajar días enteros por entre las montañas, labriegos y ovejas, apretado en un carruaje. Las galerías de pinturas son para él una majadería, y va á verlas simplemente porque otras personas lo hacen. Estos placeres le cansan muy luego, y está hastiado. Cuando llega á viejo, habiendo recorrido las disipaciones del buen tono, y que ya nada le queda que saborear, ve sólo en la vida una mascarada, en la que sólo halla bribones, hipócritas y aduladores. Aunque

no goza de la vida, está aterrorizado, no obstante, con la idea de dejarla. Caen entonces el telón. Con toda su riqueza, la vida ha sido para él un fracaso, porque no ha conocido el arte de vivir, sin el cual no se puede disfrutar de la existencia.

No es la riqueza la que da el verdadero sabor á la vida; sino la reflexión, el aprecio, el gusto, la cultura. Sobre todo, son imprescindibles la mirada que ve y el corazón que siente. Con éstos puede ser dichosa la suerte más humilde. El trabajo y la faena penosa pueden asociarse con los pensamientos más elevados y los gustos más puros. La suerte del trabajo puede ser elevada y ennoblecida de esa manera. Montaigne observa que: «la filosofía moral es tan aplicable á una vida vulgar y privada como á las más espléndidas. Los hombres llevan dentro de sí toda la forma de la condición humana.»

Aun en la comodidad material es un verdadero economista el buen gusto, como asimismo un encarecedor del goce. Apenas habréis pasado el umbral de la casa de vuestro amigo, cuando ya podéis notar si preside ó no el buen gusto. Hay un aire de limpieza, orden, arreglo, gracia y elegancia, que produce una sensación de placer, aunque no podáis definir ó explicar cómo es. Hay una flor en la ventana, ó un cuadro contra la pared, que señalan el hogar del buen gusto. Un pajarillo canta en el marco de la ventana, los libros están esparcidos, y el ajuar, aunque común, es limpio, conveniente, y puede ser hasta elegante.

El arte de vivir se extiende á todo el régimen y gobierno de una casa. Elige alimentos sanos, y los prepara con su gusto. No hay abundancia; la comida podrá ser muy modesta, pero tiene en sí sabor: todo está tan limpio y arreglado, brilla tanto el agua en el vaso, que no deseáis platos más ricos, ó una bebida más apetitosa.

Mirad en otra casa, y veréis abundancia, pero sin gusto ni orden. Los gastos son mayores y, sin embargo, allí no os sentís bien. La atmósfera parece que está llena de malestar. Están esparcidos aquí y allá los libros, sombreros, pañuelos, y medias para ser zurcidas. Dos ó tres sillas están cargadas de objetos. El aspecto de las habitaciones es lamentable. Todo el dinero que se gasta, no cambiará las cosas. Falta el gusto, porque la que gobierna la casa no ha aprendido todavía el arte de vivir.

El mismo contraste podéis ver en la vida de cabaña. La

suerte de la pobreza está aliviada por el gusto. Elige la vecindad más sana y abierta, donde el aire es puro y las calles son limpias. Por el umbral bien fregado, y los vidrios sin manchas de las ventanas, apareciendo quizás á través de ellas florecientes rosas y geranios, podéis ver de una ojeada si el que la habita, por pobre que sea, conoce el arte de sacar el mejor partido de su suerte. ¡Cuán diferente de las cabañas de inmundas habitaciones que halláis en otras partes, con los niños sucios que juegan en las aceras, las mujeres desaliñadas, holgazanas, mirando desde los antepechos de las ventanas, y el aire de sombría pobreza que parece llenar el lugar! Y no obstante, el ingreso semanal en el hogar anterior no es quizá mayor (tal vez sea menor,) que en la del otro.

¿Cómo es que de dos hombres que trabajan en el mismo campo ó en el mismo taller, el uno es alegre como una alondra, siempre contento, bien vestido, y tan aseado como se lo permite la índole de su trabajo, sale los domingos por la mañana con su mejor traje, para ir á la iglesia con su familia, nunca está sin un penique en el bolsillo, y tiene además algo en el Banco de Ahorros; es aficionado á leer libros y está subscripto á un periódico, además de llevar alguna revista literaria para lectura de familia; mientras que el otro hombre, con salarios semanales iguales ó hasta mayores, va por las mañanas al trabajo de mal humor y triste, siempre está disputando, anda mal vestido y mal calzado, nunca se le ve salir de su casa los domingos hasta eso de medio día, cuando aparece en mangas de camisa, sin haberse lavado la cara, ni peinado, con los ojos amodorrados y sanguinolentos; sus hijos corretean libremente por las aceras, sin que á la vista haya quien tenga cuidado de ellos; está constantemente sin dinero, excepto el sábado por la noche, y entonces tiene que pagar una larga lista de préstamos; no pertenece á ninguna sociedad, nada ha ahorrado, sino que vive literalmente de manos á boca; nada lee, no medita, sino que trabaja, come, bebe y duerme? ¿Por qué existe una diferencia tan notable entre estos dos hombres?

Sencillamente por esta razón: que el uno tiene la inteligencia y el arte de sacar goce y felicidad de la existencia, de ser feliz él mismo, y de hacer feliz á aquellos que le rodean, mientras que el otro no ha cultivado su inteligencia, y nada conoce del arte de hacerse feliz á sí mismo ni á su familia.

Con el uno, es la vida una escena de amor, de ayuda y de simpatía, de cuidado, de previsión y de cálculo, de meditación, de acción y de deber; con el otro no es más que una grosera rebusca de carne y bebida; no se piensa en el deber, está desterrada la reflexión, y á la prudente previsión ni por un momento se la tiene presente.

Mas ved el resultado: el primero es respetado por sus compañeros de trabajo y amado por su familia; es un ejemplo de bienestar y de hacer bien á los demás que están al alcance de su influencia; mientras que el otro es tan irreflexivo y tan desgraciado, como se lo permite ser la Naturaleza, huyen de él los hombres buenos; su familia tiene miedo del ruido de sus pisadas, temblando quizá su mujer á su aproximación; muere sin dejar tras de sí quien lo sienta, exceptuándose acaso su familia, que queda para ser mantenida por la caridad pública, ó por la ración distribuída por el administrador.

A causa de estas razones, bien vale la pena que todo hombre estudie el importante *Arte de vivir feliz*. Hasta el hombre más pobre puede obtener por estos medios un aumento mayor de goce y de dicha en la vida. El mundo no necesita ser un *valle de lágrimas*, á no ser que nosotros lo querremos hacer así. En gran parte tenemos el dominio sobre nuestra propia suerte. De cualquier modo, nuestro espíritu nos pertenece, y podemos acariciar pensamientos felices; hasta un límite considerable podemos regular y dominar nuestra índole y nuestras disposiciones; nos podemos educar á nosotros mismos, y hacer surgir la parte más noble de nuestra naturaleza, la que, por la mayor parte de los hombres, se la deja dormir un profundo sueño; podemos leer buenos libros, acariciar pensamientos puros, y llevar vida de paz, de templanza y de virtud, de modo que nos asegure el respeto de los hombres buenos, y transmitir la dicha de un ejemplo digno á nuestros sucesores.

El *arte de vivir* se manifiesta mejor en el hogar doméstico. La primera condición de un hogar venturoso en donde prevalecen las buenas influencias sobre las malas, es el *confort*, la comodidad. Donde existen ansiosos cuidados, disposición á quejarse constantemente, desaseo, dejadez y suciedad, no puede haber comodidad ni para el hombre ni para la mujer. El marido que ha estado trabajando todo el día, espera encontrar una compensación por su trabajo. Lo menos que

puede hacer su mujer por él, es tenerle á su vuelta, al caer la tarde, su casa acomodada, limpia y agradable. Esta es la economía más verdadera, la mejor administración de la casa, el manejo doméstico más digno que hace al hogar tan placentero y agradable, que al acercarse á él siente un hombre que va á entrar en un santuario, que, cuando está allí, no hay atractivo que pueda sacarle de su casa.

Dicen algunos que amamos demasiado el *confort*. La palabra es esencialmente inglesa, y se dice que es intraducible en toda su acepción á otro idioma extranjero. Está relacionada inmediatamente con el hogar. En los climas más templados se manejan las personas para vivir mucho fuera de casa. Toman el sol en las calles. La mitad de su existencia es en público. El aire las convida á que salgan, y las retiene afuera. Sólo vuelven á sus casas para comer y dormir. Con dificultad se puede decir que *viven* allí.

¡Cuán distinto es entre nosotros! El aire crudo afuera durante tantos meses del año, nos impele á estar dentro. Por eso cultivamos toda clase de placeres en la casa. De ahí la multitud de deliciosas asociaciones que se elevan en el espíritu al pronunciarse la palabra hogar. De ahí el dios de nuestros lares, el *confort*.

No nos contentamos simplemente con un hogar. Tiene que ser *confortable*. Los más míseros son, en verdad, aquellos que no tienen hogar, ¡los destituidos del hogar doméstico! Pero no menos míseros son aquellos cuyos hogares domésticos no tienen *confort*, aquellos de quienes dijo en cierta ocasión Carlos Lamb: «Los hogares domésticos de los muy pobres, no son hogares domésticos.» El *confort* es, pues, lo que constituye el alma del hogar, su principio esencial, su elemento vital.

El *confort* no significa solamente calor, buen ajuar, buenos alimentos y bebidas. Significa algo más elevado que esto. Significa limpieza, aire puro, orden, frugalidad; en una palabra, economía doméstica y gobierno doméstico. El *confort* es la tierra en que crece el ser humano, no sólo física, sino moralmente. El *confort* está, en verdad, en el fondo de muchas virtudes.

La riqueza no es precisa para el *confort*. El lujo requiere fortuna, pero no el *confort*. La casa del hombre pobre, provista modestamente con lo necesario á la existencia, presidida por una mujer aseada y económica, puede encerrar todos

los elementos de un vivir *confortable*. La falta de *confort* procede, principalmente, no tanto por la ausencia de recursos suficientes, como por la ausencia del conocimiento requerido de la administración doméstica.

Debemos añadir que el *confort* es en gran parte *relativo*. Lo que sería bienestar para un hombre pudiera ser miseria para otro. Hasta el obrero más modesto de estos días consideraría miserable vivir al estilo de los nobles de hace unos cuantos siglos; dormir sobre lechos de paja, y vivir en habitaciones cubiertas con juncos. Guillermo el Conquistador no tenía camisa para su cuerpo ni un vidrio para sus ventanas. La Reina Isabel fué una de las primeras en usar medias de seda. Las Reinas anteriores á ella no usaban medias.

El *confort* depende tanto de las personas como de las *cosas*. El carácter é índole de aquellos que dirigen los hogares, es de donde nace el sentimiento del bienestar, mucho más que de un hermoso ajuar, habitaciones calentadas, ó del lujo y arreglo de la casa.

Las personas agradables son de índole bondadosa. Se puede asegurar que la buena índole es una condición invariable del *confort*. Tiene que haber tranquilidad, tolerancia mutua, ayuda mutua, y una disposición para tomar las cosas de la mejor manera. «Mejor es una comida de hierbas donde hay amor, que un buey cebado y el odio con él.»

Las personas agradables son individuos de sentido común, discreción, prudencia y economía. Guardan entre sí una afinidad natural por la honradez y la justicia, la bondad y la verdad. No contraen deudas, porque esa es una especie de falta de honradez. Viven en el límite de sus recursos, y guardan algo para los días malos. Cuidan que se hagan las cosas convenientes en sus casas, y en las ocasiones propias no carecen de hospitalidad y de beneficencia. Y lo que hacen, es hecho sin ostentación.

Las personas agradables hacen todas las cosas ordenadamente. Son sistemáticas, formales, sobrias, industriosas. Se wisten cómodamente. Se acomodan á la estación, ni temblando en invierno, ni sudando en verano. No se afanan por tener una *apariencia fashionable*. Gastan más en medias de abrigo que en anillos de oro, y prefieren un lecho sano y bueno, á vistosos cortinajes. Sus sillas son sólidas, no son obras de

aparato. Resisten el que uno se siente sobre ellas, aunque no estén llenas de adornos.

La organización del hogar depende en su mayor parte de la mujer. Es forzosamente la administradora de toda familia y de la vida casera. Así pues, ¡cuánto no debe depender de su inteligente cooperación! La vida del hombre gira al rededor de la mujer. Ella es el sol de su sistema social, la reina de la vida doméstica. El bienestar de cada hogar depende de ella principalmente, de su carácter, de su índole, de su facultad de organización y su modo de administrar los negocios de su casa. Un hombre puede ser económico, pero á no ser que haya economía en su hogar, será relativamente inútil su frugalidad. *Un hombre no puede ahorrar*—dice el proverbio,—*á menos que su mujer le ayude.*

El ahorro doméstico es muy llano, pero muy benéfico. Aunque desapercibido para el mundo, hace felices á muchas personas. Ejerce influencia sobre los individuos, y al elevarlos, eleva á la misma sociedad. Es verdaderamente una receta de infalible eficacia, para otorgar la felicidad mayor posible sobre el mayor número posible. La legislación, la benevolencia, y la filantropía son sin ella simples paliativos, á veces peores que inútiles, porque mantienen esperanzas que en su mayor parte no se realizan.

¡Cuán feliz va un hombre á su trabajo ó á su negocio, y cuán doblemente feliz vuelve de él, cuando sabe que sus recursos son cuidadosamente manejados, y aplicados sabiamente por una discreta y buena administradora! Una mujer semejante es, no tan sólo un poder en su casa, sino que su ejemplo pasa á sus vecinos, y está ante ellos como un modelo y dechado. Los hábitos de sus hijos se forman conforme á los suyos; su misma vida llega á ser un modelo por el cual se amoldan ellos inconscientemente, porque el ejemplo habla siempre más elocuentemente que las palabras: es instrucción en acción, la sabiduría obrando.

La primera cualidad entre todas las que la mujer posee, es el uso inteligente de sus manos y de sus dedos. Todo el mundo sabe cuán útil, cuán impresindible para el bienestar de una familia es la mujer aseada, laboriosa y dispuesta. Pestalozzi, con su habitual sagacidad, ha observado que la mitad de la educación de una mujer viene por medio de sus

dedos. Hay sabiduría y virtud en la extremidad de sus dedos. Mas al ahorro debe acompañarlo también la inteligencia: deben marchar unidos. Una mujer debe ser, no solamente hábil con sus dedos, sino que debe estar en posesión de la facultad de organizar las faenas de la casa.

Debe haber método. El difunto sir Arturo Helps observó, que: «tal como son educadas ahora las mujeres, son en su mayor parte deficientes en *método*. Pero es evidente que esto podría enmendarse con la enseñanza. Veamos un ejemplo muy humilde y sencillo. ¿Por qué es siempre mejor un cocinero que una cocinera? Simplemente porque un hombre es más metódico en sus disposiciones, y confía más en sus pesos y medidas. Un médico eminente me dijo que creía que las mujeres eran absolutamente deficientes en la apreciación del tiempo. Pero yo creo que esto no es más que un efecto de su falta general de exactitud, para lo cual hay fácil remedio: esto es, fácil si se principia suficientemente temprano.»

En consecuencia, para administrar una casa de familia convenientemente, tiene que haber método. Sin esto no se puede hacer bien el trabajo ya sea en las oficinas, en los talleres ó en las casas particulares. Arreglando el trabajo de una manera conveniente, haciendo las cosas á su tiempo, teniendo en vista una economía de labor, se pueden realizar muchos quehaceres. La confusión huye ante el método, y desaparece todo espíritu taciturno. Hay asimismo un método para gastar, para colocar el dinero, que es tan valioso para la mujer casera, como el método en realizar su trabajo. El dinero se desliza entre los dedos de algunos como el azogue. Ya hemos visto que muchos hombres son pródigos. Pero muchas mujeres lo son igualmente. A lo menos no saben gastar las ganancias de sus esposos con el mejor provecho. Miráis las cosas muy fuera de lugar: os preocupáis de escotes y cuellos de encajes y medias mal zurcidas; hermosos sombreros y botines remendados, vestidos de seda y enaguas sucias; en tanto que el marido anda por ahí con la ropa destrozada sin tener quizá nada limpio sobre sí.

La laboriosidad es esencial, por de contado. Esto es el alma de los negocios; pero sin método será menos productora la laboriosidad. La laboriosidad puede aparecer algunas veces como confusión. Pero la mujer metódica y laboriosa hace

su trabajo de un modo tranquilo y formal, sin alboroto, sin ruido, sin levantar nubes de polvo.

La prudencia es otra de las cualidades importantes para la dirección de una casa. La prudencia emana de un juicio cultivado: significa sabiduría práctica. Tiene referencia con la idoneidad, con la propiedad, juzga de la cosa justa que tiene que hacerse, y del modo justo de hacerlo. Calcula los recursos, el orden, el tiempo y el método para hacerlo. La prudencia aprende mucho de la experiencia, auxiliada por el saber.

La exactitud es otra de las cualidades eminentes para el manejo de una casa. ¡Cuántos regañones se evitarían en la vida doméstica, si se pusiera algo más de atención á esta virtud! Comidas tarde y almuerzos tarde, *demasiado tarde*, para la iglesia y el mercado, *hacer la limpieza fuera de tiempo*, y los *lavados* prolongados hasta media noche,—las cuentas demoradas con un *vuelva usted mañana*,—empeños y compromisos no cumplidos. ¡Qué hueste de pequeñas molestias se agolpan al espíritu, al solo pensamiento de una mujer de casa que no es puntual! La mujer que carece de exactitud, así como el hombre, se nos hace antipática, porque gasta nuestro tiempo, se interpone en nuestros planes, causa sentimientos enfadosos, y de hecho nos dice que no poseemos la suficiente importancia para hacer que ella sea más puntual. Para el hombre de negocios es dinero el tiempo, y para la mujer de negocios lo es más, es la tranquilidad, el bienestar y la prosperidad doméstica.

La perseverancia es otro de los hábitos buenos para la dirección de una casa. Estableced un buen plan, y manteneos en él. No os dejéis desviar de él sin suficientes motivos. Seguidlo fiel y diligentemente, y dará frutos cuando llegue el tiempo oportuno. Si el plan es prudente, basado sobre una sabiduría práctica, gravitarán hacia él todas las cosas, y una dependencia mutua se establecerá gradualmente entre todos los miembros del sistema doméstico.

Podríamos presentar numerosos ejemplos prácticos de la certeza de estas observaciones, pero nuestro espacio ya está casi lleno, y debemos dejar que el lector los supla con los que le sugiera su propia experiencia.

Existen muchos otros ejemplos que se podrían aducir, sobre el arte de hacer feliz la vida. La dirección del genio ó tem-

peramento es un arte lleno de resultados benéficos. Por medio de la bondad, la alegría y la indulgencia podemos ser felices casi á voluntad, y al mismo tiempo difundir la dicha en torno nuestro. Podemos estimular los pensamientos de felicidad en nosotros y en los demás. Podemos ser sobrios en los hábitos. ¿Qué pueden pensar una esposa y sus hijos, de un esposo y padre que no sea sobrio? Podemos ser mesurados en el lenguaje, y evitar las palabras violentas y obscenas, la más inútil, insignificante y brutal de las vulgaridades. Nada puede ser tan necio, por no decir antipático, repulsivo y pesaminoso, como los juramentos en boca de los que siempre juran y votan. Son profanaciones sin objeto alguno, impiedades sin provocación, blasfemias sin disculpa.

Esto nos conduce de paso á la observación de que en este país no nos hallamos suficientemente instruidos en el arte de los buenos modales. Somos más bien impolíticos, y algunas veces inaccesibles. Los modales no *hacen* al hombre, como lo dice el proverbio; pero los modales hacen al hombre mucho más agradable. Un hombre puede ser noble de corazón, fiel en sus tratos, virtuoso en su conducta; y con todo, ser descortés. La dulzura de la índole y la gentileza de los modales dan el pulimento al verdadero caballero.

Por buenos modales no entendemos la etiqueta. Esta no es más que una colección de reglas convencionales adoptadas por lo que se llama *buena sociedad*; y muchas de las reglas de la etiqueta son de la esencia de la descortesía. La etiqueta no permite á personas de posición social que reconozcan en la calle á un hombre que lleve un miserable traje desaliñado, aunque sea su mismo hermano. La etiqueta es mentirosa en su *no está en casa* que se le ordena á los sirvientes para las visitas en momentos inoportunos.

Los buenos modales exigen muchos requisitos; pero consisten especialmente en política, cortesía y amabilidad. No pueden ser encadenados por reglas, pero pueden ser enseñados por el ejemplo. Se ha dicho que la política es el arte de mostrar a los hombres, mediante signos exteriores, la consideración interior que tenemos por ellos. Pero un hombre puede ser perfectamente político hacia otro, sin que tenga necesariamente ninguna consideración por él. Los buenos modales no son ni más ni menos que la buena conducta. Se ha dicho que «una bella forma es mejor que un bello rostro, y que una

»conducta bella es mejor que una fôrma bella; produce un
»placer más elevado que las estatuas ó los cuadros; es la más
»bella de las bellas artes.»

Los modales son los adornos de la acción; en verdad una buena acción hecha sin buenos modos, carece de la mitad de su valor. Un infeliz cae en dificultades, y pide ayuda de un amigo. La obtiene, más es con un: *Ahí está—tomad eso, pero no me gusta prestar.* La ayuda es dada con una especie de puntapié, y difícilmente se la acepta como un favor. El modo de dar irrita por mucho tiempo el ánimo del que acepta. Por eso es por lo que los buenos modales quieren significar modales bondadosos y afables,—siendo la benevolencia el elemento dominante en toda clase de agradables relaciones entre los seres humanos.

Cuéntase una historia de un pobre soldado que penetró un día en la tienda de un peluquero, que estaba ocupado con sus clientes, y pidió un socorro, diciendo que se había quedado con más tiempo del concedido por su licencia, y á no ser que pudiera lograr montar en una diligencia, le esperaban el cansancio y un castigo severo. El peluquero escuchó respetuosamente su relato y le dió una guinea. «¡Que Dios os bendiga, señor!—dijo el soldado, sorprendido de la cantidad.—»¿Cómo podré devolvérselo? No tengo en el mundo más que esto—añadió sacando de su bolsillo un pedazo de papel sucio:—es una receta para hacer betún; es el mejor que se haya visto; por ella he tenido muchas medias guineas de los oficiales, y he vendido muchas botellas; deseo que podáis sacar algo de ella, para recompensaros de vuestra bondad para con el pobre soldado.» ¡Cosa singular! ese pedazo de papel sucio se transformó en medio millón de libras esterlinas para el peluquero. Era nada menos que la receta para el célebre betún *Day y Martin*; siendo el peluquero el difunto millonario Mr. Day, cuya fábrica es una de las cosas notables de la metrópoli.

A los buenos modales se les ha supuesto ser signo peculiar de buena educación, y que el individuo que los exhibe ha nacido en alguna clase superior de la sociedad. Pero las clases más pobres pueden usar buenos modales, una hacia otra, lo mismo que las más ricas. Uno puede ser atento para con los demás, sin tener un penique en el bolsillo. La cortesía va muy lejos; no obstante, nada cuesta. Es la más barata de las co-

modidades. Pero necesitamos que se nos enseñen los buenos modales lo mismo que cualquiera otra cosa. Algunas naturalezas afortunadas han nacido con los modales. Pero la masa de los hombres necesita que se les enseñen los modales, y esto sólo puede hacerse eficazmente en la juventud.

Hemos dicho que los obreros podrían estudiar buenos modales con provecho. ¿Por qué no habrán de respetarse á sí mismos y á los demás? Es por su comportamiento mutuo, en otras palabras, por sus modales, como se manifiestan el respeto propio y el respeto mutuo. Nos ha llamado la atención la cortesía habitual hasta de las clases más pobres del Continente. El obrero se quita la gorra y saluda respetuosamente á su compañero operario al pasar. No hay sacrificio de virilidad en esto, sino más bien gracia y dignidad. El obrero se respeta á sí mismo y á su clase al respetar á su compañero. Hay bondad en la acción de reconocimiento, lo mismo que en la manera en que es manifestada.

Podríamos aprender mucho del pueblo francés en esta materia; no tan sólo son políticos mutuamente, sino que tienen un respeto mayor por la propiedad. Algunos estarán dispuestos á dudar de esto, después de la reciente destrucción de los edificios en París. Pero los comunistas deben ser considerados como personas completamente excepcionales; y para comprender el carácter francés, tenemos que atender al conjunto de la población esparcida por toda Francia. Allí encontramos que la propiedad es mucho más respetada por el pueblo que entre nosotros. Hasta el mendigo respeta la fruta que está al lado del camino, aunque no haya nadie para protegerla. La razón es ésta: que Francia es una nación de pequeños propietarios, que la propiedad está mucho más repartida y al descubierto, y los padres, hasta de la clase más humilde, educan á sus hijos en el cuidado y extremo respeto por la propiedad ajena.

Este respeto por la propiedad está acompañado también del respeto por los sentimientos de los demás, lo cual constituye lo que se llama buenos modelos. Esto es inculcado cuidadosamente en los niños de todos los rangos en Francia. Rara vez son groseros. Son atentos con los extranjeros, y se tratan entre sí con mucha cortesía. En sus *Notas de un viajero*, hace Mr. Laing estas observaciones: «Esta deferencia por los sentimientos de otros en todo lo que hacemos, es un hábito mo-

»ral de gran valor cuando está difundido en la generalidad, »y forma parte de la enseñanza doméstica de cada familia. »Es una educación en la moral tanto para el padre como »para el niño, llevada á cabo por medio de modales exteriores... Es un bello distintivo del carácter nacional francés, »y de economía social, que la moralidad práctica es generalmente más enseñada por medio de los modales, entre el pueblo y por ellos mismos, que en ningún otro país de Europa» (1).

El mismo sentimiento de amabilidad podrá observarse en las relaciones sociales de los obreros entre sí. No hay un momento de su vida en que no ocurra la oportunidad de exhibir buenos modales en el taller, en la calle y en su casa. Con tal que haya un deseo de agradar á otros con miradas y modos bondadosos, se formará muy pronto el hábito de unir los buenos modales en todos los actos. No es solamente el placer que un hombre causa á otros con ser amable: él mismo recibe diez veces más placer. El hombre que se levanta y ofrece su silla á una mujer ó á un anciano—por trivial que pueda parecer este acto,—es recompensado por su propio corazón, y un estremecimiento de placer le recorre en el momento que ha ejecutado la buena acción.

Los obreros necesitan practicar más los buenos modales entre sí, porque están en la necesidad de vivir constantemente unos con otros. Están en contacto incesante con sus compañeros de trabajo, mientras que las clases ricas no necesitan mezclarse con los hombres á no ser que así lo quieran, y entonces pueden escoger á los que quieran. La felicidad del obrero depende mucho más de las bondadosas miradas, palabras y acciones de aquellos que están inmediatamente á su alrededor, que lo que las necesita el hombre rico. Así sucede en el taller, y lo mismo acontece en el hogar doméstico. Allí no puede retirarse el operario al estudio, sino que tiene que estar entre su familia, al lado de su mujer, con sus hijos en torno suyo. Y tiene que vivir amistosamente con ellos, cumpliendo actos bondadosos y complacientes hacia su familia; ó tiene que ver, soportar y sufrir la desventura intolerable de la recíproca falta de amabilidad.

(1) Samuel Laing, *Notas de un viajero sobre el estado político de Francia, Prusia, Suiza, Italia y otras partes de Europa*, p. 55.

Aun suponiendo que haya dificultades para que un obrero cultive el arte de los buenos modales porque sus medios son á menudo muy limitados, y desfavorable su posición, con todo, ningún hombre es tan pobre que no pueda ser cortés y amable, si le place; y ser cortés y amable es la esencia misma de los buenos modales. Hasta en las circunstancias más adversas puede un hombre tratar de hacer lo mejor. Si lo hace, si habla y obra cortés y amablemente á todos, será tan satisfactorio el resultado, tal satisfacción sentirá de sí mismo que no podrá menos de ser estimulado para perseverar en el mismo camino. Difundirá el placer en torno suyo, en el hogar doméstico, hará amigos de sus compañeros de trabajo, y será mirado con mayor amabilidad y respeto por todo patrón de espíritu recto. El obrero cortés ejercerá mayor influencia entre su clase, y los inducirá generalmente á imitarle gracias á su persistente consistencia, cortesía, y amabilidad. De ese modo fué como Benjamín Franklin reformó los hábitos de todo un taller, no siendo más que uno de tantos obreros.

Luego, además del placer general que nace del ejercicio de los buenos modales, hay muchísimo placer sano é inocente que suele sacarse de diversiones de varias clases. No se puede estar trabajando, comiendo y durmiendo constantemente. Es preciso tiempo para la distracción, tiempo para los placeres mentales, tiempo para el ejercicio corporal.

Existe un profundo sentido en la palabra diversión, mucho más de lo que creen las gentes. En verdad, la diversión es una parte importante de la educación. Es un error suponer que el niño ó el hombre que forma parte en algún juego fuera de casa está desperdiciando su tiempo. Cualquiera clase de diversión no es desperdiciar el tiempo, sino economizar la vida.

Procuraos distracción y ejercicio con frecuencia, si queréis gozar de buena salud. Si no os distraéis, y no hacéis ejercicio, aparecerán muy pronto los resultados en indisposiciones físicas que siempre acompañan á las profesiones sedentarias. «Los estudiantes—dice lord Derby,—que creen que no tienen tiempo para ejercicios corporales, encontrarán más tarde ó más temprano tiempo para la enfermedad.»

Existen personas en el mundo que si pudieran le pondrían un crespón negro al firmamento, echarían una mortaja

sobre el seno hermoso y vivificador del planeta, quitarían las brillantes estrellas del cielo, velarían el sol con nubes, arrancarían la plateada luna de su lugar en el firmamento, cerrarían nuestros jardines y campiñas, y todas las flores con que están cubiertos, y rodearían al mundo de una atmósfera lóbrega y tétrica. En esto no hay razón ni moralidad, y menos aún religión.

Un Creador benévolo ha dotado al hombre de una capacidad eminente para la fruición, lo ha puesto en un mundo bello y agradable, lo ha rodeado de cosas buenas y hermosas, y le ha dado una disposición para amar, para simpatizar, para ayudar, para producir, para gozar, y de ese modo ser un individuo honrado y feliz, elevando la obra de Dios hacia la perfección y disfrutando de la creación divina en cuyo centro vive.

Haced dichoso á un hombre, y sus actos serán también felices; hundidle en melancólicos pensamientos y en circunstancias míseras, y lo haréis triste, descontento, sombrío, y probablemente vicioso. De ahí que se encuentre invariablemente la bajeza y el crimen entre aquellos que nunca han sido acostumbrados á ser alegres, cuyos corazones fueron cerrados á las influencias purificadoras de una comunión feliz con la Naturaleza, ó de un trato ilustrado y animoso con los hombres.

El hombre posee un fuerte apetito natural para la distracción y la diversión, y como todos los demás apetitos naturales, ha sido implantado con un sabio propósito. No puede ser reprimido, y se manifestará en una forma ú otra. Todo intento bien encaminado para promover una inocente diversión, vale una docena de sermones contra los perniciosos. Si no proporcionamos la oportunidad de disfrutar sanos placeres, es seguro que los hombres hallarán para ellos algunos viciosos. Sydney Smith dijo con verdad: *Para atacar el vicio con éxito, debemos poner algo mejor en su lugar.*

Los reformadores de la templanza no han considerado suficientemente hasta qué punto los hábitos de la bebida en el país no son más que las consecuencias de gustos groseros, y de las muy limitadas oportunidades que existen en este país para conseguir acceso á las diversiones de índole inocente y de mejoramiento individual. Los gustos de los operarios ha sido permitido que queden incultos; las necesidades del

momento preocupan su pensamiento; el goce de sus apetitos es su mayor placer, y sólo se distrae gustando inmoderadamente de la cerveza ó del whisky. Hubo un tiempo en que los alemanes eran la nación más borracha; ahora es una de las más sobrias. *Tan borracho como un patán alemán*, era un proverbio común. ¿Cómo han sido apartados del vicio de la bebida? Ante todo por la educación y por la música.

La música tiene un efecto sumamente humanizador. El cultivo del arte tiene una gran influencia sobre la moral pública. Proporciona una fuente de placer en cada familia. Da al hogar doméstico mucho atractivo. Hace más agradable el trato social. El padre Mathew hacía seguir á su predicación en favor de la templanza de un movimiento en favor del canto. Promovió el establecimiento de sociedades musicales en toda Irlanda: porque adivinaba que como les había gustado el whisky á los individuos, debía darles en su lugar un estimulante sano. Les dió música. Se establecieron clases de canto, para cultivar el gusto, suavizar los modales y humanizar la masa del pueblo irlandés. Mas tenemos que el ejemplo dado por el padre Mathew haya sido ya olvidado.

«¡Qué abundancia de goces—dice Channing,—ha puesto á nuestro alcance el Creador, al envolvernos en una atmósfera á la que se le puede dar forma en sonidos agradables! Y no obstante, esta bondad está casi perdida para nosotros, por la falta de cultura del órgano por el cual debe ser disfrutado ese presente.»

¡Cuánto no nos mejoraría como pueblo el cultivo generalizado del don de la música! Los niños debieran aprenderla en las escuelas, como lo hacen en Alemania. La voz de la música sería oída entonces en todas las casas de familia. Nuestras antiguas canciones inglesas ya no serían olvidadas. Los hombres y las mujeres podrían cantar en los intervalos de su trabajo, como hacen los alemanes al ir y regresar de sus guerras. El trabajo no sería peor hecho, porque se le hiciera en medio de la música y de la alegría. El aliento de la sociedad se suavizaría, y el placer se uniría al trabajo.

¿Por qué no tener alguna elegancia hasta en el más modesto hogar doméstico? Debemos tener aseo, por supuesto, porque es la elegancia especial de los pobres. Mas ¿por qué no tener ante nuestros ojos objetos agradables y encantadores? No hay razón para que las clases más humildes no deban

rodearse de las manifestaciones de la belleza y del bienestar bajo todas sus formas, y de esa manera rendir homenaje igualmente á los dones de Dios y al trabajo de los hombres. El gusto por lo bello es una de las dotes mayores y más útiles. Es uno de los auxiliares de la civilización. La belleza y la elegancia no pertenecen necesariamente á los hogares de los ricos. Están ó debieran estar en todas partes. La belleza en todas las cosas, en la Naturaleza, en el arte, en la ciencia, en la literatura, en la vida social y doméstica.

¡Cuán bellas y cuán baratas son las flores! No las exóticas, sino las denominadas flores comunes. Una rosa, por ejemplo, es una de las más bellas sonrisas de la Naturaleza. ¡Las *sonrientes flores!*—exclama el poeta.—Pero hay algo más que alegría en las frescas flores, por más que hace falta ser un sabio para ver la belleza, el amor y el encanto de que están llenas.

¡Qué pensaríamos de aquel que hubiera *inventado* flores, suponiendo que, antes que él, hubieran sido desconocidas las flores? ¿No sería juzgado como descubridor de un paraíso, de una nueva delicia? ¿no vitorearíamos al inventor como á un genio, como á un dios? Y no obstante, estos productos hermosos de la tierra, han estado hablando al hombre, desde el primer albor de su existencia hasta ahora, haciéndole presente la bondad y la sabiduría del Poder Creador, que ordenaba á la tierra que produjera no tan sólo aquello que es útil como alimento, sino también las flores, las brillantes y perfectas flores, para vestirla de belleza y de alegría.

Traed á vuestra casa una de las flores del campo más comunes, ponedla sobre la mesa ó en el delantero de la chimenea, y parece que habéis traído un rayo de sol á la habitación. Hay alegría en torno de las flores. ¡Qué encanto son para el enfermo desfalleciente! Son como refrigerantes ráfagas de alegría, que vienen como mensajeras del campo, y parecen decir: *Vén y mira el sitio en que crecemos, y que se alegre tu corazón al contemplarnos.*

¿Puede haber algo más inocente que las flores? Son como criaturas inmaculadas de pecado. Son emblemas de pureza y de verdad, fuente de nuevos deleites para los puros é inocentes. El corazón que no ama las flores, ó la voz de una criatura juguetona, no puede sentir alegría. Fué una bella concepción la que inventó un lenguaje de las flores, por el cual

podieran los amantes expresar los sentimientos que no se atrevían á manifestar claramente. Las flores tienen una voz para todos, viejos y jóvenes, ricos y pobres. *Para mí*—dice Wordsworth.

*The meanest flower hat blows can give
Thoughts that do often lie too deep for tears (1).*

¡ Tened siempre una flor en vuestra habitación ! Sólo costará un penique si es moderada vuestra ambición ; y el goce que causa no tendrá precio. Si podéis tener una flor para vuestra ventana, tanto mejor. ¿ Qué puede ser más delicioso que la luz del sol entrando á raudales por entre las flores, á través de fucsias coloradas y geranios rojos ? Dirigir la mirada hacia el espacio á través de las flores, ¿ no es eso la poesía ? ¿ Y quebrar la fuerza de los rayos del sol con la tierna resistencia de las verdes hojas ? Si podéis hacer crecer en torno de la ventana del exterior algunas enredaderas, entonces tendréis el más hermoso marco que podáis inventar para la pintura, ya sea éste el ocupado gentío, ó un paisaje lejano, ó árboles con sus luces y sombras, ó el cambio de las nubes que pasan. Cualquiera puede sentir así á través de las flores el valor de una antigua canción. ¡ Y qué gusto tan puro, y cuánta cultura no demuestra por parte del cultivador !

Una flor en la ventana perfuma el aire, hace que la habitación tenga un aspecto más gracioso, da nuevo encanto á la luz del sol, alegra la mirada, y enlaza la Naturaleza con la hermosura. La flor es una compañera que nunca dirá una cosa desagradable á nadie, sino que siempre será bella y sonriente. No la desdeñéis porque sea barata, y porque todos puedan tener ese lujo al igual vuestro. Las cosas comunes son baratas, pero las cosas comunes son invariablemente las más valiosas. ¡ Si sólo pudiéramos obtener comprándolo el aire fresco y la luz del sol, cuán lujosos se les consideraría ! pero son accesibles para todos, y poca importancia damos á sus beneficios.

Hay, verdaderamente, mucho en la Naturaleza de que no gozamos ni en su mitad, porque cerramos nuestros senderos de sensación y de sentimiento. Nos damos por satisfechos con la materialidad del hecho, y no buscamos el espíritu del hecho, que está más arriba. Si abriésemos nuestros espíritus á la

(1) «La más modesta de las flores puede crear pensamientos que en ocasiones están demasiado hondos para las lágrimas.»

alegría, encontraríamos tranquilos placeres esparcidos en torno nuestro. Podríamos vivir con los ángeles que nos visitan en cada rayo de la luz del sol, y sentarnos con las hadas que vuelan sobre cada flor. Necesitamos más sentimiento amoroso que nos permita disfrutar de la vida, y necesitamos cultivar el arte de sacar el mejor partido de los medios y recursos comunes para disfrutar de lo que por todas partes está á nuestro alrededor.

Un hogar doméstico cómodo y aseado, poco importa que sea pequeño, con tal que sea sano, que tenga ventanas por las que el sol pueda entrar alegremente, unos pocos libros buenos (¿y quién está obligado á privarse de algunos buenos libros en estos tiempos de baratura universal?), sin acreedor que llame á la puerta, la despensa bien provista, y una flor en vuestra habitación. No hay nadie tan pobre que no pueda tener consigo estos elementos de placer.

¿Pero por qué no tener además de la belleza de la Naturaleza, un gusto por la belleza artística? ¿Por qué no colgar un cuadro en la habitación? Se han descubierto métodos ingeniosos—algunos de ellos muy recientes,—para multiplicar las obras de arte, por medio de los grabados en madera, litografías, fotografías y autotipias, que facilitan á toda persona el colocar en su casa bellos cuadros. La habilidad y la ciencia han puesto así el arte al alcance de los más pobres.

Toda pintura, impreso ó grabado que representa un pensamiento noble, que describe una acción heroica, ó que trae un fragmento de Naturaleza de los campos ó de las calles á nuestras casas, es un maestro, un medio de educación y una ayuda de la cultura propia. Sirve para hacer al hogar más agradable y atractivo. Endulza la vida doméstica, y difunde sobre ella gracia y belleza. Hace que el hombre deje de preocuparse con exceso de sí mismo, y aumenta su caudal de deliciosas asociaciones con el mundo exterior, así como con el mundo interior.

El retrato de un grande hombre, por ejemplo, nos ayuda á leer su vida. Le reviste de un interés personal. Mirando sus facciones, parecemos que le conoceremos mejor, y como si estuviéramos más íntimamente relacionados con él. Un retrato semejante, colgado delante de nosotros diariamente, durante nuestras comidas y nuestras horas de recreo, sirve inconscientemente para elevarnos y sostenernos. Es un eslabón que

en cierta manera nos une á una naturaleza más elevada y más noble.

Cuéntase de un usurero católico que, cuando iba á estafar, tenía la costumbre de correr un velo sobre la efigie de su santo favorito. Así es cómo el retrato de un hombre grande y virtuoso puede en cierto modo elevarnos sobre nosotros mismos; y aunque no lleguemos al dechado del héroe, podemos ser influidos en cierto modo por su imagen.

No hace falta que un cuadro sea de mucho valor para que pueda ser bello y bueno. Hemos visto cosas por las que se han pagado centenares de guineas que no tienen la centésima parte del sentimiento ó de la belleza que se admira en el grabado de madera de la Madonna, de Rafael, hecho por Linton, que puede obtenerse por dos peniques. La cabeza le recuerda á uno la observación que hizo Hazlitt acerca de una pintura, que parece que fuera imposible poder cometerse una acción impropia en su presencia. Encierra las ideas del amor de madre, de belleza femenina y piedad fervorosa. Como alguien dijo al hablar del cuadro: «Parece que un pedazo del cielo ha penetrado en la estancia.»

Los apasionados por los cuadros no pagan tanto el mérito como la antigüedad y la rareza de las obras. El más pobre podrá tener el don de saber apreciar la belleza, mientras que el hombre rico acaso carezca de él. El grabado más barato puede comunicar el sentido de la belleza al obrero, mientras que la pintura del valor de mil guineas puede no comunicar cosa alguna al millonario, exceptuándose tal vez la idea de que posee una obra que los medios de otras personas no les permiten tener.

¿Os causa placer la vista del cuadro? Esa es la mejor prueba de su mérito. Podréis llegar á cansaros de él; vuestro gusto podrá superarlo más tarde y pedir algo mejor, lo mismo que el lector puede aventajar sobre la poesía de Montgomery y pasar á la de Milton. Entonces descolgaréis la pintura, y pondréis en su lugar un cuadro que le supere en mérito. De ese modo podrá llegar á haber un constante progreso en las paredes de la habitación. Si las pinturas pueden ser colocadas en marcos, tanto mejor; pero si no se puede, no importa; ¡arriba con ellas! Sabemos perfectamente que Owen Jones dice que no es de buen gusto colgar impresos en las paredes—él quisiera que no se colgase sino el papel de empapelar las piezas.—Mas Owen

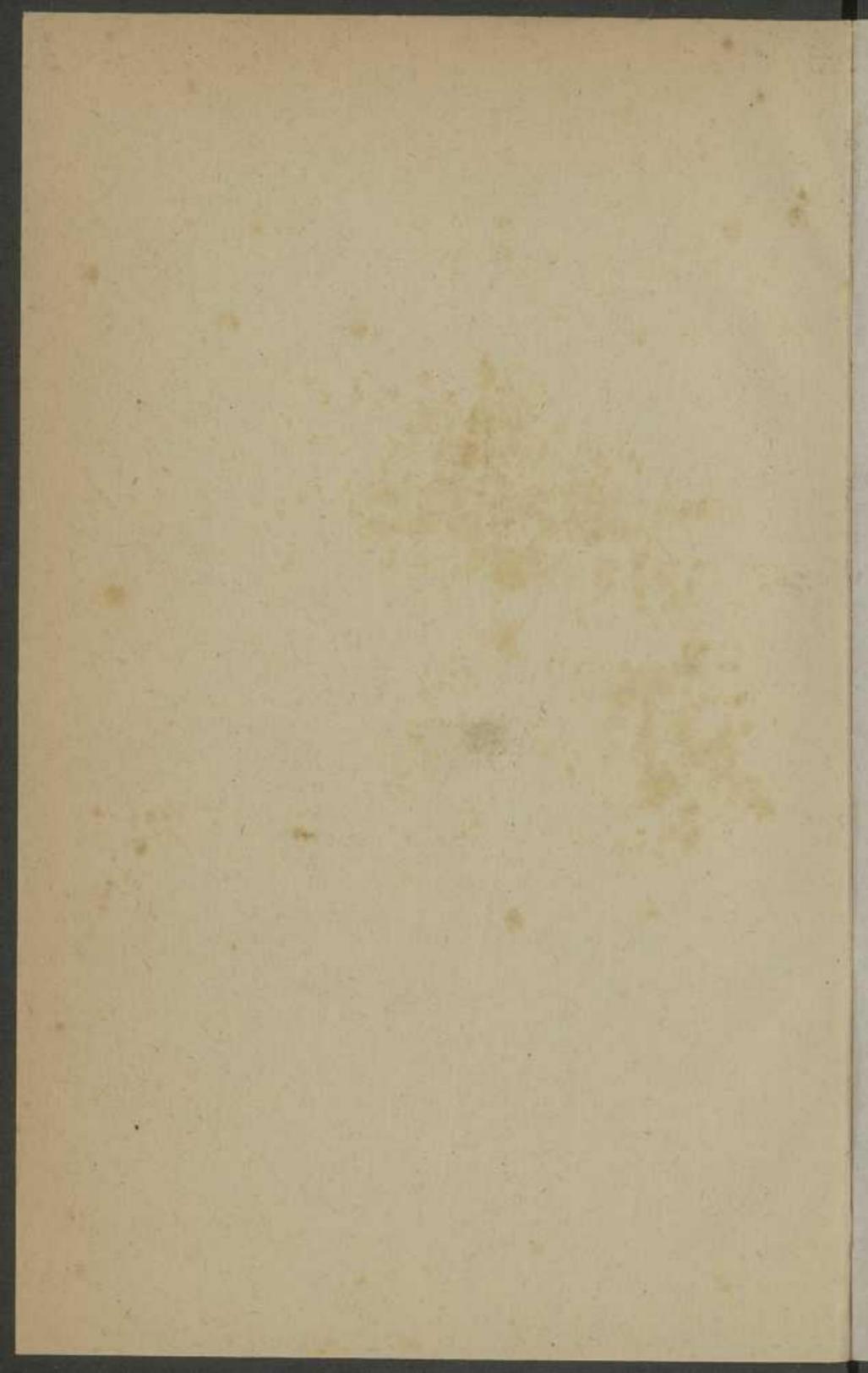
Jones puede muy bien no ser infalible, y en esto creemos que no tiene razón. A nuestro juicio siempre nos parece que carece de muebles una pieza, si no hay pinturas en las paredes, por costosas y abundantes que sean las mesas, las sillas y las otomanas.

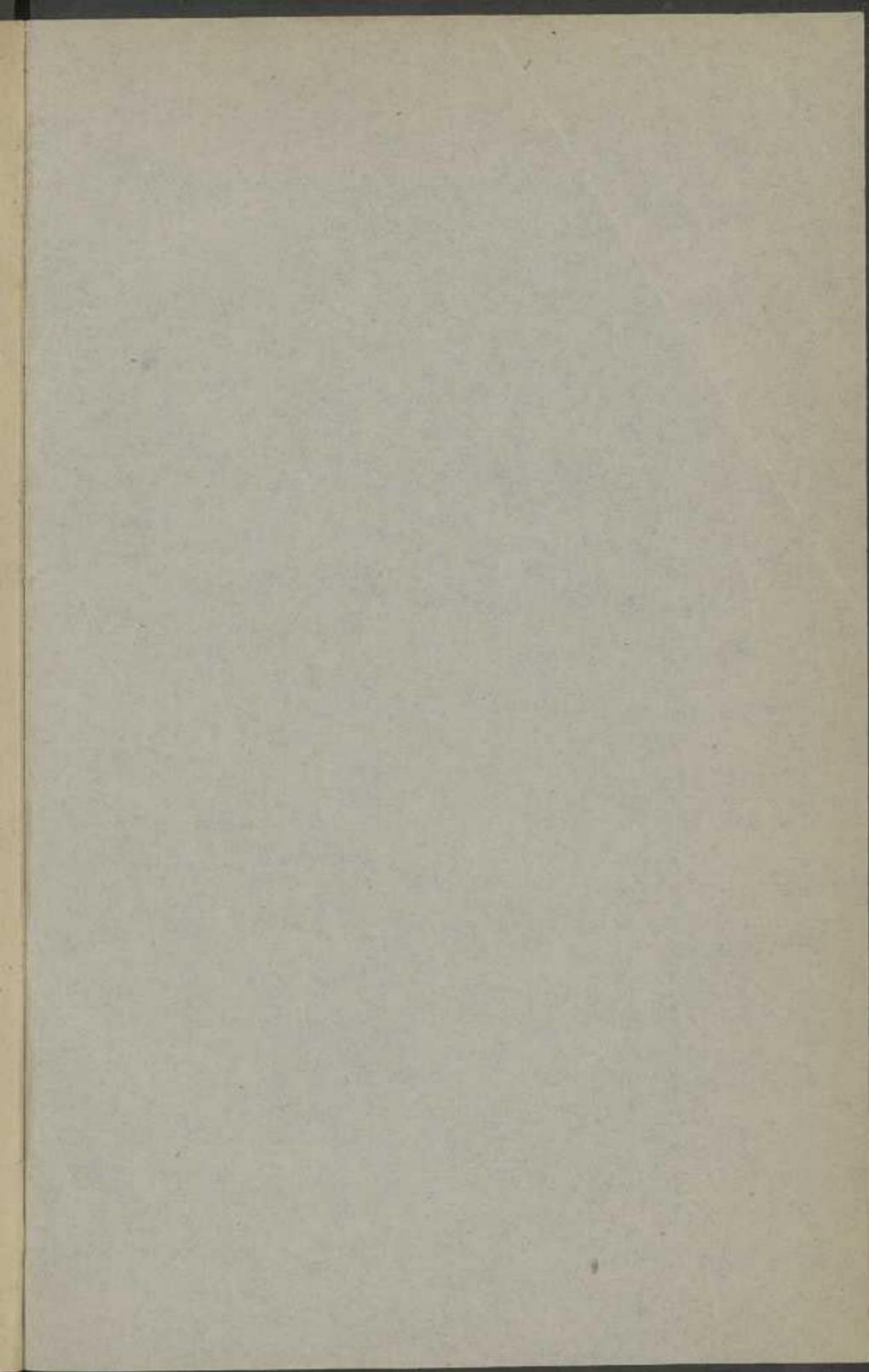
Debiera ser, y no dudamos que es un gran estímulo para los artistas, saber que sus obras se distribuyen ahora en impresos y grabados, para decorar y embellecer los hogares del pueblo. El grabador en madera, el litógrafo, y el grabador en acero, son los intérpretes populares del gran artista. He aquí por qué los cuadros de Turner no están limitados á los ricos poseedores de las obras originales, sino que pueden ser difundidos por todas las casas, gracias á los Millars Brandard, y Wilmott, que los han grabado; de ese modo tiene entrada Landseer en toda habitación por medio de los grabados en madera y las medias tintas. De ese modo predica Cruikshank la templanza, y Ary Scheffer la pureza y la piedad. El grabador es el *medium* por el cual el arte del palacio es introducido en los más humildes hogares del Reino.

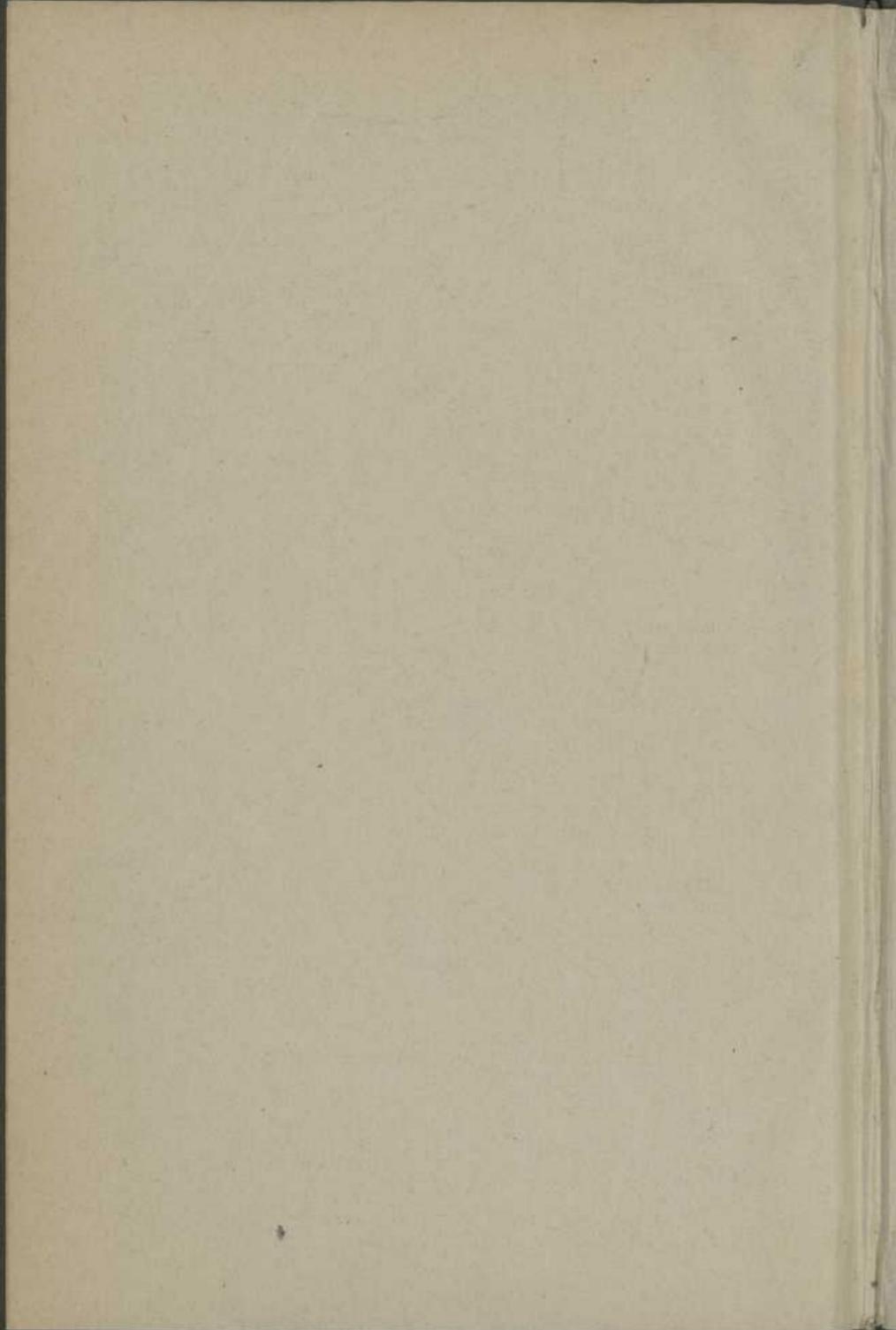
El arte de vivir puede ser demostrado de muchas maneras. Puede ser resumido en las siguientes palabras: Sacad el mejor partido de todo. Nada está fuera de su cuidado; hasta las cosas vulgares y triviales las aprovecha. Da brillantez y gracia al hogar, y viste á la Naturaleza con nuevos encantos. Por su medio disfrutamos de los bosques y parques de los hombres ricos como si fueran nuestros. Aspiramos el aire común, y nos calentamos á los rayos del sol universal. Disfrutamos con la vista de la verde Naturaleza, de las nubes que pasan y de las flores. Amamos la tierra común, y oímos alegres voces por todo el espacio. Se extiende á toda clase de relaciones sociales. Origina buena voluntad, placentera y amorosa sinceridad. Con su auxilio hacemos felices á otros, y dichosos á nosotros mismos. Elevamos nuestro ser y ennoblecemos nuestro destino. Nos elevamos sobre las criaturas de la tierra, y aspiramos hacia lo Infinito. Y de esa manera enlazamos el tiempo á la eternidad, donde encuentra su definitiva consumación el verdadero arte de vivir.

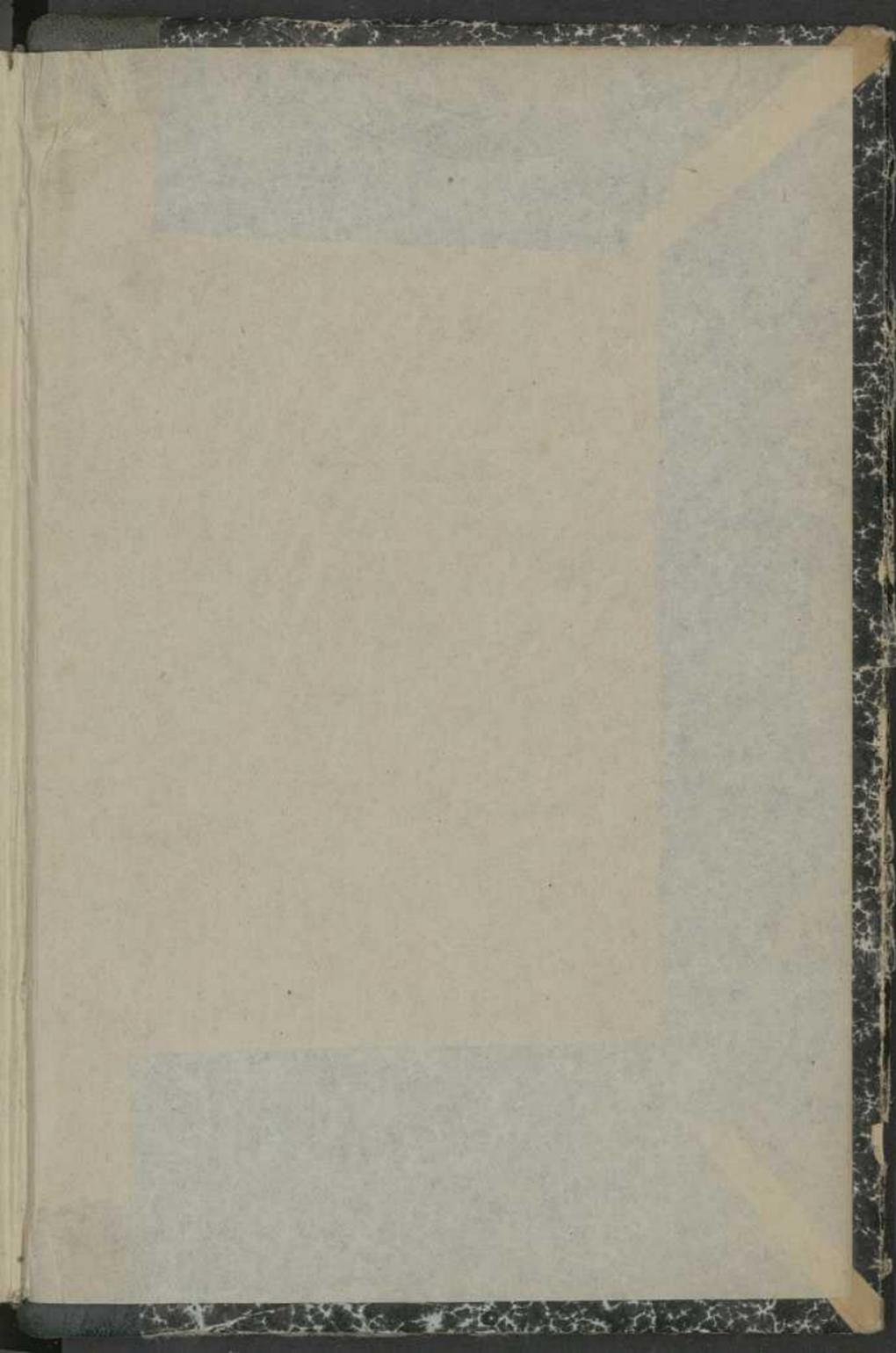
FIN

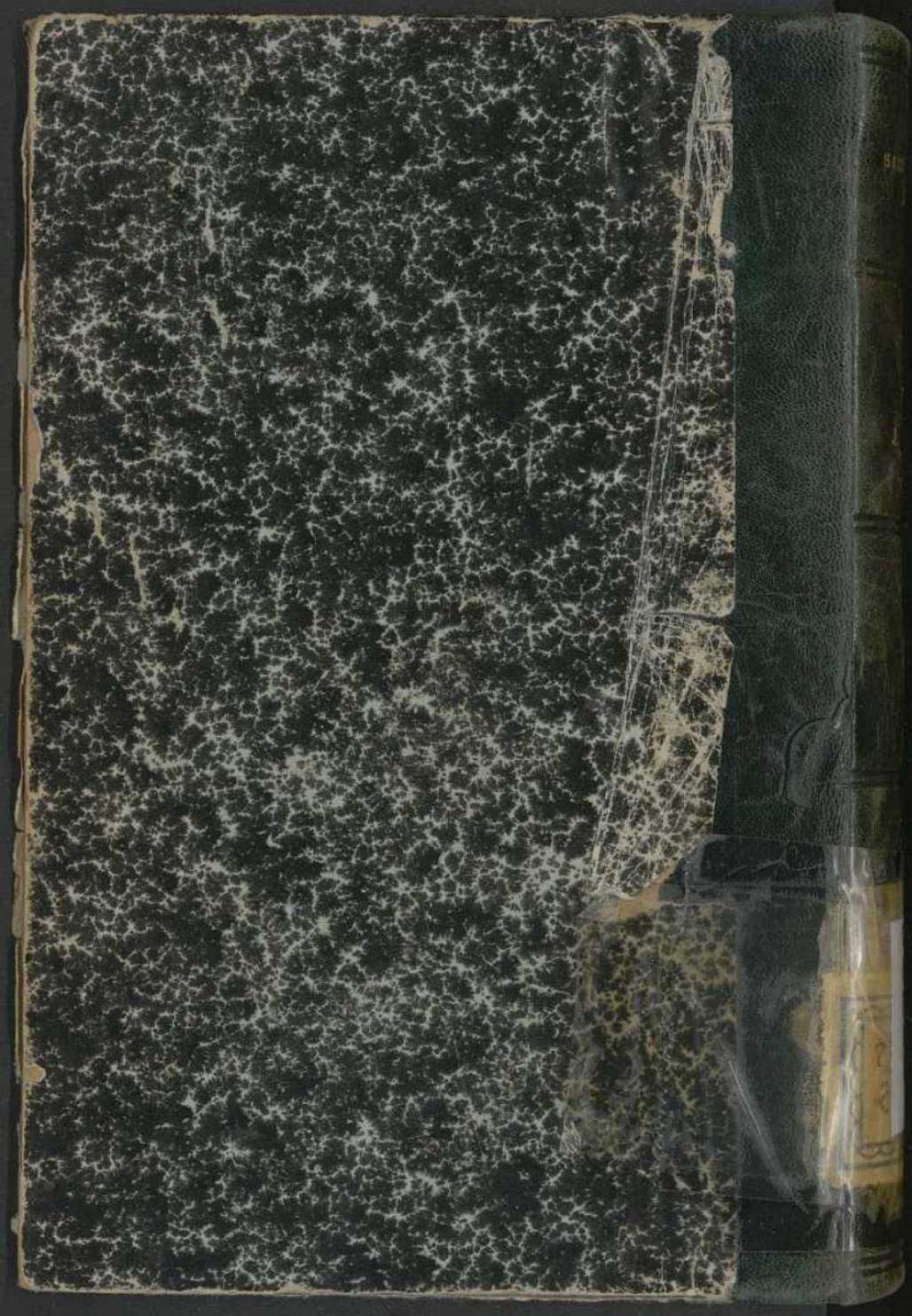












SAMUEL SMILES

EL
AHORRO

25782

SUBLICA